Seix Barral

Regina Porter

Lo que sembramos



Índice

Portada
Sinopsis
Portadilla
Dedicatoria
Reparto de personajes
1946 1954 1964 1971 1986 2000 2009. Pásalo
1966 1976 1977 1988 1999 2010. Damascus Road
2009. En los hospitales no se puede fumar
1954 1969 1979 1989 2009. Que haya sal
1971 1980 1990 2000 2009. Acto primero
1969. Intermedio
1969 Acto segundo
1995. Acto tercero
1972. Eddie posvietnam
1983. Temporada de verano
1971. El hombre itinerante se queda quieto
1947. 1958 1968 Eloise levanta el vuelo
2008. Sé dónde vive el veneno
2009. Minerva, hecha un lío
Ejercicios de escritura / Prof. Bass Estructuras lingüísticas Minerva C. Parker
1971 1986 1996 2010. Vapor
1950 1960 1970 1980 1990. No eres ninguna Lee Krasner
2010. Notas de Hank
2010. Centro del color
1970 1978 1988 1989 1999 2010. Eloise levanta el vuelo
2010. El peso de un caimán
Agradecimientos
Créditos de las imágenes
Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:

Explora **Descubre** **Comparte**

Sinopsis

Iluminando más de seis décadas de cambios radicales, desde la lucha por los derechos civiles y el caos de Vietnam hasta el primer año de Obama como presidente, las familias de James, un exitoso abogado de origen irlandés, y Agnes, una hermosa mujer afroamericana que vive en el Bronx, se unirán de manera inesperada, íntima y profundamente humana.

Con un penetrante humor, diálogos cargados de autenticidad y un dominio narrativo que te transporta a cada uno de los lugares y épocas descritos, el debut de Regina Porter es a la vez un retrato familiar íntimo y una exploración brillante de cómo la raza, el género y la clase chocan en la América moderna.

LO QUE SEMBRAMOS

Regina Porter

Traducción del inglés por Javier Calvo

Seix Barral

Para mi madre y mi padre y los narradores
que entraban a diario en su casa

Reparto de personajes

JIMMY VINCENT PADRE, bombero rural en Maine.
NANCY VINCENT, esposa de Jimmy Padre, bibliotecaria.
JAMES SAMUEL VINCENT HIJO, abogado de Manhattan, también conocido como Pez Gordo James.
SIGRID VINCENT, primera esposa de Pez Gordo James, agente de casting.
RUFUS VINCENT, hijo legítimo de Pez Gordo James, especialista en Joyce.
ELIJAH y WINONA VINCENT, hijos gemelos de cinco años de Rufus Vincent y Claudia Christie.
ADELE PRANSKY, segunda esposa de Pez Gordo James, artista.
AGNES CHRISTIE, esposa de Eddie Christie, urbanista.
EDDIE CHRISTIE, marido de Agnes Christie, veterano de la Armada.
BEVERLY CHRISTIE, hija mayor de Agnes y Eddie, enfermera titulada.
CLAUDIA CHRISTIE, hija menor de Agnes y Eddie, especialista en Shakespeare, esposa de Rufus Vincent; madre de Elijah y Winona Vincent.
MINERVA C. PARKER, hija adolescente de Beverly.
PETER «PEANUT» PARKER, hijo adolescente de Beverly.
KEISHA y LAMAR, hijos gemelos de cuatro años de Beverly.
KEVIN PARKER, exmarido de Beverly, expolicía.
CHICO, novio de Beverly, vendedor de *rotis.*
BARBARA CAMPHOR, casada con Charles Camphor, amante de Pez Gordo James.
CHARLES CAMPHOR, banquero, marido de Barbara Camphor.
HANK CAMPHOR, hijo de pelo oscuro de Barbara y Charles Camphor.
SUSAN WEATHERBY CAMPHOR, esposa de Hank.
TESS CAMPHOR, hija de tres años de Hank y Susan.
BIG SEAMUS CAMPHOR, fornido primo hermano de Charles Camphor.
CLAUDE JOHNSON, amante de Agnes Christie y primo lejano de Eloise Delaney, ingeniero.
ELOISE DELANEY, amiga de infancia y amante de Agnes Christie, aventurera.
HERBERT DELANEY, padre de Eloise, trabajador en una planta de envasado.
DELORES DELANEY, madre de Eloise, trabajadora en una planta de envasado.
KING TYRONE, el único primo bueno de Eloise (por parte de madre), pescador.
SARAH y DEIDRE, esposa e hija de King Tyrone, pescadora y bióloga marina respectivamente.
FLORA APPLEWOOD, amiga y amante de Eloise Delaney, trabajadora social jubilada.
JEBEDIAH APPLEWOOD, primo de Eddie Christie, veterano de la Armada y hombre itinerante.

REUBEN APPLEWOOD, primo hermano de Eddie Christie, agente naval.
LEVI APPLEWOOD, primo hermano de Eddie Christie y hermano menor de Reuben.

ÉPOCA

Esta novela abarca desde mediados de los años cincuenta hasta el primer año del primer mandato del presidente Obama.

ESCENARIOS DESTACADOS

Amagansett, Long Island; Buckner County, Georgia; Manhattan; Memphis, Tennessee; Portsmouth, New Hampshire; la Bretaña, Francia; Berlín, Alemania, y Vietnam.

TRASFONDO

Rosencrantz y Guildenstern han muerto de Tom Stoppard se estrenó en el Edinburgh Fringe Festival el 24 de agosto de 1966. Se trata de una comedia existencialista narrada desde las perspectivas de Rosencrantz y Guildenstern, los infortunados camaradas de Hamlet, mientras viajan en barco a Inglaterra.



1946 1954 1964 1971 1986 2000 **2009**

Pásalo

Cuando el niño tenía cuatro años, le preguntó a su padre por qué la gente necesitaba dormir. Su padre le dijo: «Para que Dios pueda arreglar todo lo que la gente jode».

Cuando el niño tenía doce años, le preguntó a su madre por qué se había marchado su padre. La madre le dijo: «Para poder follarse todo lo que se mueve».

Cuando el niño tenía trece años, quiso saber por qué había vuelto su padre a casa. Su madre le dijo: «Porque tengo cuarenta y un años y no me apetece salir a buscar a alguien con quien follar».

A los catorce años, cuando las palabrotas parecían manar de las bocas de sus amigos como el agua de una tubería rota, al chico ya no le atraía decirlas. En absoluto. Ni por asomo.

A los dieciocho, el chico (Jimmy Vincent Hijo) abandonó su pueblo natal, Huntington, Long Island, para asistir a la Universidad de Míchigan. Por lo que cuenta todo el mundo, Jimmy era muy buen estudiante y tan apuesto que no te dejaba concentrarte. Podría haber conseguido a cualquier chica que hubiera querido, pero, como suele pasar, acabó decantándose por una muchacha maravillosamente insulsa llamada Alice. Jimmy se convenció a sí mismo de que amaba a Alice y durante el primer curso disfrutaron de un sexo encandilado y acrobático.

Encantada de su buena fortuna, Alice abrazaba a Jimmy muy fuerte con agradecimiento y decía: «Oh, Dios. Oh, yo. ¿Yo? Joder, joder, joder».

Después de Míchigan, Jimmy regresó a la Costa Este. Encontró trabajo de asistente jurídico en un bufete de abogados de alto copete y conoció a una chica alta de Nueva Inglaterra. Jane era estudiante de Medicina, pero podría haber pasado por modelo de pasarela. No decía palabrotas y cada vez que entraban juntos en algún local la gente se los quedaba mirando. Era una chica con la que Jimmy no sólo podría haberse casado, sino a la que podría haber querido, incluso a la tierna edad de veintidós años. Y se la llevó a casa de sus padres en Nochebuena, que daba la casualidad de que también era su primer aniversario como pareja.

Después de una encantadora cena que la madre de Jimmy se había pasado el día entero cocinando con su libro de recetas favorito, el padre de Jimmy entró tranquilamente en el salón y se sentó entre Jimmy y Jane. Se puso a dar sorbos de Madeira y a rememorar su infancia en el Maine rural. «La patata caliente cura el orzuelo. La patata cruda en el sobaco funciona mejor que el desodorante. Métete una patata en el zapato y ya te puedes despedir del resfriado. Os presento el diccionario del joven granjero. Cambié una sarta de campos de patatas por otra. Long Island solía estar llena de patatales, por si no lo sabíais.» Cuando Jane se fue a la cocina para ver cómo iba la madre de Jimmy, su padre se giró hacia él y le dijo: «Hijo, ¿te estás tirando a esa? No la dejes marchar. No la cagues, Jimmy, ya la querría yo para mí». Jimmy, a quien siempre habían llamado Jimmy Hijo, decidió en aquel instante que prefería que lo llamaran James. Cuando a James lo admitieron en la Facultad de Derecho de Columbia, se distanció de Jane.

El menú de Navidad de Nancy Vincent
«Capricho de costillas asadas»

Costillar asado de ternera, patatas al horno, aros de
cebolla fritos, brócoli con salsa holandesa, ensalada de aros
de manzana, bollos dorados con forma de abanico,
pastel en forma de vela, café caliente, tazones de leche.

Better Homes and Gardens: Special Occasions
(Meredith Press, Nueva York, 1959)

Cuando James tenía treinta y un años, lo hicieron socio del bufete. Tenía bastante dinero, aunque no era escandalosamente rico. James había visto cómo sendos ataques al corazón habían dado pasaporte a dos socios del bufete no mucho mayores que él, de manera que reservaba tiempo para viajar, tanto a su pueblo natal como al extranjero. Se dio el gusto de salir con un

surtido impresionante de mujeres. Se casó con una guapa chica de Middlebury, en una colina de Vermont poblada de arándanos azules cerca de la universidad donde ella estudiaba. James y Sigrid se compraron un apartamento de tres dormitorios con vistas a Central Park. Su encantadora esposa tenía un defecto, una cicatriz en la nariz, regalo de un transeúnte desconocido que la había tirado de su bicicleta Schwinn rosa cuando iba pedaleando con sus padres por Prospect Park. «Aparta, coño», le había dicho aquel desconocido vestido con ropa de licra cuando había pasado zumbando junto a ella con unos patines de ante. James le veía algo profético a esta historia. Quería a Sigrid tanto como ella lo quería a él. Sigrid le hacía reír de buena gana. Tuvieron un hijo. Lo llamaron Rufus. Y lo apodaron Ruff. Sigrid le dijo a James que no quería tener más. Después de un año de baja por maternidad, Sigrid volvió a su trabajo de correctora.

Cuando tenía cuarenta años, nada emocionaba a James. Había leído en alguna parte que la gente a los cuarenta no era feliz, pero James se conformaba con llevar a su Ruff a ver partidos de béisbol en el estadio de los Yankees y a aparcar el aburrido pero provechoso trabajo del bufete de viernes a lunes. Se encontró a sí mismo dando clases en su *alma mater*, Columbia, y descubrió que le gustaba más que ejercer la abogacía.

Cuando tenía cuarenta y dos años, a James sí se le despertaron emociones: sobre todo cuando vio a su anciano padre enterrado en la tumba familiar que tenían en Cabot, Maine. Un colega del bufete se llevó aparte a James antes del funeral y le dijo: «Tienes suerte de haber conocido a tu padre de adulto. No todos llegamos a los ochenta y uno». A James le entraron ganas de decirle: «Vete a la mierda. No conocí a mi padre para nada». Pero lo que dijo fue: «Gracias por viajar hasta Maine. Muchas gracias».



Cuando James tenía cuarenta y cinco años, Sigrid le dijo que pasaba demasiado tiempo sola

en su apartamento y que le hacía falta un cambio. Estaban en su viaje anual a Vermont, a un tiro de piedra del centro de esquí que había en la misma colina poblada de arándanos donde él le había pedido matrimonio. Resultó ser un fin de semana anodino. James consultó al mismo colega que había asistido al funeral de su padre. «La menopausia es un problema —le dijo su colega—. Es hora de cambiarla por una nueva.» A James le pareció un poco prematuro y le preguntó a su madre. Ella le mandó una receta de *Better Homes and Gardens*. Mientras cenaban un plato de *risotto* de setas que él se había pasado la mayor parte de la tarde cocinando, James le dijo a Sigrid: «El cambio vital puede ser tu enemigo o puede ser tu mejor amigo». Sigrid cogió a su hijo, Rufus, y se mudó a la otra punta del país, a un apartamento de estilo colonial español en Los Ángeles. En la actualidad corre casi todas las mañanas por la playa y bebe cerveza Sapporo por las noches con su novio.

Cuando James tenía cincuenta años y se estaba acostando con Akemi, su asistenta japonesa mucho más joven que él, Rufus lo llamó un día llorando desde Venice Beach. «Papá, acaba de pasarme algo muy chungo. ¿Puedes venir a Los Ángeles a recogerme, por favor?» James no estaba preparado para la mala noticia de su hijo. Le colgó el teléfono, pero no sin antes decirle: «Lo siento, Ruff, pero estoy intentando dormir para poder arreglar todo lo que Dios ha jodido».

Akemi, que significa «gran belleza» en japonés, vio que James echaba mano de la caja de pizza de V&T que tenía en la mesilla de noche. Se había fijado en que últimamente había empezado a picar comida en la cama. Se tapó hasta los hombros con las sábanas y se negó a fingir que lo amaba. «Aquí no sabéis envejecer.» James le dijo que necesitaba estar un tiempo a solas. Y cuando Akemi se marchó, llamó a Rufus.

Cuando James tenía cincuenta y ocho años y estaba felizmente casado con Adele, de cincuenta y seis, a quien amaba porque ninguno de los dos necesitaba hablar mucho, fue a visitar a su anciana madre al complejo residencial para la tercera edad que ella ahora consideraba su casa. Su madre tenía el pelo blanco y dentadura postiza blanca y a James le asombraba lo vibrante que era su sonrisa falsa. Nunca le había dicho a su madre que era hermosa. Era la clase de mujer que no habría agradecido el cumplido.

—¿Cómo te va, mamá?

Su madre lo miró y dijo:

—Ya no aguanto más.

A James le pareció una declaración necesaria pero poco clara. Se preguntó si su madre estaría planteándose marcharse de allí. Era una salida de cobardes, pero él mismo no la descartaría. Su madre señaló a un viejo con batín raído de seda que estaba a dos mesas de ellos. El carcamal estaba enfrascado conversando con una visitante gordita de mediana edad que quizá fuera su hija o quizá una esposa mucho más joven que él.

—No tengo ni un momento de paz. Ese viejo siempre me está tirando los trastos.

—Todavía estás de buen ver —dijo James.

Su madre sonrió y le pellizcó la mejilla. No era lo mismo que decirle que era hermosa. Pero era suficiente. Echó su silla hacia atrás y le dijo a James que esperaba verlo el domingo siguiente.

Cuando James tenía sesenta años y Rufus, ahora casado desde hacía tiempo y con gemelos, lo llamó para preguntarle: «¿Cómo puedo salvar mi matrimonio, papá?», James se limitó a decirle: «No divorciándote». Rufus se había casado con una mujer negra llamada Claudia Christie, lo cual significaba que los nietos de James, Elijah y Winona, eran multirraciales, birraciales, *parcialmente negros*. Allá donde James fuera en Manhattan, se encontraba con gente que era *mitad y mitad*. Una vez había cometido el error de usar el término *mulatos*. Rufus lo llevó aparte y le explicó a James que aquella palabra estaba prohibida. Como la dijera una vez más, no volvería a ver a sus nietos. Aun así, cuando James caminaba por la calle con Elijah y Winona, sentía unas emociones tan mezcladas como el color de la piel de los niños. «Son espectacularmente guapos», decía la gente. «Pero no se parecen en nada a mí», le confesó James a Adele.

Una tarde soleada de agosto, James estaba lanzando pelotas de sóftbol en el jardín con Elijah. Ahora pasaba la mayor parte de los meses de verano y otoño con Adele en su casa de la playa en Amagansett. Rufus y Claudia estaban en un simposio sobre Joyce en Dublín y los habían dejado una semana a cargo de sus nietos. A James y a Adele les gustaba tomarse unos martinis a mediodía. Los martinis de mediodía se habían convertido en un ritual en Amagansett, a diferencia del golf. Nada de golf. A James le preocupó ver que Adele salía de la cocina con un bañador de los años cuarenta estilo Mildred Pierce y depositaba a Winona en el vetusto flotador. El flotador era azul y blanco y estaba decorado con cangrejos rojos, pero se notaba que era más viejo que Matusalén porque los cangrejos ya estaban de un color rosa oxidado. James dividió su atención entre Winona en la piscina y Elijah, que estaba tirando la pelota de sóftbol con un efecto tremendo. El chico tenía buen brazo. Y según como lo miraras —menuda gracia tenía esto, ¿no? —, se le parecía un montón.

—Abuelo —dijo Elijah, preparándose para otro lanzamiento, un lanzamiento que golpeó la palma de la mano de James y le arrancó una punzada de dolor—. ¿Por qué la gente necesita dormir?

Estaban en el caro césped del jardín. Los dos en bañador. Los dos bañadores eran del mismo color aguamarina. A Adele le gustaba que todos los colores de su casa de la playa hicieran juego y fueran luminosos, como el Caribe. La idea de que en una casa de la playa todo tuviera que ser blanco era obscena. Y hablando de Adele. ¿Dónde se había metido Adele? Winona estaba en el flotador, cantando. Pataleando y cantando. Chapoteando y pataleando. Por un momento James se sintió confundido. A veces intentaba retroceder mentalmente hasta 1942, el año en que había nacido.

—¿Qué has dicho, Elijah?

—¿Cómo es que todos necesitamos dormir, abuelo?

James vio a Adele por la ventana del patio. Se estaba sirviendo otro martini. Estaba hablando por teléfono, seguramente decidiendo con alguna de sus amigas artistas adónde iban a llevar a los niños a cenar por la noche. Ahora que todos tenían nietos, la cena formaba parte de su rutina. La cena y los martinis.

—Elijah —dijo James, girándose hacia la piscina.

Winona estaba dormitando. Winona estaba dormida. Su cuerpo estaba desplomado sobre el flotador y el agua se la estaba llevando al lado profundo de la piscina.

—Nadie sabe por qué la gente necesita dormir —se oyó a sí mismo decirle a su nieto—. El sueño es un misterio.



1966 1976 1977 1988 1999 **2010**

Damascus Road

Una semana después de que terminaran de construir la Damascus Prep, esa escuela para niños ricos que no eran capaces de entrar en ninguna otra parte, un caimán de seis metros de largo salió reptando de la ciénaga para examinar su antiguo hogar. En el pasillo de la primera planta, entre el laboratorio de ciencias y el estudio de arte, el miope del director y el caimán de seis metros se cruzaron. El director, trasplantado del Norte y antiguo profesor de Latín en Amherst, se acordaba de haber leído en alguna parte que si te encontrabas con una serpiente en un túnel o con un cocodrilo en tierra firme, tenías que echar a correr en zigzag. Calculó que ponerse a correr de lado sería demasiado lento y se metió a toda pastilla en el estudio de arte, que le caía más cerca; una vez allí, sacó el teléfono móvil y llamó al Departamento de Control de Animales.

Como Control de Animales no vino, el director llamó al sheriff local. Al cabo de quince minutos, un agente jubilado que era el mejor tirador del condado llegó en su camioneta Ford y mató a tiros al caimán. El agente, todavía rubio pese a su edad avanzada, no quiso cobrar el trabajo en metálico. Lo que hicieron él y un par de sus colegas agentes jubilados fue llevarse el cadáver. Agnes ha oído decir que cualquier noche puedes acercarte al restaurante Great Byrd

Lodge y ver al caimán allí disecado e instalado. Luego puedes intentar adivinar lo largo que debió de ser ese caimán en vida y cuánto debió de pesar. En una esquina de la pared hay un pizarrín de listones y una tiza atada con un cordel. Cada noche, el cliente que más se acerca a adivinar el peso y la longitud del caimán gana una porción gratis de tarta de pacanas o bien una pinta de cerveza de producción local. Agnes M. Christie, ya en la tercera edad e hija pródiga de Buckner County, Georgia, nunca ha cenado en el Great Byrd Lodge, y prefiere el vino a la cerveza y la tarta de pacanas es demasiado dulce para su paladar. Agnes tampoco se ha aventurado hasta la Damascus Prep, aunque conoce muy bien el camino que lleva a la escuela.

—Te estás bebiendo esa coca-cola como si tuvieras que irte corriendo.

Corría el año 1966. Agnes Miller tenía diecinueve años y era *majorette* de segundo curso en el Buckner County College. Llevaba un vestido de color azul celeste con canesú y un peinado ahuecado al estilo de Diana Ross y las Supremes. Para ser *majorette* había que tener las piernas bonitas. Agnes tenía unas piernas tan largas que hubiera podido cruzar de un brinco el Nilo. La longitud de su vestido era recatada. Trabajaba a tiempo parcial en la biblioteca de la facultad. Siempre que alguien le preguntaba qué quería ser de mayor, ella decía automáticamente que quería ser maestra. Daba igual si le gustaba o no aquella profesión. Era una respuesta adecuada y complaciente.

—Resulta que estoy muy ocupada.

Agnes sonrió mirando al hombre bien vestido y de piel muy oscura que estaba sentado en la otra punta de la barra del Kress Five & Dime. En realidad no tenía adonde ir más que a casa y nada que hacer más que los deberes. Las clases se habían terminado y hacía dos horas que había salido de los ensayos de *majorette*. Agnes se estaba premiando a sí misma con su vaso diario de coca-cola. A su lado estaba su amiga de infancia Eloise, que nunca llevaba vestido si podía llevar pantalones. Era media tarde y reinaba una calma extraña en la barra del establecimiento. Las protestas y las sentadas habían pasado por Buckner County con tensión, comedimiento y cierta obstinación por no ver las cosas. Los blancos habían reaccionado primero con cólera y después con lógica fría, dirigiendo su atención a las zonas residenciales de la periferia, abriendo restaurantes y tiendas y construyendo casas estilo rancho de plantas escalonadas en barrios nuevos donde los negros no se atrevían a entrar.

—Pues yo me llamo Claude y resulta que tengo tiempo libre.

Claude se deslizó ágilmente de taburete en taburete hasta detenerse en el que Agnes tenía al lado. Dijo que era ingeniero. Y que lo acababan de contratar para trabajar en la Southeast Aviation. Llevaba unos pulcros pantalones grises y un blazer de sarga con parches de cuero en los codos, camisa y corbata. El atuendo le caía bien y con naturalidad, a pesar de su cuello y sus hombros de granjero. Claude invitó a Agnes y a Eloise a una segunda ronda de coca-cola. Su atención estaba claramente centrada en Agnes, pero hacía lo que buenamente podía para incluir a

Eloise en la conversación. Todo en Eloise estaba gritando «no te nos acerques», sobre todo su forma de pegarse a Agnes cada vez que Claude hablaba.

—No soy ningún pesado, pero os voy a llamar esta noche —les prometió Claude mientras salían los tres del Kress.

Les contó a las chicas que era de un pueblecito llamado Tuxedo, de Georgia, y que había estudiado en el Morehouse College. Eloise, en su primer intento de mostrarse cortés, mencionó que tenía familia en Tuxedo, pero luego añadió:

—Tuxedo es un pueblo de palurdos. Mis parientes pobres tienen parientes pobres en Tuxedo de los que no quieren saber nada.

Claude llamó aquella noche. Llamó antes de que Agnes hiciera su tabla de ejercicios vespertina. Y antes de que los padres de Agnes apagaran la luz del dormitorio de arriba. Llamó antes de que Eloise, que residía en casa de Agnes, se cepillara los dientes con el cepillo de Agnes por rencor y le abriera los cajones del ropero con patas en forma de zarpas.

—¿Eres tú, Agnes? —le dijo.

—Yo misma, Claude. Aunque supongo que si voy a ser profesora de inglés, debería decir: «Sí, soy yo».

—Cariño, cuando estás relajada en tu casa, creo que debes decir lo que te dé la gana.

—No estoy en mi casa, estoy en casa de mis padres.

—¿Eres feliz ahí?

—Bueno, tampoco me lo planteo demasiado. Pero supongo que puedo ser feliz donde sea. —Agnes se rio y la sobresaltó el terciopelo de su voz.

—Ojalá pudieras ser feliz conmigo —dijo Claude.

—No te conozco, Claude.

—Eso se puede solucionar. ¿Por qué no vamos al cine este sábado? ¿Te recojo para ir a cenar a las seis?

—No está mal para empezar.

Agnes colgó y sólo entonces se dio cuenta de que Claude no tenía su dirección. Se puso a contar. Claude tardó sesenta segundos en llamarla otra vez. Eloise estaba de pie en la puerta del dormitorio de Agnes. Llevaba uno de los camisones de su amiga.

—Espero que nadie mate a ese hombretón —dijo.

Agnes la miró y puso los ojos en blanco. ¿Acaso Eloise no sabía que la mezquindad resultaba rancia? La mezquindad hacía que se te cayeran los dientes prematuramente. La mezquindad provocaba mal aliento.

—¿Por qué dices esas cosas?

Eloise negó con la cabeza.

—Es sólo por la pinta que tiene.

En las noches de otoño de 1966 era bastante habitual que Eloise estirara el brazo hasta el otro lado de su almohada y bajara las sábanas del lado de Agnes. A veces los muslos de Eloise terminaban encima de las piernas de Agnes y Agnes se quedaba mirando la luna y el cielo estrellado por la ventana del dormitorio y acariciaba la nuca de Eloise y su cuello y la esbelta línea de su espalda firme y todas las demás partes de Eloise que la excitaban. Se movían en silencio y con eficiencia, porque no podían arriesgarse a emitir sonidos ni articular palabras. El diácono y Lady Miller dormían en la habitación de enfrente.

A la mañana siguiente, las chicas se levantaban de excelente humor, listas para el nuevo día.

Claude llevó a Agnes a ver *Nada más que un hombre* al cine para gente de color que había en las afueras. Comieron palomitas con extra de mantequilla por encima. Al acabar, Agnes dijo:

—Dios, me gustaría parecerme a Abbey Lincoln.

—Eres más guapa que Abbey Lincoln —dijo Claude.

—Claude, eres un mentiroso. ¿Dónde has aprendido a tener esa labia?

—A ver, escucha, no he dicho que *cantes* mejor que Abbey Lincoln. Eso sí sería mentir.

—Es verdad. Desafino todo el tiempo. —Agnes soltó una risita—. Me echaron del coro de la iglesia y eso que mi padre es el diácono.

—Qué mal.

—Llevo sin ir desde entonces.

—Eres una orgullosa.

—Tú tampoco me pareces precisamente humilde.

—Déjame que te oiga cantar.

Agnes abrió la boca y cantó *Baby Love* mientras caminaban hacia el Chevrolet Impala gris de 1961 de Claude. No era un coche nuevo, como ella había esperado, pero estaba limpio y tenía calefacción. Cuando llevaba un minuto cantando, Claude le cogió la mano.

—A ver, Agnes, no le estás haciendo bien a nadie con esa voz, y al Señor todavía menos.

Ella le dio un codazo.

—Tengo voz de falsete. Hay pocas mujeres que canten en falsete.

Claude le devolvió el codazo.

—Sabes lo que dicen del orgullo, ¿verdad? El orgullo precede a la caída.

Claude Johnson vivía de alquiler en un garaje reconvertido a unos tres kilómetros al sur del barrio de gente de color más adinerada. Allí donde vivía Agnes, las puertas delanteras de las casas estaban pintadas de rojo para indicar quién era su propietario. El apartamento de Claude era del señor Gilbert, el dueño de la única tienda de muebles para gente de color del pueblo. Agnes se paseó por las dos habitaciones del apartamento de Claude, fijándose en las paredes recién pintadas y en las estanterías. La mayoría de los libros eran de ingeniería o de no ficción: *Mil días: John F. Kennedy en la Casa Blanca*, la *Autobiografía de Malcolm X* y la *Estructura de*

las revoluciones científicas. En la pared de la sala de estar colgaban sus títulos del Morehouse College y del Hampton Institute. En una de las mesas rinconeras había varias fotografías de lo que a Agnes le pareció un clan familiar numeroso, compuesto en su mayoría por mujeres y niños. En la mesita de café de nogal había flores frescas.

Agnes cogió una de las fotografías familiares y le dio la vuelta hacia Claude.

—¿Pero cuántos sois?

—Lo pregunta la hija única. —Sonrió—. Los suficientes para mantener ocupadas a las mujeres.

—¿A las mujeres? —Agnes arrugó la nariz y olió las flores antes de devolver la fotografía a la estantería—. Mi límite es tres hijos, y creo que prefiero dos.

—Parece razonable y justo.

De fondo, Abbey Lincoln se puso a cantar y Agnes permitió a su cuerpo que se meciera. Asintió con la cabeza con gesto aprobador hacia Claude y chasqueó los dedos.

—Tienes razón. Sabe cantar.

Claude estaba sentado en un sofá de color marrón claro que, como la mayoría de los muebles del apartamento, había sido suministrado por el señor Gilbert. Claude había personalizado la sala con unos cuantos cojines de colores vivos de Sears y una alfombra gruesa.

—Tengo que decirte, Agnes —anunció—, que no tengo intención de quedarme aquí.

Ella siguió chasqueando los dedos.

—Claude, ¿el apartamento lo has decorado tú?

—Me doy a mí mismo dos años, tres como mucho. Luego me iré a California o a Nueva York.

—¿No te tratan bien en la Southeast Aviation?

—No preguntes algo si no estás preparada para oír la respuesta.

Agnes dejó de chasquear los dedos. Por supuesto, Claude no debía de haberlo tenido fácil. Era alto y grande y tenía la piel oscura. Hablaba bien y no iba mal vestido.

—¿Tan mal te ha ido?

Claude se inclinó hacia delante en su asiento.

—Nunca pegaremos a nuestros hijos, Agnes. Recuérdamelo siempre, ¿quieres? Mi padre creía en la vara de azotar. Le echaba mano sin pensarlo. Supongo que no conocía otra manera de hacer las cosas. Yo era un niñito negro de lengua larga. Y él me decía: «Hijo, esto es el Sur. ¿Por qué no puedes decir cosas sensatas como tus hermanos y tus hermanas? Tenemos que quitarte ese tonillo desafiante o no saldrás adelante en este mundo». Y te diré una cosa, Agnes. Durante muchísimo tiempo odié a mi padre, pero ahora lo entiendo. De lunes a viernes voy al trabajo y me quito el tonillo desafiante de la voz.

—¿Sólo tú? —dijo Agnes, enarcando una ceja.

—Lo tendré más fácil en otra parte. Soy culto. Y he mantenido lazos estrechos con mis hermanos de Morehouse y de Hampton. Nueva York, Nueva Jersey, Washington D. C. Hasta

Massachusetts. No descarto esos sitios. Pero ahora lo que me toca es labrarme un currículum y ayudar a mi familia tanto como pueda.

—Ya veo —dijo ella.

Agnes se fijó en que a Claude se le había suavizado la mirada de ojos de color miel.

Claude dio una palmadita en el sitio que tenía al lado en el sofá.

—Pero basta de hablar de mí. Cuéntame lo que quieres *tú*, Agnes.

Agnes se quedó un momento cortada. Claude era el primer hombre que se sentaba a escuchar cómo ella intentaba construir a tientas un sueño para sí misma.

—Algo que no sea trabajar de maestra.

—Es mi primo tercero —dijo Eloise la última noche que durmió en la cama de Agnes; ésta se había apartado de ella y le había preguntado en voz baja: «¿No es hora de que te busques tú también un hombre?».

Eloise insistió:

—Y es mi primo por parte de madre. Todos los parientes de mi madre mueren jóvenes.

Agnes salió de la cama individual de Eloise.

—Ya no puedo seguir haciendo esto.

Eloise no estiró el brazo hacia ella, aunque Agnes tuvo la sensación de que quería hacerlo. Eloise se había quedado ofuscada con lo que le acababa de decir Agnes, con la idea de que podía o tenía que encontrar un hombre.

—¿Qué hombre? —le preguntó a Agnes—. ¿Acaso Claude te hace lo que te hago yo?

Agnes salió en tromba del dormitorio, con un aluvión repentino de lágrimas en la bonita cara, pero cuando bajó a desayunar a la mañana siguiente, Eloise y ella ya volvían a ser amigas del alma. A las dos les encantaban los huevos revueltos con beicon, el zumo de naranja, la leche y las manzanas verdes cortadas como le gustaba a Eloise.

—Se ha portado usted de maravilla conmigo —le dijo Eloise a la madre de Agnes, Lady Miller.

Lady Miller era pastelera. La mayoría de las mañanas se levantaba cuando todavía estaba oscuro para ir a trabajar a la pastelería judía de Jefferson Street. Aquella mañana había llamado para avisar de que estaba enferma, el espíritu le había dicho que tenía que quedarse en casa. Lady también había sido una jovencita como su hija, y aunque no tenía cultura de libros, no era ni sorda ni ciega ni tonta.

Lady le estaba preparando a Eloise una bolsa para el viaje, pero se giró cuando Agnes le preguntó a su amiga de la infancia:

—¿Y adónde vas a ir?

—Con mi primo, King Tyrone. Es básicamente el único decente.

Los padres de Agnes no dijeron nada la primera noche que se quedó a dormir en casa de

Claude, pero la noche siguiente, después de la cena, su padre, un mampostero que había contribuido a levantar una cuarta parte de los edificios de Buckner County, se llevó aparte a Claude y le preguntó qué intenciones tenía hacia su hija. Claude llamó a Agnes y dijo que no pensaba hablar de sus intenciones sin consultar primero con su novia, por si acaso las intenciones de ambos no concordaban. Agnes dijo que quería acabar la universidad. Estaba en segundo curso. Claude dijo que se quedaría en Buckner County hasta que Agnes terminara sus estudios. La madre de Agnes dijo que hasta que Claude no pusiera un anillo en el dedo de su hija, Agnes no iba a volver a dormir fuera de casa. Aquella misma noche, Claude aparcó delante del colmado Jackson Quick mientras Agnes entraba a comprar una docena de cajas de palomitas al caramelo Cracker Jacks. Y fue en la sexta caja donde pescaron del fondo de las palomitas un pequeño anillo de plástico con una piedra falsa de color magenta. Tiraron las demás cajas.

A cincuenta kilómetros al oeste de la Damascus Prep hay un pueblo que en el pasado vivió tiempos difíciles. Durante las dos guerras mundiales perdió a una tercera parte de su población, que se marchó a trabajar a fábricas de distintas ciudades norteamericanas. Pero en la década de los noventa, cuando desecaron la ciénaga y construyeron la residencia de estudiantes y el campus y las pistas de tenis y las viviendas para profesores, una buena parte de los habitantes del pueblo encontraron trabajo manteniendo las instalaciones del campus, en la cafetería o como conserjes, guardias de seguridad y jardineros. La propiedad todavía era asequible. El ambiente era agradable. Ahora los dueños de las tiendas de Main Street se podían permitir contratar a empleados a tiempo completo. Había una demanda constante de comestibles y artículos de calidad. El barbero local, predicador vivaz y borracho ocasional, empezó a trabajar un domingo de cada dos para poder atender a los alumnos y al personal de la Damascus Prep. Les gustaba la música *bluegrass* que sonaba en su barbería y la pandereta Grover que agitaba mientras les cortaba el pelo. El cine, que tenía por lo menos un siglo de antigüedad y se rumoreaba que había pertenecido a un trasgo y dos fantasmas, ahora ponía películas de arte y ensayo y agotaba las localidades, y también hacía las veces de local de conciertos. Y como el privilegio a menudo viene de la mano del deseo de verduras frescas y de carne magra de calidad, se abrió una tienda de alimentación sana y un supermercado de comida *gourmet* para satisfacer a los alumnos de la Damascus Prep y a los residentes del condado más comprometidos con la salud. La tienda de artículos de pesca empezó a vender cañas de diseño y ahora los pescadores locales ofrecían paseos en barca por las ciénagas por las mañanas y al anochecer. Al terminarse el año escolar, las familias alquilaban embarcaciones para ir de Georgia a la costa de Maine. Una pequeña escuela secundaria privada, situada en lo que antaño había sido una carretera oscura y solitaria sin apenas farolas y sólo animada por el frotar de las patas de los grillos y por el croar de las ranas toro de Georgia, había revitalizado a un pueblo entero. Por supuesto, Agnes M. Christie no conoció de primera mano este renacimiento. Ahora lee la historia de la Damascus Prep durante los momentos de poco trabajo en la biblioteca de Buckner County, donde trabaja de voluntaria tres

días por semana desde que volvió al Sur. A veces, al hacerte viejo te desprendes de las cosas. Otras veces te aferras a ellas.

Durante el último curso de Agnes en el Buckner County College, Claude le dijo que Abbey Lincoln iba a ir a Atlanta. Estaba emocionado porque sería la oportunidad perfecta para parar en casa de sus padres y presentar a Agnes a algunos de sus hermanos de Morehouse y a sus encantadoras esposas y novias. Lady Miller besó el anillo de la caja de palomitas y les dio su bendición a Agnes y a Claude. El diácono Miller le pasó discretamente a Claude un billete nuevo de cincuenta dólares y le preguntó si tenía gasolina suficiente para el trayecto. La aguja del contador de gasolina del Chevrolet de Claude indicaba que el depósito estaba lleno, pero el padre de Agnes puso un galón extra en el maletero de todas formas.

—Seréis tontos si fumáis —les dijo mientras se alejaban con el coche.

La parada en Tuxedo, un pueblo que se podía atravesar en cinco minutos, fue directa y al grano. Los padres de Claude eran gente callada que sacaron su mejor mantel y sus cubiertos de procedencias diversas. Sirvieron un asado sencillo que estaba jugoso, pero carecía de la devoción de Lady Miller por la fruta deshuesada o las hierbas mediterráneas. La mesa no tenía decoración ni adorno alguno. La madre de Claude les sirvió té helado en frascos de conserva. Y durante su visita, dos horas cronometradas por Claude, se fue congregando para saludarlos un comité de bienvenida de fornidos hermanos y hermanas. Estaba claro que no sólo habían invertido sus esperanzas, sino también parte de sus ahorros en su hermano pequeño. Claude se las apañó para abrazarlos a todos y les prometió que en la próxima visita Agnes y él se quedarían más tiempo.

—Es por el trabajo, mamá —dijo mientras dejaba en la mesa un sobre que Agnes sabía que contenía un dinero que le había costado mucho ganar—. Todavía no he faltado un día por enfermedad ni por vacaciones. Me estoy guardando todos los días libres para cuando pueda disfrutarlos.

Fue en el trayecto de vuelta de Atlanta —después del concierto de Abbey Lincoln, que se retrasó una hora, y después de que Agnes conociera a la mayoría de los amigos de Claude— cuando la pareja se vio en un atasco de tráfico en la Dixie Overland, la Autopista 80. Claude y Agnes estaban escuchando la radio y riéndose y diseccionando los acontecimientos de la velada, desde las canciones que había cantado Abbey hasta la libertad con que los amigos de Claude habían examinado a Agnes y habían emitido sus opiniones: «Bueno, Claude, el envoltorio es encantador y el contenido está a la altura». Agnes había pasado de sentirse superior con la familia de Claude a sentirse banal y tonta con los amigos de Claude, que eran mucho más activos en el movimiento por los derechos civiles de lo que ella o sus padres habían sido nunca. Agnes se prometió en silencio a sí misma que leería algunos de los libros de no ficción de Claude con un interés más que pasajero.

—Lo has hecho bien —dijo Claude.

—Algunos de tus amigos me han parecido terriblemente pretenciosos —dijo Agnes—. No sé cómo los aguantabas.

—Si esperas lo bastante, la gente te muestra quién es en realidad —dijo Claude—. Me limité a esperar que revelaran sus personalidades reales.

Eran las dos de la madrugada cuando Claude tomó Damascus Road, un tramo de carretera larga y desolada que normalmente habría evitado, pero que servía de atajo para llegar a Buckner County. Iba con mucho cuidado de no pasarse del límite de velocidad, aunque iba pisando el acelerador con más fuerza de lo normal. Ni Claude ni Agnes se fijaron en el coche de policía hasta que se metió en la carretera y el agente encendió las luces azules y la sirena. Claude aminoró la marcha de inmediato y aparcó en el arcén. La luna estaba alta y el cielo era negro como la obsidiana y estaban rodeados de árboles de ramas bajas lisiados por las ciénagas y las marismas. Cuando el agente de policía se inclinó sobre la ventanilla del conductor y encendió una linterna, Claude ya había sacado el permiso de conducir.

—Buenas noches, agente —dijo Claude, sin mirar al hombre pero sin apartar la vista tampoco.

—¿Vas persiguiendo a la luna? —le preguntó el agente.

—¿Cómo dice? —dijo Claude.

—Parece que vas con prisa, ¿no?

Era un tipo flaco, tan flaco como grande era Claude. El pelo de color castaño ceniciento le clareaba en la coronilla, pero tenía un bigote de herradura poblado que se le curvaba en las puntas.

—¿Me he pasado del límite de velocidad, agente? —preguntó Claude en tono neutro.

El oficial le cogió el permiso de conducir.

—Pues creo que sí.

Agnes, igual que Claude, estaba mirando al frente.

El agente se inclinó más para asomarse al interior del coche y pareció que estaba a punto de devolverle el permiso a Claude. Saludó a Agnes tocándose la visera de la gorra.

—Supongo que con un cargamento así, yo también me pasaría de la velocidad.

Agnes vio que Claude hacía una mueca. Le puso la mano izquierda en el codo. El agente volvió a mirar un momento largo el permiso de conducir de Claude.

—Voy a comprobar esto. No os mováis de aquí.

Mientras el agente volvía al coche patrulla, a Claude se le escapó un silbido por lo bajo. Era una noche fría. Más fría de lo normal, y Claude podía verse el aliento.

—Voy a arrancar el coche, Agnes —dijo Claude.

—Claude, quiere que hagas algo. Eso es lo que quiere.

—No me gusta su pinta.

—Sé educado. Y no hagas nada.

—¿En qué estaría yo pensando? —Claude agarró el volante—. Mira que meterme por esta carretera.

El agente Jamie Haig pidió refuerzos. William Byrd, también agente y el mejor tirador del condado, tardó unos quince minutos en llegar al lugar. William Byrd tenía las espaldas anchas e iba bien afeitado y se le ponían los ojos de color azul pavo real cuando sonreía, que era algo que no hacía casi nunca. Tenía las mejillas de color rojo intenso y el pelo rubio, que no perdería ni de anciano. El flaco agente Haig conversó con el fornido agente Byrd y los dos decidieron que Claude y Agnes debían salir del coche mientras ellos lo registraban. Cuando Claude, con la voz más educada que pudo, les preguntó qué estaban buscando exactamente, el agente Byrd puso su manaza sobre el rifle y le dijo que no le convenía obstaculizar el registro. Los agentes inspeccionaron el interior del maletero y los asientos delanteros y traseros del Chevrolet. Hurgaron dentro de la guantera y metieron la cabeza por debajo de la capota antes de decirle a Claude que se volviera a meter en el coche. Claude esperó a que Agnes se sentara primero en el asiento del pasajero.

El agente William Byrd negó decididamente con la cabeza.

—Tenemos que echar un vistazo dentro de su bolso.

Agnes abrió su elegante bolso negro, que le había regalado hacía poco su madre. «Vestido y bolso nuevos. Algo bonito que llevar al concierto de Abbey Lincoln.» Agnes miró y se le empezó a formar un nudo en el estómago mientras los dedos torpes del agente hurgaban entre sus pertenencias.

—Jamie —le dijo el agente William Byrd a su esmirriado compañero—. Creo que necesitamos llevarnos aparte a esta señorita para interrogarla.

—¿Qué clase de interrogatorio? —dijo Claude, moviéndose instintivamente hacia Agnes.

El agente William Byrd señaló el bolso.

—En este bolso hay contrabando.

Agnes se sobresaltó y también a ella se le despertó la furia:

—No hay contrabando. ¡Caray, sólo hay pintalabios y perfume y mi carné de identidad!

—Jamie —dijo el agente Byrd con firmeza despreocupada—. Creo que a lo mejor tendremos que pedir más refuerzos.

—A ver —dijo el agente Haig, girándose hacia Agnes—. No hay nada que no pueda resolverse en unos minutos. Podemos solucionarlo metiéndonos por aquel caminillo de ahí. —Y señaló un sendero torcido, asediado por los sauces llorones y la ciénaga.

—Su chico...

El agente William Byrd señaló con la cabeza a Claude, que tenía los puños cerrados.

—Está un poco nervioso —concluyó.

—¿Quieres a este hombre? —dijo el agente Jamie Haig.

Agnes miró a Claude. Se acordó de lo que le había dicho Eloise: «Todos los hombres de mi

familia mueren jóvenes». Pensó que el agente fornido estaba ahora mismo toqueteando su rifle.

—Eso es asunto nuestro —dijo Claude, a quien la furia refrenada le estaba meciendo el cuerpo.

Agnes asintió con la cabeza.

—Sí, lo... *quiero*.

El rubio agente William Byrd echó a andar por la carretera y se llevó a Agnes entre los árboles de la ciénaga. Pasó un cuarto de hora antes de que su cara pálida apareciera otra vez, sin Agnes. Tenía un intenso rubor nocturno en las mejillas ya rubicundas y le dedicó a Claude una sonrisa tranquila y risueña. Se sacó una petaca de whisky del bolsillo de la camisa y la sostuvo en alto, dando unos cuantos tragos.

—Jamie, creo que la chica no lleva contrabando, pero ya sabes que no veo bien.

Ahora Claude estaba esposado. Un hilo de sangre le caía lentamente desde la coronilla, que había colisionado violentamente con la porra del agente Jamie Haig. Antes de marcharse, el agente Haig le susurró a Claude:

—No intentes hacer con Willie lo que has intentado conmigo. No te lo recomiendo para nada.

Haig se pasó los dedos por el pelo ralo mientras daba la vuelta al coche para adentrarse en la oscuridad.

—Te sentirás mejor cuando eches un trago —dijo el agente Byrd.

Se acercó furtivamente a Claude y lo derribó barriéndole los pies de una patada. Inclinó la petaca en dirección a la boca de Claude y le derramó el whisky sobre la cara. Claude apartó la cabeza y cerró con fuerza los labios. Se negó a beber el líquido que le estaba quemando la cara como si fuera sopa caliente.

Poco después, el agente Haig regresó por la carretera en compañía de Agnes, le abrió la puerta del copiloto y ella, todavía mirando al frente, se metió en el coche. El agente Haig le dejó el bolso sobre el regazo. Agnes tenía aplastada la parte de atrás del pelo cardado.

—Quiero que lleguéis los dos a casa sanos y salvos —dijo el agente William Byrd quitándole las esposas a Claude, y lo sentó a la fuerza en el Chevrolet—. Ha sido una noche larga para todos. Y para lo que suelen ser estas cosas, podría haber sido mucho peor.

Claude arrancó el motor y salió de allí. No lo sabía, pero estaba llorando. Agnes mantuvo la compostura y parpadeó cuando Claude le preguntó si tenía que llevarla al hospital. Parpadeó cuando él le preguntó si tenían que parar en casa de la señora Francine, la comadrona de color del pueblo, que estaba acostumbrada a que la despertaran a horas intempestivas. Le preguntó si estaba bien y fue entonces cuando Agnes se miró las manos y se fijó en que ya no llevaba en el dedo el anillo de la caja de palomitas. Se giró hacia Claude y se puso a chillar histérica, suplicándole que diera media vuelta.

—Agnes —dijo Claude—. Te compraré mil anillos de Cracker Jacks, cielo. Pero si volvemos, esos hombres nos matarán. No puedo dar media vuelta.

—Pues llévame a casa —dijo Agnes—. Llévame a casa ahora mismo.

Los días siguientes, como Agnes no se acercó al teléfono ni tampoco devolvió las llamadas a Claude, Lady Miller dio por sentado que el encuentro con la familia del chico no había ido bien. El diácono Miller, un hombre imponente al estilo de Booker T. Washington, de niño había sido objeto de pullas crueles por su piel oscura, y supuso que la gente culta y de piel clara de Atlanta había tratado con condescendencia a su única hija y que ésta estaba desquitándose y devolviéndoles esa condescendencia.

Un domingo por la mañana antes de la iglesia, Claude apareció en su puerta. Hacía dos semanas que no pasaba por allí. El diácono Miller no lo dejó entrar en casa, pero Agnes accedió a salir al porche. Claude se postró ante ella con una rodilla en el suelo y le propuso matrimonio, mostrándole un anillo de compromiso resplandeciente con el diamante más grande que había visto nunca. Debía de haberse gastado los ahorros de toda su vida en ese anillo.

—Claude —le dijo Agnes—. No fue culpa tuya.

—Agnes —dijo Claude, repitiendo el nombre de ella una y otra vez.

Pero ella no accedió a casarse con él. Para asegurarse de que Claude no se le acercara y de que ella misma no cedería, Agnes examinó sus opciones. El mes siguiente, en el banquete de boda de su prima hermana Charlotte, conoció a Edward Christie, un hombrecillo corpulento y sociable. Agnes le sacaba un buen palmo a Eddie, que le propuso matrimonio en su primera cita. Ni siquiera hubo tiempo para casarse en la iglesia. El diácono y Lady Miller fueron los testigos perplejos y desconsolados de la boda civil de su única hija. Agnes hizo las maletas y se mudó al norte para vivir con la familia de su marido. Eddie se fue a Vietnam seis semanas después de la boda.

La familia de Eddie era propietaria de una casa de ladrillo a pocas manzanas de Little Italy, en el sur del Bronx. Para una chica sureña cuyo mundo estaba teñido de blanco y negro, Little Italy era algo nuevo. Todavía no habían tenido lugar los disturbios del Bronx. Agnes, guapa y encantadora, aprendió a hablar el idioma de los italianos, a quienes les cayó bien aquella joven alta que siempre decía «por favor» y «gracias» y «¿cómo está usted hoy?». Agnes se matriculó en la Universidad de Fordham, donde terminó la licenciatura que Damascus Road había interrumpido.

Agnes no se hizo profesora de lengua inglesa. Su primer trabajo fue para el ayuntamiento, de asistente de proyectos. Lo que había empezado como un trabajo seguro para la administración con un buen sueldo se terminaría convirtiendo en una exitosa carrera de urbanista. Agnes y Eddie le pusieron a su primera hija (nacida nueve meses después de su boda) Beverly, por la abuela de Eddie. En cuanto Beverly pudo gatear, empezó a seguir a Agnes a todas partes. El hecho de que Beverly no se despegara de ella llenaba a Agnes de duda y de desazón, pero en general era buena niña y tenía una naturaleza feliz como Eddie.

Las idas y venidas de Eddie hicieron que les resultara más fácil seguir siendo una pareja felizmente casada. Cuando su marido volvía a casa, Agnes no tenía que fingir amor. El amor era un músculo. Se usaba. Lo ejercitabas y el amor te premiaba con flexibilidad y fuerza.

En la primavera de 1969, un año después de que asesinaran al doctor King en Memphis, Agnes recibió una llamada a medianoche de Eloise, que estaba visitando a su familia en Buckner County.

—Agnes —dijo Eloise—. Casi he tenido que matar a esa madre tuya para que me diera tu número.

Agnes se llevó una mano al vientre a modo de protección cuando oyó la voz de Eloise. Estaba esperando a su segunda criatura, en el tercer trimestre de embarazo.

—¿Cómo estás, Eloise? —se oyó decir a sí misma Agnes.

—Ya me conoces, Agnes. Si me das algo a lo que pegarme, prospero.

—¿O sea que estás bien?

Hubo una pausa.

—La mayoría de los días, sí.

—Bien.

—Escucha. —Eloise habló a toda prisa—. Han encontrado a Claude muerto de un disparo en su apartamento de Dorchester, Massachusetts. Creen que puede haber sido un robo a mano armada. Lo ha encontrado uno de sus compañeros de trabajo.

—¿Claude? —se oyó decir a sí misma Agnes; llevaba tres años sin pronunciar su nombre. —¿Claude? ¿Muerto? —Massachusetts no estaba ni a cinco horas de donde ella vivía.

—Lo siento, Agnes —dijo Eloise—. Algunos no estamos hechos para la vida en la gran ciudad.

Agnes colgó el teléfono y se metió en la cama. La madre de Eddie llamó al médico. Cuando el médico le preguntó a Agnes qué le pasaba, ella le dijo que tenía un millar de dolores punzantes corriéndole por debajo de la piel. El médico dijo que tenía una bursitis aguda, que a veces contraen las embarazadas. El diácono y Lady Miller fueron a cuidar a su única hija, pero el barullo del Bronx y de Nueva York los abrumó. Después de un par de semanas en el Bronx, se batieron en retirada a Buckner County.

Agnes y Eddie Christie tuvieron una niña que nació cuatro semanas antes de tiempo. Llegó al mundo en la maternidad del hospital Columbia Presbyterian. Esta vez Agnes sí que ansiaba tener en brazos a su bebé, rescatar a la niña de la incubadora y de la luz artificial. Estuvo feliz de arrullar a aquella nueva hija y de cantarle nanas y todavía más feliz cuando se la llevó a casa. Le puso de nombre Claudia, y cuando Eddie, que acababa de volver de la guerra, mencionó que en

su familia no había Claudias, Agnes le dio un masaje a su marido en los callos de la mano y le dijo:

—Me gusta como suena, simplemente.



2009
En los hospitales no se puede fumar

Soy enfermera de urgencias en el hospital Columbia Presbyterian. Mi cargo oficial es coordinadora de Recursos. Hay otras cuatro enfermeras a mi cargo. Otras cuatro enfermeras que hacen lo que les digo. Podría pasearme por aquí en plan dictadora... si quisiera. Podría ir por aquí como van esos cirujanos, haciendo ver que todo lo pueden y todo lo saben, como si Dios les hubiera puesto el poder de la curación en las yemas de los dedos. Pero cuando llego al trabajo entiendo que lo importante no soy yo. Ni tampoco mis compañeras. Lo importante es esta gente que está ingresada en el hospital. Puede que yo sea la última cara que alguien ve en su vida. Y eso es una bendición. Un honor. Es algo que te baja los humos.

Yo también podría haber sido médico. Pero nunca llegué a matricularme en la Facultad de Medicina. En las clases de enfermería siempre sacaba sobresalientes. Mi hijo de quince años, Peanut, me corregía los deberes. Levantaba la vista de un ejercicio que yo había escrito y me decía:

—Caray, mamá, eres lista.

Y yo sonreía y negaba con la cabeza.

—¿Qué te hace pensar que toda tu inteligencia proviene de tu padre?

El padre de mis hijos, Kevin, es policía. Corrijo: *era* policía. Ahora está en el oeste, en el

desierto de Arizona, haciendo controles de inmigración con la Patrulla Fronteriza, mandando a gente desesperada de vuelta a México. Es bueno que aprendiéramos español en el instituto. Crecimos en el sur del Bronx, unas manzanas al este de lo que antes era Little Italy. Por aquel entonces el Bronx estaba lleno de puertorriqueños, y aprendíamos el español de forma natural y lo elegíamos como asignatura de idioma fácil en la secundaria. Es lo que les digo a mis hijos: cuando estás aprendiendo algo, llega un momento en que ya aprendes sin darte cuenta. Al principio no puedes ver el final, así que no corras riesgos y empieza bien. Por supuesto, solía decirme Kevin para meterse conmigo, también puede ocurrir que aprendas español fácilmente porque tu abuelo era cubano, aunque de la generación que sólo hablaba inglés.

Después de tener a los niños —tengo cuatro—, mi solicitud de matrícula en la Facultad de Medicina se quedó en un cajón. Kevin y yo sólo podíamos intentar llevar las facturas al día. Quizá algún día haga los cursos para enfermera facultativa. Sería una buena enfermera facultativa. Y tienen un horario más razonable. Por lo que veo, los médicos de aquí no tienen tiempo. Y tampoco ganan lo que ganaban antes. La vida de los médicos es entrar y salir, salir y entrar. El otro día oí que un médico le gritaba a su supervisor. El supervisor siempre anda merodeando, no lo deja en paz ni un segundo. «¿Cómo se supone que voy a examinar a veinticinco pacientes en un día? ¿Y si se me pasa algo por alto? Soy médico, no mago de feria.» Seis días a la semana odio a ese estirado. Pero en aquel momento lo entendí.

En fin, éste de aquí es Pez Gordo James. Así es como mi hermana Claudia llama a su suegro: Pez Gordo James. La primera vez que me habló de él, le dije: «¿Por qué le pones Pez Gordo delante del nombre? ¿Es muy arrogante o algo así?». Claudia negó con la cabeza. «No es arrogante —me dijo—. Está perdido.»

Pez Gordo James está aparcado aquí, en la UCI de Neurología. Y le he prometido a Claudia que durante mi descanso iría a ver cómo estaba. Ella y su marido Rufus están en el sur de Francia. Primero de simposio en Dublín. Después de vacaciones en Francia. Hay que ver cómo viven algunos. Se tienen que volver a Estados Unidos porque el viejales este se golpeó la cabeza con el borde de su piscina de medidas olímpicas mientras intentaba rescatar a mi sobrina Winona, que a punto estuvo de ahogarse. Esto no lo sé seguro, pero he ido atando cabos como quien hace un rompecabezas. Cuando vi al hermano de Winona, Elijah, me lo llevé aparte y le dije:

—Elijah, ¿qué ha pasado?

Elijah, que tiene cinco años, me dijo:

—La cosa que flota se dio la vuelta y Winnie tuvo que nadar.

Al oír aquello me puse furiosa. Pasé de la preocupación a la rabia. Me vinieron toda clase de efluvios de antigua bilis entre mi hermana Claudia y yo. Yo podría haber cuidado de Winona y Elijah. Tengo un apartamento de antes de la guerra en Washington Heights con tres dormitorios y un sofá cama de lujo. Me las podría haber apañado. Los primos se podrían haber visto, que es algo que ya no pasa casi nunca. Nos lo habríamos pasado bien *todos*. Me los habría llevado a

comer pizza y a los Victorian Gardens o al zoo del Bronx. Tengo un pase familiar y los niños podrían haber visto a esos tigres siberianos que tanto miedo dan. Podrían haber ido al observatorio de mariposas o haber subido al monorraíl. Claudia cree que mi hijo Peanut salió listo por arte de magia, pero la verdad es que yo *hago cosas* con mis hijos. No los tengo abandonados. Nunca lo he hecho y nunca lo haré. No siempre me apetece, pero ¿a qué madre le apetece siempre? ¿Qué madre se pasa un día tras otro diciendo: «Sois míos y os quiero, hijos», y no tiene algún momento en que grita: «A LA MIERDA A LA MIERDA A LA MIERDA?»

Y ahora el tal James Samuel Vincent está sentado en la UCI de Neurología medio comatoso y con la cabeza rota, y su amada esposa, Adele, se ha llevado a *mis* sobrinos al FAO Schwarz y al Dylan's Candy Bar de la calle Sesenta porque estuvieron a punto de ahogarse. Y en vez de fumarme un cigarrillo, que es lo que quiero hacer, estoy yendo a ver a Pez Gordo James porque *se lo he prometido* a Claudia. De una manera u otra, siempre cumplo lo que prometo.

Si Claudia se molestara en preguntar, se enteraría de que yo también tengo problemas: un carro extragrande lleno de dolores de cabeza. He llamado a la señorita Lydia, la canguro de mis gemelos, para ver si mi hija Minerva los había recogido, porque Minerva nunca contesta el móvil, y entonces, mientras estaba llamando a la señorita Lydia, Peanut me ha escrito un mensaje de texto: «¿Tengo que ir a robótica? ¿Tengo que ir a recoger a Keisha y a Lamar?». Y le he dicho: «Tranquilízate un momento, joder. —Por favor—. Peanut, ¡tranquilízate!».

Pero ha aparecido Minerva. Me ha llamado la señorita Lydia para decírmelo. Y he sentido un pequeño vuelco de felicidad en el corazón. Quizá Minerva termine arreglándose. Me muero de ganas de contarle que James y la borracha de su segunda mujer han estado a punto de ahogar a su prima. Me muero de ganas de contarle que Adele se está enmendando en el Dylan's Candy Bar. Minerva *odia* el Dylan's Candy Bar. Minerva *odia* el Dylan's Candy Bar, a pesar de que se pirra por el chocolate y los dulces.

El tema es el siguiente: supe que Minerva iba a dar problemas desde que tenía diez años y la llevé al Serendipity del Upper East Side para darnos un capricho de madre e hija. Quería llevarla al Serendipity porque había leído que Diana Ross iba allí en limusina con sus hijas en sus cumpleaños para comerse una copa de helado con chocolate caliente. Y se me ocurrió enseñarle a Minerva cómo vive la gente fabulosa. Pero cuando llegamos, el Serendipity estaba cerrado. Ya no existía; no se me había ocurrido llamar antes. Me sentí idiota de verdad, pero Minerva se limitó a encogerse de hombros y me dijo:

—¿Adónde vamos ahora, mamá?

Y en un periquete pasé de idiota a «esto lo soluciono». No estaba dispuesta a decepcionar a mi hija. Y echamos a andar como si supiéramos adónde íbamos. Nos pusimos a caminar por el Upper East Side y con cada puto paso que dábamos yo sentía el yugo de la pobreza en el cuello. El Upper East Side te puede machacar así. Desde los salones de manicura de alto copete hasta las pequeñas *boutiques* con timbres plateados que tienes que tocar para entrar, pasando por esos cafés lujosos de escaparates enormes que parecen obras de arte moderno. Llegamos al Dylan's

Candy Bar y nos lo encontramos abarrotado de gente joven y de gente mayor satisfaciendo sus ansias de dulces. Nos quedamos un momento delante mirando cómo la gente entraba y salía en masa del local.

—*Vamos aquí* —dije.

Y seguimos a las masas. Y Minerva se volvió loca de felicidad. Se puso a llenar con dulces de unas cubetas de plástico unas bolsitas que tenían unas asas rojas para cerrarlas. Chocolatinas Whoppers y Hershey's Kisses y gominolas y tartitas de mantequilla de cacahuete y bolas de cereales caramelizados y regaliz negro. Y Lacasitos. Montones de Lacasitos. Y Minerva dijo:

—Mamá, ¿quién es ese Dylan que nos da tantos dulces?

Alguien que teníamos al lado nos dijo en voz baja que Dylan era la hija de Ralph Lauren. Y Minerva dijo:

—¿Ralph Lauren? No se llama Lauren de verdad. En realidad se llama Ralph Lifshitz y es del Bronx, igual que nosotras. Es todo fachada. Una fachada para ganar estatus social.

Y fue entonces cuando pensé: «Caray, es lista. Se avecinan problemas. Mantenla ocupada». Y durante una temporada lo conseguí. Primero vino la gimnasia. Las clases de natación. El español. La viola. Hasta despilfarré en equipamiento de lacrosse. Pero luego mi matrimonio se vino abajo y Minerva también.

Ahora mismo tengo tantas ganas de fumar que mataría por un cigarrillo. Pero voy a quedarme con Pez Gordo James hasta mi próximo turno. Como no cumpla mi promesa, no me voy a quitar de encima a Claudia en lo que me queda de vida. Aquí dentro reinan el silencio y la calma. ¿Cuántas ocasiones tengo de disfrutar del silencio y la calma? En este silencio hay algo que me hace echar de menos a Kevin. Tendría que llamarlo y decirle que venga a buscar a Minerva. Debe saber que su hija está perdiendo el norte. Por supuesto, él pensará que quiero que vuelva. Kevin pensará que el motivo de la llamada es el sexo. Los hombres siempre creen que los llamas por sexo. Es gracioso, las cosas que no entendemos en las relaciones. Hay montones de cosas que no entendemos. Pero en la mayoría de las cosas relativas a los niños, Kevin y yo coincidimos. Son los rollos que sí entendemos los que cuesta proteger. ¿Entiendes lo que te digo, James? ¿Puedes oírme? Espero que me oigas. Más te vale oírme. Joder, puede que *no me estés oyendo*. No desconectes del mundo. Mantente alerta, James Vincent. ¿Por qué en los hospitales no se puede fumar, Dios santo?



1954 1969 1979 1989 **2009**

Que haya sal

Por un momento, a James Samuel Vincent se le estuvo a punto de parar el corazón en su habitación del hospital. La sensación le vino al llevar a cabo el temible descubrimiento de que Dios no sólo era una mujer, sino que, oh, maravilla, la Salvadora del mundo era negra. James estaba colocado por los calmantes y Su imagen le llegó borrosa, como algo salido de un sueño. Se encontró a sí mismo luchando por encontrar unas palabras que no querían venir a él, pugnando por mover los brazos como para declarar: «Antes de que me juzgues...». Pero luego sus pensamientos regresaron flotando a un día azul y luminoso y a una piscina de color aguamarina y a aquella nieta suya, Winona, escurriéndose por el agujero del flotador en forma de dónut y hundiéndose, con los rizos de color cobrizo arremolinándose en el lado hondo de la piscina. James se giró, dejó caer el guante de béisbol que tenía en la mano, le dijo a Elijah que no se moviera y corrió hasta la piscina tan deprisa como se lo permitieron sus viejas piernas de sesenta y siete años, que fue bastante deprisa, atravesando el césped perfectamente cuidado hasta el borde resbaladizo de basalto azul de la piscina, donde, justo antes de poder tirarse al agua, el suelo mojado se le escurrió de debajo de los pies y Pez Gordo James se desplomó en la oscuridad.

Jimmy Hijo. Volvía a ser el pequeño Jimmy Hijo, un chico de doce años plantado debajo del ventilador del techo de la cocina mirando cómo su madre hacía añicos la porcelana fina, las tazas de té y los platillos, los juegos de ocho platos de cena y las fuentes de ensaladas y las flautas de cristal. Se había producido un desacuerdo entre los padres de Jimmy. Siempre había desacuerdos

entre los padres de Jimmy, pero éste se había calentado hasta convertirse en una pelea en toda regla. Se dijeron cosas feas que ninguno de los dos iba a poder borrar ni retirar.

Su padre, Jimmy Padre, había aceptado un trabajo nuevo en el Departamento de Bomberos de Fresno sin consultarlo con su mujer. Un trabajo nuevo significaba mudarse tres años seguidos, pero a Nancy Vincent le encantaba Portsmouth. Sí, Portsmouth era caro (sobre todo para una familia con una única fuente de ingresos), pero también era un buen sitio para echar raíces y criar a su hijo.

—En Fresno necesitan bomberos. Hasta nos pagan la casa.

Jimmy Padre era bombero, pero los bomberos se estaban quedando sin trabajo a diestra y siniestra por culpa de los recientes recortes presupuestarios en Portsmouth.

Aquel domingo por la mañana, Nancy Vincent rugió como una leona. Era pelirroja, pero no solía ser propensa a los accesos de rabia o de mal humor a menos que la provocaran de verdad.

—Fui una vez a Fresno para una convención de bibliotecarios. Fresno es el infierno. No pienso llevar a Jimmy a ningún sitio que esté cerca de Fresno.

Su última casa, sólo un año antes, había estado en Hartford, Connecticut. Nancy no se había quejado cuando se habían marchado de Hartford para ir a Portsmouth. Se habían hecho promesas. Iban a quedarse en su nueva ciudad hasta que Jimmy se graduara del instituto.

—Cuando nos mudemos a Fresno —dijo Jimmy Padre—, tendremos un perro.

—Jimmy quiere un gato —dijo Nancy.

Jimmy Padre negó con la cabeza.

—¿Qué chico quiere un gato?

Jimmy quería quedarse en Portsmouth:

—Por favor, si nos quedamos aquí, me da igual un perro que un gato.

Con casi trece años, ya era más alto que su padre. Aquel muchacho no podía saber que un día él también tendría dos hijos: uno de su matrimonio y otro de una aventura. El hijo de la aventura tendría el mismo aspecto que su padre, sus mismas maneras y su temperamento.

—La empresa de mudanzas viene el mes que viene. El último día de escuela —dijo Jimmy Padre, en tono inapelable—. Está decidido. Haced las maletas.

Su padre se puso una chaqueta de ante nueva. A veces, en las noches de verano en Portsmouth, llegaba brisa del océano y la mejor defensa era una chaqueta. Jimmy Padre se fue al pub del barrio a beber Guinness con sus amigos.

—Me voy a ir a visitar a mi familia —le gritó Nancy a su marido.

—Pero si no tienes familia.

—Tengo a mi tío Monroe.

—¿Y de dónde va a salir el dinero, chata?

Nancy llevaba tres meses sin trabajo. La economía también había tratado mal a los bibliotecarios de Portsmouth, ciudad de restaurantes, tiendas y museos. Pero Nancy tenía buen

ojo para comer barato. A Jimmy Hijo y a ella les pirraba el Trading Post de la cercana población de Kittery.

Jimmy Padre tomó un avión a Fresno una semana antes que ellos para asistir a la instrucción. Nancy recorrió las habitaciones de su apartamento situado en un edificio de tres plantas, cantando *Bye, Bye Love* y recogiendo los recuerdos más importantes para ella.

—Ha habido un cambio de planes —le dijo a Jimmy.

A él le asombró la eficiencia de su madre, un talento que quizá hubiera desarrollado como bibliotecaria. Nancy apiló las fotos de bebé de su hijo dentro de una maleta de cuero. Dejó atrás sus fotos de boda. Cogió el certificado de nacimiento y la tarjeta de la seguridad social de Jimmy, sus abrigos de invierno, sus botas de agua, unos cuantos pantalones, pantalones cortos y camisas y dijo:

—¿Quién dice que las mujeres no saben viajar con poco equipaje?

Cada uno llenó una caja de sus libros favoritos. A Jimmy le gustaban Dickens y Poe y Melville. Podía pasarse la noche entera leyendo *Moby Dick*.

Jimmy apenas tuvo tiempo para despedirse de sus mejores amigos. Lukas y Boone eran chicos activos y propensos al acné a quienes también les gustaba leer hasta la madrugada. Vinieron a verlo pedaleando en sus bicicletas Schwinn Deluxe Racer. Por entonces Jimmy no podía saberlo, pero el B-52 de Lukas Fall sería abatido durante una misión en Vietnam. Boone McAllister se haría objetor de conciencia y abriría una tienda de comida saludable para veteranos de guerra en Portsmouth. Lo único que Jimmy sabía aquella noche, sentado en las escaleras de su apartamento, era que los iba a echar mucho de menos. Nancy Vincent nunca corregía a Jimmy cuando él le contaba a la gente que Boone y Lukas eran primos suyos. Decía que era natural aferrarse a una familia nueva cuando la tuya era pequeña y estaba deshecha. Tanto el padre de Jimmy como su madre eran hijos únicos. O por lo menos su madre lo era. Jimmy Padre no hablaba nunca de su familia a menos que estuviera borracho. «Gente de Maine» era lo único que decía de ellos. «Gente del Sur», decía Nancy Vincent de su parentela. La clase de gente blanca del Sur que no soportaba los prejuicios de su población natal, añadía, como si las palabras pudieran compensar el hecho de que Jimmy no fuera a conocer nunca a sus abuelos. El tío Monroe era el único tío vivo que le quedaba a Nancy. Hasta hacía poco, Jimmy había estado convencido de que era un ser legendario; igual de real que un personaje de dibujos animados o una sirena.

«Prepárate: la gente del Sur es extraña», lo había avisado Boone. Pero a Jimmy le pareció que allí adonde fuera —en las paradas de descanso y las gasolineras y los cafés de carretera y los vestíbulos de los moteles del trayecto en coche de treinta y dos horas que los llevó a Tybee Island, Georgia—, la gente ya era lo bastante extraña. Echaban kétchup con furia sobre las

patatas fritas, pedían indicaciones arbitrarias que luego no seguían y se ponían a charlar contigo como si se estuvieran poniendo al día con un viejo amigo. A veces Jimmy se quedaba sentado en el coche mientras su madre entraba corriendo en el cuarto de baño para «refrescarse un poco». Se quedaba sentado con las largas piernas flexionadas y los pies apoyados en el asiento del pasajero, comiendo Fritos y mirando a la gente que iba y venía, viajando pero de alguna manera congelados, completamente inmóviles. «Refrescarse» significaba llamar por teléfono al padre de Jimmy. «Refrescarse» significaba que su madre volviera a toda prisa de la parada de descanso sin mirar ni siquiera cuando cruzaba la calzada para llegar al aparcamiento. (Estuvieron a punto de atropellarla dos veces.) «Refrescarse» significaba un silencio excesivo y los pies pequeños de su madre pidiendo a gritos una multa por exceso de velocidad, de tanto que pisaba el acelerador. «Refrescarse» significaba la mirada quebradiza que le aparecía a Nancy en la cara cuando Jimmy se atrevía a preguntar por su padre.

El trayecto en coche a Tybee duró una pequeña eternidad, con una parada en Manhattan para ver una nueva versión gratuita al aire libre del musical *Vive como quieras*, un título que a Jimmy le pareció una broma cruel dirigida a su madre y a él. En Washington D. C. se detuvieron para admirar el monumento a Lincoln. Se quedaron en un Holiday Inn de Maryland y disfrutaron del desayuno gratuito con cupones.

—Si el desayuno es gratis, ¿para qué necesitamos los cupones? —le preguntó irritado Jimmy a su madre.

Nancy se negó a dar cuerda a la frustración de su hijo.

—El tío Monroe es un hombre agradable.

—¿Cuándo fue la última vez que lo viste? —dijo Jimmy.

—Pues yo debía de tener cinco años. Me acuerdo de que tenía una pescadería.

—Genial. Puedo vender pescado. Puedo hacerme pescador de mayor.

—A mí me parece un plan fabuloso.

La madre de Jimmy abordaba la vida como una persona joven. Y quizá sería joven para siempre. No se le veían en la cara los problemas de la vida de casada, como les pasaba a algunas mujeres. Había que ser guapa para que te sentara bien el pelo corto: cuando lo llevas así de corto, los rasgos te quedan completamente expuestos. Se lo había esquilado con unas tijeras metálicas poco antes de marcharse de Portsmouth. Había dejado un montículo de tirabuzones rojos sobre los azulejos blancos y negros de la cocina. También había dejado atrás sus sueños de jubilarse en Portsmouth. En una casita de Cape Cod. Las dimensiones perfectas para una familia de tres personas.

—Este coche lo he pagado con el sudor de mi frente —dijo Nancy cuando partieron en el Cadillac Coupe de Ville de 1951 de color rosa, la única propiedad que estaba a su nombre—. Tu padre no se dejaría ver jamás en un coche tan rosa. Joder, quizá fue por eso por lo que lo compré.

El tío Monroe les dio la bienvenida en su bungaló destartalado de dos habitaciones saludándolos con la cabeza y sonriendo con expresión de «así es la vida». Tenía una barba canosa en una cara larga y alicaída. «En fin, papá dijo que yo quería un perro y aquí me tienes viviendo con uno. No se puede tener una pinta más perruna que la del tío Monroe.» Era una idea cruel, pero desde que se habían marchado de Portsmouth cierta mordacidad había echado raíces lentamente en Jimmy. Todavía no había visto un solo arcoíris, y los arcoíris habían sido elementos comunes en su vida. En su Portsmouth había un montón de luz de sol y nubes, cuyos colores te asaltaban desde todos lados y hacían estallar el cielo.

Era una suerte que Nancy no hubiera traído gran cosa consigo. El tío Monroe tenía una casa de hombre. Sus días de pescador se habían terminado, pero tenía la casa llena de cebos de plástico en forma de cabezas de pescado y periódicos enrollados encima de las mesas y cazuelas y sartenes viejas y camas duras y un sofá de tela rasposa a cuadros y un televisor pequeño que sintonizaba los canales básicos para poder ver las noticias de la mañana y enterarse de si venía tormenta.

—No crees en la comodidad, tío —le dijo la madre de Jimmy al tío Monroe cuando salió cojeando del dormitorio después de su primera noche de dormir en el colchón duro como una roca.

—La comodidad no es funcional —fue la respuesta del tío Monroe.

—Me gusta tu concepto de comodidad —dijo la madre de Jimmy cuando el agua caliente se puso fría como el hielo cinco segundos después de entrar ella en la ducha.

—El agua pudre el hierro y hunde los acorazados —dijo el tío Monroe.

—Lo dice un hombre que vende pescado.

—Lo vendía, cariño. Ya no soy pescador.

Nancy se rio.

—¿Esto es una treta o es que estamos emparentados?

La semana siguiente, el tío salió, encargó dos colchones nuevos en Sears y los puso en el dormitorio que compartían Jimmy y su madre. También trajo a casa un ramo de siemprevivas azules y margaritas cimarronas del Piggly Wiggly.

Nancy Vincent perdió parte de su alegría a las dos semanas de estar allí. Salía a dar largos paseos por la playa de color sal, pero al atardecer y sin Jimmy. Y cogió el hábito de murmurar para sí misma, unos arranques repentinos que hacían que a Jimmy le dieran ganas de ponerse tapones en los oídos.

—Gilipollas. Idiota. Imbécil. ¿En qué estaba pensando yo todos estos años?

—¿Cuándo volvemos a Portsmouth? —le preguntó Jimmy a su madre el tercer domingo de su estancia allí.

—A su debido tiempo.

—¿Eso qué quiere decir?

El tío Monroe los interrumpió.

—Quiere decir que tu viejo era un suplicio. Y que Portsmouth es un recuerdo.

—Cuidado con esa lengua, tío —dijo Nancy.

El tío Monroe levantó las manos con gesto de inocencia.

—Mi amigo King Tyrone acaba de llegar en una barca llena de cangrejos. ¿Alguna vez has tenido en la mano un cangrejo azul? —El tío Monroe miró a Jimmy.

—Me gusta la langosta —dijo Jimmy.

—No distinguiría a un cangrejo azul ni aunque le pellizcara en la nariz —admitió Nancy.

El tío Monroe puso una cara tan larga que a Jimmy le pareció que la iba a arrastrar por el suelo.

—Pues es un pecado. Y una lástima.

«Tybee significa sal en idioma euchee —le dijo en tono de admiración su madre—. Los indios euchee fundaron Tybee Island. Fueron los primeros que vivieron aquí.» «¿Y dónde están ahora?», preguntó Jimmy. Puede que una playa bonita significara algo para otra gente, pero no para Jimmy Vincent. En primer lugar, prefería las playas sin domesticar, llenas de rocas y peñascos y escolleras peligrosas que te despellejaban las rodillas. Le gustaban las playas gélidas de Maine, las playas de *su padre*, y aquel frío que te asaltaba las terminaciones nerviosas cuando te zambullías por primera vez. Los veranos de Jimmy en Portsmouth nunca habían sido así de viscosos ni de pegajosos. Tybee Island tenía unos niveles completamente nuevos de humedad y de calor. Como el calor requería «aclimatarse», la expresión favorita de su tío Monroe, Jimmy adoptó la costumbre de levantarse al alba, antes de que los moradores de la playa la ocuparan y de que el sol se adueñara del día.

Una mañana, después de pasarse casi dos semanas rechazando la invitación del tío Monroe para salir a buscar cangrejos, Jimmy decidió que no perdía nada acompañándolo. Si no iba, le tocaría aguantar otra lección de su madre sobre la historia de Tybee Island. Nancy Vincent estaba decidida a despertar el interés de su hijo. «Ya me imagino que no te parece gran cosa, Jimmy, pero a esta isla solía venir mucha gente. Lo llamaban “tomar la sal”. Venía gente de todas partes para disfrutar del aire fresco cuando estaban enfermos.»

El tío Monroe recorrió con su camión las seis manzanas cortas que lo separaban de la casa de King Tyrone. King Tyrone era dueño de una cabaña en el muelle que daba a la marisma. Era un tipo flaco y de piel oscura de unos cuarenta años. A Jimmy le sorprendió ver cuántos años le sacaba el tío Monroe a aquel pescador. También le sorprendió la abundancia de siemprevivas azules y margaritas cimarronas que rodeaban la propiedad de King Tyrone.

—Conque del Piggly Wiggly, ¿eh? —dijo Jimmy.

El tío Monroe se encogió de hombros.

—No traigas la confusión contigo.

No perdieron tiempo en salir a la mar. A King Tyrone no le gustaba la compañía de gente que

no fuera de su familia. Y a veces ni siquiera le apetecía estar con los suyos.

—A esto lo llaman «el hombre muerto». —Abrió un cangrejo con el cuchillo y le enseñó a Jimmy las entrañas carnosas—. Así distinguimos al cangrejo hembra del macho. El color naranja brillante significa que esta hembra llevaba huevas.

Estaban en el bote de pesca de King Tyrone, completamente rodeados de cangrejos. Jimmy contempló los cangrejos azules, que forcejeaban y se subían los unos sobre los otros en la cubierta del pequeño bote de pesca gris y blanco, y le entraron ganas de llorar. Aquellas criaturas tenían algo hermoso y triste.

—Hoy cenaremos bien. —El tío Monroe le dio una palmada vigorosa a Jimmy en la espalda.

Jimmy miró cómo King Tyrone recogía una docena o más de cangrejos azules con las manos desnudas y los tiraba dentro de un tonel de madera. Tenía las manos completamente cubiertas de callos y parecía indiferente a sus pinzas.

—¿No duele? —preguntó Jimmy.

—Te terminas acostumbrando.

A veces, cuando estaba en la mar, a King Tyrone le parecía que sería agradable tener a una mujer e hijos esperándolo en tierra. Pero el océano era impredecible. Y la mala suerte corría en su familia.

—Las pinzas ya no me hacen nada.

Aquella misma noche, mientras su madre desplegaba papel de periódico extra sobre la mesa de pícnic del jardín de atrás, Jimmy miró cómo el tío Monroe echaba los cangrejos en una olla langostera llena de agua hirviendo en la cocina. Vio la danza frenética de los cangrejos y su lento y tortuoso cambio de color. Jimmy no se creía capaz de comerse los cangrejos, pero su apetito lo traicionó. Aquella noche cenó bien.

A la mañana siguiente, su madre fue con el tío Monroe a Stingray, una marisquería local, y rellenó una solicitud para trabajar de camarera.

—Más vale empezar en alguna parte —dijo—. Para qué esperar.

El día después de que su madre empezara a trabajar en el Stingray, Jimmy cogió la vieja y destartalada bicicleta de su tío Monroe y pedaleó nueve kilómetros hasta Fort Pulaski. No se lo dijo a Nancy por miedo a que se preocupara por el tráfico de la Autopista 80. Pagó la entrada e hizo fotos del fuerte para mandárselas a Boone McAllister y a Lukas Fall. Sus amigos le habían escrito para contarle que se estaban leyendo *Sin novedad en el frente*. Les contestó con una carta acerca del soldado confederado cuyo fantasma se decía que rondaba Fort Pulaski por las noches en busca de su cabeza. Después de la visita guiada, Jimmy pedaleó por los caminos de tierra que rodeaban el fuerte. Pedaleó entre plantas, flores y pájaros cuyo canto le pareció tropical, extranjero. «En Portsmouth no hay estas especies de pájaros», les escribió a Lukas y a Boone. Hizo todo el camino a casa en bicicleta llevando un viejo sombrero de paja de pescador que pertenecía a su tío Monroe, y por primera vez no le importó el calor de la tarde.

En Portsmouth, poco antes de que su madre y él se marcharan, Jimmy estaba volviendo una noche de casa de Boone cuando oyó una voz que reconoció como la de su padre. Se dio la vuelta y allí estaban Jimmy Padre y sus amigotes bomberos paseándose por la calle, con la alegría y el alcohol y toda clase de corrupciones rezumándoles por los poros. «Confusión —oyó que decía su padre, dándole una palmada en la espalda a uno de sus amigos—, ten a tu mujer confusa y volverá siempre. Un pelo suelto de otra tía, un número que no signifique nada para ti pero todo para ella. Toda su confianza en sí misma se vendrá abajo. Nunca he conocido a una mujer que no dude de sí misma.» Mientras hablaba, Jimmy Padre tenía a una mujer cogida del brazo, otra pelirroja, una mujer que durante medio segundo Jimmy intentó creer que era su madre. Pero llevaba ropa más ajustada y de persona más joven. Jersey rojo a juego con el pelo y mallas de esquí. Jimmy miró a su alrededor y levantó la vista al cielo, casi esperando ver un telesilla, pero en Portsmouth no había telesillas.

Jimmy Padre los llamó una vez desde Fresno.

—Fresno es el infierno —admitió ante Nancy—. A mí me ha tocado el desierto y a ti, la playa.

El padre de Jimmy no dijo que quería volver con su madre. La madre de Jimmy no dijo que quería el divorcio.

—Tybee Island es bonita —dijo Nancy—. Me gusta esta parte del Atlántico. La gente es simpática y amigable.

—Todavía estás en plena luna de miel, espera a conocerlos mejor.

—Creo que eso es exactamente lo que voy a hacer: esperar. —Se permitió arrastrar las palabras con acento sureño.

—Ponme con mi hijo, por favor.

—¿*Tu* hijo? Las estrías las tengo *yo* —dijo ella riendo.

—Bueno, Nancy, cuando vuelvas conmigo, tendré lista la crema de manteca de cacao.

—¿Quién dice que voy a volver contigo?

El padre de Jimmy soltó una risilla, y cuando Jimmy se puso al teléfono, le dijo:

—Jimmy, recuerda esto: el mundo prefiere mil veces a los abusones antes que a los pardillos. Y tu madre es una pardilla.

—Te echo de menos, papá.

Jimmy miró a su madre. La expresión de Nancy le dijo que era Judas y que ella era Jesucristo. No podía saber que en menos de un año su padre se mudaría a Huntington, Long Island, y que se los llevaría con él. Sería el periodo más largo de empleo remunerado que tendría Jimmy Padre. Jimmy Hijo se graduaría en la Huntington High School y asistiría con beca a la Universidad de Míchigan.

—Jimmy, chaval, creo que necesito una siesta —le dijo James Padre—. Es hora de arreglar

todas las cosas que he jodido.

La marea vespertina avanzaba y Jimmy se remangó los pantalones cortos de color caqui y se metió hasta las rodillas en el Atlántico. Llevaba sin nadar en aquel océano desde que habían llegado a Tybee Island. La playa era una llanura de arena suave y fina. Jimmy se puso de puntillas y se adentró más en el agua, y el océano tibio reaccionó mandándole una ola luminosa que le levantó los pies del suelo, atrapándolo en una corriente de resaca y desafiándolo a que intentara coger aire. En las entrañas de la corriente de resaca de Tybee Island, Jimmy no aceptó el desafío. Obligó a sus músculos a relajarse y a su puta mente a tranquilizarse hasta que el océano lo soltó. Emergió a la superficie e inhaló aire fresco. Se había olvidado. Se había olvidado de lo buen nadador que era. Del placer que producía... *nadar*.

James Samuel Vincent abrió los ojos y se encontró otra vez en la UCI de Neurología del Columbia Presbyterian.

—¿Mi nieta? —intentó decirle a Beverly, el Dios negro. Pero las palabras le salieron embrolladas: BIDIEDAAA.

La cara borrosa de Dios se acercó a la suya. Todo olió un poco a cigarrillos. Así pues, Dios fumaba cigarrillos, pensó.

—Estábamos preocupados —dijo Beverly.

O sea que Dios estaba preocupado. ¿Aquello quería decir que él, James Samuel Vincent, iba a ir al cielo o al infierno? Volvió a parpadear y trató de asimilar el semblante de aquel Dios alienígena. Ella no se le manifestaba con claridad. Era igual de esquiva que sus pensamientos. La sala parecía levitar en torno a James, alternando entre un azul reverberante y una luz blanca y áspera.

—BIDIEDAAA —intentó decir otra vez James.

Beverly Christie, que estaba acostumbrada a los efectos descabellados que los calmantes producían en la gente anciana, se le acercó más y contestó:

—Rufus y Claudia están de camino.

«Ruff —dijo la mente de James—, mi hijo Ruff.» Pero su boca dijo: «Buf buf». Fue entonces cuando James entendió que tenía la boca tapada. Llena de plástico. Llevaba un respirador. Aquel conocimiento repentino le hizo forcejear y patalear.

—Ha sufrido usted una caída grave —dijo Beverly—. Se ha dado un golpe en la cabeza.

O sea que estaba vivo. ¿Pero qué pasaba con sus extremidades? ¿Por qué no podía moverlas?

—Lo trasladaron al Columbia Presbyterian —dijo Beverly—. Adele está con los niños.

James sintió algo. Un hormigueo. Una punzada. «Dios bendito.» Era incapaz de derramar lágrimas. Hacía más de treinta años que no lloraba. ¿Y por quién iba a llorar a fin de cuentas? ¿Iba a llorar por sí mismo?

—Winnnn —dijo Pez Gordo James.

Y Beverly lo entendió. Le acarició el pelo plateado y susurró:

—Winona y Elijah se van a poner muy contentos. Preguntan todo el rato por usted. Les hemos dicho que su yayo estaba durmiendo como Rip Van Winkle, pero no durante cien años.



1971 1980 1990 2000 **2009**

Acto primero

Dicho en el jardín de atrás de nuestra casa en el sur del Bronx, en nuestra diminuta parcela en una esquina con tomates perita en maceta y pepinos de hoja pequeña creciendo por el enrejado que compartíamos con nuestro vecino italiano, Alfredo *Freddie* Maddalone. «Tirad las monedas. ¿Dónde están Rosencrantz y Guildenstern?» Mi madre, Agnes, jura que mi primera frase en inglés fue: «¿Dónde están las monedas?». Yo estaba de rodillas y ella acababa de volver de lardear el asado del domingo en nuestra cocina de pasillo de color verde azulado. Beverly y yo estábamos golpeando ollas y sartenes cuando dije: «¿Dónde están las monedas? Tirad las monedas, Rosencrantz y Guildenstern». No tenía ni dos años, y ella cuenta que la aterró oírme pronunciar aquellas palabras con tanta claridad. Y que siendo del Sur, es decir, supersticiosa desde el primer aliento, pensó: «Señor, a mi nena le pasa algo malo. No es natural que una criatura engarce palabras de esta manera». Pero luego se acordó de que mi padre, que volvía a estar en alta mar, nos había leído la obra de teatro a Beverly y a mí en vez de leernos *Ferdinando el toro* o *Buenas noches, luna*.

«Voy a tener que hablar con Eddie cuando regrese a casa», me dijo mi madre. Mi padre estaba en un portaaviones de la Armada en el mar de la China meridional. Estaba en su último periodo de servicio en Vietnam.

Mi madre llamó al señor Maddalone para que viniera y me oyera repetir aquellas palabras porque *estaba segura* de que sus amigas creerían que se estaba jactando. El señor Maddalone y su difunta esposa habían enseñado a Agnes a hablar italiano y a preparar *pasta e fagioli*, salsa de langosta al estilo veneciano (con un pellizco de nuez moscada, juraban) y *pizzellas* en forma de

oblea con una plancha de gofres. Después de que su mujer muriera, el señor Maddalone siguió haciendo *pizzellas* todos los domingos y trayéndonoslas envueltas en crujiente papel de cera.

«Habla, Claudia —me dijo mi madre—. Dilo otra vez. Claudia, habla.» Pero no dije ni pío. Fue Beverly quien se puso de pie encima del cajón de arena de plástico con forma de tortuga y se quitó el vestido de verano y las bragas y se puso a zarandear las caderas de bebé y a darse palmadas en los muslos de bebé y a cantar *Ride Captain Ride* mientras el señor Maddalone se reía y mi madre corría a ponerle la ropa a mi hermana de nuevo.

—En fin, Agnes —se rio el señor Maddalone—. Vas a estar muy entretenida. Una te ha salido poeta, y la otra está claro que es exhibicionista.



No me hice poeta. Me hice académica. Trafico con Shakespeare y con el Hombre Común. Estoy titulada y hay lista de espera para asistir a mis clases. Mis seminarios suelen abrirse con un perfil de William Henry Brown, el naviero retirado procedente de las Indias Occidentales que en 1816 fundó el African Grove Theatre en el sur de Manhattan. El perfil va acompañado de diapositivas del Globe Theatre y del South Bank de Londres. Formulo la pregunta: «¿Quién tiene derecho a usar a Shakespeare?». Recreo lo mejor que puedo el mundo de Shakespeare para mis alumnos. Aquel *otro* Londres. Dividido por el río Támesis. Los ricos cruzando en barca. Los ciudadanos normales dejando que sus pies los lleven por el London Bridge. Los artistas de teatro. En mi opinión, en realidad eran exiliados. Trabajaban por unos salarios exiguos. Intentaban practicar su oficio con todo en contra. Libre, el distrito de Bankside, de la mirada afilada del gobierno. Pensad en la polución. En la sordidez. Y en el hedor. En el juego. En los combates de osos. En la prostitución. La muerte acechando en los callejones oscuros. Gracias a Dios por las tabernas. Son el único lugar donde un trabajador o una trabajadora se puede llenar de comida y bebida. O echar unas buenas risas. ¿Menuda chusma, decís? ¡Pero ajá! Aquí es donde pasan cosas. *Aquí* es donde la pluma de nuestro bardo encuentra su tinta. Donde sus personajes se

mueven. Shakespeare no se puede permitir enterrar la cabeza en la arena. El espectáculo realmente debe continuar. Hay una fecha de entrega constante. Aprende a trabajar deprisa. Su público llega —la mayoría de la gente completamente inculta— esperando un buen espectáculo. Traen fruta podrida y comida rancia. Venga, ya. Entretenednos. Llevamos todo el día de pie. Y aún pasaremos un rato más de pie. Sacad al bufón. Al rey asesino. Al príncipe desgraciado. A la reina de corazón gélido. Que Dios os asista como nos aburramos. Se ha establecido un acuerdo entre Shakespeare y su público. A fin de cuentas, es hijo de un peletero. Acepta con él a cualquiera que esté dispuesto a viajar. En el peor de los casos, se reúne contigo a medio camino. En mis años de formación aprendí que en Shakespeare hay algo para todo el mundo. Por supuesto, Rufus prefiere la historia de las «monedas»; su versión siempre hace gracia entre nuestros amigos más eruditos. Pero hemos cruzado el Atlántico para pasar las vacaciones de invierno en una parte remota de la Bretaña. Aquí, las anécdotas de mi marido no echan raíces ni se hunden en la tierra. No encuentran mantillo. Y el mantillo es importante —nos dicen— como fuente de agua y nutrición que protege de la erosión. Para que puedan crecer nuevos cultivos.

Estamos en un pueblecito del noroeste de la Bretaña, en el departamento de Le Finistère. Hemos venido a investigar cuentos populares gaélicos y sabiduría celta. Estamos invitados en una humilde granja del siglo XVII de pasillos estrechos y ventanas y puertas pequeñas para ahorrar electricidad y mantener caliente la casa. Hemos venido a escuchar a los primos de Rufus, Guy y Estern LeComte, hablar el viejo idioma. Mi marido se ha propuesto escribir una interpretación moderna de *The Fairy-Faith in Celtic Countries* de Walter Y. Evans-Wentz y los *Contes populaires de la Haute-Bretagne* del folklorista del siglo XIX Paul Sébillot. Pero ha habido muy poca escritura y un montón de puesta en escena. Rufus sigue a los venerables granjeros a todas partes con una cámara de vídeo de ocho milímetros.

Cuando llegamos a Le Finistère, eché un vistazo a un lado y al otro, contemplando la impresionante expansión de páramos, y le susurré a Rufus al oído:

—Enciérrame en una habitación y no tardaré en cortarme el pelo.

Le Finistère en francés quiere decir «el fin del mundo» y por Dios que da esa sensación.

—¡Dale una oportunidad a este sitio, Claudie! —me contestó en voz baja Rufus—. Tampoco es tan siniestro. Y tenemos un montón de tiempo para comer, dormir y follar.

No existe problema en el mundo que Rufus no crea que puede solucionarse con el *cunnilingus*. Para él, se trata de un acto de reflexión, relajación y distracción. Al terminar, el muslo como almohada. Un sitio donde apoyar la cabeza y echar una siesta.

—¿Y quién va a cuidar de Winnie y de Elijah?

La pregunta es incisiva. Una pulla, aunque no completamente inmerecida. Últimamente estoy llena de pullas. Me cogen con la guardia baja. Como una deficiencia de vitamina D.

—A nuestros puñeteros hijos los vamos a cuidar nosotros —dice Rufus, con un rubor ascendiéndole por las mejillas y la cara pálida—. *Nosotros*.

En agosto, nuestra hija de cinco años, Winnie, estuvo a punto de ahogarse en la piscina del padre de Rufus, en Amagansett. Los paramédicos tuvieron que hacerle la respiración boca a boca para revivirla. Rufus y yo estábamos descansando en el sur de Francia después de un seminario sobre Joyce en Dublín. Estábamos comiendo *socca* (tortas de garbanzos) cuando Rufus recibió la llamada de su madrastra. No volveré a comer *socca* en mi vida. Cogimos un vuelo vespertino al JFK. Me pasé el viaje de avión echando humo, pensando que si mi padre no hubiera muerto, mi madre no se habría jubilado en Buckner County, Georgia. Si el cáncer no hubiera reducido a mi padre a un mero hombre de paja, les habríamos enseñado a sus nietos Rosencrantz y Guildenstern. «¿Winona? ¿Elijah? ¿Dónde están las monedas? ¿¡Tiradle a vuestro abuelo las monedas!?» En el Columbia Presbyterian, mi hermana Beverly —enfermera titulada y un poco exhibicionista— nos recibió con furia rauda: «Os lo habéis buscado. Los elegisteis a ellos antes que a nosotros —dijo—. Tú y tu rollo del trabajo a todas horas. Elijah me chivó la verdad: mientras Winnie estaba tragando agua en la piscina, tus suegros se estaban pimplando unos martinis».

Ahora Winnie se despierta por las noches chillando y pidiendo entre manotazos el «¡dónut rosarosarosa!». Se niega a acercarse a una piscina. ¿Fue un accidente? Por supuesto. *Está claro*. Pero Rufus y yo tuvimos que explicarles a su padre y a su madrastra, Adele, que los martinis, las piscinas y los niños no son una buena combinación. Últimamente sufrimos mucha tensión. La misma tensión que —lo he visto en mis amigos— inspira a parejas peores a separarse.

Según nos dicen, Le Finistère en enero no suele ser tan inclemente. Durante los meses de verano, ésta es la parte de la Bretaña a la que los turistas vienen a retozar, corretear y disfrutar de la buena temperatura. Hasta la fecha, no he encontrado nada amable aquí. ¿Estaré de mal humor? Podéis estar seguros. Últimamente mi humor es tan negro como las nubes que sobrevuelan mi cabeza. Enfundo a Winona y Elijah en gorros, bufandas y jerséis gruesos de lana por debajo de sus abrigos de plumón. Merodeamos por los campos yermos, cuya cosecha de primavera dará alcachofas verdes y coliflores. Nuestros gemelos tienen mucha energía y necesitan ejercicio. Van corriendo por delante de mí bautizando nubes al azar.

Búho

Ciervo

Ballena

Unicornio

Hombre

«La nieve justa para tener que sacudírtela del abrigo cuando caminas.» Es lo que nos dijeron los viejos primos cuando llegó la primera nieve. La nieve no se quedó, pero el frío sí, y amenazó

con dañar las cosechas de Guy y Estern. Echo un vistazo por encima del hombro. ¿Y dónde está mi marido? Rufus se ha quedado atrás y se ha convertido en un puntito negro minúsculo en los campos. Pasea enfrascado en conversación animada con los dos ancianos. Meciendo los brazos arriba y abajo. ¿De verdad Guy y Estern LeComte son primos de mi marido? Estoy segura de que son amantes, pero como me he negado a hablar una palabra de francés desde que puse un pie en Le Finistère, no hay forma cortés de sacar el tema de la sexualidad con ellos.

Durante los meses de invierno, Estern prepara comidas en la chimenea. Un espectáculo de fuegos artificiales en el hogar. La cena de esta noche es pierna de cordero asada en un espetón. Nos agolpamos y vemos arder la madera con chispas brillantes rojas, azules y naranjas. Winona y Elijah fingen que están de acampada en Maine y les suplican a Estern y a Guy galletas con chocolate y malvavisco y cuentos populares, que Rufus graba con la cámara de vídeo. Les recuerdo a los niños que aquí no hay galletas con malvavisco. La comida de granja es elegante y sin pretensiones. Los jugos suculentos del asado caen en una bandeja de hierro forjado para dar sabor a los colinabos, las patatas y las acelgas. Yo estoy a cargo del postre y pruebo a hacer *petit pommes* con grosellas, azúcar y mantequilla quemada por encima. Me siento en el extremo de la mesa del comedor a pelar y deshuesar manzanas verdes y duras mientras Rufus entrevista a Guy y a Estern. Para mantener a los niños entretenidos, Guy se ata un pañuelo en la cabeza y se convierte en Saint Hervé, el monje ciego que amaba a los animales y que domesticó a un lobo para que le arara los campos. Rufus traduce, y qué joven se le ve inclinado sobre la mesa de comedor astillada frente a sus primos recién reencontrados, intentando no invadir su espacio. Elijah y Winnie les tiran huesos de cordero a los cuatro chuchos, a los que han apodado Todos los Perros para gran deleite de los dos ancianos.

Los parientes de Rufus hacen un gran esfuerzo por incluirme en sus conversaciones. Ralentizan su francés. Yo les contesto en inglés. Cuando los miro —sí, sí, mi pequeño mordisco de celos—, me acuerdo de mi difunto padre, Edward Christie, y de mis «tíos» Levi, Reuben y Jeb: hombres que crecieron en el Sur segregado pero construyeron sus hogares en las grandes ciudades norteamericanas. No querrían la vida de Guy y de Estern ni por todo el dinero del mundo, pero es posible que Guy y Estern los sobrevivan a todos.

La Bretaña lleva años despoblada. Los jóvenes que no quieren dedicarse al campo se marchan a otra parte. Los viejos que llevan toda la vida dedicándose al campo se quedan y se mueren. Y a medida que los hijos venden las propiedades, las elegantes granjas de piedra se van convirtiendo en residencias de verano.

—Podríamos comprar la granja —anuncia Rufus después de la cena; estamos lavando los platos en la cocina de Guy y Estern.

—¿Has ordeñado una vaca alguna vez?

—Sí —dice Rufus—. En Vermont, en unos campamentos de verano. Estuve ocho semanas ordeñando vacas.

—Eso no era de verdad.

Rufus sumerge un plato en el agua y se producen ondas. Enjuaga el jabón y me pone el plato en las manos para que lo seque. Mientras lo seco, tomo nota mental de varias cosas prácticas que Guy y Estern necesitan en su cocina. Un abrelatas eléctrico, manoplas y trapos nuevos, una vajilla decente. Les mandaré unas cajas de provisiones cuando volvamos a Nueva York. En los meses de verano, los granjeros alquilan un tenderete en el mercado de hortalizas del pueblo. Venden alcachofas en frascos de conservas pequeños, zanahorias y alcachofas encurtidas y mantequilla fresca con gruesos cristales de sal a los turistas que cruzan en masa el canal de la Mancha. Hacen trueques para poder pagar los impuestos sobre el patrimonio de su ruinosa granja de tres plantas.

—¿Alguna vez has ordeñado una vaca *tú*, Claudie?

—Yo me las como. ¿También tengo que ordeñarlas?

—Qué deslenguada. —Se me acerca y me da un beso en la mejilla—. ¿Quieres ir arriba y tontear?

—Por eso no podemos tener una granja —le digo—. Nos ahogaríamos en nuestras distracciones.

La palabra *ahogarse* le provoca una mueca de dolor a Rufus, y me doy cuenta de que, ahora sin querer, le he soltado otra pulla.

«Soy hijo único —dice Rufus—. Cuando mis padres no estén, ya no tendré más familia que tú y los niños. No conoceré a mi gente.» A veces le digo a Rufus: «Pero yo no sé de dónde es mi gente, sólo que son de África y que podrían ser de casi cualquier parte de ese continente». Tenía una amiga que fue a Ghana y se plantó en el margen de una de las cuarenta fortalezas donde vendían esclavos y los llevaban encadenados al otro lado del Atlántico. Mi amiga, que había viajado con un grupo de la iglesia, se acordaba de que habían formado una hilera en el puerto mientras un historiador local los miraba de arriba abajo y les decía: «Vosotros sois del este, y vosotros, vuestra gente es del norte, y vuestra gente es del sur, y vosotros venís del oeste». Pero yo no he estado en África. No me han frotado la boca con bastoncillos de algodón ni me han tomado una muestra de ADN que me indique vagamente el lugar de donde procedo. Nada de África se ha solidificado en mí todavía.

Nos encontramos con el padre de Rufus en diciembre, en el V&T, una pizzería situada a dos manzanas de nuestro apartamento de la Universidad de Columbia. Pedimos dos pizzas grandes de *pepperoni* y vimos cómo el queso y la salsa rezumaban de la masa fina.

—Adele y yo echamos de menos a los niños —dijo James, rodeando con los brazos a Elijah y Winona; los gemelos habían ido corriendo a sentarse a su lado en el reservado.

—¿Cómo le va a Adele en AA, papá? —preguntó Rufus.

—No deberíais castigarnos por un accidente sin mala fe —dijo Pez Gordo James—. Claudia, sé la voz de la razón. Aquí ha habido un castigo.

—James —le dije—. Prefiero no tener esta conversación delante de los niños.

—Hoy en día —dijo, negando con la cabeza—, la gente trata a los niños como si fueran de papel. Pero los niños no se rompen.

—Lo dices tú. —Sonreí, y corté mi pizza con cuchillo y tenedor.

James es despampanantemente apuesto. Gregory Peck de anciano. Una mata de pelo entrecano y ojos de color azul acero que desnudan a las mujeres de una forma que no resulta desagradable debido a la cara que las desnuda. Lo he sentido desnudarme un par de veces. Ahora le acababa de regalar a Winona un libro de escenas africanas para colorear de la editorial Putumayo y unos gruesos lápices de cera de colores como el berenjena. Niños subidos a lomos de jirafas en la sabana. Cebras pastando. Nativos con atuendos exóticos tañendo guitarras y tocando tambores. Winnie se ha quedado encantada y absorta. A Winnie la vuelve loca colorear.

—Y para ti, entradas. —James se volvió hacia Elijah—. Vamos a ver el partido de baloncesto de Columbia.

Abuelo y nieto levantaron las manos para chocar ágilmente esos cinco.

—Papá —dijo Elijah—. El abuelo nos ha comprado entradas para ver el partido de Columbia contra Princeton.

—Genial. Es genial. —Rufus cambió de tema—: ¿Sabes que mamá tuvo un susto?

Pez Gordo James nunca habla de su primera mujer, Sigrid.

—¿Y qué? ¿Se morirá o saldrá adelante? ¿Se ha ido o sigue ahí?

—Creo que saldrá adelante, James —le dije.

Amor. Fue el amor que Rufus le tenía a su madre lo que hizo que me casara con él, aunque hoy en día amo a mi marido con menos frecuencia. Podría amarlo más.

—Va a salir adelante —intervino Rufus—. *Susto* implica por su misma definición que ya ha pasado lo peor y ha sobrevivido. A menos, claro, que estés formulando una pregunta existencial.

—No te me pongas en plan Joyce, chaval —dijo Pez Gordo James.

Rufus es especialista en Joyce. Pez Gordo James fue profesor de Derecho muchos años en Columbia, que es también donde estudió Derecho. En más de una ocasión ha sugerido en términos bastante firmes que debemos nuestra condición de profesores titulares a su cátedra y a su legado. Mordisqueaba su pizza a la antigua usanza, doblando los bordes hacia dentro como si fuera un bocadillo.

—Elijah, Winona —dije con un suspiro—. Servilletas en el regazo. *Servilletas*.

Rufus le hizo una seña a Elijah y Winona para que se apretujaran entre nosotros en el reservado. Pero Winona estaba enfrascada en colorear y Elijah giró la cabeza de lado a lado: *no*.

—¿Lo veis? —dijo Pez Gordo James—. Quieren a su abuelo.

Se inclinó hacia delante y le dio un pellizco a Elijah en la mejilla. Elijah se parece a Pez

Gordo James. Camina como Pez Gordo James y habla como él.

—Adele y yo confiábamos en que pudierais venir a casa el día de Navidad por la mañana, para que Winnie y Elijah puedan abrir sus regalos.

Los niños guardan silencio. Los niños prestan atención. Han echado de menos a Pez Gordo James. Las palabras de mi hermana me golpean con una fuerza brutal. He cometido la equivocación de dejar que Winnie y Elijah estén más unidos a los padres de Rufus que a los míos.

—Este año vamos a pasar la mañana de Navidad con la hermana y la madre de Claudia —dijo Rufus, y estiró la mano para cogerme la mía y se la di encantada.

—Pues el día de Navidad por la tarde —insistió James.

—¿Te he contado el proyecto que tengo con mamá? —Rufus espolvoreó orégano sobre su pizza—. Mamá y yo estamos haciendo nuestro árbol genealógico. Gracias a ella, he encontrado a unos primos lejanos en la Bretaña. Y mamá vendrá también de California en Navidad para estar con nosotros.

—O sea que me dejáis fuera. Sin Acción de Gracias y sin Navidad.

—Papá, estamos aquí ahora. Disfrutémoslo, ¿no?

—Adele echa de menos a los niños, una casa sin niños en Navidad...

—¿Pero Adele no es judía?

—¿Eso es una falta de respeto, Rufus? Porque yo te crie mejor. —A James se le puso la cara roja—. Hay muchos judíos que celebran la Navidad. Este año celebramos Janucá y Navidad.

—Esto no tiene nada que ver con que Adele sea judía.

—¿Entonces por qué lo has mencionado?

Rufus secó el aceite de su pizza con una servilleta de papel.

—No quiero celebrar la Navidad *contigo*. ¿Ahora vas de abuelo modélico? ¿Y se supone que tenemos que estar agradecidos? Te dejé a cargo de nuestros hijos y Winnie casi se ahoga.

Hubo un rato de silencio. La pizza se enfrió.

—¿Quizá el día de después de Navidad, Rufus? —sugerí.

Adele adora a Elijah y a Winona. El primer marido de Adele —me ha contado historias— la maltrataba. Dentro de lo que cabe, ha hecho un buen cambio. Y Pez Gordo James tiene sus ratos amables.

—Tendré que preguntarle a mamá qué planes tiene. —Rufus masticó lentamente la pizza.

—Pues ya está todo claro —dijo Pez Gordo James—. No sé nada de la Bretaña, pero ya sabéis que los franceses son famosos por antisemitas. Cuando Adele y yo fuimos a París, me dijo que nunca se había sentido más judía. No es religiosa, pero terminamos dando vueltas por la parte vieja de Le Marais para poder soportar a los franceses.

—Lo siento, Claudie —dijo Rufus—. Pero no me puedo creer que este gilipollas que llamó mulatos a nuestros hijos me esté acusando de antisemita.

—¿Qué es un mulato, papá?

Elijah tiene cinco años, es diecisiete minutos mayor que su hermana Winnie. La raza no ha entrado en su esquema de las cosas. Todavía. Cada vez que me acuerdo de aquella noche en el V&T, pienso: llegará un día en que Elijah ya no será tan inocente.

—Nada —dijo Rufus.

—¿El abuelo nos llamó *nada*? —preguntó mi hijo.

Winnie levantó la vista de su libro y la punta del lápiz de cera se salió del margen de la jirafa que estaba coloreando.

—Elijah —le susurré—. Ya hablaremos de esto cuando lleguemos a casa. ¿Vale?

Pez Gordo James se giró hacia Elijah:

—*Mulato* es una forma anticuada de referirse a la gente de herencia cultural mixta. Es una palabra que tuve que aprender a no usar. Es... de otra época. Ofensiva. Pero yo no lo sabía.

—¿Podemos pedir la cuenta? —preguntó Rufus.

—Los niños todavía están comiendo —dijo Pez Gordo James—. Déjalos que coman.

Apreté la mano de Rufus con fuerza con mi mano izquierda y busqué la mirada de la camarera que estaba recogiendo el reservado de enfrente. Aquella misma noche, Rufus se encogería en posición fetal en el suelo de nuestro dormitorio. Me diría que era intolerante a la lactosa y que no se tendría que haber comido la pizza. Yo le pondría una bolsa de agua caliente en el vientre y se la movería en círculos. Le diría que todo era posible. Que estábamos en la era de las alergias y las enfermedades autoinmunes. Que estábamos en el milenio de la ansiedad.

—¿Crees que tienes que ir a Francia para encontrar a tus ancestros? *También* eres irlandés.

—¿No te basta con que me haya especializado en Joyce, papá? ¿Me quieres aún más irlandés?

—Acuérdate de que terminé en urgencias por salvar a Winnie. No la dejé ahogarse. *Salvé* a mi nieta.

—Tres hurras por James Samuel Vincent. —Esta vez sí intervine poniéndome del lado de mi marido—. Si no me hubiera bebido ya dos copas de vino, propondría un brindis. Pero a diferencia de otra gente, sé parar a tiempo.

Pez Gordo James pareció quedarse un momento cortado.

—Hasta los mejores la cagan de vez en cuando —dijo en voz alta.

La camarera se nos acercó. Miró de reojo a Pez Gordo James.

—No se lo estaba diciendo a usted, señorita —le dijo James.

Yo estaba sentada en la parte del reservado que daba al pasillo. Rufus casi me estaba empujando para que saliera.

—Claudie, vámonos. Por favor.

—Yo la cagué hace unos cuarenta años.

Winnie dio una palmada en la mesa y se rio.

—¡El abuelo se cagó!

Su risa estridente fue música para nuestros oídos. Rufus y yo sonreímos. Era la sonrisa de unos padres preocupados. La camarera se alejó rápidamente con la cuenta.

—¿Y eso *qué quiere decir* exactamente, papá?

—Que si vas a las suficientes conferencias, tú también la cagarás. Si no la has cagado ya.

—¿En serio? —dijo Rufus—. ¿Delante de mi mujer y de mis hijos me dices *esto*?

—Niños. Claudia. Tapaos los oídos.

Pez Gordo James salió del reservado y le puso las dos manos en los hombros a Rufus. Al otro lado del ventanal del establecimiento, los estudiantes de Columbia pasaban dando zancadas arriba y abajo por la acera. Las luces de Navidad parpadeaban.

—No te hace falta viajar a la Bretaña para encontrarte con primos a los que no conoces. Ruff, tienes un medio hermano en Raleigh, Carolina del Norte. Se llama Hank Camphor. Hank.

Rufus tardó unos segundos en procesar lo que estaba diciendo Pez Gordo James. Caminó hasta el ventanal y pegó la cara al cristal. Cuando se dio la vuelta, se estaba riendo. Salió del V&T riéndose y diciendo:

—No te acerques a mi familia, papá. No te me acerques.

Y así es como hemos llegado a Le Finistère. Mi marido no quiere hablar de Hank Camphor de Carolina del Norte, ni tampoco devolverle las llamadas a su padre. La mayoría de las mañanas salgo de la cama cuando fuera todavía es noche cerrada y avivo los rescoldos del magnífico fuego de Estern. Espero a que Winnie chille. Sus chillidos anuncian el amanecer y ponen a ladrar a Todos los Perros. Sus chillidos desorientan al gallo. No hay paz cuando Winnie chilla en la granja. Rufus siempre es el primero que entra corriendo en la habitación de Winnie y de Elijah. Él corre y yo espero.

—Winnie. Winnie. *No pasa nada* —dice Rufus con desesperación.

Cuando por fin hago acopio de valor para entrar en la habitación de los niños, me siento en el otro lado de la cama de Winona, lejos de mi marido. Pero juntos, juntos, mecemos suavemente a Winona. Elijah no se despierta para nada. A saber cómo lo consigue. ¿O quizá finge muy bien? Estern y Guy hacen su aparición con sus pijamas largos de franela. Me pregunto qué deben de pensar de sus parientes norteamericanos de mediana edad. Rufus les dice a los dos hombres que no pasa nada. Que Winnie simplemente acaba de tener otra pesadilla.

—Sí que pasa algo —le digo en tono cortante a Rufus cuando Guy y Estern se marchan.

—No sé qué hacer —dice Rufus.

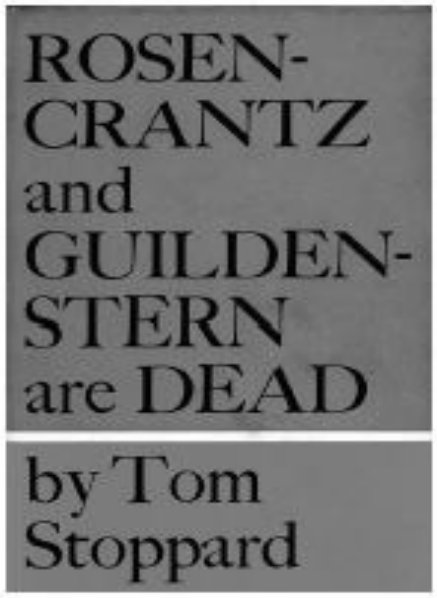
Winnie se quedará dormida tan deprisa como se ha despertado. Se quedará dormida acurrucada entre nuestros pechos y por la mañana no se acordará de sus pesadillas.

—Claudie, ¿*qué* podemos hacer para arreglar esto?

Rufus y yo somos considerablemente mayores que nuestros padres cuando tuvieron hijos. Comparados con nosotros, eran unos críos. Igual que la mayoría de nuestros amigos, hemos esperado para tener hijos. Hemos esperado para poder ganar dinero. Hemos esperado para poder centrarnos en nuestras prometedoras carreras. Hemos esperado... *¿el qué?* Me digo a mí misma que nuestros padres habrían sabido qué hacer con Winona. Me digo a mí misma que habrían

cogido el toro de sus problemas por los cuernos. Me digo a mí misma que nosotros estamos cansados. Y la gente cansada es capaz de decirse a sí misma lo que sea... cuando está escapando.

—Rufus —me oigo decir—. Esto no es nuestra casa. Ya hemos pasado aquí el tiempo suficiente.



1969
Intermedio

Se trataba de la obra de teatro propiedad del padre de Claudia, Eddie Christie. La obra que Eddie le mangó a un oficial mientras estaban de permiso en tierra en la bahía de Subic. La obra que Eddie Christie llevaba en el bolsillo de atrás cuando volvió a casa de Vietnam en 1971. La obra que les leía a Claudia y a Beverly para ponerlas a dormir. La obra que Claudia —por entonces una niña de tres años enfurruñada por el ultraje de la siesta— agarró y cuya cubierta rasgó por el medio. Un desgarrón tan nuevo y brutal que a Eddie Christie se le quedó seria la cara, normalmente jovial, y colgó a Claudia cabeza abajo en el jardín de atrás para que la cabeza le quedara al mismo nivel que la tierra y la hierba y las hormigas que buscaban migas de las *pizzellas* del señor Maddalone. Claudia sintió que las hormigas le subían en manada por las coletas y le patrullaban por el cuero cabelludo. Le picaban, o bien sólo le producían la sensación de picarle. Claudia no pudo evitar chillar. Sus chillidos hicieron salir de casa a Agnes, seguida de su hermana Beverly, que acababa de acostarse para echar su siesta de la tarde.

Beverly señaló: «Claudia, Claudia le ha roto el libro a papá».

«No es más que un libro, Eddie», dijo Agnes, con lágrimas brotándole en los ojos. Eddie

nunca le había levantado la voz a nadie en su modesta casa de ladrillo. Había sobrevivido a la guerra. Había vuelto a casa de una pieza y con la mente cuerda. O casi. A veces hablaba con las paredes. Pero por lo general... por lo general... Eddie Christie era un hombre racional.

«Te ayudaré a pegarla con celo —dijo Agnes—. Las niñas y yo te ayudaremos, pero primero tienes que darme a nuestra hija.» Eddie volvió a poner a Claudia cabeza arriba y los cuatro se retiraron a la cocina y se sentaron en las sillas de vinilo rojo reluciente y arreglaron la cubierta de *Rosencrantz y Guildenstern han muerto* de Tom Stoppard, hasta que quedó casi como nueva. Eddie Christie sonrió y besó a su mujer y a las niñas.

—Vaya, vaya, qué buen trabajo —dijo—. ¡Señoras, mirad esto!



1969
Acto segundo

¿Qué está leyendo Eddie?
Tiene pinta de hombre culto.
Me alisté a la Armada en 1966. En mi segundo año de la universidad de repesca en el Bronx.
Eddie, ¿eres poeta?
No, sólo me gusta leer.
Shakespeare. Mira cómo Eddie lee a Shakespeare.

Le robé la obra de teatro a un oficial mientras estábamos en el puerto de la bahía de Subic. Es lo único que he robado en mi vida. El oficial no paraba de largar que si su mujer esto y su mujer lo otro y que su mujer había visto *Rosencrantz y Guildenstern han muerto* en el West End de Londres y le había mandado un ejemplar para que lo leyera. Estaba allí sentado bebiendo whisky y fanfarroneando a mil por hora. Tanta fanfarronada me cargó los oídos y me hizo echar de menos a Agnes. Algunos teníamos a nuestras esposas ocupadas criando hijos o trabajando y no se podían permitir viajes de placer. Algunos teníamos a nuestras esposas embarazadas de nuestra segunda criatura. Aprovechando que el oficial no miraba, me acerqué y le mangué la obra de teatro de su taburete. Los grandes pecados empiezan humildemente.

Me alisté a la Armada para alejarme del Bronx, porque me gustaba demasiado: los clubes de salsa y las mujeres y la emoción de bajar a toda pastilla por Fordham Avenue con la capota de mi vetusto Buick Skylark bajada. Me gusta mucho reírme. Siempre estoy sonriendo porque pronto

aprendí que siempre pasan cosas chungas. Y que Dios te ayude si no eres capaz de reírte. Podía gastarme una paga entera en un traje nuevo y unos zapatos para ir de fiesta al Palladium, el Embassy o el Tropicoro. Hoy en día ya no se puede sacar a una chica por la noche vestido de vagabundo. Hay que hacer las cosas bien. Y yo lo hacía tan bien que suspendí segundo de la universidad de repesca y lo tuve que dejar. Mi viejo nunca hablaba español, pero colega, menudo rapapolvo me soltó. Pasé de pagar una única factura de suministros a pagar el alquiler entero. Y eso que mi padre ya había liquidado la hipoteca. Pero entendí su reacción. Y cuando vino a hablar conmigo un reclutador, me alisté en la Armada.

Mi padre era encargado de componentes en la Sokolov & Brothers, una fábrica de pianos de la sección de Mott Haven del Bronx. Durante más de veintinueve años se codeó con inmigrantes alemanes e italianos que creían que era blanco como ellos. Pero mi padre era cubano de La Habana. Poco después de llegar a Norteamérica se casó con una mujer negra norteamericana y adoptó un nombre norteamericano. Eduardo Christonelli-García se convirtió en Eddie Christie. Luego se compró una casa unifamiliar en el sur del Bronx. Se suponía que me iba a legar su trabajo, pero para cuando me hice mayor, la gente ya no compraba pianos, prefería ir al cine o sentarse delante de la tele o pasar el rato en los clubes nocturnos. Mi viejo conocía las estadísticas: «Hubo un tiempo en que podías contar sesenta fábricas de pianos sólo en el Bronx. Tal cual te lo estoy contando: el Bronx era la capital mundial de la fabricación de pianos». La gente siempre se estaba metiendo con el Bronx. Pero así se ganaba él la vida. Y era algo de lo que estaba orgulloso. Cuando me hice hombre, la industria de los pianos ya estaba acabada, las fábricas estaban cerrando por todas partes. Sokolov & Brothers fue una de las últimas. Cuando cerraron en 1959, mi padre se llevó un piano de pared y una modesta pensión. Luego cogió un trabajo a jornada partida como bedel de mi escuela.



Cuando me alisté, me asignaron a las calderas con rango de marinero aprendiz (grado de paga E-2). No me hizo falta mucha formación para aprender el trabajo. Ni tampoco para darme cuenta de que no era lo mío. Nos llamaban *agachadizas*. Trabajando bajo cubierta. Merodeando por el fondo de la embarcación. A mí me gustan los cielos azules y el aire fresco del océano. Pero supe que no tenía que quejarme porque por lo menos estaba recibiendo formación técnica, unas

habilidades que me podían abrir puertas para subir de rango. Me había alistado en calidad de A-4. En lenguaje de la calle, eso quiere decir cuatro años. Yo estaba pensando a largo plazo. Me alegraba no ser camarero del comedor de a bordo, ese trabajo solían dárselo a los marineros negros y después a los filipinos. Nos ponían en las cocinas y en los fregaderos, nos asignaban a los servicios de cocina y limpieza en calidad de asistentes de comedor. Mi primo Reuben Applewood se había alistado a la Armada un año antes que yo y me había contado cómo estaba el patio, así que yo ya llegaba preparado para cierto grado de prejuicios. Y quizá por el hecho de que llegaba preparado, no me pasó. En mi primer destino, en el 67, me fue bastante bien. Los miembros blancos y negros de la tripulación no éramos exactamente amigos del alma, pero tampoco tirábamos a matar entre nosotros, simplemente nos manteníamos separados y cada cual hacía lo suyo. Mi mayor preocupación era llevar al día mis tareas para que no hubiera fugas de combustible y el barco no explotara. Es una mala manera de morirse. Y más común de lo que parece. En mi segundo destino, las cosas se pusieron feas. El ambiente cambió del todo. James Earl Ray asesinó al doctor King. Le apuntó al cuello y la cabeza con un rifle Remington del calibre 30-06. El momento elegido también causó impacto. El doctor King no era ningún forofo de la guerra. Había empezado a quejarse de nuestra presencia en Vietnam, y no todo el mundo quería oír quejas. Cuando corrió la voz de que habían disparado a King, hubo marineros blancos que incendiaron cruces. Y hasta sacaron barriles de cerveza para celebrarlo. «Comunista. King es un comunista» era su estribillo. Colega, aquello era una declaración de guerra. No hacía falta ser un Pantera Negra para perder la cabeza por aquello. La vida en el *USS Olympus* pasó de ser calurosa y sudorosa a ser sudorosa y tensa. A veces me veía atrapado entre las risitas de los blancos y la furia de los negros. Igual que Rosencrantz y Guildenstern, conocía el principio pero no me acordaba del final. Me sentaba en mi litera con la obra de teatro en el regazo y me olvidaba de todo lo demás. Tenía gracia. Había robado durante mi primera travesía aquel librito de bolsillo por rencor y sin intención de leérmelo, pero a bordo del *USS Olympus* costaba bastante conseguir revistas y libros. ¿Os podéis creer que Rosencrantz y Guildenstern siempre me hacían reír?

ROS: La mitad de lo que decía significaba algo distinto y la otra mitad no significaba nada.

Ésa era justamente la impresión que daba cuando nuestros políticos intentaban justificar la guerra.

Una noche mi primo Jebediah Applewood vino soltando chispas al camarote donde teníamos las literas. Parecía un toro. Jeb, Reuben y Levi (el hermano pequeño de Reuben) habían crecido todos en la misma casa. Estamos emparentados por parte de madre; un hecho que le ocultamos a la Armada por miedo a que los oficiales nos asignaran servicios en los que no nos viéramos nunca.

—Necesitamos hacer algo con ese hijo de puta del suboficial jefe —dijo Jeb.

Yo conocía la situación con el suboficial jefe Nelson *Nelly* Mammoth. La mayoría de los marineros se ponen dóciles cuando beben, pero el jefe Mammoth siempre se ponía... ¿cuál es la palabra? *Pugilístico*. A sus espaldas lo llamábamos Nelly, porque tenía dos personalidades distintas en un solo hombre. En el ejercicio de sus tareas de primer oficial del contramaestre, el muy idiota no tenía rival. Era el responsable de supervisar a la tripulación de mantenimiento de cubierta del barco, y lo hacía con mano dura. No había ni un rincón del *USS Olympus* con el que Nelly no estuviera familiarizado. Supervisaba y formaba a los marineros de cubierta, se encargaba de que la munición y los misiles estuvieran cargados correctamente en los gigantescos montacargas que viajaban del hangar a las cubiertas de despegue y aterrizaje. Se rumoreaba que sabía operar casi cualquier pieza de equipamiento que hubiera en el *USS Olympus*. Y sus deberes parecían producirle un placer genuino. Pero el suboficial jefe Nelson Mammoth tenía otra faceta. También le gustaba meterse con los marineros negros del Proyecto Cien Mil. Disfrutaba preguntándote en qué año te habías alistado y si te habías alistado antes, durante o después del Proyecto Cien Mil, cuando prácticamente habían dejado entrar a cualquier tonto del culo. Nelly te obligaba a hacer un test de cociente intelectual allí mismo y luego te soltaba todos los insultos racistas habidos y por haber. Daba igual que el programa para reclutar a cien mil *soldados* se hubiera limitado al Ejército y los Marines. En la Marina había un cinco por ciento de marineros negros. Supongo que para él eran demasiados. Cuando vino a hablar conmigo, apestando a bourbon —su bebida favorita—, me puse a hablar con Nelly en un galimatías de italiano, griego y español. Él soltó un silbido y me dijo:

«Déjame que lo adivine. Llegaste de los primeros, ¿no?».

No le contesté. Durante dieciocho meses, el jefe Mammoth tuvo controlados a todos los marineros negros de a bordo del *USS Olympus*. Estábamos en guerra. Y estábamos perdiendo. Lo normal habría sido que tuviera cosas mejores que hacer con su tiempo. El color teñía la perspectiva de Nelly, pero el agua le ponía fin.

—¿Tú qué piensas, Eddie?

Dejé de leer y sonreí a Jeb.

—Pienso que Rosencrantz y Guildenstern tienen que ser más sutiles. Hamlet no se está tragando su farsa.

—No, Eddie, qué piensas de Nelly Mammoth.

Me acordé de nuestro primo Reuben. Él sabría exactamente qué contestar a Jeb.

—No creo que valga la pena meterse en líos por él. O sea, pensando a largo plazo, nos olvidaremos de él.

Jeb se plantó junto a mi cama. Yo había cogido la litera de abajo para no darme con la cabeza en el techo.

—Anoche Nelly le rompió la nariz al camarero. Ese chiflado hijo de puta le rompió la nariz al chaval porque se olvidó de servir kétchup. Y el chaval tiene demasiado miedo para denunciarlo —dijo Jeb.

—¿Por qué tienes que llamar hijo de puta a Nelly? ¿Por qué tienes que deshonrar a su madre? No la conocemos. Puede que sea una buena mujer —dije; quería que Jeb me dejara en paz para poder volver a leer mi obra de teatro.

Jeb suspiró. Estaba acostumbrado a oírme cotorrear sobre R. y G.

—¿Estás conmigo o qué?

—Depende —dije yo—. Siempre estoy contigo, pero nada de esto es nuevo, Jeb. ¿De qué estamos hablando *exactamente*? El camarero completará su periodo de servicio, igual que todos nosotros. Y luego se olvidará de estos rollos. No estoy seguro de qué esperas conseguir.

Jeb abrió la taquilla de aluminio que teníamos al lado de las literas y sacó su pila de ejemplares de la revista *Jet*. Leía los artículos, pero sobre todo miraba la doble página central. Me di cuenta de que me estaba haciendo el vacío. Y de que lo iba a seguir haciendo durante el resto de la noche. En el *USS Olympus* éramos como hermanos. Hoy en día ya no hablamos mucho. Después de la guerra me volví para el Bronx y Jeb regresó a Georgia. Lo último que oí era que estaba trabajando en mudanzas y que se había afincado en alguna parte de New Hampshire. Recibí una sola postal de Jeb: «Yo creía que hacía frío en Noruega, pero en invierno en New Hampshire te cagas del puto frío».

Todavía diciendo palabrotas, pensé. Todavía con las palabrotas.

—¿De qué te ríes, Eddie? —me preguntó mi mujer.

Éramos marineros de alta mar en el *USS Olympus*, un portaaviones de 320 metros con base en la Estación Yankee del golfo de Tonkin. Los portaaviones son barcos muy grandes. Pueden deslizarse por las partes más profundas del océano como quien no quiere la cosa. Había días en que me paseaba por las distintas estaciones y me quedaba mirando la maquinaria. Ver cómo todo funcionaba coordinado me ayudaba a dormir mejor por las noches. En mi segundo periodo de servicio me asignaron a la tripulación de la cubierta de vuelo. Éramos el equipo de apoyo en alta mar de los pilotos de la Armada que hacían tareas de vigilancia y emprendían ataques aéreos diarios contra los norvietnamitas.

El *USS Olympus* albergaba a más de cuatro mil marineros. En algunos camarotes de literas había ocho hombres durmiendo juntos, con las cabezas pegadas. Oías a los demás roncar, llorar y hacerse pajas. De vez en cuando, si no les importaba arriesgar la vida, los oías follar. Y nunca eran los que te habrías imaginado. La gente simplemente caía en cierto estado de ánimo; y si se les cruzaba ese ánimo, eran capaces de hacer lo que fuera. Como Jeb y yo. Cuando nos hartamos del suboficial jefe Nelson Mammoth.

Si hubiera estado con nosotros Reuben a bordo del *USS Olympus*, las cosas podrían haber salido de otra manera. En los veranos, mi madre solía enviarme al Sur. «Para que conozcas a mi gente», me decía. Así que pasaba las vacaciones con Reuben, Jeb y Levi y jugaba al béisbol y

cometía toda clase de travesuras. Reuben era el mayor por dos años de diferencia, o sea que ya entonces era el «sargento», el encargado de evitar que nos metiéramos en líos. Durante mi infancia en el Bronx, había tenido vecinos de todas clases, así que no estaba tan clavado en el rollo del blanco y el negro, pero cuando iba al Sur mi madre siempre me soltaba el mismo sermón sobre Emmet Till. Todo aludía a Emmet Till. «No quiero tener que bajar allí y mirar tu cara en un ataúd, ¿me oyes?» Hablábamos del tema, ya sabéis, Reuben, Jeb, Levi y yo. Y nos reíamos; no de Emmet, sino de que la mitad de las cosas que no podíamos hacer, a ellos ni les iban ni les venían, como por ejemplo nadar con niños en una piscina llena de cloro. Nos reíamos porque cuando vienes de otra parte y de pronto oyes que los blancos esto y la gente de color lo otro, nada tiene sentido y ves lo ridículo que es todo. Reuben nos decía: «Cada vez que los blancos vienen a molestarte, elige tu océano. Ártico, Atlántico, Índico, Pacífico, Antártico. Y te enfrías en él». Todas las semanas nos daban una asignación para ir al centro a comprar un tebeo nuevo. Los cuatro teníamos que compartir un solo tebeo. Primero lo leíamos juntos y después nos turnábamos para leerlo cada uno por nuestra cuenta. Pero para comprar tebeos, teníamos que ir a una librería de Main Street. La dueña de la librería, Sadie’s Fine Books and Whatnots, tenía un viejo bulldog de color marrón claro que se apoyaba en la puerta de la tienda. El bulldog babeaba y gruñía y enseñaba los dientes amarillos y bloqueaba la entrada y la señorita Sadie, una mujer blanca alta y flaca con pinta de pájaro exótico, se reía y decía: «Ah, bueno, queréis vuestros tebeos, entrad, entrad». Y Reuben decía: «Hora de viajar. Elegid vuestro océano». Y era el primero en entrar. Y en cuanto Reuben cruzaba el umbral de la tienda, el bulldog daba un salto y una dentellada y Reuben hacía lo que podía para distraerlo y para que los demás pudiéramos entrar ilesos. Más de una vez el bulldog le había mordisqueado los tobillos y las espinillas a Reuben y le había hecho sangre. Y entonces la señorita Sadie silbaba y le decía a su perro: «Ven, chico, ven», y luego le daba a Reuben su tebeo gratis y él se volvía a casa cojeando por delante de nosotros, con la entrega semanal de *Flash Gordon* en la mano.

Es un hecho: últimamente no duermo muy bien.

—

Tengo tembleques.

—

¿Cuándo me convertí en este tipo atacado de los nervios?

—

El jefe Mammoth tenía esposa. ¿Sabéis qué es lo que más me angustia? Su mujer y sus hijos. Pienso en lo largos y vacíos que se les debieron de volver los cumpleaños y las vacaciones después de que hiciéramos lo que hicimos y el jefe Mammoth cayera al mar.

Me acuerdo de la niebla y de cómo cubría el barco. Y de cómo Mammoth sonrió cuando me vio en cubierta fumando un cigarrillo. Debería haber sabido que yo no fumaba. Debería haberse molestado en averiguar más cosas de mí.

—Nuevo hombre estándar subestándar —me dijo. Tenía manchas de café en los dientes—. ¿Qué estás haciendo aquí fuera esta noche?

—

Los dientes amarillos le relucían en la niebla.

—

—El profundo mar azul no es azul —le dije.

Y fueron las últimas palabras que el suboficial jefe Mammoth oyó en la vida.

—

Últimamente me quedo sentado de noche en mi litera de abajo y escucho las voces que me llaman. ¿Quién me llama? Veo y oigo cosas muy extrañas...

Escuchad, escuchadme. Rosencrantz y Guildenstern han muerto. Los he visto pasear por la cubierta de vuelo del USS Olympus en el mar de la China meridional. Los he visto tirar monedas y decir toda clase de chifladuras. Me preguntan qué le hicieron a Hamlet para que los tratara así. Les digo la verdad, cuando no estoy cargando bombas en cazas de combate A-4; bombas que matarán a civiles y a miembros del Vietcong a proporciones iguales. Conspirasteis con el rey Claudio. Fuisteis ratas. El príncipe Hamlet era vuestro amigo del alma. Se suponía que teníais que defenderlo. Y es entonces cuando se disgustan y me llaman Moro huraño. ¿Moro? Vaya, eso me viene de nuevo. Estaba convencido de que era un negro más en Vietnam. Negro en Vietnam, llévanos a Londres, me dicen. Confiad en mí, colegas, no os conviene acercaros para nada a Londres. Si os demoráis allí, está claro que os van a cortar la cabeza, pero Rosencrantz y Guildenstern se limitan a tirar sus monedas y a negar con la cabeza y a decirme: «Moro, no eres de fiar. Te vimos tirar por la borda al jefe Mammoth. Eres un asesino. Tú y aquel otro moro asesinasteis a un hombre. No deberíais haberlo hecho». Y yo les digo: «¿Os creéis que no lo sé?». Y luego cuento los minutos que faltan para la pausa del almuerzo y me voy corriendo a la lavandería en busca de Jeb.

—Jeb —le digo—. Rosencrantz y Guildenstern se están volviendo a meter conmigo.

A Jeb le gusta trabajar en el servicio de lavandería. Dice que la ropa limpia le recuerda a Buckner County, Georgia. Me agarra del brazo y mira a su alrededor para asegurarse de que no hay nadie escuchando. Me dice que lo espere delante de la cantina para negros. Últimamente no comemos con los marineros blancos a menos que no haya más remedio. En general, Jeb y yo no hablamos con nadie.

—¿Pero qué cojones te pasa, Eddie? —Jeb me encuentra bebiendo café frío diez minutos más tarde—. ¿Qué quieres, que nos hagan un consejo de guerra? No puedes entrar en la lavandería diciendo en voz alta esas cosas de Chuck.

Chuck es el apodo que los soldados negros les ponemos a veces a los blancos. Montaron una misión de búsqueda y salvamento para Nelly, pero nadie sabía cuándo había desaparecido. Sólo

sabían que no se había presentado en el comedor de suboficiales para cenar ni tampoco a la película de aquella noche.

«Hombre al agua», dijeron. El jefe Mammoth había empezado a beber mucho. Se estaba convirtiendo en un borracho de primera clase.

—Sólo digo, Jeb... —Mi voz se apaga—. Que los tengo en la cabeza.

—Tienes que darme esa puñetera obra de teatro, Eddie. Dame esa puta obra de los cojones y coge un *Jet* o un *Ebony*. Lo digo muy en serio.

—Ni lo sueñes.

Tengo ganas de contarle a Jeb que a veces Rosencrantz y Guildenstern se me acercan sigilosamente por detrás y me susurran que Chuck está nadando de vuelta al barco. Yo digo Chuck. ¿Ellos dicen Nelly? ¿O ellos dicen Chuck? Es como la guerra. Círculos dentro de otros círculos. Pero esta información pertenece a una larga lista de COSAS QUE JEB NO NECESITA SABER. Todas las noches después de la cena, el capitán del *USS Olympus* anuncia por megafonía cuántas bombas hemos lanzado, cuántos hombres hemos perdido y cuántos objetivos hemos destruido. Jeb se tapa la cabeza con una almohada y señala la pared donde tiene su lista: COSAS QUE JEB NO NECESITA SABER. Como la mayoría de los marineros de este portaaviones, nunca hemos puesto un pie en Vietnam. Pero he visto a reclutas y pilotos volver metidos en bolsas para cadáveres o bien con extremidades amputadas. He visto esa mirada de más allá de la muerte en las caras de algunos soldados que no entienden la buena suerte que han tenido. Y que tampoco la quieren. Y eso hace que me alegre de no haber visto combate.

—Quizá necesites un poco de hierba para quitarte los nervios —me sugiere Jeb.

—No quiero hierba, Jeb. No quiero estar tan colocado que no pueda caminar recto.

—¿Pues *qué* quieres, Eddie? —dice Jeb—. Me confundes y me fastidias con estos rollos.

Asiento con la cabeza.

—Quiero volver a ver a Agnes y a las niñas. Quiero volver al Bronx. Quiero una comida hecha en casa. Quiero sentarme en mi porche y no pensar en nada.

—Entonces no pierdas la cabeza. O estaremos los dos jodidos —dijo Jeb.

Rosencrantz y Guildenstern han muerto. Escuchad, escuchadme. Los he visto a la deriva en una barcaza fluvial por el golfo de Tonkin. «Volved, volved —les digo—. Por ahí no se va a Londres.» Pero ellos niegan con la cabeza y tiran sus monedas y me gritan: «Moro, tenemos que irnos de aquí. Ésta no es nuestra guerra. No podemos quedarnos». Me dicen que me vaya con ellos, pero en el golfo de Tonkin nunca pasa nada bueno. Ros y Guil tendrán suerte si llegan al final del día. Jeb me cuenta que su marcha fue un regalo de los dioses. Una puñetera bendición. Gracias a Dios bendito por que esos dos cabrones entrometidos se largaran. Jeb dice que desde que se marcharon se me han ido enfriando los sentidos, aunque yo no era consciente de tener los sentidos calientes. Sólo mi moralidad. Jeb dice que la moralidad se la suda por completo y que cuando lleguemos a la bahía de Subic vamos a ir a todos los espectáculos de sexo de Olongapo.

Vamos a encontrar a una docena de prostitutas y nos las vamos a tirar. Pero yo echo de menos a Ros y a Guil. No hay nadie con quien hablar ni a quien contar ciertas cosas. Como por ejemplo que el suboficial jefe Mammoth arrojó sus insultos racistas y golpeó salvajemente al camarero en la cara desde abajo con los puños porque el camarero, un chaval debilucho de dieciséis años de un pueblo de Nueva Inglaterra, tenía las muñecas torcidas de una forma que no se podían enderezar y caminaba con un bamboleo que no se podía encarrilar. Y que en mitad de una tormenta el mismo jefe Mammoth se puso a deambular por el barco como un demonio enjaulado, embriagado por el licor de alta graduación y paranoico por todo. Buscó al camarero para darle su paliza semanal y lo tiró por una escalera, dejándolo como un ovillo de lana. Y todos los marineros, incluyéndonos a Jeb y a mí, odiábamos al jefe Mammoth, pero no teníamos valor para salir en defensa del chaval. El chico despertaba algo en nosotros que nos hacía odiarlo todavía más.



«Podrías ser tú», dijo finalmente Jeb.

«Podríamos ser nosotros», dije.

«Mañana», acordamos.

Y así fue como lo hicimos.



1995
Acto tercero

Éste es el reestreno en Londres de *Rosencrantz y Guildenstern han muerto* para el que Claudia y su entonces novio Rufus trajeron a los padres de ella en avión con ocasión del cincuenta cumpleaños de Eddie Christie. Éste es el reestreno de *Rosencrantz y Guildenstern han muerto* después del cual Rufus le pidió a Eddie Christie la mano de su hija. Éste es el reestreno de *Rosencrantz y Guildenstern han muerto* durante el cual Eddie Christie, ya un hombre regordete de mediana edad con esmoquin negro y chistera, cerró los ojos y recitó el texto, porque se lo había aprendido él solo de memoria. De modo que cuando Claudia fue a hablar con él después y le preguntó: «¿Qué, papá? ¿Te ha gustado la obra?», Eddie Christie asintió con la cabeza y enrolló el programa con la mano. Era la primera obra que veía en su vida, pero no creía que fuera a ser la última.

Cuando era pequeña, Claudia se dedicaba a brincar de habitación en habitación por la casa de los Christie hablando con las paredes y representando escenas de *Rosencrantz y Guildenstern han muerto*. A veces, cuando hablaba, levantaba la vista y veía a su padre examinarla.

Claudia, Claudio, decía él. El rey Claudio mató al padre del príncipe Hamlet. ¿Por qué demonios Agnes le puso Claudia a nuestra hija?

La forma en que Eddie decía esto hacía que Agnes se angustiara por miedo a que volviera a poner a la niña cabeza abajo, pero entonces su padre la cogía en brazos y la llevaba suavemente a hombros. «¿Dónde están las monedas? Claudia, Claudia, ayúdame a encontrar las monedas.»

En el escritorio de la casa de Claudia hay un ejemplar ajado de *Rosencrantz y Guildenstern han muerto*. Lleva años sin leer la obra, pero cuando viaja suele llevarla encima a modo de talismán de buena suerte. Con las prisas al hacer las maletas, no se llevó la obra a la Bretaña.



1972
Eddie posvietnam

En los primeros meses que pasó en casa, Eddie Christie parecía feliz cuidando a sus dos hijas. Las dejaba subir y bajar corriendo las escaleras y dar vueltas por la casa, jugando sin parar al escondite. Le recordaban a pequeños pichones; pajarillos que salían volando enseguida. Se imaginaba sus brazos de pájaro convirtiéndose en alas. Así pues, cuando algún recuerdo de la guerra lo obligaba a ello, Eddie se limitaba a apartarse bruscamente de sus hijas en busca de algún rincón donde recobrar la compostura.

Fue Claudia, a los tres años, quien pilló a Eddie Christie conversando con la pared de la sala de estar. Le preguntó a su padre con quién estaba hablando.

Él le dijo que estaba rompiendo la cuarta pared.

—¿Qué hay al otro lado de esa pared?

—Un escenario.

—¿Y qué hay en el escenario?

—Pues una obra de teatro, como es natural.

Y así fue como empezó a representar *Rosencrantz y Guildenstern han muerto* con sus hijas. Y

Claudia empezó a darles nombres a las paredes y a creer en los amigos de Hamlet de la misma forma en que la mayoría de los niños creen en Santa Claus. Y a veces, cuando las paredes rugían y retumbaban en la mente de Eddie Christie, Claudia se le acercaba por detrás con sigilo y le susurraba:

—¿Qué están haciendo hoy Rosencrantz y Guildenstern?

—Pues tirando monedas.

—¡Cara! —decía ella riendo.

—¡Cruz! —decía él, y asentía con la cabeza y dejaba caer calderilla (monedas de un centavo, de dos, de diez y de cuarto de dólar) de los bolsillos de los vaqueros al suelo de parqué; menudo ruido hacía la calderilla.

Eddie sabía que en una situación normal seguramente no debería hablar solo o con las paredes, pero mientras tuviera algo en lo que ocupar sus pensamientos, ya estaba un poco mejor que la mayoría de los veteranos. Por sus hijas sabía cuándo se le iba la cabeza. Le provocaban la risa o bien le decían tonterías tan tan grandes, pamplinadas tan conmovedoramente ridículas —«Oh, mira, papá, te acabamos de dar la luna»— que el absurdo le hacía cosquillas en la mente y le provocaba un hormigueo en el corazón, de modo que durante un rato se olvidaba de la pared para aguantarles la luna con la palma de la mano.

A las seis en punto de cada tarde, Eddie se sentaba en la sala de estar para ver a Walter Cronkite en las noticias vespertinas de la CBS. Se preparaba bocadillos de mortadela de tres pisos con pepinillos y mostaza y pimientos en pan crujiente de sémola. A modo de picoteo antes de la cena chupaba con fruición caramelos de azúcar y mantequilla, depositando los envoltorios plateados en un platillo para dulces de la mesita redonda de cristal. Eddie era corpulento por naturaleza, pero el régimen de ejercicio de la Armada había mantenido su cuerpo firme. Mientras seguía las noticias de la guerra de Nixon, Eddie echó una panza que lo acompañaría hasta la vejez.

—Agnes —anunció Eddie una noche, sentado a los pies de la cama doble con dosel—. Ya es hora de que haga algo con mi vida.

—¿Qué tienes en mente?

Agnes no pensaba que le correspondiera a ella encontrarle trabajo a su marido. Pensaba que, si lo hacía, quizá él le guardaría rencor más adelante.

—No lo sé —dijo él.

Agnes dejó de cepillarse los dientes y salió del cuarto de baño para sentarse en la cama junto a su marido. Se cepillaba los dientes siguiendo el alfabeto, de la A a la Z, y luego hacia atrás, como le habían enseñado de niña.

—Ya se te ocurrirá —le dijo—. Doy gracias simplemente porque estés aquí con las niñas.

—¿En serio?

Agnes asintió con la cabeza.

—Pues claro, Eddie. En serio.

Casi nunca comían marisco y a Agnes sólo le llegaba el dinero para comprar rosbif o filete una vez cada dos semanas. Pero en el esquema general de las cosas, la carne roja no parecía importante.

Eddie estiró el brazo para tocarle el salto de cama negro. Agnes prefería los saltos de cama ajustados a los picardías. Cuando la tocó, el cuerpo de Agnes se puso tenso, pero no se apartó. En la primera semana de Eddie en casa habían intentado tener relaciones sexuales, pero él había metido la pata. Quizá fueran las prostitutas con las que se había acostado en Olongapo. Eddie quería creer que no se lo había pasado bien con ellas y que aquellas mujeres habían sido poco más que una distracción, pero sus pecados carnales sí le habían producido placer.

—Esta noche no —dijo Agnes, y apagó la luz de la mesilla.

—Pues otra noche.

Se habían casado deprisa. Y jóvenes. A veces Eddie pensaba que a la botella de su matrimonio le faltaba el corcho y que el vino se les podía convertir en vinagre.

Cuando Agnes se iba a trabajar, Eddie no tocaba las tareas ni los encargos que ella dejaba por hacer. Las cestas de ropa para lavar, secar y doblar; la lista de la compra y los encargos diurnos que podían requerir discusiones con madres deslenguadas y niños chillones: pasar el aspirador, barrer o fregar los suelos. Lo que hacía era encontrar tareas que le gustaban.

Construyó una casita en lo alto de un abedul nudoso que tenían en el jardín de atrás. Adornó el abedul con tablones de madera rescatados de cubos de basura y solares vacíos. Eddie llevaba guantes de trabajo gruesos y advertía a las niñas: «Se mira pero no se toca, u os tendrán que poner la vacuna del tétanos». Beverly y Claudia tenían un miedo mortal a las agujas. Si les daba por ahí, Eddie y sus chicas interpretaban escenas al azar de *Rosencrantz y Guildenstern* mientras hurgaban en los basureros. Los niños del barrio se paraban para mirar cómo aquel hombrecillo de piel oscura y sus dicharacheras hijas recitaban en un idioma que sonaba extranjero.

—¿Cuál es el pronóstico para hoy, Alfred? —le gritaba Eddie desde el porche a su viejo vecino, Alfred Maddalone.

—Entre bochorno y buen tiempo.

Mientras las niñas aprendían solas a bailar el hula hoop y a saltar a la comba en las aceras torcidas, Eddie y Alfred Maddalone pasaban el rato echando la bronca a los yonquis que de vez en cuando salían por piernas con los televisores, retretes y neveras Maytag de sus vecinos. Se plantaban en sus porches agarrados a las barandillas con fervor de hinchas en el estadio de los Yankees. Jugaban a ser juez y jurado, pidiendo sentencias de prisión en Riker y amenazando con hacerle una foto al yonqui de turno si no devolvía las sillas de jardín de su vecino. A veces recibían su mismo tratamiento de vuelta. Una sarta de insultos. Un dedo triunfal. Unas cuantas piedras que no les daban de milagro en la cabeza a Claudia y a Beverly. La amenaza de una

visita nocturna con acompañamiento de cócteles molotov. Los dos hombres siempre se mantenían firmes, para que los yonquis se enteraran de que habría consecuencias si alguien les entraba en casa o se largaba con sus cosas.

Se rumoreaba que Alfred tenía vínculos con la mafia, aunque por lo que Eddie sabía, el viejo siempre había llevado una vida honrada. Había sido propietario de una farmacia en el barrio, en una callecita que salía de Arthur Avenue, y se levantaba de la cama a las tres de la madrugada para atender a una joven embarazada presa de las náuseas o a algún pobre tío luchando con cálculos renales. Poco después de jubilarse, vendió el negocio para pagarle a su hijo la matrícula de la universidad.

—Haz entrar en razón a mi padre —le suplicaba Nicky Maddalone a Eddie.

Ahora Nicky era dentista de éxito en Madison Avenue y visitaba a su padre un domingo de cada dos. Le iba lo bastante bien como para anunciarse en el metro. Los tres se apoltronaban en el porche de Alfred para mojar *biscotti* de *amaretto* en café negro y fuerte.

—Tengo una casa grande en Nyack. No tiene por qué aguantar esto. Mira lo que ellos han hecho en nuestro barrio. Esos puertorriqueños no son seres humanos. Con ese aire de que les da igual todo.

Eddie tuvo ganas de preguntarle a Nicholas: si ellos son «ellos», ¿qué soy yo? ¿Un *mounlinyan*? De niños, Nicky y él habían comido *gnocchi* del mismo cuenco, habían entrado y salido de casa del otro dejando huellas de barro en el suelo y habían amenazado con provocarle varios ataques al corazón a Bella Maddalone, que barría y fregaba su cocina tres veces al día. Se habían jactado de las chicas a las que querían tirarse de la escuela católica Nuestra Señora de Claremont, cuando la única acción que sus penes veían era la de sus manos.

—Siempre hay un «ellos» —dijo Eddie—. Cada década, más o menos, aparece un nuevo «ellos». Hubo un tiempo en que «ellos» eran tus abuelos.

Los Maddalone venían de Puglia, en el talón de Italia. En verano se ponían morenísimos. Eddie le dijo esto a Nicky en italiano chapurreado, pero su amigo ya no hablaba el idioma de su padre. ¿Cómo hablar con Nicky ahora?

Nicky se terminó el café.

—¿Necesitas que te avale para un préstamo, Eddie? Si tú te mudas, él se mudará.

—Éste es mi hogar —dijo Eddie.

Nicky se puso de pie en el porche. Todavía hacía la compra en Arthur Avenue la mayoría de los domingos.

—¿Ah, sí? ¿Y cómo te está yendo, Eddie? Toda la buena gente se ha ido. No queda nadie.

En las noches de verano, cuando ya se había enfriado el calor del cemento de los edificios y de las aceras y corría algo parecido al aire fresco, a Eddie le encantaba subir la escalera de mano de la casa del árbol con su mujer y las niñas y apretarse todos dentro, codo con codo, para contemplar una vista sin intrusiones del cielo del Bronx. En Vietnam el cielo se contagiaba de la

enormidad azul del mar de la China meridional, cambiando de forma con una facilidad asombrosa. Eddie siempre era consciente de estar a la merced de la naturaleza: agua por debajo y cielo por encima. Y era un alivio que todavía pudiera contar las estrellas y ver más allá de la niebla de polución de ciertas noches del Bronx.

Se llevaba a las niñas a Crotona Park y las tiraba a la piscina. Beverly y Claudia aprendieron deprisa a nadar. Cuando Agnes se quejó de que el agua de la piscina les estropeaba los rizos, a pesar de llevar gorros de natación, Eddie se encogió de hombros.

—Nadie mira a un hombre ahogado y hace comentarios sobre su pelo. El agua se lo lleva todo.

Agnes casi nunca horneaba dulces: en los cumpleaños y aniversarios, o para las fiestas, la tarta de boniato de rigor. Había presenciado de primera mano la energía que invertía su madre en hornear tartas y similares y había decidido ya de joven que aquello se podía comer la vida de una mujer casada. Pero cuando sentía nostalgia de algo o se preocupaba por las facturas mensuales, entonces aparecían de golpe los cuencos de mezclar y los cedazos y las tazas de medir: una hornada de galletas de lavanda o un pastel de plátano y piña para alegrar a Eddie y a las niñas.

—Papá y sus amigos son tontos —susurró un día Beverly en la cocina de pasillo de color verde azulado.

Estaba de rodillas sobre un taburete observando cómo su madre estiraba en la encimera de la cocina masa de galletas de lavanda con un rodillo de madera.

—¿En serio? —Agnes se quedó desconcertada.

Últimamente Eddie no parecía tener muchos amigos. Un par de veces lo había pinchado para que llamara a su primo Jeb o saliera de copas con Nicky Maddalone o alguno de sus amigos de antes de la guerra, pero la respuesta de Eddie era siempre la misma: ya lo haré más adelante.

—¿Qué te ha dicho tu padre de sus amigos? —dijo Agnes poniendo voz risueña.

—Mamá, yo no los he visto nunca, pero hay dos hombres blancos que hablan raro. Papá dice que salen de la pared y le tiran monedas. Y a veces nosotros se las tiramos a ellos.

Aquella noche a la hora de la cena, Agnes se mostró animada y afectuosa con Eddie. A la mañana siguiente, en vez de ir directamente al trabajo, hizo unos recados y volvió a casa. Entró sin hacer ruido. Encontró a Eddie y a las niñas en la cocina. Las niñas estaban sentadas en sillas encima de la mesa de la cocina y Eddie estaba de pie sobre la mesa junto a ellas. Beverly tenía en la mano el tubo de cartón de un rollo de papel de cocina... ¿Un telescopio? Claudia entrechocaba dos tapas de sartén. Las tapas hacían un ruido como de campanas de boda. Eddie se echó hacia delante, dando pisotones sobre la mesa y haciendo que se meciera de lado a lado como si fuera un bote en el océano. De una cuerda de tender extendida con cinta adhesiva por las paredes de la cocina colgaban sábanas de lunares. Caía agua a raudales del fregadero sobre el linóleo. Los fogones de la cocina estaban encendidos. Y en todos los fogones había agua hirviendo.

—«Bueno, caballeros, es más o menos como yo les dije —declamó Eddie, asomándose por

encima de las cortinas para ver las paredes de la cocina—. En ocasiones tienes que cagar de una vez o levantarte del retrete.»

—«Nunca, no, nunca» —gritaron las niñas con entrecortados acentos británicos, con las coletas meciéndose y zapateando con sus sandalias sobre la mesa, los brazos en jarras y las manos apoyadas en las flacas caderas.

—«No sois más que un par de necios. —Eddie se encogió de hombros—. En una nave fantasma.»

—«Guildenstern es un necio» —dijo Claudia.

—«No, el necio es Rosencrantz» —dijo Beverly.

—«¡Pero Ros siempre gana!» —chilló Claudia con alborozo; brincó, hizo un bailecito y estuvo a punto de caerse de la mesa.

—¿A esto te dedicas mientras yo trabajo todo el día, Eddie?

Agnes entró en la cocina y apagó los fogones uno por uno. Se quedó mirando las ollas de agua borboteante.

Eddie y las niñas se quedaron de piedra.

—¿Qué estás haciendo en casa?

—Si no me falla la memoria, yo también vivo aquí.

Eddie se bajó de un salto de la mesa. Examinó la cocina y trató de verla desde la perspectiva de Agnes.

—Las niñas y yo estábamos... jugando, nada más.

—Es un juego peligroso.

Entornó los ojos. Tenía que haberlo sabido. ¿Cómo no se había dado cuenta?

—Creía que confiabas en mí.

—Beverly, Claudia, bajaos de la mesa y ayudad a vuestro padre a limpiar este desastre —dijo Agnes—. Pasado cierto punto, ya no confío en nadie, Eddie. Y tú tampoco deberías. Está claro que tienes demasiado tiempo libre.

Por primera vez en su matrimonio, el aire se heló entre Eddie y Agnes. La tensión fue directamente a las niñas. Beverly y Claudia se pelearon acerca de quién era demasiado mayor para beber en vaso de plástico y quién hacía trampas cuando jugaban a Operación o qué le había pasado a la cabeza del muñeco Ken.

Eddie asistía a la misa de las once y cuarto los domingos por la mañana en la iglesia católica de Nuestra Señora de Claremont. Agnes y Claudia preferían quedarse cómodamente en casa. La iglesia significaba que Beverly tenía a Eddie para ella sola. Caminaba cogida de la mano de su padre frente a los edificios abandonados de color arena y él le contaba historias de gente que ya no vivía allí. Durante la misa, Eddie dejaba que Beverly llenara un botecito de plástico de agua bendita para después bañar a sus muñecas Barbie. Al brebaje resultante lo llamaban *perfume de agua bendita*.

El sacerdote buscó a Eddie a la hora del café en el salón parroquial. Mientras tomaban café y bollos del día anterior donados por otros feligreses, le dijo:

—Eddie, he oído que la Claremont está buscando un bedel. Nos encantaría que fueras tú.

Eddie nunca se había acostumbrado a ver a su viejo cargando con el cubo y la fregona. ¿Qué progreso suponía aceptar el mismo trabajo?

—¿Qué le pasó al bedel que teníais? —dijo Eddie, intentando no parecer agobiado.

—Tenía una personalidad difícil.

Eddie investigó el asunto con Alfred Maddalone.

—Manos inquietas —lo informó el señor Maddalone—. Lo pillaron manoseando a una de las niñas en el armario de la limpieza.

Eddie se puso a calcular las cosas que podría hacer con los ingresos extras. El dinero serviría para que la familia pudiera ir de vacaciones. Cuando fue a contarle la noticia a Agnes, le llevó un mapa de Estados Unidos. Desplegó el mapa sobre la mesa de cuatro hojas de la cocina que a veces le hacía cortecitos en la piel. Trazó círculos en torno a las cataratas del Niágara y a varios lugares de acampada de las montañas Adirondack. Quizá al año siguiente podrían visitar la presa Hoover o el Gran Cañón. Y también ir a Washington D. C., claro...

Agnes hizo una pausa entre que metía los guisantes congelados en la nevera y servía dos vasos de leche fría para las niñas. A Beverly y a Claudia les hacían beber un vaso de leche cada día. Los huesos fuertes te permitían aguantar de pie y, en caso de necesidad, huir.

—Eddie. —Agnes se acercó a su marido—. Lo de no confiar en ti no lo dije en serio. Por favor, no cojas el trabajo por mí.

Agnes odiaba la idea de que Eddie cambiara un uniforme por otro. Hacía falta un esfuerzo diario para no compararlo desfavorablemente con Claude Johnson.

Empezó el martes después del Día del Trabajo. Agnes se organizó el horario para poder dejar a las niñas en la guardería. Eddie tenía la responsabilidad de recogerlas. No llevaba el uniforme puesto para ir al trabajo, pero llegaba lo bastante temprano como para cambiarse en el vestuario de profesores. Se quitaba el uniforme antes de salir del trabajo, de forma que las niñas lo reconocieran ante todo como su padre.

La logística funcionaba bien en general, pero había alguna tarde de vez en cuando en que Agnes se juntaba con sus colegas de la Oficina de Urbanismo para tomar unas copas en el horario de precio reducido de los bares. Cuando llegaba a casa tarde, siempre tenía una sonrisa para Eddie. Le gustaba verlo con pantalones finos, camisa y mocasines.

Aquel mismo año, la escuela católica Nuestra Señora de Claremont contrató a un dramaturgo para que dirigiera una representación escolar de *Noche de Reyes*. Además de traerse una impresionante colección de vestuario de producciones pasadas, Barrett Bass llegó vestido con

traje de tweed inglés y unas zapatillas de deporte de cuero negro tan nuevas y relucientes que Eddie se puso a olfatear por si olía a la vaca.

Eddie barría de forma briosa y breve. Si mantenía el ritmo y sudaba, una hora pasaba en quince minutos. Y si empezaba por la planta superior del edificio de seis plantas e iba bajando, terminaba en el auditorio, donde Barrett Bass ensayaba con sus alumnos por las tardes.

—Mis queridos jóvenes intérpretes —decía Bass—. Ahora mismo vuestras intenciones están empantanadas en dialectos confusos que se alejan de los tiempos isabelinos en dirección a los parques del Bronx. En el escenario tenemos que rebelarnos contra esos dialectos. Ésta es una de las obras más producidas de Shakespeare. Esforzaos por modelar vuestras lenguas y hacer justicia a sir William.

Eddie bajó a la biblioteca de la escuela y sacó un ejemplar de *Noche de Reyes*. A la bibliotecaria, voluntaria a tiempo parcial y coordinadora de la Asociación de Padres, su petición le resultó conmovedora.

El alumnado de la Claremont era en su mayoría negro y puertorriqueño. Eddie podía ir de aula en aula y contar el número de estudiantes irlandeses e italianos con los dedos de una mano. Muchos de los alumnos tenían parientes en Vietnam o bien en otra parte escapando del reclutamiento. Eddie siempre tenía un «buenos días» y un «adiós» para los alumnos mientras limpiaba los retretes y vaciaba las papeleras. Mientras sacaba brillo a la barandilla de la escalera y volvía a enyesar una parte del techo de la sala de profesores, Eddie ensayaba por lo bajo versos de *Noche de Reyes*. Se ganó entre los niños reputación de apuntador. Le gritaban cualquier cita de la obra y Eddie recitaba el verso siguiente. A Eddie se le ocurrió que ahora estaba haciendo las tareas domésticas que Agnes siempre había querido que hiciera. Desinfectaba los cuartos de baño y le pasaba el trapo a la cocina y a las mesas y sillas de los comedores. Había trabajo para dos personas, pero Eddie no se quejaba.

Los alumnos de séptimo estaban ensayando el acto primero, escena cuarta de *Noche de Reyes* en el auditorio cuando Gabriel Ruiz se olvidó de su texto; ya llevaban varias semanas de ensayos, pero Gabriel siempre se quedaba en blanco en la misma escena.

DONNA / VIOLA

Alteza, empero
si está tan entregada a su tristeza
como dicen, nunca otorgárame nada.

GABRIEL / ORSINO

Haz ruido, y falta a todo urbano trato

antes que volver sin la respuesta.

DONNA / VIOLA

Y aunque llegue a hablarle, señor, ¿qué logro?

GABRIEL / ORSINO

Píntale mi pasión, mi amor ardiente.
Haz que mi fe constante la sorprenda.
Bien puedes pintarle mi honda cuita,
tu tierna juventud podrá ablandarla mejor
que nuncio de más grave aspecto.

DONNA / VIOLA

Lo dudo, alteza.

GABRIEL / ORSINO

Créelo, amado joven.
Calumniará tu edad feliz
quien diga que ya eres hombre. El labio de Diana
no es más suave y cárdeno; tu vocecilla
es como trino de niña... trino de niña, de... de...

Eddie estaba en el auditorio, arreglando el brazo de una butaca, cuando Gabriel se puso a buscar con la vista a alguien que lo ayudara. Barrett Bass estaba de pie con los brazos cruzados, dando golpecitos impacientes con el pie en el suelo.

—«Agudo y claro —intervino Eddie desde el fondo de la sala—, y mujeriles son tus prendas todas. Me consta que es tu estrella favorable al desempeño de misión tan tierna. Háganle compañía cuatro o cinco, o todos si queréis; estoy a solas mejor que acompañado. Y tú, prospera, y vivirás tan libre cual tu dueño y partirás con él fortuna y dicha.»

Barrett Bass se rio y bajó del escenario.

—Vaya, *alguien* sí se sabe su texto. ¿Deberíamos quizá darle un papel en nuestra obra? —Había oído hablar del bedel shakespeariano.

—Tengo que comprobar una caldera.

Eddie siempre se comía su almuerzo en la sala de calderas, donde podía dominar su humor y, si andaba con mala sangre, hablar con las paredes.

—Venga, sólo un par de minutos. —Barret sonrió—. Háganos ese favor.

Eddie recorrió el pasillo rojo con la caja de herramientas metálica en las manos. No llegó al centro del escenario.

—Eh, Ruiz —dijo, levantando la voz y evitando mirar a los ojos a Barrett Bass—. ¿Te gusta el fútbol americano?

—No. —Ruiz, que tenía un peinado afro estilo Michael Jackson y acné estilo Michael Jackson, se encogió de hombros—. El béisbol.

—Mejor todavía. —Eddie sonrió—. Cuando el texto se te vaya de la cabeza, imagínate que lo lleva una pelota de béisbol. Rueda con las palabras y te acordarás de más de lo que olvides.

Eddie salió del auditorio. Se pasó el resto de la semana evitándolo. Fue el periodo más deprimente de todo el tiempo que trabajó en Nuestra Señora de Claremont. Las horas se arrastraban como orugas.

—¿A cuánta gente mató usted en Vietnam? —preguntó Barrett.

Eddie estaba de rodillas en la sala de profesores quitando pintura descascarillada de los zócalos. El director estaba sirviéndose una taza de café y dos de los maestros estaban charlando junto al refrigerador azul del agua.

Al principio Eddie fingió que no había oído la pregunta. Había cargado bombas en aviones. Había visto alejarse volando a hombres que no habían vuelto. Había olido el napalm en otros que sí habían vuelto.

—Yo no estaba en tierra —dijo Eddie.

—¿Pero mató a alguien? —le preguntó Barrett Bass.

—Indirectamente. —Eddie se puso de pie—. Pero es posible que matara a una persona directamente.

—¿Sólo a una?

—Una es mucho —dijo Eddie—. Una es suficiente.

La sala de profesores quedó en silencio. Barrett Bass sonrió con incredulidad. En sus años de posgrado había participado en protestas por el desarme nuclear en Londres. Su interpretación moderna de *Ricardo III* había causado un pequeño revuelo en Nueva York y Edimburgo. Ahora tenía posibilidades de obtener el puesto de director artístico asociado en un teatro emergente del off-Broadway.

No fue la sonrisa que el profesor de teatro tenía en la cara alargada lo que irritó a Eddie, sino el hecho de que Barrett le pasara la mano por el hombro del uniforme como si estuviera limpiándole una mota de polvo que le hubiera pasado por alto. Y no fue tanto el hecho de que Barrett le quitara aquella mota imaginaria de polvo como el hecho de que, en aquel mismo momento, el director y dos de los maestros se rieron. No por crueldad, sino por nerviosismo o por estatus social o por lo que sea que hace que la gente se comporte de una manera cuando debería comportarse de otra. Eddie agarró el mango de la escoba, que estaba apoyada contra los archivadores laterales, y se puso a barrer. Primero barrió alrededor del director teatral, como había visto hacer de niño a su madre y a Bella Maddalone. Barrió alrededor de Barrett Bass y luego por encima de sus deportivas de cuero. Eddie estaba intentando eliminar un problema

barriéndolo. Sus movimientos cobraron ímpetu y la escoba empezó a coger polvo mientras las zapatillas de cuero relucientes perdían el lustre. Barrett Bass fue retrocediendo con cada golpe de la escoba de Eddie Christie. Al sexto escobazo, se cayó de culo.

Esta vez el director y los maestros contuvieron la risa. De joven, a Eddie le habían gustado los zapatos y la ropa elegantes. Se había dejado una pequeña fortuna en su ropero. Ahora, en cambio, llevaba zapatos de cordones con suela antideslizante. Eddie se inclinó sobre Barrett Bass y le ofreció su mano, pero Barrett estaba meciéndose en el suelo de madera:

—Creo que tengo el pie roto, joder.

A la mañana siguiente, Eddie fue al trabajo y se encontró al director esperándolo delante del vestuario de profesores.

—Eddie —dijo el director—. Tenemos suerte de que no vaya a denunciarnos.

—Es un gilipollas —dijo Eddie, que todavía no se había puesto el uniforme de bedel—. ¿Cuál es el problema entonces?

El director se sonrojó. Eddie se dio cuenta de que le estaba obstruyendo la entrada del vestuario.

—En nombre de la iglesia de Saint Claremont, siento que tenga que ser así. Pero el profesorado y el personal tenemos que dar ejemplo...

Eddie se metió las manos en los bolsillos e hizo tintinear la calderilla.

—¿Eso quiere decir que no podré ver *Noche de Reyes* en el recital de invierno?

El director asintió con la cabeza.

—A la luz de los acontecimientos recientes, le voy a tener que pedir que no asista a la obra.

Alfred Maddalone habló con un primo suyo que habló con otro primo y Eddie consiguió un trabajo de nueve a cinco en la floristería Ronaldo’s House of Flowers de Arthur Avenue.

—Eddie —lo avisó el señor Maddalone—. Escucha bien. Estos tipos están conectados. Y algunos son miembros de la mafia. Nunca pidas dinero prestado a nadie. Y nada de confraternizar. Acuérdate de que no eres su amigo. El único momento en que eres su amigo son las bodas, los funerales y los bautizos. Y el papel... el papel no existe. Nunca escribas nada. Se han cargado a mucha gente por culpa de una nota que alguien se olvidó o se dejó.

Cuando Agnes le preguntó en qué consistía su nuevo trabajo, Eddie le dijo que era ayudante del encargado. Los dos se mostraron de acuerdo en que era un progreso respecto a ser bedel.

A primera vista, Ronaldo’s House of Flowers no tenía nada especial, pero si te fijabas bien, podías ver unas escaleras que llevaban a la trastienda. En la segunda planta había un restaurante siciliano con frescos en las paredes. Eddie había estado arriba una vez, para llevarle una caja de alcachofas de importación a la madre de Ronaldo, que hacía las veces de chef. Era la clase de establecimiento que no aceptaba reservas.

Encima del restaurante había un invernadero donde Ronaldo cultivaba ciertas plantas y flores

durante todo el año. Tres días a la semana, mandaba a Eddie al distrito de las floristerías de Manhattan a buscar plantas nuevas. Eddie le cogió gusto a elegir flores de primera y a regatear el precio. Los viernes volvía a casa con rosas frescas para Agnes y las niñas. Aquel verano plantó hierbas aromáticas en el jardín de atrás y lo llenó de pensamientos, violetas, romero e hinojo.

Fue una época de tranquilidad general para Eddie, que empezó a recitarles *Rosencrantz y Guildenstern* a las flores porque en Ronaldo's no había tiempo para hablar con las paredes. Las rosas lo entendían, y a Eddie le gustaba que las plantas que había cuidado encontraran hogar fuera de la tienda. Los hombres que paraban frente a la tienda con Cadillacs y Lincoln Town Cars y trajes a medida pensaban que Eddie estaba mal de la chaveta, que era un tonto, un simple. Eddie no necesitaba hacer gran cosa para promover esta percepción errónea, sólo ser negro.

Corría el segundo fin de semana de junio cuando llovieron las balas sobre Ronaldo's House of Flowers. Eddie se acordaría durante mucho tiempo porque la prensa mencionó que aquel día la Arthur Avenue estaba abarrotada, una tarde calurosa de sábado, con familias cenando en las terrazas de los cafés o haciendo la compra de comestibles del fin de semana. Eddie acababa de terminar de regar la acera y estaba usando la manguera para lavarse las manos cuando un grupo de hombres salió de la tienda. Sabía que uno de ellos era un capo al que llamaban Sal, diminutivo de Salvatore Galliano. Salvatore comía todos los sábados en el restaurante de arriba de Ronaldo's, y todos los sábados se detenía a admirar las flores que había en exposición en la acera. Nunca compraba ninguna, ni siquiera para su esposa ni para las novias que a veces iban con él. Pero aquel sábado Salvatore se detuvo a contemplar el ave del paraíso.

—¿Cuánto valen? —le preguntó a Eddie.

Ronaldo había empezado a dejar que Eddie llevara la caja registradora. Eddie se secó las manos y se acercó a Salvatore Galliano.

—Tres dólares la unidad. Cuarenta el ramo —dijo Eddie.

Salvatore se metió la mano en el bolsillo para sacar la billetera y soltó una palabrota. La billetera se había quedado en una mesa de arriba junto con su segunda porción de tarta de queso con pistacho. Le hizo un gesto a uno de sus hombres para que subiera a buscarla y en aquel momento se acercó a la acera un sedán negro. Hubo un instante, una fracción de segundo, en que el tiempo se dobló hacia atrás. Del sedán negro salió rápidamente un hombre con traje blanco de tres piezas. Las balas del arma que llevaba rociaron a los hombres de Salvatore Galliano antes de que tuvieran tiempo de cubrir a su jefe o protegerse ellos. Eddie posó la mirada sobre el atacante. ¿Acaso era una ilusión o era un hombre negro, un asesino a sueldo negro que no debía de ser mucho mayor que Eddie? ¿Cómo explicar la oleada de reconocimiento que le vino a Eddie, aquella ráfaga de orgullo y de desprecio, de amor y de repulsión? La furia le confundió el cuerpo. Le subió la adrenalina. Eddie volcó y derribó flores a diestra y siniestra, arrojándose a sí mismo y a Salvatore Galliano al suelo y apartándolo de las balas del asesino.

—Soy veterano de guerra —diría Eddie más tarde, cuando la policía y la prensa le pidieron detalles del tiroteo—. He visto entrar y salir tantas cosas de las paredes que la mitad del tiempo no sé si voy o vengo.

Dio la espalda de golpe a las cámaras y se puso a conversar animadamente con las flores masacradas. Habían muerto dos hombres. Salvatore Galliano había salido ileso, y Eddie estaba decidido a transmitir la idea de que él no era un testigo de fiar. De que si lo hacían subir al estrado de los testigos, sería una causa perdida.

Alfred Maddalone visitó a Eddie para felicitarlo por su actuación estelar.

—Yo no podría haberlo hecho mejor.

Después del tiroteo, Ronaldo's House of Flowers se pasó seis meses cerrada. Eddie recibió seis mil dólares de indemnización. Eddie y Agnes acordaron que sería una tontería rechazar aquel pago por su silencio. Lo añadieron a sus ahorros para el futuro y lo usaron para pagar el alojamiento y la manutención de Claudia en la universidad.



Cuando Alfred Maddalone le mencionó otro posible trabajo, Eddie recordó el dicho: «Dios ayuda a quienes se ayudan a sí mismos». La tasa de desempleo en la ciudad de Nueva York en 1972 era casi del once por ciento. Eddie se presentó una, tres y hasta cuatro veces para un puesto en la Autoridad Metropolitana de Transporte. Al cabo de un año y cuatro meses empezó a trabajar para el Departamento de Puentes y Túneles como cobrador de peaje en el puente George Washington. Durante el día casi nunca tenía tiempo para leer *Rosencrantz y Guildenstern han muerto*, y de noche normalmente estaba demasiado agotado para coger su librito en rústica. Eddie intentó, con diversos grados de éxito, olvidar la guerra y al jefe Mammoth. Intentó con más éxito volver a enamorarse de Agnes. A veces Eddie hablaba en sueños. Así fue como Agnes se enteró de cosas de su marido que él no podía contar y por las que ella tampoco quería preguntar. En la cabina de peaje donde trabajaba guardaba una pila de monedas extras. Cada vez que cruzaba el puente un automovilista al que no le faltaba demasiado para pagar el peaje, Eddie le contaba alguna breve anécdota —«¿Sabía usted que costó sesenta millones de dólares construir este puente? Lo terminaron en 1931. La mitad inferior, como es natural, fue bautizada en honor a Martha Washington»—, antes de sonreír e indicarle con la mano que pasara y echar monedas de su reserva privada en la caja registradora, junto con los demás billetes y monedas.



1983
Temporada de verano

La familia negra se mudó a la casa de al lado de la de Hank y sus padres en el Día de los Caídos. Llegaron a media tarde. Hacía un sol brutal, pero el viento era generoso. Una brisa fresca venía con aplomo de la Costa del Golfo para dar a los invitados un respiro del calor.

El padre de Hank, Charles Camphor, tenía en la mano un juego nuevo de palos de golf. No había optado por el hierro, sino por la madera; palosanto, para ser exactos. Estaba explicando que los recios palos y las cabezas de madera potenciaban su tiro. Estaba exhibiendo los palos de golf ante su primo hermano, Big Seamus, el padre de Seamus Tercero. Los primos de Camphor habían venido a admirar la casa estilo haitiano de cinco dormitorios y tres baños de Charles, con su balcón con celosías y su porche delantero envolvente y su puerta automatizada en el garaje. La casa ocupaba media hectárea de tierra de Sunset Beach, una urbanización privada situada en una isla de Buckner County, Georgia. El terreno contaba con majestuosos sauces llorones y plantas de enebro estratégicamente colocadas y matorrales para absorber mejor los ruidos de la ciénaga, que estaba repleta de fauna. Los paisajes sonoros de la costa quedaban apagados durante el día, pero se volvían operísticos por las noches.

A los primos de Charles Camphor no les gustó nada el alboroto que armaron sus mujeres al ver el bidé que Charles había instalado especialmente para su esposa y la cocina profesional, provista de una isla de mármol en el centro, para una mujer que no sabía ni hervir un cazo de arroz. La esposa de Charles, Barbara Camphor, se había escabullido aquella mañana y había ido en coche al centro y al Mrs. Trudy’s Roadside Restaurant, donde los cocineros negros todavía

llevaban uniformes de antes de la guerra y los ventiladores del techo no hacían más que inflamar el calor. Barbara se había gastado quinientos dólares largos en un festín irreprochable: estofado de quingombó, arroz rojo sureño, pollo frito, salsa de pepinillos, mostaza parda y, entre otras cosas, ensalada de patata estilo casero. Unos platos sabrosos que ella no tenía vigor para preparar pero que, una vez dispuestos en la vajilla adecuada de loza, permitirían a Barbara reivindicar toda la gloria.

Hamburguesas y salchichas a la parrilla. El resto de la comida procedente de Mrs. Trudy's estaba desplegado sobre la mesa de pícnic de madera. Barbara salió de la casa y se plantó junto a su marido. Tanto ella como Charles Camphor eran gente de ojos azules y pelo rubio claro que buscaban naturalmente el sol. Le habían legado su apostura a Hank, pero el pelo de Hank era más bien oscuro y ondulado. Mientras Charles holgazaneaba con sus primos, Barbara se quitó las alpargatas de color azul marino. En el verano de 1983, las alpargatas estaban bastante de moda, pero ella sólo las llevaba por comodidad. A Barbara no le hacía falta preocuparse por las modas. Estaría guapa hasta destripando pescado.

—¿Quién le ha enseñado a Barbara a hervir un huevo?

Los primos de Charlie y sus esposas estaban riendo y charlando.

—Barbara, ¿quién te ha explicado la diferencia entre el puré de patatas y la ensalada de patatas? —preguntó la mujer de Big Seamus.

Barbara daba sorbos de su cerveza de Milwaukee.

—Supongo que eso quiere decir que no me ha quedado mal.

Cuando volvía con el coche de Mrs. Trudy's había pasado por su antigua casa del centro. El hecho de que no fuera lo bastante grande como para acoger a la familia de Charles había sido una bendición. De niña, sus padres, operarios en la fábrica de la Pabst, solían invitar a amigos y parientes de forma espontánea. Todo el mundo sabía que tenía que dejar su ego en la puerta. Pasabas por allí porque querías y te quedabas porque la compañía era buena. Aquí, en cambio, faltaba camaradería. Le encantaba su casa nueva, pero echaba de menos la intimidad de la casa del centro.

Barbara asumió el rol de anfitriona y se movió por el jardín sirviendo copas con generosidad a la familia de Charles, ya que habían venido justamente por eso: por la comida gratis y el alcohol de su marido. Lo que no sabían era que la noche anterior Barbara había trasladado el whisky, el bourbon, el escocés y la ginebra de primera a botellas distintas y había puesto en su lugar la priva barata que ahora se estaban pimplando. Hank la había ayudado; le encantaba ayudar a su madre a tomar el pelo a los primos de su padre. Era uno de los grandes placeres del verano.

Aquel Día de los Caídos estaban todos riendo y pasando el rato cuando uno de los primos —el flaco con mirada de halcón peregrino— preguntó:

—¿Quién vive en la casa de al lado?

—Ahora mismo, nadie —dijo Charles.

La casa victoriana amarilla de al lado ya estaba vacía cuando Charles y Barbara se habían

comprado la suya hacía nueve meses.

—Menuda casa.

El primo halcón peregrino escrutó el exterior de la casa de Charles de arriba abajo.

—Te debe de estar yendo la mar de bien, ¿no? —comentó.

Charles miró a Barbara: era el primo al que ella le había aconsejado que no invitara. Todas las familias tienen uno. «Charles, cariño, eres demasiado amable. Hay gente que siempre tendrá hambre —lo había avisado Barbara—. Incluso después del banquete.»

—Digamos que el precio fue justo.

Charles le dio un golpecito suave en las costillas con la punta dura de su palo de golf nuevo. Y todo el mundo se rio.

Fue entonces cuando el camión de mudanzas apareció por la calle silenciosa y se metió en el camino de entrada de la parcela de la casa victoriana amarilla de al lado. Detrás del camión de mudanzas llegó un sexteto de personas de piel oscura sentadas en un Volvo plateado.

—Dime que no estás viendo lo que estoy viendo yo —dijo el halcón peregrino.

Los demás primos rompieron a reír de esa forma jovial y cruel que acompañaría a la mayoría de sus vástagos hasta la vida adulta. Charles se había quedado petrificado, igual que sus palos nuevos de golf. Fue Big Seamus quien le dio la vuelta a la situación.

—*Callad* —dijo Big Seamus en tono cortante—. No querréis que los nuevos vecinos de Charlie piensen que somos unos ignorantes.

Hank recordaría esa amabilidad treinta años más tarde cuando le vendiera la casa de sus padres a Big Seamus.

Los nuevos vecinos salieron de su Volvo plateado y caminaron hacia la entrada de su casa. Durante un segundo, la madre pareció echar un vistazo en su dirección, aunque era posible que Hank se lo hubiera imaginado. Llevaba un pulcro vestido de verano de color azul y unas alpargatas de color azul marino exactamente iguales que las de su madre, sólo que sus tacones les sacaban dos o tres centímetros de ventaja. La mujer caminaba junto a su marido y detrás de ella iban cuatro criaturas: una delicada chica adolescente de pelo rizado hasta los hombros y vestido violeta con estampado de cachemir que serpenteaba con sus movimientos. A la derecha de la chica paseaba un basset hound bajo y de orejas caídas. Luego venía un chico con pelo al rape y gafas. Hank, que acababa de cumplir trece años, calculó que el chico tendría su edad. Los últimos en salir del coche fueron una pareja de mellizos gordezuelos. Los mellizos, niño y niña, debían de tener cuatro o cinco años. Iban vestidos con trajes marineros de verano, igual que su padre, Reuben Applewood, capitán recién retirado de la Armada de Estados Unidos.

A Hank le vino a la cabeza la familia de ánades reales del libro infantil que tanto le había gustado en el jardín de infancia, *Abran paso a los patitos*. La familia del vecino era del mismo color que los ánades reales, con la única excepción de los collares verdes en torno al cuello. Hay una temporada en que los ánades reales mudan de plumaje y pierden sus collares verdes. Cuando están mudando, no pueden volar.

—Me he esforzado mucho en preparar esta comida —dijo Barbara, obligando a su marido a apartar la mirada de los nuevos vecinos—. ¿Verdad, Hank, cariño? Así que vamos a llevarlo todo adentro antes de que el calor la eche a perder y a nosotros con ella, y no conviene intoxicarse ni una vez en la vida. Yo tengo que coger un avión por la mañana, pero vosotros podéis sentaros con el aire acondicionado y beberos todo el alcohol de mi marido hasta que no le quede nada.

A la mañana siguiente, en el aeropuerto de Buckner County, Barbara besó a Charles casi con demasiada pasión antes de subirse a su avión.

—No hagas nada que yo no haría —le dijo.

Se iba a un congreso regional de la Cruz Roja en Atlanta.

—Me reservaré hasta que vuelvas, cielo.

Charles le dio una palmada suave a Barbara en el trasero.

Barbara dio un paso atrás y enredó un dedo en el pelo ondulado de Hank. A veces le hundía los dedos en la cabellera negra y lustrosa y le decía: «Sálvese quien pueda, cariño».

—Hank —le dijo—. Intenta no crecer demasiado.

Hank se pasó tres días espiando al chico del vecino, esperando el momento de poder saludarlo con naturalidad. Las gruesas gafas de concha que llevaba el chico le daban a su cara un aire severo y grave. Hank se imaginó que los pensamientos del chico debían de ir siempre un par de pasos por delante de él y que seguramente estaba enfadado porque los pensamientos no lo escuchaban. (Era una sensación que Hank conocía muy bien, sobre todo cuando su madre estaba de viaje.)

Hank se lo encontró por fin cuando volvía a casa de su clase de vela en el Club de Campo de Sunset Beach. El chico del vecino estaba paseando al basset hound de orejas caídas.

—¿No tienes miedo de que el perro se te escape a la calle? —le dijo Hank.

El basset hound iba sin correa varios metros por delante del chico, buscando desesperadamente con el hocico cualquier secreto que pudiera contarle la acera.

—*Tipper* sabe cruzar la calle —contestó el chico—. Y además, en las calles sin salida no suele haber mucho tráfico.

—¿Lo has adiestrado tú? —dijo Hank, sintiéndose repentinamente tonto.

—No, es más bien el perro de mi hermana. No le importa demasiado nadie que no sea Lonnie.

—¿Entonces cómo es que lo estás paseando tú?

—Es que los mellizos están absolutamente intratables. Cuando se ponen así, prefiero no estar en casa.

Hank estaba a punto de reírse de la altivez del chico, pero se contuvo.

—Me llamo Hank —dijo con naturalidad.

—¿Huck?

—No, *Hank*. Como Hank Williams. —Y se puso a canturrear.

—Eso es música country —dijo el chico, apartándose de él con algo parecido al desprecio.

Se sacó un cubo de Rubik del bolsillo de la camisa. Manipuló el cubo con habilidad, haciéndolo girar en las manos, alineando el amarillo, el verde, el blanco y el azul en un intento de juntar todo el rojo.

—¿Qué tiene de malo la música country? —dijo Hank.

Se fijó en la forma en que las deportivas Chuck Taylor del chico se curvaban un poco hacia dentro; tenía los pies valgos.

—Nada, pero la gente de por aquí la pone todo el tiempo.

El chico debió de fijarse en que Hank le estaba mirando los pies, porque movió las puntas hacia fuera. Por primera vez el chico miró a Hank.

—Hay algunos temas de Elvis Costello que son un poco como música country. Y él sí me gusta.

—A mí también me gusta Elvis Costello —dijo Hank, aliviado de haber encontrado terreno en común.

—¿Te gusta Blondie? —preguntó el chico.

Hank asintió con la cabeza.

—¿Los Pretenders?

Hank asintió otra vez.

—¿Pink Floyd?

—Ajá.

Hank se sacó las manos de los pantalones cortos. De pronto sentía más confianza en sí mismo.

—Y también me gustan Queen y Black Sabbath.

El chico perdió interés en el cubo de Rubik.

—Sí. —Se encogió de hombros—. ¿Pero cómo podrá Freddie superar *Bohemian Rhapsody*? Me llamo Gideon...

Gideon levantó la mano para chocar los cinco. Hank ya medía metro setenta y cinco a los trece años. Para cuando entrara en la universidad, habría crecido otros veinte centímetros. Gideon, cuyas piernas estaban esperando para alcanzar al resto de su cuerpo, apenas llegaba al hombro de Hank.

Los dos chicos caminaron un par de veces de lado a lado de la manzana con *Tipper* en cabeza. Cuando se detuvieron, ya estaban otra vez delante de la casa de Gideon. Su hermana estaba en el porche leyendo un ejemplar de la revista *Teen Beat*. *Tipper* vio a Lonnie y subió corriendo las escaleras del porche. Lonnie bajó el libro y besó al perro en el hocico. Tenía el pelo recogido en un moño rizado de bailarina de ballet y llevaba un vestido holgado rosa de punto y sandalias.

—Cómo le gusta *Teen Beat* —dijo Hank.

En los últimos tres días también había espiado a Lonnie sentada leyendo en el porche.

—No dejes que Lonnie te engañe. Detrás de esa revista podría haber cualquier cosa. Anaïs Nin, Colette, D. H. Lawrence. Cualquier obra literaria exótica que encuentre escondida en el escritorio de nuestra madre.

—¿Crees que me gustaría Anaïs Nin?

—Dedícate a Black Sabbath. Y además, ¿quién dice que le gustan? La gente de aquí necesita ocuparse con algo. Por aquí no hay nada que hacer.

—No es verdad —dijo Hank, sintiendo de repente la necesidad de defender su barrio—. Se puede ir en velero en el Club de Campo. Hay tenis. Y tienen distintas actividades para todas las edades. Puedes nadar o puedes coger la bicicleta y seguir una de las rutas. Y los sábados por la noche hay cine al aire libre.

—Terminaremos entrando en el Club de Campo —dijo Gideon—. Entretanto, yo tengo mi cubo de Rubik y Lonnie tiene su literatura exótica.

A Hank no le gustaba cómo Gideon decía «literatura exótica». Tampoco le gustaba cómo decía «absolutamente intratables». No estaba seguro de que Gideon le cayera bien en absoluto.

Gideon rodeó con los dedos el cubo de Rubik y se puso a girarlo y retorcerlo otra vez.

La atención de Hank volvió al porche y a Lonnie.

—No te hagas ideas raras, Lonnie llegará a ser cirujana. Dice que para entender la anatomía humana, primero hay que entender la pasión. La pasión crea y destruye cosas. Incluyendo los cuerpos.

—¿Cuántos años has dicho que tenía?

Gideon volvió a guardarse el cubo de Rubik en el bolsillo de la camisa.

—¿Te gustaría venir algún día a mi casa? —preguntó.

—Claro —dijo Hank.

—Muy bien, pues.

Gideon entró en su casa sin volverse para mirarlo.

Por las noches, *Tipper* salía por la portezuela para perros de la cocina y se ponía a aullar. Hank pensó que quizá el perro añorara su antiguo hogar, igual que Lonnie y Gideon, hasta que se acordó de que ni siquiera había preguntado a Gideon de dónde venían.

—Es la raza —dijo Charles.

Hank y su padre estaban en el jardín trasero observando las estrellas.

—Los sabuesos llevan el aullar y el bramar en la sangre. Por supuesto, para mí eso no es un sabueso de verdad: demasiado enano. Esa clase de perros no tiene más utilidad que el efecto cómico.

—¿Papá? —Hank eligió sus palabras con cuidado—. Se me ha ocurrido que quizá el chico nuevo de la casa de al lado podría venir a nuestra casa.

—No, hijo, creo que no.

—¿Por qué no?

Charles se incorporó hasta sentarse en la tumbona. Era vicepresidente sénior del banco S&S. No era un cargo tan exigente como parecía, pero sí que implicaba cierto grado de estrés. En la década de los ochenta, la gente que llevaba mucho tiempo sin tener dinero empezó a ver un

cambio. Era la época de Reagan, y Reagan creía en devolver algo al hombre común para que el hombre común no tuviera que seguir siendo común durante mucho más tiempo. Durante los años de Reagan, Charles vería un auge inmobiliario en la isla. Y daría luz verde a un buen porcentaje de las casas nuevas. Charles tenía un hijo saludable y una casa de cinco dormitorios. Y una mujer a la que le gustaba tanto ayudar a la gente que no estaba nunca en casa. Recaía en él la responsabilidad de enseñarle a su hijo cómo se hacían las cosas.

—Entre los dos jardines no hay cercas. El otro chico y tú podéis juntaros en la glorieta y hablar todo lo que queráis.

—Pero fuera hace calor.

—La glorieta tiene sombra de sobra.

—Papá, va a ser un poco extraño si él me invita a su casa pero no puede venir a la mía.

—Hay otros chicos. Y no es buen momento.

—¿Eso qué quiere decir, papá? Es verano.

Charles sonrió a su hijo. Cuando ya había terminado la jornada en el banco, Charles tenía una sonrisa agradable que le ocupaba media cara.

—Ni siquiera les hemos llevado una bandeja de bienvenida —dijo Hank—. Cuando llegamos nosotros, los vecinos nos trajeron bandejas de bienvenida el primer día.

—Tu madre lo tiró todo, ya sabes lo que piensa de la comida de alto contenido calórico. Ésta es la única casa de América donde no hay un bote de mayonesa.

—Bueno, pues le preguntaré a ella. Le preguntaré a mamá.

—Hazlo, sí —dijo Charles, cerrando los ojos—. Hacer y llevar las bandejas de bienvenida es tarea de las mujeres.

—No lo de la bandeja de bienvenida. Lo de Gideon.

Charles Camphor mantuvo los ojos cerrados. Hank no supo si se había quedado dormido o si seguía empeñado en ignorar lo que él le había dicho.

Aquella misma noche, Hank se quedó tumbado en la litera de arriba con los pies colgando del borde y fantaseando con la hermana de su nuevo amigo. Cuando Gideon le había dicho que Lonnie leía literatura exótica, Hank se había ido a casa y había buscado la palabra en su diccionario Merriam-Webster de bolsillo.

> **exótico:** distinto o inusual de una manera excitante; dícese especialmente de artefactos literarios o artísticos de origen extranjero y chocante.

Hank tenía ganas de decirle a Gideon que no era tan ingenuo como pensaba. Charles Camphor guardaba en el sótano una colección impresionante de pornografía. Hank no acostumbraba ver los vídeos, porque distraían demasiado; era demasiado fácil perder la noción del tiempo mirando cómo Seka chupaba una polla o cómo se la follaban por el culo. Pero Hank sí manoseaba todos los meses los números nuevos de *Playboy*, *Hustler* y *Penthouse*. Desarrolló sus opiniones sobre

el mundo hojeando el *Penthouse Forum* de Bob Guccione (por las reseñas y los artículos políticos). Cuando terminaba de leer, Hank se desabrochaba los pantalones, colocaba las fotos como le gustaban y se masturbaba escuchando a Black Sabbath.

Antes de que Barbara Camphor volara a su última conferencia —después de que los primos Camphor se marcharan y lo dejaran todo por limpiar—, Hank oyó que su madre le decía a su padre: «Charles, tengo una vagina feliz. No conseguirás poner triste a mi vagina».

Si los detalles no hubieran sido tan personales, Hank se lo habría contado a Gideon. O mejor todavía, le habría preguntado a Lonnie Applewood: «¿Qué hace feliz a una vagina?». Y no cabe duda de que ella le habría pegado una bofetada en toda la cara por preguntar aquello. A la mañana siguiente, Hank abordó a su madre.

—¿Sois felices papá y tú?

Barbara se estaba cepillando los dientes. Faltaban dos horas para que despegara su avión.

—Hank, cielo. Cuando cacé a Charles, me tocó la lotería.

—Mamá...

—¿Qué pasa, Hank? ¿Qué te preocupa? ¿Por qué lo preguntas?

—Anoche me pareció oíros discutir.

Su madre enjuagó el cepillo de dientes y empezó a ponerse maquillaje y sombra de ojos. A Hank le parecía lo bastante guapa como para no necesitar ninguna de las dos cosas.

—Cuando dejemos de discutir —dijo—, entonces será cuando tengas que preocuparte.

—¿Entonces no os divorciáis?

—Hank. —Barbara le dedicó una sonrisa—. La gente es perezosa. Se divorcian porque se acomodan demasiado a sus parejas o bien no lo suficiente. Con el matrimonio, tu trayectoria la tienes que planear tú.

Pero Barbara Camphor se marchó a Atlanta y se pasó tres días sin llamar. Era la primera vez que se iba de viaje y no dejaba mensajes ni llamaba a Hank y a Charles.

La casa de Gideon Applewood olía a jengibre. En la encimera, sobre una bandeja de cristal para pasteles, había un pastel de coco de tres pisos con jengibre confitado. A Gideon le gustaba la piña en los pasteles, pero Lonnie era alérgica a la piña, de manera que no estaba permitida en la casa.

—Para las vacaciones de Navidad fuimos a las islas Turcas y Caicos, y Lonnie se bebió una bebida de piña y se le cerró la garganta. Ahora no va a ninguna parte sin el Benadryl.

Hank se dio cuenta de que Gideon le ponía datos sobre Lonnie colgando delante como si fueran zanahorias y luego se quedaba mirando cómo él los seguía.

Era una casa hecha con la vista puesta en la comodidad, con muebles en los que podías repanchingarte. Y libros del suelo al techo, libros que apenas cabían en las estanterías de obra que habían dejado los propietarios anteriores. En su primera visita, Hank sólo había visto una vez

a la madre de Gideon. Estaba en el cuarto de juegos ocupada con los mellizos. Gideon y Hank se pasaban casi todo el tiempo en la sala de recreo. Hank echó mano de su segunda porción de pastel de coco, por la radio sonaba a todo trapo *Another Brick in the Wall*, de Pink Floyd, y Gideon —que Hank se estaba dando cuenta de que nunca podía quedarse quieto— estaba dando saltos. No bailando, sino dando saltos. En vez de meter monedas de cuarto de dólar en la máquina del millón, Gideon tenía que arrearle un buen porrazo cada vez que quería encenderla o empezar otra partida. La sala de recreo era el sitio más caótico de la casa, entre el ruido del tocadiscos y el de la máquina del millón y las montañas de juguetes y bicicletas y una mesa de billar con tapete de terciopelo y envuelta en celofán que hizo sonrojarse a Hank porque al mirarla tuvo una repentina visión pornográfica en la que aparecía Lonnie.

—¿Cómo has conseguido la máquina del millón?

—Soborno.

—¿En serio? —dijo Hank.

—Sí, mi padre básicamente nos compró cosas para que accediéramos a mudarnos aquí. Era eso o...

—O tener que aguantarte en estado absolutamente intratable.

Gideon enarcó las cejas.

—Más o menos.

—¿Qué le prometió a Lonnie?

—Que haríamos un viaje cultural a Nueva York en las vacaciones de invierno.

—Supongo que debéis de echar de menos a vuestros amigos de Ohio.

Gideon sonrió a Hank. Su sonrisa adoptó el lenguaje universal de la maldad. Al final la maldad siempre reclamaba a todo el mundo.

—¿Tienes algún amigo, Hank?

Charlotte Applewood era profesora de ciclo superior y le tocaba volver a trabajar a tiempo completo después del Día del Trabajo. Una breve inspección de las calificaciones de los que pronto iban a ser sus alumnos confirmó las reservas que había tenido acerca de regresar al Sur. El curso académico iba a ser largo y tedioso. Charlotte estaba decidida a dedicarles tiempo a los mellizos porque cuando empezara el curso no siempre tendría el tiempo ni la energía necesarios. Igual que Barbara Camphor, ni cocinaba ni hacía pasteles. Así pues, su tía Lady Miller, jefa de pasteleros de la pastelería Gottlieb’s, le mandaba galletas de chocolate, hombres de jengibre tachonados de pasas y el pastel que le diera por cocinar cada pocos días. Durante un tiempo, Lady Miller se había creído esa mentira de que las hijas nunca se alejan mucho de casa, de modo que había sido un trago amargo ver regresar a Buckner County a su sobrina Charlotte mientras que su hija Agnes se quedaba en el Norte.

«Es 1983. Las cosas ya no son como antes», le gustaba decir a Lady Miller en las plácidas veladas en que su sobrina la llamaba rezongando que quería volverse a Ohio. Charlotte había

asistido a tres grupos distintos de madres e hijos de Buckner County, pero siempre había cierta energía, un *algo* indefinible que le daba ganas de poner sus carromatos en círculo y proteger a sus hijos.

En cuanto su marido volvió a casa del trabajo, Charlotte le contó que Gideon tenía un amigo nuevo. Estaban en la sala de recreo.

—¿Has salido hoy? —le preguntó Reuben Applewood, a quien acababan de elegir decano de la histórica universidad negra de Buckner County.

—He ido al centro. He paseado con los mellizos por el parque de Robert E. Lee.

—Menuda paliza te has dado. ¿Por qué no has ido simplemente al Club de Campo?

Charlotte meció a los mellizos sobre las rodillas.

—Ya no estamos en Shaker Heights, Reuben. Así que lo voy a decir una sola vez: por el bien del cuerpo y del alma, ningún hijo mío va a ir a ese Club de Campo.

—Charlotte, necesitan continuar con las clases de natación. Nadan bien, pero no lo bastante como para salvarse si se caen de un bote en mitad del océano. Quiero que estén cómodos cuando hagan clases de vela.

—Bueno. —Charlotte se encogió de hombros—. Pues supongo que tendrán que ir al YMCA del centro y nadar con la chusma.

En Shaker Heights, el barrio progresista e integrado de las afueras de Cleveland, Ohio, Gideon Applewood dejó las siguientes cosas:

1. A su mejor amigo.
2. Una casa en un árbol (que su padre le construyó cuando tenía seis años).
3. Un estereoscopio View-Master rojo que le regaló al hermano pequeño de su mejor amigo (que los seguía allí adonde fueran).
4. Los batidos del Tommy’s.
5. Perritos calientes untados de chile con carne.
6. A los Cleveland Indians y los perritos calientes del estadio untados de chile con carne y mostaza Stadium.
7. A la señora Frost, su profesora de literatura inglesa de séptimo, que le masacraba las fichas de libros con su rotulador rojo pero siempre le escribía entre paréntesis: «Sé tú mismo, Gideon, y sé listo».
8. El álbum de los Pretenders de 1979 que se dejó en el suelo del dormitorio.
9. La carta de amor de Cassidy, la primera chica que lo había besado, que estaba dentro de la funda del álbum de los Pretenders.
10. El número de teléfono que había en el dorso de la carta de Cassidy. Habían urdido un plan

loco de escaparse juntos a Vancouver; un plan que involucraba mochilas y hacer autoestop y subirse en carretas de menonitas.

11. La amenaza de tirarse de cabeza al tráfico de la Autopista 77 si sus padres no daban media vuelta para recoger su álbum de los Pretenders.

Años más tarde, en 1990, en el desfile que se celebraría en el centro de Manhattan en honor al recién liberado Nelson Mandela, Gideon y su primera novia se divisarían el uno al otro, bajarían sus letreros de LIBERTAD PARA SUDÁFRICA y se apartarían de la multitud, saltando y meciendo las cabezas, impulsados de atrás adelante por el ímpetu del día y por su amor a Chrissie Hynde y los Pretenders.

—Soy lesbiana —le susurraría Cassidy.

—No pasa nada —le diría Gideon Applewood—. Yo soy gay.

Barbara Camphor regresó a casa el primer domingo de junio con regalos: una caja de cerveza con aroma de melocotón para su marido y una luz de bicicleta roja con el logo de los Bulldogs de Georgia grabado en el costado para Hank. Después de cenar mero a la parrilla, los padres de Hank no tardaron en retirarse a su dormitorio y lo dejaron solo viendo reposiciones estivales de *M*A*S*H*. Emergieron hacia el final del segundo episodio y se despatarraron en el sofá de la sala de estar. Se habían cambiado de ropa. Barbara tenía la cabeza apoyada en el regazo de Charles.

Hank estaba sentado en el suelo. Apagó la tele y miró a sus padres.

—¿Y qué? ¿Cuándo nos vamos de viaje cultural?

—¡Viaje cultural! —Barbara se incorporó hasta sentarse y bostezó—. Qué buena idea. ¿Por qué no se me habrá ocurrido?

Charles le acarició a Barbara el pelo, que le olía a Sea Breeze y a cigarrillos y quizá una pizca a marihuana.

—Barb —le dijo—. ¿Has vuelto a fumar?

—Hank, cariño. —Barbara bostezó—. ¿Qué clase de viaje cultural tienes en mente?

—Bueno, estaba pensando en ir quizá a Nueva York. Por Navidad.

—Hijo, ya sabes que es cuando vamos a la cabaña —dijo Charles.

Barbara sonrió a su marido.

—Charles, hay una exposición de Van Gogh en el MoMA. ¿No crees que Hank debería ver la *Noche estrellada*?

Charles dio un sorbo de whisky.

—Van Gogh se cortó la oreja.

Barbara se rio.

—Eso le mejoró los ojos y dio generosidad a sus manos.

Charles se inclinó y le dio un beso a su mujer.

—Ven aquí, cariño. Me encanta cómo miras el mundo. Y me encanta mirarte a ti, claro.

—Pues está decidido. Una semana en la cabaña y un fin de semana largo en Manhattan. —Barbara le guiñó el ojo a Hank—. ¿Te parece bien, hombretón?

A mediados de junio, Barbara se fue a otra misión de la Cruz Roja. Charles la llevó al aeropuerto y para quitarse la preocupación se fue al Club de Campo a jugar una ronda de golf matinal. Luego volvió a casa y despertó a su hijo, que se estaba entregando al hábito adolescente de dormir siestas en mitad del día.

—Hank, vamos a ver a tu amigo —dijo Charles, sacándose las llaves del coche del bolsillo de los pantalones de golf a cuadros.

—¿Dónde está mamá? —Hank se restregó los ojos.

Charles señaló a los cielos.

—Entre las nubes.

—¿Por qué no me has despertado?

—Te estoy despertando ahora, hijo. Métete en la ducha. Nuestra chica llegará pronto a casa.

Cuando cruzaron el puente que unía la isla de Sunset Beach con el continente, se disipó cualquier esperanza que Hank pudiera tener de que Charles Camphor invitara a Gideon a unirse a ellos. Charles condujo en dirección oeste por Magnolia Avenue. Las mansiones de la época de las plantaciones con las azaleas ya sin flores dieron paso a casas modernas de ladrillo y madera, algunas de las cuales habían visto tiempos mejores. Charles dio un giro cerrado a la derecha por una callecita sin asfaltar que tenía una hilera de chabolas largas y estrechas. Las chabolas estaban adosadas entre sí y en los porches combados había cuerdas de tender llenas de ropa. Jerome Jenkins y su madre estaban sentados en el escalón superior de su porche. Jerome Jenkins era el único chico negro que había en todo el curso de Hank en la Sunset Beach School. Todos los chicos sabían que Jerome estaba allí con una beca. La escuela había tenido problemas para que se matricularan alumnos de minorías. No ayudaba mucho a la situación de Jerome el hecho de que fuera corpulento y llegara a la escuela con unas legañas como puños en los ojos y una fina película de lo que él llamaba *ceniza* en la piel.

—Señor Camphor —dijo la madre de Jerome, acercándose al coche con un vestido estampado que Hank pensó que Charlotte Applewood no se pondría nunca—. ¿Sobre qué hora cree usted que traerá a Jerome de vuelta a casa?

—Mañana por la mañana después del desayuno si te parece bien, Mavis —dijo Charles, ajustando el retrovisor.

—No le he preparado muda de ropa, señor Camphor.

Charles sonrió.

—Acabas de darnos una razón para ir de tiendas. —Charles le guiñó el ojo a Jerome—. ¿Qué

dices, Jerome?

Jerome nunca miraba al padre de Hank a los ojos si podía evitarlo.

—Me parece bien, señor Camphor.

—Mavis, te devolveré a tu hijo de una pieza. No te me preocupes.

Charles le preguntó a Jerome qué quería comer y Jerome le dijo que le gustaba el Morrison's del centro. La franquicia terminaría cerrando su local del distrito histórico y abriendo uno nuevo en el centro comercial del Southside. Pero en verano de 1983 todavía podías agarrar una bandeja y ponerte en la cola del bufé para servirte un desayuno, almuerzo o cena tradicional. Charles eligió jamón al horno y Jerome el pollo frito y unas judías verdes gruesas y largas con macarrones con queso a los que los cocineros siempre daban la textura cremosa perfecta. Estaban sentados en su reservado bebiendo té dulce cuando Gideon y su familia pasaron por la cola del bufé dominical. Hank vio a Gideon, se levantó instintivamente de un salto y a punto estuvo de volcar su bebida. Salió del reservado para saludar, dejando a su padre a solas con Jerome.

Jerome tenía en la boca un triangulito de pan de maíz mexicano. Masticó laboriosamente antes de hablar. Era lo primero que le preguntaría Mavis cuando llegara a casa. «¿Has masticado antes de hablar? ¿Has tirado de la cadena de su retrete? ¿Te has lavado las manos? ¿Han intentado hacer rollos raros contigo? Porque ya sabes que les gustan las cosas raras.»

—¿Qué quieres ser de mayor, Jerome? —preguntó Charles Camphor en tono despreocupado.

—Me gustan los cables —dijo Jerome.

Charles asintió con la cabeza.

—O sea que quieres ser electricista.

—Bueno, señor...

Jerome estaba pensando que lo que quería hacer en realidad era comerse su pan de maíz mexicano y dejar la charla trivial.

—Jerome, no hace falta que me llames señor.

Jerome sonrió.

—Simplemente me gusta pararme a veces a mirar los cables.

—No pases demasiado rato mirando cables. —Charles dio un sorbo de té dulce—. Te puedes poner debajo del que no debes y electrocutarte. Hoy en día mandan a mucha gente a la silla eléctrica. Es bueno que quieras ser electricista.

Hank trajo a Gideon y a su familia al reservado.

—Creo que somos vecinos —dijo Reuben.

—Pues sí. —Charles no se levantó.

—Bueno, ésta es mi mujer, Charlotte, nuestra hija Lauren y nuestro hijo Gideon.

—Tiene usted más hijos, según me han comentado —dijo Charles.

—Tenemos *mellizos*, señor Camphor. Están en casa con mi tía. —Charlotte se miró el reloj de pulsera y se llevó a Gideon y a Lonnie a un reservado vacío.

—Hace un bonito domingo —dijo Charles—. ¿De dónde vienen?

—Acabamos de salir de la iglesia —dijo Reuben Applewood.

—Sí, por aquí hay muchas buenas iglesias baptistas.

—Gracias por la recomendación, pero somos católicos.

—Yo soy metodista —dijo Charles en voz baja—. Pero es nuestro secreto inconfesable. —Luego agarró a Jerome de la mano—. Le presento a Jerome... Jerome es el mejor amigo de Hank.

Hank miró a su padre. Le caía bien Jerome, pero lo de mejor amigo... Su mejor amigo era... La verdad era que no tenía ninguno.

Charles esperó a que su hijo dijera algo para confirmar lo unido que estaba con Jerome, pero Hank se limitó a mirar a la nada.

—En fin, caballeros —dijo Reuben—. Ha sido un placer.

Le dedicó un saludo marinero a Jerome y se volvió elegantemente para alejarse de ellos.

Cuando Hank se sentó, Charles miró a su hijo con expresión severa.

—Esa chica —dijo Jerome, señalando a Lonnie Applewood con su vestido de verano de color mandarina— es guapísima.

—¿Lauren? —Hank se rio y lamió de arriba abajo el nombre legal de Lonnie antes de frotárselo contra los labios—. *Ya lo creo*.

—Así es como se hace un nudo —dijo Charles, dentro y fuera, fuera y dentro.

Jerome intentaba prestar atención, pero el vaivén de la embarcación sobre el agua lo tenía desesperadamente mareado.

Jerome toqueteó el nudo y se detuvo a contemplar la enormidad del océano. Se alegraba de llevar chaleco salvavidas, porque no sabía nadar.

—Estás haciendo un buen trabajo, Jerome —dijo Charles.

Jerome había necesitado cuatro intentos para hacer bien el nudo, pero al cuarto intento le había salido perfecto.

—Unas cuantas galletitas saladas más —dijo Jerome, levantándose y tambaleándose y preguntándose si lo que había comido iba a salir violentamente de su estómago. Se suponía que las galletitas saladas aliviaban el mareo.

—Dale a la pulsera —le gritó Charles.

—¿Cómo, señor?

—Cuando te comas las galletas, dale a la pulsera para el mareo.

Hank estaba al timón, gobernando el velero. Era lo que tenía el océano: daba igual qué problemas tuviera Hank o cómo de loco estuviera, siempre que salía a la mar, todo desaparecía y se volvía pasto de los peces. Su padre se colocó al lado de Hank y lo rodeó con los brazos.

—Lo está haciendo bien —dijo Charles.

Estaban volviendo a la costa y tenían el viento en contra. Jerome se movía por la barca agarrándose a todo lo que podía, como si estuviera en una pista de patinaje. Hank siguió

dirigiendo la embarcación, con el viento alborotándole el pelo y rodeado de un agua azul como él imaginaba que debía de ser el agua en las Turcas y Caicos.

—Papá, creo que a Jerome no le gusta ir en velero.

—Sí que le gusta. Sólo tiene que acostumbrarse. Es una experiencia nueva.

—¿Por qué has dicho que era mi mejor amigo? —preguntó Hank, intentando modular la voz en un tono que no faltara al respeto pero que sí hiciera escuchar a su padre—. No tengo mejor amigo.

Charles había jugado al fútbol americano en la Clemson. Jugaba de corredor. Se había afiliado a la Phi Kappa Delta y una vez al año asistía a una reunión con sus viejos amigos. Hank, en cambio, era todo un misterio. De niño, Charles había anhelado tener hermanos y se había desmadrado con sus vecinos y primos. Pero a Hank le bastaba Barbara como amiga íntima.

—Eso no es algo de lo que estar orgulloso —dijo Charles levantando la voz para hacerse oír por encima del océano—. ¿Qué quieres, ser un tarado solitario que se mata a pajas en su dormitorio? Así nunca encontrarás a una buena mujer.

—Eres un gilipollas —le soltó Hank—. ¿Dónde están *tus* amigos, papá?

El padre de Hank le ablandó la cara de un bofetón.

De camino al velero habían pasado por el Parker's, la tienda de ropa donde tanto a Hank como a Jerome les habían tomado las medidas para los uniformes escolares. El dependiente siempre dejaba el bajo largo y una semana antes de la escuela llamaba a los clientes para medir cuánto habían crecido los chicos y hacer los arreglos pertinentes. Charles encargó tres uniformes para Hank y tres para Jerome, deslizando su American Express por el mostrador en dirección al dependiente.

—Recuerde que cuando venga Mavis, tiene crédito aquí. Crédito de sobra.

Charles hacía todo esto con discreción, de tal forma que ni Jerome ni Mavis tuvieran que dar las gracias. Lo mismo pasaba con los pagos de la matrícula. Si a Mavis no le llegaba, había un fondo fiduciario para Jerome Jenkins.

Jerome vomitó en cuanto llegaron a la orilla. A pesar de las protestas de Charles, el chico pidió irse a casa. Si había oído la discusión entre Hank y Charles, Jerome era lo bastante listo como para no mencionarlo.

—Señor Camphor —dijo Jerome, ofreciendo la mano a Charles antes de subir las escaleras de la chabola estrecha y alargada—. Gracias. Confío en que podamos salir con el velero otra vez.

—Cuando quieras —dijo Charles—. Así me gusta.

Durante el último año de Hank en la universidad, Charles Pierre Camphor moriría en un accidente de navegación y Jerome Jenkins vendría en avión desde Denver, Colorado, para hablar en su funeral. Próspero fabricante de juguetes de alambre de gama alta, Jerome recordaría su primera aventura a vela y la generosidad inquebrantable de Charles Pierre Camphor hacia él.

Delante de su padre, Hank llevaba su cara hinchada como una insignia de honor. «Espera a que mamá vea el moretón —pensó—. Te vas a enterar.» Pero el día de su regreso, Barbara telefoneó para decir que se iba a demorar en Nueva York.

—¿Cómo que te vas a *demorar*?

—Pues porque no puedo encontrar vuelo —dijo—. Hemos hecho escala en Nueva York. Se nos ha ocurrido que podemos aprovechar y pasar el fin de semana aquí. Puedo investigar un poco de cara a nuestro viaje de Navidad.

—Barb, te quiero en el siguiente vuelo a casa.

—No va a ser posible, Charles.

—Pues hazlo posible.

Hubo una pausa.

—Me han ofrecido un ascenso.

—¿Dónde? ¿En Nueva York?

—Claro que no.

—Ya hablaremos de eso cuando llegues a casa.

—No me estás escuchando. —Barbara respiró pesadamente frente al teléfono—. Ya he aceptado, y ahora me voy a tomar un tiempo para hacer contactos.

—¿Estás bebiendo?

—Dios bendito, no.

Era la inhalación de un cigarrillo. «Dios bendito», pensó. Qué lenguaje tan presuntuoso.

—Barb, ¿estás borracha?

—Todavía no hemos decidido qué cargo tendré, pero, Charles, si juego bien mis cartas, dentro de dos años seré la directora ejecutiva del sudeste.

Charles se rio:

—¿Quién lo dice?

—Charles, llevo casi cuatro años con la Cruz Roja. Mi experiencia como enfermera es muy útil para la asistencia en catástrofes. Se me da bien mi trabajo. Pensaba que te alegrarías por mí.

Silencio total.

—¿A cuántos hombres se la has chupado, Barb? ¿Con qué supervisor te has acostado?

Al otro lado de la línea, Barbara se apartó el teléfono del oído. Había conocido a Charles cuando trabajaba de cajera en el banco S&S y él acababa de terminar la carrera de Empresariales. En cuanto empezaron a salir juntos, pidió el traslado a una sucursal distinta para evitar las habladurías. Entendía que salir con alguien del entorno laboral siempre perjudica a una de las dos partes. El dinero de su trabajo de cajera fue a parar a la Facultad de Enfermería. Dos años después de salir de la facultad, se casó con Charles y se pasó tres años trabajando en el Saint John’s Hospital antes de tener a Hank. Después de que Hank naciera, tardó casi una década en empezar a trabajar para la Cruz Roja. Fue un infierno ascender en la jerarquía después de haber

pasado tantos años en casa. Nadie había confiado en que se comprometiera plenamente con su nuevo empleo, pero había trabajado más duro que algunas de las enfermeras más jóvenes de la Cruz Roja. Su nuevo cargo requería que tratara con una modalidad distinta de desastre nacional. Había una enfermedad nueva. El virus ese. El sida. Tendría que elaborar cuestionarios y editar publicaciones sobre cuestiones delicadas, incluyendo las preferencias sexuales. Lo importante no era lo que decías, en opinión de Barbara, sino cómo formulabas la pregunta. Intentó tender un puente al otro lado de la línea telefónica y conectar con su marido a base de suavizar la voz.

—¿Y cómo van las cosas en casa, Charles, cielo? ¿Cómo está mi niño?

—Veamos —dijo Charles, mirando hacia el dormitorio en el que Hank se había pasado prácticamente dos días encerrado—. Genial, Barb. Todo va genial.

Era la primera vez que Hank robaba dinero de la billetera de su padre: veinticinco dólares del fajo de billetes pulcramente doblados de Charles. Hank puso un cuidado extra en volver a dejar el fajo exactamente como lo había encontrado.

—En el Star Castle tienen el *Donkey Kong*, el *Centipede* y el *Pac-Man*. —Hank se había plantado en la cocina de los Applewood con una bolsa de naranjas navel en la mano.

—Dale las gracias a tu madre, es muy amable —dijo Charlotte Applewood, aceptando las naranjas que Hank le había dicho que eran un regalo de bienvenida con retraso—. Pero no era necesario. Ya nos trajo una bandeja de ensalada de patata la misma noche en que llegamos. Le quiero pedir la receta. Estaba deliciosa.

La ignorancia hizo que Hank se ruborizara. Había ido en bicicleta a la tienda y había comprado naranjas. Tenía dinero para eso y todavía le sobraría para invitar a Gideon y Lonnie a pasar la tarde en el salón de máquinas recreativas.

—¿Mamá, puedo ir? —preguntó Gideon.

—No lo sé, Gideon. Acabo de poner a los mellizos a dormir la siesta.

—Podemos coger el transbordador —dijo Hank—. Tiene parada en el centro de la isla. Y de allí al Star Castle hay veintiún minutos.

Lonnie echó un vistazo por encima de su revista. Estaba leyendo el ejemplar de su madre de la revista *Mademoiselle*.

—Vaya —dijo—. Has pensado en todo.

Charlotte clavó en su hija una mirada de «déjalo en paz». Gideon se estaba atando las Chuck Taylor.

—Es mediodía. Os espero de vuelta a las cinco. ¿Os parece bien?

—Sí, señora —dijo Hank.

Charlotte caminó hasta la encimera de la cocina y pescó algo de dinero del fondo de su bolso.

—Por si acaso no os llega.

Le dio un beso a Gideon en la frente y estiró el brazo para tocarle la mejilla a Hank:

—¿Te has hecho pupa?

—No es un bebé, mamá —dijo Gideon—. *Pupa* se les dice a los bebés.

—Bueno, Gideon, siempre seréis mis bebés. Todos vosotros.

—Un accidente de vela —dijo Hank.

Vaciló antes de acercarse a Lonnie. *Tipper* estaba dormitando en el suelo junto a su silla alta. Hank alargó la mano para acariciar a *Tipper* e intentó que no le distrajera por completo la visión de las largas piernas de Lonnie.

—¿Te vienes? —le preguntó.

Lonnie miró a Hank desde arriba.

—Ya no me interesan los juegos recreativos.

Hank se quedó abatido, pero intentó que no se le notara. Lonnie se bajó de la silla y se sentó en el suelo de la cocina. Los dos acariciaron a *Tipper* juntos en silencio. Nunca había hablado tanto con Hank Camphor. Y Lauren Applewood y Hank nunca volverían a sentarse tan juntos.

—Pero gracias por invitarme —dijo Lonnie, y estiró el brazo y le tocó teatralmente la cara a Hank—. Prueba a tomar un analgésico, querido.

Aquel día en el Star Castle, Hank y Gideon perdieron la noción del tiempo. Quizá fueran aquellas luces rojas tan brillantes con la oscuridad de fondo. O los demás chicos. Y sus risas. Hank se rio tanto que empezó a dolerle la barriga. Ni siquiera le importó perder. Lonnie Applewood había coqueteado con él, ¿verdad? Le había puesto sus dedos perfectos en la cara. Hank no podía evitar creer que en alguna parte de su corazón, Lonnie tenía sentimientos hacia él. Repitió mentalmente la escena y eso le provocó un subidón tremendo de adrenalina. En un momento dado se estaban turnando para perseguir bolitas en el *Pac-Man*. Y al momento siguiente estaban engullendo Fresca, palomitas rancias y perritos calientes. Gideon se pidió perritos con chile de lata.

—La versión pobre del chile con carne.

—¿Por qué pobre? —dijo Hank.

—*Entérate*, por la cantidad escasa de carne, las alubias aplastadas como si fueran puré y el aroma a comida de perro en vez de a cilantro y canela.

—Veo que has tenido mucho tiempo para pensar en ello, Gideon.

—Colega, ¿estás intentando decirme algo?

—Colega, quizá sí.

Durante el verano de 1983 hubo una ola de calor en Buckner County. La humedad fresca del salón de máquinas recreativas, con su unidad central de aire acondicionado, era un refugio ideal para niños cerebritos aburridos. Y la oscuridad difuminaba las diferencias raciales con facilidad.

—Ojalá hubiera venido tu hermana —dijo Hank.

—Chaval. —Gideon negó con la cabeza—. ¿No puedes estar conmigo sin más? No tienes ninguna posibilidad con Lonnie. Además, tiene novio. En Cleveland.

—¿Es... serio?

Gideon se apartó de Hank.

—*Donkey Kong* —dijo.

—Gideon, venga ya, necesito saberlo.

—A ver, Hank —dijo Gideon—. ¿Cómo es que no me invitas nunca a tu casa?

Hank se detuvo delante del *Donkey Kong*.

—Pues... nunca se ha dado la ocasión.

—Ajá —dijo Gideon.

—Quizá cuando mi madre vuelva de viaje.

—Muy bien. —Gideon sonrió—. Lonnie y su pretendiente. Lo han hecho. Una vez los pillé.

Hank cerró los ojos.

—No te creo.

—Pues estamos empatados —dijo Gideon tras una pausa—. Yo tampoco me creo que me vayas a invitar a tu casa.

Hank y Gideon perdieron el transbordador de las seis en punto y tuvieron que recurrir al autobús municipal para volver a casa. El autobús municipal serpenteó por lo que parecían ser todos los barrios pobres del condado. Para cuando los chicos llegaron a sus respectivas puertas, ya eran las nueve y media y el sol ya le había dado la espalda a la isla. La madre de Gideon estaba esperando en el porche de la entrada. Hank se quedó en la acera mientras Charlotte Applewood reprendía y abrazaba a Gideon. «¿Te has vuelto loco o qué? Casi llamo a tu padre.»

Los dos amigos se habían pasado todo el trayecto en autobús hasta casa sentados en silencio. Hank no podía negar la acusación de Gideon. Cuando se separaron, Gideon ni siquiera se despidió de él.

—¿Dónde te has metido, hijo?

Charles Camphor estaba en la sala de estar. La botella que tenía al lado del vaso estaba vacía.

—En el salón recreativo.

—Ha venido esa mujer, la madre de tu amigo. La habéis preocupado de verdad.

—Se llama señora Applewood. Charlotte.

—Pues *Charlotte* no estaba precisamente contenta.

Hank entró en su habitación y cerró la puerta.

—Me has cogido dinero de la billetera, Hank.

Charles siguió a Hank hasta la puerta de su habitación.

—Prestado. Lo he cogido prestado —dijo Hank, y echó el pestillo—. Te lo devolveré cuando mamá vuelva. Con mi paga.

—¿Por qué tienes que ser tan capullo?

Fuera había luna llena y *Tipper* estaba aullando.

—La verdad es que no lo sé —dijo Hank.

Charles apoyó la frente en la puerta del dormitorio.

—Cuando yo tenía tu edad, mis padres no estaban tan pendientes de mí. Yo tenía que contribuir a la economía familiar y aportar lo que pudiera. A veces Big Seamus y yo cogíamos mi vieja escopeta de perdigones y salíamos a cazar conejos, ardillas y zarigüeyas. Y mi madre recogía hojas de diente de león y hacía un estofado con ellas. Otras veces alargaba las comidas con gachas. Gachas hervidas. Gachas fritas. Gachas al horno con un chorrito de melaza encima. Tenía gachas para todas las ocasiones. Ahora en los restaurantes lo llaman polenta. Pero para nosotros sólo eran gachas, Hank.

Hank abrió la puerta de su dormitorio.

—Quiero un basset hound.

—¿Qué? —Charles pareció confundido.

—Como Lonnie y Gideon.

—No.

—Los basset hounds son una buena raza.

—No se trata de eso.

—Y amables. Los folletos dicen que son amables con los niños.

—Muy bien, esto es lo que vamos a hacer: vamos a encontrar un punto medio. Tiene que haber un perro con el que nuestra familia esté satisfecha.

—¿Familia? —Hank se rio—. ¿Qué familia?

—Cuidado con lo que dices, hijo.

—No sois mi familia.

—¿Desde cuándo?

—Mamá ni siquiera soporta estar aquí.

—Tu madre es una mujer moderna. Y Dios sabe que eso me da miedo, pero la quiero por ello, Hank.

—Pues yo quiero un basset hound.

—Ni lo sueñes.

—Y una familia distinta. Como la de los vecinos. —Hank se cruzó de brazos—. Quiero una familia de piel oscura.

—¿Y qué vas a hacer cuando la consigas, Hank? ¿Piensas que su vida es perfecta? ¿Piensas que no tienen también su propio almacén lleno de mierda?

—Pienso, pienso... —Hank puso cara de estar poniendo a trabajar el cerebro— que de alguna forma se mantienen por encima de ella. Es fácil, más fácil, cuando tienes un perro enano para..., ja, por el *efecto cómico*, y una madre que se fija en que tienes la cara hinchada y una hermana que tu nuevo amigo quiere besar y un padre que trabaja todo el tiempo pero que cuando viene a casa no te da una bofetada en toda la cara ni le dice a su mujer: «Querida, ¿a quién te has follado hoy? ¿Cómo ha ido esa mamada?» —Hank dio un zapatazo—. Así que dame un basset hound y una casa llena de gente de piel oscura con la que vivir. Me da igual tu historia de las gachas.

Charles dejó caer su vaso de whisky y Hank levantó las manos instintivamente para

protegerse del golpe inminente.

Charles se quedó mirando los cristales rotos, se alejó de la puerta de Hank sin hacer intento alguno de recogerlos y se marchó con paso firme hacia la puerta de entrada. Al salir cogió un palo de golf de su estuche nuevecito. Levantó el palo de madera y soltó un largo silbido mientras practicaba puntería. Hank siguió a su padre al jardín delantero, pero a una distancia segura. Se quedó mirando cómo su padre practicaba puntería y se desahogaba.

Fuera, *Tipper* había dejado de aullar y ladrar. Cuando vio a Charles y a Hank, echó a correr hacia Hank, meneando el rabo. Hank apretó el paso para ponerse delante de su padre, pero Charles lo agarró del cuello de la camisa y lo apartó a un lado. Hank cayó dando tumbos sobre la hierba mientras Charles levantaba el palo de golf y lo rompía en la espalda del perro con un solo golpe de refilón. El golpe le causó un impacto tan grande al animal que ni gañó ni gimoteó. Más tarde Hank se convencería a sí mismo de que *Tipper* no había tenido tiempo de sentir nada. Por supuesto, no era cierto. *Tipper* había estado lleno de vida y de aliento y de aire. Y al cabo de un momento yacía inerte en el suelo.

—En fin, Hank —dijo Charles, bajando el palo y haciendo eses de regreso a la casa—. Entierra a tus muertos.

Hank se sentó en la hierba junto al cuerpo de *Tipper* y aulló.

Al cabo de dos horas, Barbara Camphor se apeó de un taxi y se fijó en que estaban encendidas todas las luces de la casa de los Camphor. Se encontró a Charles profundamente dormido en el sofá de la sala de estar. Vio los cristales rotos en el pasillo junto al dormitorio de Hank. Buscó por todas las habitaciones de la casa, pero como no pudo encontrar a su hijo ni despertar a Charles, salió y registró la parte de su jardín trasero que lindaba con la ciénaga. Hank estaba allí, cavando bajo la luna. A su izquierda había un pequeño montículo de tierra. Barbara corrió al lado de su hijo y miró dentro del hoyo que estaba cavando. Contuvo la respiración y se tambaleó un momento. Le quitó la pala a Hank.

—No.

—Papá le ha roto la espalda a *Tipper*.

—Calla.

—Es un mal hombre, mamá.

—¿Quién? —Barbara se giró en redondo.

—*Papá* —masculló Hank—. ¿Por qué los odia?

Barbara miró más allá de Hank, en dirección a la casa de los vecinos.

—Tu padre tuvo una infancia dura, Hank. Harían falta dos vidas enteras para quitarle los efectos. Y sólo tenemos una.

Hank negó con la cabeza.

—Tú no has visto...

—Cuéntamelo más tarde, Hank. Ahora mismo no tengo estómago para aguantarlo —dijo

Barbara.

Le hizo un gesto a Hank para que se apartara, pero su hijo no se movió mientras ella se subía las mangas de la blusa de seda verde. Regalo reciente de un hombre con el que llevaba más de una década. Un hombre casado, James Samuel Vincent, al que venía de ver en Nueva York. Los dos acababan de acordar que su aventura amorosa se había terminado. Barbara se puso a cavar.

—Yo me encargo de esto.

Aquella misma noche, Reuben Applewood salió de la casa en pijama y alpargatas, se permitió unas cuantas caladas ociosas a su puro cubano y encendió su linterna. Era la señal para que *Tipper* le indicara a Reuben que había hecho sus necesidades, para que Reuben pudiera retirarse a la cama y *Tipper* pudiera entrar en casa. Pero en vez de *Tipper*, pareció que a su alrededor danzaban todas las luciérnagas del barrio. El coro de vida nocturna de la ciénaga cantaba a pleno pulmón. Reuben Applewood no era un hombre supersticioso y tampoco carecía de sentido común. Cuando, al tercer intento, *Tipper* no contestó a su llamada, Reuben masculló por lo bajo: «Estos hijos de puta intrigantes han matado a la mascota de mi hija». Y se puso a urdir la explicación que Charlotte y él repetirían delante de los niños. Porque todavía tenían edad para que ciertas verdades pudieran hundirlos. Y él nunca permitiría que eso pasara. «Elige tu océano. Elige tu océano. Elige tu océano.»

Hank tenía la intención sincera de encontrarles otro perro a Lonnie y a Gideon, pero entonces su madre lo sorprendió quedándose en casa hasta agosto, cuando asistió a una convención de la Cruz Roja en Los Ángeles. Volvió con una plétora de regalos. En sus bolsas de lona de tamaño extragrande había nachos de maíz tamaño mini de una tienda de alimentación mexicana y toallas de Venice Beach con estampado de palmeras, chanclas y surfistas de los que duermen en la playa. Les trajo tres camisetas de los Dodgers autografiadas de tamaños pequeño, mediano y grande. Y especialmente para Hank, una pelota de béisbol con los autógrafos del equipo entero de los Dodgers de Los Ángeles, que habían tenido la amabilidad de invitar a los delegados de la Cruz Roja a un partido gratis en su estadio. El regalo para Charles era un elegante par de marcadores para bola de golf con baño de oro y las iniciales C. C. grabadas. Charles se puso lívido cuando lo abrió.

—Quizá empiece a correr —dijo.

Después de la convención, Barbara se quedó en casa con Hank y con Charles y en el hogar de los Camphor reinó la paz y la tranquilidad. Salieron en barca e hicieron planes detallados para el viaje de Navidad a Nueva York, y Barbara Camphor convenció a su hijo para que saliera a correr con su padre, y la idea salió bien porque Hank, a regañadientes, es decir, con el tiempo, conoció a otros chicos a los que les gustaba correr, chicos como él, con intereses parecidos.

CUADERNO DE GIDEON APPLEWOOD SOBRE LA AMISTAD

Yo: Mi padre cree que Tipper *se ha escapado.*
Hank: Lo siento.
Yo: Mi hermana cree que ha intentado volver a Cleveland.
Hank: ¿Se había escapado antes?
Yo: Nunca.
Hank: Gideon... En fin, supongo que hay una primera vez para todo.
Yo: Creo que lo ha atropellado un coche.
Hank: Seguro que tienes razón.
Yo: No paro de esperar que Tipper *aparezca por la carretera, pero Lonnie dice que mire al frente y al futuro.*

(P. D.: Hank ni siquiera pregunta ya por Lonnie. Y Hank SIEMPRE pregunta por Lonnie. Esta noche he roto mi cubo de Rubik.)



1971
El hombre itinerante se queda quieto

Casa / ‘ka.sa / Sustantivo
• Edificio o parte de él destinado a vivienda.
• Familia o personas que viven en el mismo edificio.
• Familia o linaje.
• Institución para gente que necesita atención o supervisión profesional. *Casa de expósitos, casa de locos.*
• En ciertos juegos, meta u objetivo donde el jugador está a salvo.

Jebediah Applewood llevaba noventa y dos días sin tener una erección. En Vietnam se había follado a ciento sesenta y tres mujeres, una cifra modesta de acuerdo con ciertas estimaciones. Había soldados que se habían follado al doble en la mitad de tiempo. Jeb era un devoto de hacer listas y documentaba sus exaltaciones, no para jactarse ni fardar, sino porque de vez en cuando se le nublaba la mente y a veces perdía la noción del tiempo. Había estado tomando un cóctel de fármacos para las enfermedades venéreas: el chancro, la gonorrea y la clamidia. Jeb se las había apañado para evitar el herpes y la sífilis. En este sentido, creía que las bondadosas plegarias de su madre y sus tías habían intercedido por él.

A veces se despertaba en mitad de la noche con sudores fríos y se examinaba el cuerpo de la misma forma en que unos padres nerviosos examinan a un recién nacido. Las partes estaban todas intactas, pero Jeb estaba seguro de estar perdiendo alguna porción vital de sí mismo. Instaló un altar al amor en la repisa de la chimenea de su dormitorio: extendió una tira de terciopelo violeta y la adornó con pósteres de películas de Pam Grier, Brenda Sykes y Vonetta

McGee. Enmarcó el altar con cuentas acrílicas esmeriladas, incienso de sándalo y gruesas velas de cera roja en homenaje a sus hermanas sexis de piel oscura. Jebediah tenía veinticuatro años. Se sentaba en su cama y examinaba con atención las caras de Vonetta, Pam y Brenda —«Qué caras tan preciosas, por Dios»— antes de dar un paso atrás para obtener una mejor perspectiva de sus magníficos peinados afro, culos y tetas. Luego Jeb se desplomaba sobre las rodillas y les pedía a aquellas diosas que lo salvaran de soñar todas las noches con ahogarse y morir.

La madre de Jeb y su tía Flora le prepararon un banquete de bienvenida a su regreso a Buckner County, Georgia: un bufé de comida negra sureña en su casa de la infancia. Jeb miró las bandejas de exquisiteces y supo que no encontraría satisfacción en ellas, pero aun así cogió un plato de papel y una cuchara de plástico y se comió no una ración, sino dos, por consideración a los platos de las amigas de su madre y al tiempo que habían dedicado. No quería herir los sentimientos de aquella congregación de feligresas que habían ayudado a criarlo, protegiéndolo igual que los halcones protegen a sus crías. Jeb se fijó en que todas se referían a su tiempo en la Armada llamándolo «estar fuera» o «estar allí». Nunca decían *Vietnam*.

Ruby Dennis trajo su ensalada de patata hecha con apio triturado en el mortero porque el jugo reducía la necesidad de usar algo tan pesado como la mayonesa. Martha trajo su pollo frito sumergido en agua fría y espolvoreado con muy poca harina, de forma que la carne quedara tierna por dentro y la piel crujiente por fuera. Lullabelle había preparado gambas en salsa con granos enteros de pimienta y polenta cremosa. Stella cocinó arroz rojo con pimientos y tomates estofados y salchicha de *andouille*. Josephine hizo macarrones con queso de tres colores, un gouda, un cheddar y un edam caros que no se podía permitir; al final de todos los meses le tocaba pedir dinero prestado a la familia y a los amigos.

Durante su servicio en el extranjero, Jeb había visto a prostitutas atrapar pelotas de ping-pong con la vagina e invitar a los soldados a que se las sacaran como entretenimiento. Bares donde sólo se reunían soldados blancos y bares que sólo servían a militares negros. Había burdeles dedicados a toda clase de depravaciones que el alma pudiera imaginar. Las mujeres de la bahía de Subic —y más tarde, las de Bangkok— no habían esperado nada de Jeb. Ni siquiera amistad. Podía cruzar el puente que iba a Olongapo City, matarlas a polvos durante un par de horas y olvidarse de que estaba asesinando a sus hermanos asiáticos. El sexo, qué agradable era el sexo cuando todavía le producía alguna sensación. Se podía ocupar un país con armas de fuego y sexo. Abres la billetera. Sacas un billete de cinco, uno de diez, algo extra si eres negro. Y sabiendo que las mujeres han visto lo suficiente como para recibirte y no esperar nada. Pero en Buckner County, su madre y sus tías y, Dios bendito, las novias con las que se morían de ganas de juntarlo, ¿acaso no sabían que no tenía nada que dar? «Sí, has estado allí. Pero ya estás de vuelta aquí.» A veces Jeb se pellizcaba. No estaba convencido. A veces se miraba la entrepierna y allí no se movía nada. De repente se dio cuenta de que en Buckner County no había muchos

hombres. Sintió la cruda ausencia de tíos y primos. ¿Cuándo había pasado aquello? Dio un paseo por el centro y encontró a muchos hombres negros ociosos y hundidos. O desaparecidos. Su primo hermano Reuben Applewood era quien lo había animado a alistarse en la Armada. «No somos muchos en esta rama del ejército —le había escrito Reuben, encorvado sobre su litera del *USS New Jersey*—. Cuando te llamen a filas, ya no podrás elegir. Serás un recluta en el frente. Estarás en infantería.» Jeb veía por todos lados mujeres, niños y viejos.

«Vámonos de pesca», le decían a Jeb sus escasos conocidos. Pero Jeb atrapaba con la caña una corvina, la miraba un momento a los ojos y le quitaba el anzuelo. Los viejos le decían: «Jeb, vámonos a la bolera», y Jeb metió dos dedos en el agujero de una bola brillante y se quedó mirando cómo se alejaba a toda velocidad por la pista. Cuando la bola entró en contacto con los bolos —pleno—, se produjo un ruido —¿una explosión?—, Jeb agachó la cabeza y entornó los ojos y por la pista apareció nadando el jefe Mammoth, escupiendo agua igual que había hecho cuando Jeb y Eddie Christie lo habían tirado por la borda del *USS Olympus*. Y así se terminó el jugar a los bolos.

Jeb se planteó llamar a Eddie al Bronx, pero se obligó a no hacerlo.

En Vietnam Eddie había estado a punto de perder la chaveta. Había empujado a Eddie a hacer algo de lo que los dos se habían arrepentido.

Ahora a Eddie volvía a funcionarle la cabeza y Jeb no quería hacer ni decir nada que le pudiera aflojar otra vez las tuercas. Trato hecho, se dijo Jeb a sí mismo. Iba a tener que apañarse.

—Jebediah —le preguntó su madre—, ¿quieres venir con nosotros a la iglesia?

Jeb dijo que no, pero llevó con el coche a su madre y a su tía Flora a la iglesia católica de San Pablo de la Redención y luego se fue al cine. Vio *Harry el Sucio, La última película, Contra el imperio de la droga* y *Willy Wonka y la fábrica de chocolate*.

Jeb se fue a la clínica de veteranos, pensando que quizá un médico le recetaría medicación para el insomnio. En la sala de espera, un soldado demacrado con la cabeza asombrosamente calva —Jeb se acordó de la bolera— empezó a perder los nervios por culpa del volumen de documentación que el personal le había colocado en el portapapeles para que rellenara. «Voy a hacer borrón y cuenta nueva», masculló el soldado. Jeb no oyó ninguna amenaza inmediata en aquellas palabras, pero aun así sonó una alarma de seguridad. Llegaron unos enfermeros con correas y arneses y se llevaron de allí al soldado. Jebediah se escabulló de la clínica y caminó dos manzanas para comprar marihuana. Durmió profundamente durante dos días seguidos.

Quedarse en casa indefinidamente no era lo suyo, de forma que después de tres meses de deambular podó el roble del jardín trasero de su madre porque no quería que lo hiciera la gente del ayuntamiento. A veces talaban los árboles enteros de los jardines de la gente negra. Jeb se

subió al roble y evitó los insectos que había en el musgo español. Ajustó las tuberías que goteaban debajo del fregadero de la cocina y calafateó el tejado y limpió las canaletas y puso un desagüe nuevo en el jardín para que el agua no se empantanara e inundara el lavadero. Barnizó los suelos y puso esteras nuevas debajo de las alfombras orientales para que no se mancharan los suelos originales de castaño, luego pulió la escalera y barrió la chimenea y puso leña en el hogar y compró mosquiteras nuevas para las ventanas y quitó el revestimiento de vinilo de la casa estilo Craftsman, a pesar de que su madre se quejó de que el revestimiento de vinilo era barato y de que la humedad pudriría la madera. Jeb no podía revelarle que el vinilo lo deprimía, de modo que dijo: «Te pintaré la casa de amarillo». Tanto a su madre como a la tía Flora les gustó la idea de la casa amarilla.

Para cuando terminó con la casa, a mediados de noviembre, Jeb se volvió a quedar sin nada que hacer, aunque el insomnio se había marchado. Se fue a los almacenes Sears y se compró dos camisas blancas de manga larga, dos camisas blancas de manga corta, dos pares de pantalones cortos azul marino, dos pares de pantalones caqui, una chaqueta azul y unos mocasines de ante marrón de la zapatería Thom de Main Street. Se puso los pantalones caqui y la camisa blanca para visitar la universidad para negros del pueblo. Esperaba poder asistir a la universidad en primavera aprovechando la Ley de Veteranos. Mientras se paseaba por el campus decimonónico, que estaba rodeado de pasto azul y de marismas salinas, le alegró mucho ver a muchachos y muchachas negros conversando. «Toda la gente joven está aquí.» Durante unos cinco minutos, se le contagió a él también aquella onda juvenil y se dedicó a pasearse despreocupadamente pensando que con veinticuatro años todavía era joven y tenía todo el derecho a ser feliz.

Jeb estaba de buen humor cuando el ascensor lo llevó a la oficina de admisiones, pero al abrirse las puertas, las dudas salieron con él. ¿Feliz? ¿Era una broma o qué? *¿Feliz?* Le planteó la pregunta al orientador académico: ¿cómo puedo ser feliz cuando estamos en guerra? El orientador le dijo a Jeb que la felicidad era una cuestión existencial. Perfecta para el curso de Introducción a la Filosofía. Quizá encuentres a un espíritu afín en Nietzsche. En cuanto captó la idea general de la visión del mundo de Nietzsche, Jeb le dijo al orientador académico que no le iba a ayudar un carajo sentarse en un aula llena de gente feliz debatiendo el significado de la nada.

Bueno, pues empecemos por tu área de especialización, dijo el orientador. ¿Qué intereses tienes?

Sé algo de las masas de agua, dijo Jeb. Pero no le contó cómo el agua te llena los pulmones. Te arranca el oxígeno. Te tapona los orificios nasales y los oídos. No describió cómo pelea un cuerpo que se está ahogando. Cuando el agua asalta a un cuerpo humano, ese cuerpo quiere devolver el favor y asaltar de vuelta al agua. A veces, a los hombres que se están ahogando se les desgarran los músculos al hundirse antes de perder la conciencia.

Me gustan los deportes acuáticos, dijo Jeb.

El orientador académico se quedó impresionado. Se apoyó en su escritorio. Hermano, entre tú y yo nada más, teniendo en cuenta lo limpia que es nuestra gente y lo mucho que nos gusta bañarnos, ¿nunca te has preguntado por qué la mayoría no sabemos nadar?

Desde que había vuelto de la guerra, Jeb se había dado cuenta de que la gente estaba sufriendo cortocircuitos. Hablaban, pero casi nunca escuchaban. No, dijo, no tengo opinión al respecto.

El orientador se volvió a relajar en la silla de su lado de la mesa. Cada grupo tiene su miedo atávico. La travesía del Atlántico es nuestro miedo. ¿Por qué no te apuntamos a educación física? Puedes empezar con un curso de repaso de natación. Eres veterano de Vietnam, ¿verdad? Nadar va muy bien para reducir el estrés.



Jeb decidió que todavía no estaba listo para la universidad. Miró la pared del fondo del supermercado Penny Saver. Había un anuncio que pedía un «tipo dinámico» para hacer de transportista en la empresa de mudanzas Axelrod. Jeb fue en coche al Southside, que era donde tenía su sede la empresa de mudanzas. Después de una entrevista de cinco minutos con el dueño, Jeb recibió su primer encargo de larga distancia. Su compañero de viaje sería Big Seamus Camphor, veterano como él y exsargento del ejército. Tenían que transportar unos muebles de Memphis a Boston y luego hacer una segunda entrega en Portsmouth, New Hampshire.

Big Seamus Camphor era todo lo fornido que puede ser un hombre blanco. Le contó a Jeb que estaba sin trabajo y desesperadamente necesitado de dinero. Jeb se acomodó en el asiento del copiloto del camión de mudanzas y le dejó las llaves a Seamus. Basándose en las primeras impresiones, le parecía la estrategia más prudente.

Big Seamus era hablador y su conversación se dirigió de inmediato a la caza. La caza era una actividad de la que resultaba que Jeb sabía un par de cosas de la época en que sus primos y él salían a buscar aquellas palomas que los franceses llamaban pichones. Seamus se animó al oír esto. Los dos se mostraron de acuerdo en que las ardillas estaban deliciosas a la parrilla.

Big Seamus le contó que hacía poco había almorzado con su primo Charles Camphor: «Doce dólares por el plato de gambas con polenta más triste que he visto en la vida. Y después vamos andando por el parque y el puñetero parque está infestado de ardillas caraduras que hasta se atreven a ponerse de pie sobre las patitas de atrás, como si esperaran que les dieras bellotas. Y Charles se iba riendo. “Qué monas son, ¿verdad, Seamus?” Y entonces ya me harté: “¿Qué tienen de mono? —le dije—. Ojalá tuviera mi vieja escopeta de perdigones. Venid, ardillitas”.

Pero Charles siguió caminando por delante de mí y me dijo: “Ya no deberías comer ardillas, Seamus. Y más te vale no contarle a nadie que yo me las comía”».

Sigo cazando ardillas cuando no mira nadie, le confió Seamus. Y zarigüeyas. Y conejos. Y tortugas. Dios no habría dado armas a los hombres si no quisiera que las usáramos. Pero yo siempre apunto a cosas que se mueven. Nunca dispararía a algo que se queda quieto.

Jeb descubrió enseguida que su compañero de trabajo no amaba precisamente las ciudades grandes ni las autopistas. Si hubieran sido dueños de su tiempo, le dijo Seamus a Jeb, habrían hecho mejor tomando la ruta con el mejor paisaje. Jeb se alegraba de que no fueran dueños de su tiempo. Los pueblecitos sureños no le inspiraban curiosidad ni afecto.

Problemas matrimoniales, le dijo Big Seamus a Jeb cuando llevaban una hora conduciendo: necesito alejarme de mi mujer.

En verdad, de lo que Big Seamus Camphor estaba huyendo era del fuego. Durante un incendio provocado por una vela a un kilómetro y medio del pueblo, se había quedado sentado en el suelo del dormitorio de un niño para rendirse a las llamas. A Seamus no le gustaban los incendios, se había pasado la vida combatiéndolos, pero después de estar en Vietnam, ya no podía ser un buen bombero.

Se entendía que cuando llegaran a Memphis, Jeb y Big Seamus no compartirían habitación de hotel, a pesar de que en 1971 ya tenían esa opción a su disposición. Aparcaron el camión de mudanzas en una zona preestablecida de almacenaje y acordaron reunirse al día siguiente a mediodía para su recogida de la una de la tarde. Big Seamus tenía a un amigo de Vietnam al que quería pasar a ver. Se quedaría a dormir en casa de su amigo y usaría sus dietas para engordar su exigua billetera. Jeb sacó el *Green Book* que su tía Flora le había puesto a la fuerza en el regazo y pasó las páginas ociosamente hasta que se encontró con el nombre de Myrtle Hendricks de Memphis, Tennessee.



Myrtle Hendricks vivía en el barrio de Orange Mound, en un barrio completamente negro que se decía que era el más antiguo del país. La casa de madera blanca de Myrtle había sido de sus padres. Durante la Segregación, la casa había hecho ocasionalmente de fonda, o bien, cuando los tiempos desesperados obligaban a adoptar medidas desesperadas, había tenido huéspedes de larga duración.

Myrtle abrió un poco la puerta, de tal manera que Jeb acertó a verle un ojo castaño.

¿De viaje?, preguntó Myrtle.

De paso, dijo Jeb.

¿De paso adónde? Abrió la puerta una pizca más. De entrada, Myrtle Hendricks no tenía nada extraordinario. Tenía las piernas demasiado flacas, el pelo demasiado rizado y no llevaba pintalabios alguno que sugiriera promesas, posibilidades o lugares exóticos.

Ahora mismo, a Boston y a New Hampshire. Después, ¿quién sabe?

Jeb llevaba un mono de empleado de mudanzas de tela vaquera que le hacía sentirse como un niño vestido con un pelele de manga larga. Myrtle lo miró de arriba abajo. Jeb la vio valorar el coste de alquilarle una habitación por una noche frente al coste de decirle que se marchara.

Son quince dólares la noche con desayuno incluido, le dijo.

Jeb se quitó el uniforme de mudanzas y lo dejó sobre la cama de matrimonio de hierro forjado con cubrecama de poliéster. Se puso a desempaquetar el puñado de prendas de ropa que había traído. Todo lo que había en la habitación decía: «No te pongas cómodo aquí», sobre todo el cubrecama. Jeb estaba acostumbrado a las colchas hechas a mano. El hecho de que no hubiera una le hizo echar de menos su cama de Georgia. Su tía Flora le había prometido que nadie entraría en su habitación. Jeb no podía saber cuánto placer le había producido su altar de

desnudez de color chocolate a su tía Flora, que era una lesbiana de primera clase nacida demasiado pronto para vivir su vida abiertamente.

Myrtle le preguntó a Jeb si tenía ropa que almidonar o planchar para ir a los clubes. Él le dijo que no había venido a Memphis para oír música. Ni para ir a los clubes.

Ésta es la ciudad del blues, dijo ella. Beale Street. Stax Records. Imagino que *algo* querrá escuchar usted mientras esté aquí, ¿no?

Jeb le comunicó hacia dónde se decantaban su corazón y su mente: al motel Lorraine.

¿Y por qué quiere ir usted ahí?, dio Myrtle. Se había fijado en lo mal que miraba Jeb su cubrecama y le había traído otro mejor.

Quiero verlo, dijo Jeb.

Pienso yo que cualquier cosa que se pudiera ver ya se vio antes de que James Earl Ray apuntara con su rifle. Llega usted tarde.

Jeb le dio las gracias por el cubrecama. Myrtle miró cómo Jeb deshacía la cama y la volvía a hacer con un estilo que evocaba al ejército.

Me resulta asombroso, dijo él: que nadie pegara fuego a esta ciudad entera.

¿Cómo sabe usted que la gente no lo intentó? Lo intentamos.

Sólo quiero echarle un vistazo al sitio con mis ojos.

Podría ser un rumor. Corren muchos rumores, dijo Myrtle con un suspiro. Pero oí decir que hubo gente que se empapó los pañuelos con su sangre. Que Dios me asista. Qué cosas hace la gente: pañuelos ensangrentados como souvenirs de King.

Se llaman trofeos, señora Hendricks.

No haga eso, señor Applewood. No me llame señora Hendricks.

Jeb se fijó en que ella llevaba el albornoz de rizo de color rosa fuertemente cerrado.

A primera hora de la mañana, antes de presentarse al trabajo, Jeb bajó caminando por South Main en dirección al motel Lorraine y divisó a Myrtle Hendricks caminando hacia el norte por la misma acera.



Al principio no la reconoció sin el albornoz de color rosa. Se había hecho un peinado afro desenfadado con una rosa de otoño en el costado y llevaba un elegante vestido de color jade y unos zapatos de tacón de color gris topo con bolso a juego del mismo color. Mientras pasaba caminando plácidamente a su lado, Myrtle le sonrió y le dio los buenos días y Jeb pensó: Dios mío, qué blancos tiene los dientes y cómo le brillan los ojos, y se dio la vuelta, pero Myrtle ya había desaparecido doblando la esquina.

Se detuvo delante del motel Lorraine y lloró. Había estado seguro de que no iba a haber nadie más, pero había otros viajeros que, tres años después de la muerte de King, todavía iban hasta allí. El motel se encontraba deteriorado en comparación con sus grandes días, cuando había sido un destino para músicos que querían un alojamiento cómodo donde descansar después de las largas sesiones de grabación en Stax o de las actuaciones en Beale Street, así como otra clientela adinerada que apreciaba los servicios que ofrecían Lorraine (quien daba nombre al hotel) y su marido, Walter. El vecindario que rodeaba el motel también tenía un aire triste, todavía más triste por culpa de la historia y la esperanza que lo habían precedido. En la segunda planta, rodeado de mamparas de cristal, estaba el balcón con la puerta verde de la habitación 306. Algunos de los peregrinos se volvían a casa y apostaban al número 306, hacia delante, hacia atrás e invertido. Algunos tenían buena suerte. La mayoría, no. Unos cuantos se gastaban el dinero en coronas de flores y las mandaban para que hicieran compañía a las demás flores, reales y artificiales, que los visitantes dejaban allí. Jebediah se quedó en la acera resquebrajada y giró el cuerpo en dirección norte. Los demás viajeros retorcieron el cuerpo de forma sincronizada con el suyo. Era su peregrinación, y como tal, reproducían en la mente y en algunos casos con sus gestos los momentos finales de la vida de King. Alguien preguntó de dónde había venido la bala y otra persona susurró que la bala de James Earl Ray había detonado desde una ventana con vistas al

norte de la casa de huéspedes de ventanas entabladas que había en la acera de enfrente del hotel. El norte era la dirección de la libertad, *¿verdad?* La cara de Jeb se convirtió en una esponja, empapada. Se quedó allí, deshaciéndose, deshaciéndose en pedazos, y pensó en buques militares en el mar de la China. En el hecho de que bajo cubierta, en su litera, a veces los oídos le crujían y le soltaban pedorretas. Y en el hecho de que una vez se había asomado desde uno de los muchos ojos de buey del barco y había visto a un calamar gigante y al suboficial jefe Nelson Mammoth saltando entre los tentáculos del calamar como si fuera un trapecista en pleno número circense. Aquella noche había arrancado la lista de COSAS QUE JEB NO NECESITA SABER de la pared de su camarote. Había roto la lista hasta convertirla en confeti. Pero al día siguiente la lista volvía a estar allí. Reescrita con la pulcra caligrafía de Eddie Christie. Eddie se sabía la lista de memoria. Quizá fuera eso lo que significaba ser primos, hermanos... ¿amigos? Jeb se volvió a echar a llorar por el doctor King.

Durante su hora del almuerzo, Myrtle rescató a Jeb de la acera del motel Lorraine. Trabajaba en el mostrador de colonia y cosméticos de uno de los grandes almacenes del centro de Memphis. El trabajo no la molestaba, aunque siempre se desmaquillaba cuando llegaba a casa. Había mujeres que compraban Pond’s y otras que despilfarraban en productos caros. Myrtle usaba hamamelis para limpiarse y aceite de oliva para hidratarse. Su trabajo de cara al público era todo un logro porque no tenía la piel clara y se habían celebrado entrevistas y reuniones y se había decidido que una mujer negra de piel clara, aunque más agradable físicamente, podía resultar una distracción excesiva para los hombres blancos que entraban a veces en busca de perfume para sus mujeres o bien una amenaza demasiado grande para las mujeres blancas con las que quizá incluso estuviera emparentada.

¿Por qué lo habían hecho?, le preguntó Jeb a Myrtle. ¿Por qué habían tenido que matarlo? Myrtle cogió a Jeb del brazo y se lo llevó de allí.

Myrtle ya sabía que Jeb iría al motel Lorraine antes incluso de que él abriera la boca. A veces juraban que no tenían intención de ir, pero sus pasos los llevaban allí de todas formas. Jeb no era el primero al que había encontrado temblando como un flan en la acera. Cuando le llegaban hombres con aquella expresión, Myrtle siempre se decía a sí misma que los rechazaría. «Os creéis que sólo hay muerte en Memphis, pero la hay en todas partes», tenía ganas de decirles, pero algo en ella, o en ellos, siempre la hacía cambiar de opinión. Puede que los hombres terminaran en el calabozo o en el hospital, heridos porque alguien no entendía la naturaleza de sus heridas. Todos tenían heridas.

Le contó esto a Jeb mientras le preparaba el baño. Le contó esto mientras le ponía sales de magnesio en el agua: lo siento, pero voy a tener que cobrarle las sales.

Le contó esto mientras cerraba la puerta del baño y le dejaba una silla para que se sentara y depositara su ropa. Y le estaba contando esto una hora más tarde, cuando él salió del baño

completamente desnudo porque se había olvidado su toalla y Myrtle soltó un chillido, creyendo que la iba a violar. Y el susto del chillido le provocó una erección a Jeb. Él se cubrió y dijo: Myrtle, no es lo que piensa.

Y ella se retiró a la sala de estar con el sillón de color burdeos cubierto de una funda bien prieta de plástico y se sentó para encenderse un cigarrillo. Jeb no se había imaginado que fumara. No le había notado olor a humo.

Jeb se vistió a toda prisa y le ofreció marcharse.

Para cenar, Myrtle le preparó filete en salsa y verduras de lata y puré de patata de sobre.



Lo siento, le dijo. No sé cocinar. Y no tengo hijos. Dos razones por las que mi marido consideró adecuado abandonarme. «¿Qué clase de mujer eres? —me dijo—. No sabes cocinar. No puedes traer bebés a este mundo.» Soy Ana, le dije. Soy Sara.

Cocinaba mientras fumaba cigarrillos. Le caía ceniza en la olla. Jeb se preguntó si la nicotina potenciaría el sabor de la comida.

«Ya son tres puntos en tu contra, me dijo. Citas la Biblia. Y todo el mundo sabe que las mujeres que citan la Biblia no saben follar.» ¿Y quién cree usted que le había dicho eso?, le preguntó Myrtle a Jeb.

No lo sé.

Dígame una cosa: ¿sabe usted algo?

Jeb podía distinguir cuando alguien buscaba pelea: sé que tendría que haberme presentado a trabajar hace dos horas.

Más tarde, en la cama, Jeb se dedicó a trazarle bucles como de palomo en torno a los pechos pequeños y traviesos. Myrtle soltó risitas y le apartó las manos a bofetadas.

Myrtle, le susurró él, atrayéndola hacia sí: ese marido tuyo era un idiota. Voy a estar muy triste cuando me marche.

En los grandes almacenes, todo el mundo se da cuenta de cuando alguien está levando anclas, le dijo ella. ¿Dónde dices que vive la persona a la que le estás haciendo la mudanza? Me gusta estar contigo, pero hoy en día no es fácil encontrar un trabajo honrado.

Jeb miró cómo Nancy Vincent abría un pequeño recipiente ovalado de sombra de ojos azul china. Myrtle se lo había dado a Jeb para que lo llevara a modo de ofrenda de paz. Nancy usó la almohadilla del aplicador para ponerse una cantidad generosa en los párpados en el comedor de su casa. Les había dicho a Jeb y a Seamus que quería que le dejaran en Boston la mesa y las sillas de comedor de estilo colonial propiedad de su exmarido de camino a su nueva casa en Portsmouth, New Hampshire. El que estaba a punto de convertirse en su exmarido vivía ahora en Boston después de perder su trabajo de jefe de incendios, primero en Huntington y, más recientemente, aquí en Memphis. Siempre había algún problema con Jimmy Padre. Ella se había quedado para vender la casa, pero ahora sentía nostalgia de la Costa Este.

A Jeb no le quedaba gran cosa que hacer. Seamus había empaquetado la casa entera él solo. Se dedicaron a recorrer el bungaló de Nancy de habitación en habitación, llevándose todas sus pertenencias.

No era mi intención dejarte tirado, dijo Jeb.

Seamus se encogió de hombros. ¿Dónde has estado?

Tenía que ocuparme de unos asuntos.

Vaya, debe de estar bien ser dueño de tu tiempo.

Jeb no quería nada. Estaba de demasiado buen humor.

Quédate mi paga por el trabajo que has hecho sin mí, le dijo Jeb. Y con las dietas de anoche. Así estamos en paz.

Pero qué generoso. Seamus se rio. Tenía los ojos inyectados en sangre. Seamus se había pasado la noche entera de fiesta en Beale Street con su amigo. Le dio un codazo a Jeb: mírate, menuda cara de haber follado traes.

Durante su servicio en Vietnam, el lenguaje de Seamus ni siquiera habría hecho que Jeb se inmutara. Había dicho guarradas como el que más. Pero desde que había vuelto a casa de su madre, se había tenido que cepillar los dientes y la lengua.

No me ha ido mal, dijo.

Seamus le guiñó el ojo. Pues ya somos dos.

Cuando Jeb y Seamus terminaron de empaquetarle los flecos de su vida, Nancy Vincent cogió su maleta Samsonite y salió por la puerta.

En fin, dijo, y se pintó los labios de un rojo brillante para contrastar con la sombra de ojos azul y se subió a un Cadillac rosa donde cabían media docena de hombres: en esta vida nos movemos en círculos. Os veré en Portsmouth. Intentad que tanto mis pertenencias como vosotros lleguéis de una pieza.

Cuando Nancy se alejó al volante, Seamus comentó que se conservaba de narices para los años que tenía. Había regresado a casa de Vietnam y a su mujer le colgaban las tetas como si fueran globos del día después de una fiesta. Y no pudo evitar preguntarse por qué no se había cuidado más y cómo era posible que el cuerpo se le hubiera ido al carajo sin haberle dado ni siquiera su primer hijo. Jeb lo escuchó, pero no hizo ningún comentario porque sabía que hacer comentarios sobre la belleza de una mujer blanca podía provocar pensamientos incómodos en la mente de Seamus de los que Seamus le podría hacer responsable más tarde. Tenían por delante dos mil doscientos kilómetros hasta Portsmouth, New Hampshire.

Se detuvieron delante de una parada de camiones en la zona rural de Ohio. Seamus sacó una pipa de agua y la encendió. Quería dormir allí mismo en el camión para ahorrarse el dinero de una habitación de motel. A Jeb no le apetecía dormir en una carretera secundaria ni tampoco a la intemperie. El aire nocturno venía fresco. Ya casi era Acción de Gracias.

La droga recreativa que les gustaba a Jeb y a Seamus era la marihuana, pero ninguno de los dos les hacía ascos a las setas, las anfetaminas ni a los barbitúricos. Se subieron a la zona de carga del camión para no llamar la atención y se turnaron para inhalar. Al cabo de unas caladas, Seamus se echó a reír y Jeb tuvo ganas de reírse, pero no le salió ninguna risa porque estaba demasiado ocupado rascándose los picores. Jeb, dijo Seamus: o aquí hay bichos, o tienes piojos.

Pero antes de terminar la frase, Seamus también empezó a sentir picores y a rascarse. Se levantaron y registraron el camión en busca del origen de sus problemas. (Más tarde Seamus señalaría que el culpable había sido el limpiador de tapicería que usaban para desinfectar el camión de mudanzas.) Pero justo en aquel momento, la oscuridad se cernió sobre ellos. Los muebles de comedor estilo colonial que habían pertenecido a la tía de Jimmy Vincent Padre de Cabot, Maine, se pusieron a llorar por la tal Nancy, que les sacaba brillo con aceite de limón todos los domingos por la mañana. Las sillas de comedor empezaron a combarse bajo el peso de las lágrimas de la mesa de comedor y Seamus dijo: ¿qué clase de mierda es ésta?

Jeb, que a veces veía el fantasma de un muerto, no se cuestionó si los muebles podían hablar o no, sino que abrió la portezuela del camión de mudanzas y se tiró rodando a la grava como si fuera un perro que intenta sacarse de encima las pulgas. El aire fresco le despejó la cabeza de inmediato y se quedó tirado en el suelo inhalando largas bocanadas de oxígeno. Por encima de él se abrió el cielo y pudo ver ya no sólo el mundo, sino el universo entero desplegado ante sí, y le entraron ganas de reír y ganas de cantar y ganas de echar a correr por el desierto porque el corazón le decía que Myrtle Hendricks lo estaba esperando para amarlo allí.

Estamos colocados, le gritó Jeb a Seamus, que se había bajado de un salto de la parte de atrás del camión y ahora estaba en la cabina, hurgando en la guantera.

La mesa de comedor y las cuatro sillas de estilo colonial salieron en estampida del camión de mudanzas Axelrod y se largaron. Seamus miró a Jeb y Jeb miró a Seamus y Seamus echó a correr porque quería traer de vuelta los muebles. Jeb se levantó y le cayeron piedrecitas del

cuerpo. Se puso a perseguir a Seamus. Tardó más de lo que esperaba en atrapar al fornido veterano.

Seamus, dijo Jeb sin dejar de rascarse: en este sitio de mierda hay serpientes de cascabel y escorpiones. Seguramente también hay coyotes.

Seamus se sacó una pistola del uniforme. Era una Magnum calibre 357, la primera inversión que había hecho al volver a Estados Unidos. El desempleo estaba en pleno récord histórico, en todas partes. Y Seamus ya no podía combatir incendios. Si un bombero no podía combatir incendios, estaba claro que el mundo era un sitio peligroso.

Seamus blandió la pistola frente a la cara de Jebediah Applewood; no les tengo miedo. Ellos tienen preguntas. Yo tengo respuestas.

Jeb levantó las manos y retrocedió. Seamus, dijo con una voz que no era del todo la suya: baja esa puta pistola. Vas drogado hasta las cejas.

He hecho algunas de mis mejores cacerías con droga en las venas. Más les vale volver a esos putos muebles.

Seamus se puso a pegar tiros a los muebles que le volaban por encima de la cabeza. Desapareció en la oscuridad, quitándose el uniforme mientras corría. Jeb miró cómo el chalado de Seamus aleteaba en el viento.

«Razona.» Jeb razonó que no daría buena impresión si la policía se presentaba y encontraba a Seamus Camphor alejándose de él a la carrera. «Razona.» Jeb razonó que si dejaba que Seamus pereciera en el desierto, se asumiría que había pasado algo chungo y él sería el sospechoso principal. Y por tanto, por segunda vez en lo que iba de noche, alcanzó a Seamus, que se había quedado sin munición.

Jeb recordaba que su tío le había dicho que cuando vas perdiendo no existen las peleas sucias. Jeb le asestó una patada brutal a Seamus en el tendón de Aquiles. Al desplomarse el hombretón, la pistola cayó con él. Llegado aquel punto, Jeb le quitó el arma a Seamus y lo noqueó. Se dejó caer al suelo y se quedó profundamente dormido al lado de Seamus.

En el camino de Memphis a Portsmouth no hay desierto, pero así es como se cuentan las trolas. Así es como la ficción se vuelve verdad y los recuerdos falsos se vuelven leyendas.

En noviembre de 1971, Jeb y Seamus escucharon las siguientes canciones por la radio mientras entraban en Boston con el camión.

The Carpenters, *Superstar*
Isaac Hayes, *Shaft*
Led Zeppelin, *When the Levee Breaks*
Marvin Gaye, *What's Going On*
The Rolling Stones, *Brown Sugar*
Rod Stewart, *Maggie May*

Bill Withers, *Ain't No Sunshine*
Three Dog Night, *Joy to the World*
Jean Knight, *Mr. Big Stuff*
The Osmonds, *One Bad Apple*
The Undisputed Truth, *Smiling Faces*
Paul Revere and the Raiders, *Indian Reservation*
Al Green, *I'm So Tired of Being Alone*

Las siluetas de los rascacielos del centro de Boston tenían una escala más pequeña de lo que había esperado Jeb. En 1971, tres días antes de Acción de Gracias, Seamus y él se encontraron a varios veteranos agitando vasitos de plástico o bien plantados en las aceras con letreros que decían AYUDAD A UN VETERANO garabateados en cajas de cartón. La época hippie, que ellos dos se habían perdido por culpa de la guerra, se estaba terminando, y al mirar desde los asientos del conductor y del copiloto del camión de mudanzas, a los dos los incomodó mucho la cantidad de gente sin casa que había desperdigada por las calles. «Qué ciudad tan dura es Boston», pensó Jeb, aunque si hubiera ido a Nueva York, San Francisco, Los Ángeles o Chicago, quizá se habría encontrado las mismas penurias.

¿Es usted Jimmy Vincent?, lo llamó Jeb desde el asiento del pasajero del camión de mudanzas. Jeb y Seamus ya llevaban una hora esperando delante de la casa de ladrillo de Jimmy Vincent en South Boston cuando por fin apareció el bombero retirado.

Quizá. ¿Quién lo pregunta? Jimmy Vincent los escrutó. Tenía la cara de cuero. En algún momento había sido una cara humana, pero los malos hábitos le habían causado un efecto drástico en la frente y el mentón. Jimmy llevaba cogida del brazo a una morena flaca. La chica podía tener veinte años o diecinueve. Podía tener diecinueve o diecisiete. O menos.

Tenemos en el camión unos muebles que le pertenecen, dijo Jeb.

Le dije a Nancy que se los quedara, dijo Jimmy Vincent.

Ella pensó que quizá cambiaría usted de opinión, insistió Jeb. Mientras Jeb hablaba, Seamus abrió las portezuelas del camión y empezó a descargar la mesa y las sillas de comedor. Jeb dejó a Jimmy Vincent con los papeles en la mano y se fue a ayudar a Seamus.

La chica caminó hasta el camión y apretó con el dedo la protección de la mesa de comedor. Aplaudió felizmente: ¿todo esto es *para nosotros*?

Jimmy Vincent negó con la cabeza: todo lo que Nancy me da trae mala suerte.

¿Dónde quiere que lo pongamos?, preguntó Jeb.

Jimmy Vincent encendió un cigarrillo: dejadlo en la acera.

Seamus se quedó horrorizado ante el desprecio que le estaba haciendo el hombre a su legado inanimado: estos muebles pertenecían a tu *gente*.

La chica recorrió con las manos el respaldo de las altas sillas de madera y volvió a la acera

para susurrarle algo al oído a Jimmy Vincent. Jimmy Vincent se encogió de hombros: la chica volvió a aplaudir feliz y dijo: dejadlo en el porche. Lo podemos vender mañana.

¿Veis esto? Jimmy soltó una bocanada de humo, señalando en dirección a la chica pero sin mirarla. Esto lo conocí hace un mes y ya me está planeando el resto de la vida y dando por sentado que quiero compartirla con ella.

Jeb y Seamus dejaron los muebles en el porche delantero mientras la morena jugaba al juego de las sillas y Jimmy Vincent fumaba cigarrillos Pall Mall apoyado contra la mesa de comedor y hablaba de su exmujer. De cuánto la odiaba. Y de cuán triste sería el futuro sin aquel odio que había llegado a sentarle tan a la medida como un abrigo viejo. ¿Quizá no la odiaba en absoluto? Quizá sólo odiaba la pareja que hacían. Juntos eran un temporal de nieve.

Jeb estaba aprendiendo algo acerca de ser empleado de mudanzas. Lo importante de ser empleado de mudanzas no eran las posesiones de la gente. Era la historia que rodeaba a aquellas posesiones. Las equivocaciones que tenían lugar cuando dabas demasiada importancia a la gente, los lugares o las cosas. Las posesiones tenían una historia. Y toda aquella historia le hacía alegrarse de viajar con poco equipaje.



La cafetería abierta veinticuatro horas tenía un letrero de neón que parpadeaba. Cuando Jeb y Seamus entraron, la barra rectangular y los taburetes giratorios les recordaron al Krispy Kreme Doughnuts de su pueblo. Los dónuts glaseados del expositor les hicieron la boca agua, y las camareras llevaban unos uniformes verdes y blancos con su nombre en unas chapas igual que las camareras del Kress de Buckner County, Georgia. Un letrero decía: LAS MEJORES HAMBURGUESAS DE BOSTON. Se sentaron en la barra. Seamus dio unos golpecitos con los nudillos y le dijo a Jeb que le pidiera un café mientras él se iba a mear. Se acercó una camarera a la que el uniforme le hacía juego con los ojos verdes. Echó un vistazo al restaurante antes de colocar servilleta, cuchillo y tenedor delante del asiento vacío de Seamus. Había varias miradas posadas en la camarera. Jeb, que era sensible a estas cosas, sintió las miradas antes de girar en el taburete de la barra y verlas. La cafetería bullía de gente. Buscó una cara que pudiera reflejar la suya. No había ninguna. Jeb volvió a girar en el taburete con naturalidad y con las manos ahuecadas dentro de la fina chaqueta. Fuera, una nieve como polvos de talco estaba dando paso al hielo y el aguanieve.

Dos cafés, por favor, dijo Jeb. La camarera sonrió y se movió deprisa, sirviéndole el café a

Seamus. Cuando acercó la cafetera a la taza de Jeb, otra camarera de más edad que los había estado observando en silencio desde lejos se acercó con los brazos cruzados.

Lo siento, no tenemos café, dijo la camarera mayor. Estaba mirando a la camarera, pero sus palabras iban dirigidas a Jeb.

¿Qué es eso que tiene esta chica en la mano? En la voz de Jeb no había queja, sólo constatación.

No es café, dijo la camarera de más edad. Llevaba un moño como el de la tía de Jeb, Flora. Jeb suspiró: ¿tienen té?

La camarera mayor negó con la cabeza: té tampoco.

¿Y agua?

La mujer se giró hacia Jeb sin pestañear. Si te la bebes deprisa y te marchas.

Llevamos muchas horas conduciendo, dijo Jeb, apelando a la humanidad de la mujer. La camarera de la coleta tenía la cara tan roja como un adorno de Navidad. Le puso un vaso de agua a Jeb. Jeb tenía sed, pero el orgullo le impidió tocar el vaso. No había tanta sed en el mundo entero.

¿Toda esta gente bebiendo café y me dice que no tienen? Jeb había hecho sentadas en Buckner County, Georgia. No se había esperado tener que hacer una en el Norte. Muerto de sueño y envuelto en una nube de mal olor como resultado de haber estado viviendo en la carretera, no sabía si le quedaba energía para montar una protesta.

La camarera de más edad se giró hacia la joven: ¿ves la que has armado? Ya sabes las normas. *Arréglalo*.

Y se fue dando zancadas. Y la camarera joven le dijo a Jeb en voz alta: no me haga esto. Sólo llevo aquí una semana. Y necesito este trabajo.

Jeb contestó, en voz más alta de la que había sido su intención: soy veterano de Vietnam. Soy norteamericano.

La camarera joven suspiró. Seamus salió del lavabo. Se subió a su taburete y dio un sorbo de su café. ¿Dónde está tu café?, preguntó Seamus, fijándose por primera vez en la camarera, en el silencio y en la taza vacía de Jeb.

No tienen café, Seamus.

Seamus continuó disfrutando de su café. Todavía estaba procesando la situación, sin darse ninguna prisa. Ese letrero dice: LAS MEJORES HAMBURGUESAS. Joder, qué bien me iría una hamburguesa con guarnición extra de cebolla frita encima. Donde nosotros vivimos tienen cebolla Vidalia. ¿Tú crees que aquí tienen cebolla Vidalia?

A Jeb le entraron ganas de arrearle un bofetón. ¿Cómo coño voy a saberlo si ni siquiera tienen café? Come lo que tengas que comer. Haz lo que tengas que hacer.

Jeb se levantó y salió de la cafetería. Seamus se bebió lentamente lo que le quedaba del café y se levantó también. En fin, creo que no voy a pagar este café. Hay que ser tonto para pagar algo que no existe.

Seamus siguió a Jeb afuera. Se subieron al camión de mudanzas. Jeb se sentó en el asiento del conductor. Seamus le tiró las llaves. Si hubieran conocido la zona o si a Jeb se le hubiera ocurrido hojear el *Green Book,* podrían haber ido hasta la zona negra de Dorchester, en el sur de Boston. Por supuesto, en aquel barrio quizá se giraran las tornas y fuera Seamus el que no era bienvenido. Como muchas ciudades norteamericanas en 1971, Boston estaba dividida por fronteras y corrientes raciales. Tres años después de que se negaran a servir a Jeb en aquella cafetería, la crisis de la segregación escolar de Boston llegaría a las noticias de todo el país. Y un buen número de sureños se reirían de la hipocresía del Norte.

Ya estaban arrancando cuando la camarera de la coleta y los ojos verdes salió corriendo de la cafetería con una bolsa de papel grasiento en los brazos. Se acercó al lado del camión donde estaba Jeb: no es mucho. Una hamburguesa con patatas para que la compartáis.

Gracias, dijo Jeb.

Volvió corriendo a la cafetería y se detuvo en la puerta: mi hermano pequeño está combatiendo allí.

La tormenta de nieve de Acción de Gracias de 1971 dejó a miles de personas atrapadas. Jebediah Applewood y Seamus Camphor se pasaron cinco días varados por la nieve en Portsmouth, New Hampshire. Nancy Vincent se disculpó por los suelos de madera y les puso mantas y almohadas y sacos de dormir para que estuvieran más cómodos. Sobrevivieron a base de sándwiches de pavo y de una especie de sopa de pavo extraña. La sopa llenaba, pero aparte de eso Nancy Vincent prácticamente no les prestaba atención y se dedicaba a leer los libros que le mandaba su hijo, que era abogado de éxito en Nueva York. Seamus dijo que entendía por qué su exmarido se había largado, porque Nancy no hacía nada para acomodar a un hombre más que darle el pan de cada día. El pan de cada día hizo que Jeb se acordara de Myrtle.

Jeb miró la nieve y salió a ayudar a Nancy Vincent a despejar el camino de entrada. Se puso una capa extra de ropa: chaqueta de franela para conducir, guantes de ante y unos vaqueros con forro que le venían enormes. Nancy conservaba alguna ropa de su marido de la que no soportaba separarse. Jimmy Hijo, decía. Algún día Jimmy Hijo quizá la quiera. Abrieron un camino en la nieve acumulada. Nancy se detuvo para recuperar el aliento: no hay forma de quitarle su olor.

Cuando la nevada paró, Seamus recorrió a pie siete manzanas hasta el pub y Jeb caminó nueve manzanas en dirección contraria, hasta la tienda de productos de alimentación sana del barrio. Era un establecimiento con lo básico propiedad de Boone McAllister, el amigo de infancia del hijo de Nancy Vincent. No tenía muchos productos: cubetas de plástico con frutos secos y soja y una máquina de gran tamaño para moler grano, legumbres y alubias en forma de harina y mantecas. Jeb no lo sabía, pero estaba presenciando la evolución del movimiento macrobiótico fundado por el médico japonés George Ohsawa. Boone McAlister había tomado las ideas de Ohsawa sobre nutrición y dieta y las había puesto en práctica en su tienda.

Boone McAllister le dijo a Jeb que la reunión se había cancelado por la tormenta, pero que si

necesitaba algún sitio para quedarse a dormir, tenía espacio en el sótano y en la trastienda.

El sótano era un suelo de tierra con un techo bajo. Había sillas y mesas plegables como las que usaba la gente del Sur para jugar a los naipes. Y una media docena de hombres. Algunos olían a todos los días sin jabón que se les habían quedado pegados a la piel y a la ropa. Venían por la sopa y los bocadillos que Boone McAllister les suministraba todas las semanas. Jeb se enteró por aquellos veteranos de Vietnam de que había una base de la Fuerza Aérea cerca y viviendas asequibles en Seacrest, pero que la falta de aislamiento térmico te helaba hasta los huesos. La Armada había confundido los planos de Seacrest con las viviendas que habían construido en Virginia.

Los veteranos hablaron de la guerra. Los veteranos hablaron de teorías de la conspiración. Todos tenían sus ideas sobre la CIA. Algunos juraban haber visto despegar de Vietnam aviones cargados de heroína. Hablaban de experimentos con LSD. Y de tomar decisiones duras. De asesinar a oficiales para salvar a sus pelotones.

Jeb no había pisado tierra firme en Vietnam y básicamente guardó silencio. Por lo general le parecía mejor escuchar que hablar, y cuando por fin tuvo algo que decir le sorprendió que tuviera sentido. Contó su visita a la clínica de veteranos de Buckner County, Georgia, y les habló del soldado furioso con la calva resplandeciente que, al parecer, no podía pensar con claridad. Les contó a aquellos hombres que al soldado se lo habían llevado pataleando y chillando por culpa de unos documentos que ahora estaba seguro de que el soldado no podía leer. No mencionó al suboficial jefe Nelson Mammoth.

El día antes de que a Jeb y a Seamus les tocara marcharse, Boone McAllister le ofreció a Jeb un trabajo en la tienda de alimentación sana. Se había fijado en que Jeb siempre se esperaba hasta el final de todo para ponerse en marcha. Se había fijado en que después de las reuniones, doblaba las sillas y las mesas y en que siempre estaba leyendo los panfletos. Se había fijado en que Jeb leía con atención los libros de cocina macrobiótica.

Me estoy planteando dejar de comer cerdo, le dijo Jeb.

Vas camino de hacerte vegetariano.

Eso no lo sé.

Así que Boone McAllister le dijo: necesitamos a alguien que ayude a abrir y cerrar la tienda. ¿Te ves capaz de llevar la caja registradora?

De camino a casa de Nancy, a Jeb le pareció ver a lo lejos a una mujer que se parecía a Myrtle. Llevaba sin ver a otra persona negra desde que había llegado a Portsmouth (aunque más tarde se enteraría de que ya había gente negra en Portsmouth desde la Revolución norteamericana). Llamó a la mujer y la mujer se giró con un hueco en mitad de la dentadura y cara de «creo que no te conozco». No se parecía en nada a Myrtle y apretó el paso para alejarse

de Jeb. Pese a todo, acordarse de Myrtle hizo que el cuerpo de Jeb reaccionara de forma maravillosa. Se le puso dura.

Jeb buscó una cabina de teléfono y encontró una sepultada en nieve. Cuando el cuerpo se le volvió a relajar, llamó a Myrtle Hendricks a cobro revertido. Al tercer intento, Myrtle aceptó la conferencia a larga distancia de Jeb.

¿Qué te parecería vivir en New Hampshire?

Myrtle había estado esperando aquella llamada sin esperanza de que llegara. No se había permitido a sí misma albergar esperanzas.

Nunca he estado ahí, dijo.

Quizá deberías venir...

New Hampshire es un estado entero.

Jeb le dijo al auricular: empecemos por Portsmouth. A ver qué tal nos va.

Myrtle habló después de una larga pausa: voy a necesitar una dirección.

Jeb se apoyó en un pie y luego en el otro: te llamaré en cuanto tenga una.

Seamus Camphor sabía que no había forma de convencer a Jeb para que regresara a Buckner County. Los dos hombres se dieron un vigoroso apretón de manos, porque a los dos los ponían incómodos las despedidas. Seamus se subió al camión de Axelrod y admitió que el trayecto de vuelta iba a ser un coñazo. Nunca tendría a otro amigo negro y tampoco se esforzaría por hacérselo pasar mal a la gente negra. Y años más tarde —mucho después de que Jebediah Applewood se convirtiera en terapeuta de la base de la Fuerza Aérea de Pease, en Portsmouth—, Seamus Camphor rezongaría acerca de los días que se había pasado varado en el Norte. Contaría que había desarrollado artritis por culpa del frío que había pasado aquel día de Acción de Gracias. Contaría que el frío le había constreñido el cuerpo y la mente. Contaría que había perdido la batalla, pero había ganado la guerra y había revivido su don para combatir incendios.

La estación de autobuses de Portsmouth estaba situada cerca de un hotel. Jeb alquiló una habitación para pasar la noche con Myrtle. Nancy Vincent le prestó el Cadillac rosa para que fuera a recogerla. «Romanticismo —dijo Nancy—. El romanticismo me hace perder la cabeza. Ése es mi gran problema.»

Myrtle salió del autobús Greyhound con una sola maleta porque no había confiado en su corazón lo bastante como para traer todas sus cosas, sabiendo lo veleidosos que pueden ser los hombres. Había cerrado con llave las puertas de su casa y les había dado las llaves a sus primas y les había dicho que las mantendría informadas.

Se quedó dentro de la estación de autobuses mirando a un lado y al otro, a izquierda y derecha. Incluso dentro, a Myrtle la dejó realmente asombrada el frío que hacía. Pero había consultado el parte meteorológico y había venido con un chaquetón marinero para ella y otro para Jeb. Cuando Jeb la vio, se le acercó y le cogió la maleta.

Debes de estar cansada, Myrtle, le dijo.
Tú también, dijo ella.
Cruzaron la estación de autobuses cogidos del brazo.
Juntos.



1947 1958 1968
Eloise levanta el vuelo

Bessie Coleman fue la primera mujer a la que amó Eloise Delaney antes de saber que el amor significaba algo. Hay una fotografía rectangular recortada del *Buckner County Register*, un periódico local para gente negra, en la que sale Coleman de pie encima del neumático izquierdo de su biplano Curtiss JN-4 Jenny. Se está agarrando de la carlinga con la mano izquierda enguantada. Va vestida con un uniforme de aviadora hecho a medida y mira directamente a cámara. La fotografía tenía por lo menos treinta años de antigüedad y llevaba fecha de 1926, el año de la muerte prematura de la aviadora de color, pero para los padres de Eloise era como si el accidente hubiera sucedido ayer. Eran los borrachos del pueblo y para ellos el tiempo pasaba de forma confusa.

—El hombre no está hecho para tener alas —dijo Herbert Delaney.

—¿Eso no era una obra de teatro o algo así? —Delores Delaney chasqueó los dedos—. *¿Todos los hijos de Dios tienen alas?*

Herbert se encogió de hombros.

—Fue una arrogante. Al querer levantar el vuelo.

—¿Qué estás diciendo, Herbert? —Delores Delaney besó las manos largas y finas de su marido—. ¿Estás diciendo que Dios quiso que su avión se estrellara? ¿Que Dios quiso que Bessie muriera?

—Bueno, está claro que no quiso que viviera. Si no, no se le habría averiado el puñetero avión.

El avión de Bessie Coleman se había estrellado durante una exhibición de vuelo acrobático en

Orlando, Florida. A Delores Delaney le gustaba jactarse de que había estado justo en mitad del público la mañana en que la Valiente Bessie se había precipitado seiscientos metros hasta el suelo, pero Eloise sabía que no había que creerse nada de lo que decían los borrachos, sobre todo si el borracho en cuestión era su madre.

Pese a todo, Eloise se acordaba de las escasas veladas de su infancia en que se había sentado a la mesa de la cocina en un taburete roto entre sus padres y los tres juntos habían examinado el recorte de prensa y ella no había tenido que competir por la atención de sus padres con la cerveza, el bourbon, el whisky o la ginebra.

Los padres de Eloise trabajaban en la planta de envasado de marisco que había a tres kilómetros del pueblo. Habían crecido desbullando ostras, pescando cangrejos y destripando pescado. Cobrar por hacer algo que habían hecho siempre de forma normal era como que te dieran dinero por irte de vacaciones. Podían pescar cangrejos con los ojos cerrados y sin perder velocidad. A veces movían los dedos ansiosos en sueños, descartando al macho muerto y a la hembra preñada y extrayendo la carne blanca y tierna. De cuando en cuando, el encargado de la planta de marisco se veía obligado a disciplinar a Herbert y Delores por ir al trabajo ebrios y Eloise pasaba hambre hasta que se las apañaban para volver a colarse con sigilo por la puerta de la fábrica.

La planta de envasado de marisco estaba situada en un almacén con vistas a una marisma salina. Cuando la temporada de recogida estaba en su punto álgido, a veces Herbert y Delores se llevaban a su hija a trabajar con ellos. Ella miraba por los altos ventanales a las garzas, las gaviotas y los pelícanos, a las águilas pescadoras y a los cormoranes negros como el betún que exploraban la marisma en busca de comida.

«Mis padres me tuvieron con ellos más de lo que me abandonaron.» Ésta era la verdad a medias que Eloise evocaba ante sus amigas. Si recitaba aquellas palabras lo bastante fuerte, casi conseguía creerse que eran verdad. Pero a los nueve años, a los diez, a los once, flaca y larguirucha y con unos codos marcadamente huesudos, le arreaba un buen puñetazo en la entrepierna a quien dijera cualquier cosa mala de sus padres o de la ropa que heredaba de otra gente.

«Esa niña siempre va de prestado», comentaba el coro del barrio.

«Hola y adiós, besadme el culo negro», decía Eloise Delaney.

«¿Habéis oído eso? Pobrecita. Si es que sus padres no le enseñan nada.» Y así seguía el estribillo de los vecinos.

De lunes a viernes: Eloise iba a pie a la escuela cinco días a la semana, lloviera o hiciera sol.

Cuando llovía, cogía un trozo de plástico y lo usaba de impermeable. Más tarde, cuando ya era mayor y se iba de compras con sus novias, Eloise miraba los impermeables de colores vivos que se vendían por cuarenta dólares y negaba con la cabeza. «No me extraña que los jóvenes no tengan nada. ¿Qué birria de plástico es ésta?», mascullaba y se quejaba, pero aun así compraba un impermeable para su novia, porque Eloise Delaney siempre cuidaba de sus mujeres.

Eloise no iba campo a través para asistir a la escuela cuando era pequeña. No veía vacas ni cerdos pastando en el trayecto. La escuela a la que iba andando todos los días no era una escuelita con una sola aula en mitad de la nada. San Pablo de la Redención era una escuela católica para chicos y chicas negros, del parvulario a la secundaria, dirigida por unas monjas con la cara del color de la leche sin pasteurizar. Por las tardes necesitaban sombrillas para protegerse de la mirada fulminante del sol.

En 1958, en su primer día de clase de sexto curso, Eloise sólo vivía a tres calles de San Pablo de la Redención, pero aquellas tres calles podrían haber sido muy bien tres kilómetros, porque caminó hasta la escuela con el estómago vacío y la cabeza bien alta. El estómago vacío le dice a la cabeza bien alta: «Puedes ir tan estirada como quieras, pero yo voy a gruñir». El estómago vacío le dice a la cabeza bien alta: «Puedes echar hacia atrás esos hombros flacos como si llevaras el peso del mundo en ellos, pero yo pienso mandarte un retortijón de hambre». El estómago vacío le dice a la cabeza bien alta: «Me ofende profundamente que no me hayas dado de comer esta mañana, porque ¿sabes qué ha pasado?, que me has provocado gases». El estómago vacío le dice a la cabeza bien alta: «Inclínate y agárrame antes de que te regurgite toda esta nada en pleno primer día de escuela. Te vomitaré en el vestido de tienda benéfica».

Eloise no lloró. Aunque tenía el regazo mojado. Se puso una servilleta sobre la humedad y siguió la lección lo mejor que pudo, pero sólo era cuestión de tiempo que se viniera abajo y se distrajera por completo. ¿Huelo a vómito? Eloise se revolvió en su silla. No podía quedarse quieta. Su maestra, la hermana Mary Laranski, una monja joven que acababa de hacer sus votos, podría haber agarrado una regla para dejarle las manos en carne viva a Eloise. Sin embargo, lo que hizo fue inspeccionar a su clase: niños y niñas de color, algunos uniformados y otros no, la mayoría pobres. La voz le tembló cuando se dirigió a sus nuevos alumnos.

—Niños y niñas, ¿conocéis a Shakespeare?

Reuben Applewood levantó la mano.

—Hemos oído hablar de él.

—Bueno —dijo la hermana Mary Laranski—. ¿Y qué habéis oído?

Con la mirada clavada en el pupitre, Reuben respondió:

—Era inglés. Y escribía obras de teatro. «Ser o no ser: ésa es la cuestión.»

La hermana Mary Laranski sonrió. Reuben Applewood era el niño más listo de su clase;

cuando acabara el año escolar lo recomendaría para que se saltara un curso.

—Soy de la opinión —dijo la monja— de que una vida sin Shakespeare no es vida. Abraham Lincoln recibió una educación intachable a base de leer a Shakespeare y la Biblia. Algunos de vosotros no vais a venir a la escuela todos los días, ni de hecho todas las semanas, pero si podéis retener un poco de Shakespeare, no todo habrá sido en balde.

Hablaba con una pizca de acento. El acento le salía más cuando estaba nerviosa. Los niños lo captaron y sintieron curiosidad.

—¿De dónde es usted, hermana Mary? —le preguntó uno de los alumnos.

—De un sitio que seguramente no conozcáis.

En la pared no había mapa y la hermana Mary Laranski tomó nota mental de comprar uno. Cogió una tiza y dibujó un mapa en la pizarra. El bosquejo le calmó los nervios.

—Soy originaria de Budapest. Una ciudad de Hungría.

—¿Echa de menos el sitio del que viene? —le preguntó otra alumna.

—Lo echaría de menos si lo recordara. Pero cuando creces lo recuerdas todo al revés.

Pronto descubrirían que la hermana Mary siempre estaba llorando en los cubículos de los lavabos de San Pablo de la Redención por la familia que la había mandado al convento. Los estudiantes la apodaron la hermana Mary Llorosa porque les enseñaba a Shakespeare y lloraba como Ofelia. Pero a Eloise le importó un carajo todo lo que dijo la hermana Mary Llorosa el primer día de clase. Porque por fin había entendido eso que se llamaba *amor*. El amor agarró a Eloise y ya no volvió a soltarla en cuanto Agnes Miller se sentó en el pupitre de al lado y abrió un estuche de lápices.



Agnes Miller llevaba el pelo peinado en dos coletas húmedas y un flequillo perfecto. Y daba la sensación de que le había saqueado el ropero a la joven Natalie Cole. Sí, a Eloise le pareció que la hija de Nat King Cole había entrado en la escuela católica San Pablo de la Redención paseándose como si estuviera en su casa. ¿No era tremendo? Eloise escuchó cómo el corazón le hacía bum bum bang bang bum, como el motor del inconstante Buick de sus padres, que iba bien durante un rato y de pronto se paraba, obligándolos a todos a salir y empujarlo colina abajo hasta que el motor arrancaba otra vez, o peor todavía, a quedarse en el arcén de la carretera y esperar a que algún desconocido los llevara. La tal Agnes Miller no miró ni una sola vez a Eloise. No la

miraba mal ni arrugaba la nariz ni se reía ni sonreía tristemente al ver su ropa de segunda mano, a diferencia de otros niños y niñas. El peor insulto que le dedicaba Agnes Miller era quedarse sentada allí con las manos despreocupadamente juntas en el regazo, como si Eloise no existiera. Eloise se preguntó si Agnes notaba la vaharada de olor a vómito que le emanaba del vestido. Durante la pausa del almuerzo que comían en el aula, miró cómo Agnes mordisqueaba algo que parecía media docena de galletas de lavanda en miniatura. Agnes lamió el glaseado de color violeta claro de todas las galletas salvo de una y entonces hizo una pausa para ofrecerle a Eloise una de las galletas que había lamido. Eloise negó con la cabeza: «No, gracias». Decidió que aquel detalle de altivez era intolerable. En el camino de vuelta a casa, después de que se marcharan Reuben Applewood y todos los demás fariseos, Eloise les dijo a unos cuantos de sus compañeros de clase: «Oíd, mirad esto». Partió una rama de una morera y le quitó las hojas. Siguió a Agnes Miller por la acera y se puso a azotarle las piernas negras relucientes, pero Agnes sorprendió a Eloise al recolocarse la mochila de los libros en la espalda y arañarle toda la cara como si fuera un gato callejero, de modo que Eloise volvió a casa con su vestido maloliente de la tienda benéfica y la cara llena de arañazos.

—¿Quién te ha hecho esto? —quiso saber Delores Delaney.

—Una niña que se llama Agnes —dijo Eloise.

Su madre le lavó la cara con un paño mojado y hamamelis. Para los arañazos usó manteca de cacao.

—¿Quién es su familia? —preguntó Herbert Delaney—. ¿Cómo se apellida?

—No lo sé —dijo Eloise.

—¿Es una Applewood? —le preguntó su padre.

Eloise no soportaba que sus padres mencionaran todo el tiempo a los Applewood. Era la familia negra más antigua del pueblo y había uno en cada curso.

—No —dijo Eloise—. Se apellida Miller.

Delores Delaney frunció el ceño unos segundos y luego le arreó un bofetón a Eloise en toda la oreja.

—Niña idiota —dijo—. Es la hija del diácono y de Lady Miller. Son gente con posibles. ¿Y sabes lo que pasa cuando el que no tiene nada se mete con la gente con posibles?

Delores y Herbert Delaney llevaron a Eloise a casa de Agnes Miller y la obligaron a disculparse con ella y con sus padres. Eloise odiaba a sus padres de forma rutinaria, pero en aquel momento no podría haberlos odiado más. Cuando regresaron a su bungaló, Eloise se retiró a la cocina y se plantó delante del recorte de Bessie Coleman. Levantó los brazos como si fueran las alas del biplano Curtiss JN-4 Jenny y fingió que planeaba.

El incendio cruzó brincando el porche de entrada y se asentó en la cocina, donde las cortinas

le sirvieron de combustible extra, igual que las latas de grasa para freír el pescado y el pollo. Los padres de Eloise estaban durmiendo en el sofá de la sala de estar, con los brazos y las piernas entrelazados. En su dormitorio contiguo a la cocina, Eloise se despertó con un tornado de humo en las narices. Llamó a sus padres, pero sólo oyó el silbido del fuego. Se habían dejado un cigarrillo encendido en el porche y el fogón encendido bajo la sartén de aluminio en la que habían frito para la cena gruesas lonchas de jamón comprado en la tienda.

Volvió a llamarlos —«¿Mamá? ¿Papá?»— y se puso a reptar sobre el vientre como una especie de reptil para evitar la acometida del humo. Los encontró roncando en el sofá. Se quedó un momento mirando cómo las llamas cubrían las paredes de la sala de estar y pensó: «Quizá estaría mejor sin ellos». Luego se alejó por el pasillo corriendo y tapándose la boca para protegerse del humo con el vestido que su madre había dejado tirado. Cogió el recorte de Bessie Coleman de la pared de la cocina. Tenía los bordes un poco chamuscados, pero el fuego no lo había consumido. Por fin salió corriendo de la cocina y volvió a enfilar el pasillo a la carrera en dirección a la puerta de salida. Pero mientras se alejaba, el corazón no le permitió abandonarlos. Volvió a cruzar la sala hasta el sofá y se puso a darles patadas y soltarles palabrotas.

—Fuera, venga —les dijo Eloise—. Salid del puto sofá, puñeteros negros inútiles.

Salieron justo cuando el techo se estaba hundiendo.



El Departamento de Bomberos de Buckner County lo dirigían bomberos blancos. Llegaron después de que el incendio ya lo hubiera consumido todo, aunque lo bastante deprisa como para que el fuego no alcanzara las casas vecinas. Lucharon contra el fuego con cubos de agua y un par de mangueras largas. El jefe de bomberos, conocido como Seamus Primero, abuelo de Big Seamus, que engendraría a Seamus Tercero, que a su vez engendraría a Seamus Cuarto el Gordo, era un Camphor. Los hombres de la familia Camphor llevaban apagando incendios desde la guerra civil, a excepción de Charles Camphor, que se haría banquero.

Eloise recorrió el contorno de la que había sido su casa, iluminada por el fuego sobre el fondo de un cielo tan pegado al suelo que le pareció ver a la luna estirar la mano y tocar las brasas. Fue otro momento de vergüenza para Eloise, con su padre a la intemperie ataviado con unos calzoncillos largos mugrientos y su madre vestida con un camisón sucio y roto, y los vecinos

congregados alrededor e intentando echarle un chal sobre los hombros a su madre para taparla, y su madre borracha como una cuba y haciéndoles gestos con las manos para que se fueran, y sus padres discutiendo acerca de quién había dejado el cigarrillo encendido o el fogón encendido, y Eloise pensando: «Tendría que haber dejado que se murieran».

—Esto no es ningún espectáculo —dijo Seamus Primero.

Hizo un gesto a sus hombres para que apartaran a todo el mundo. Entendía que todo incendio trae consigo un ultraje a la intimidad. Allí no había nada que recuperar. El fuego había cenado. Y había cenado bien.

Fue Lady Miller, la madre de Agnes, quien pasó a la mañana siguiente por la casa de los vecinos llevando una maleta llena de vestidos y ropa interior para Eloise. Lady recibía todos los meses ropa usada de los dueños de la pastelería Gottlieb's. En la mayoría de los casos, la ropa usada estaba casi nueva, pero aun así no se la ponía a su hija. Su marido y ella eran gente ahorradora, pero sólo tenían a Agnes. Lady no quería que su adorada hija llevara ropa de segunda mano, de forma que la guardaba para otras criaturas menos afortunadas.

Los vecinos que acogieron a los Delaney la noche del incendio también pasaban por dificultades. Ya tenían cuatro bocas que alimentar en tres habitaciones compartidas, incluyendo la cocina. Al verlos a los siete amontonados como sardinas en lata, Lady supo que tenía que ser una cristiana honrada y por lo menos ofrecer su ayuda.

—Eloise no debería perderse otro día de escuela si puede evitarlo —les dijo Lady a Herbert y Delores Delaney—. Cada vez que una criatura se pierde un día de escuela, se está perdiendo algo importante.

Sabía gracias a la fábrica de chismes que era Flora Applewood que a Eloise la habían aceptado el año anterior en la San Pablo con una beca parcial. Lady conversó con los Delaney en la intimidad del porche trasero de los vecinos y se decidió que Eloise se fuera a vivir un par de semanas con los Miller. Herbert y Delores preguntarían a su supervisor si podían quedarse en la planta de envasado hasta que encontraran algo más permanente.

Dos semanas después de que se les quemara la casa, Herbert Delaney le dijo a su mujer que el incendio no había sido accidental. Estaban en el apartamento de una sola habitación que ahora alquilaban detrás de la planta de envasado. Delores, que a menudo había pensado que Herbert era un poco paranoico, le dijo que lo que tenía que hacer era beberse una cerveza y replantearse la cuestión. Él se bebió una cerveza o dos y luego le dijo a Delores que la bebida se había terminado para él. Ella se rio. En más de una ocasión habían hecho el pacto de dejar la bebida. Pero el pacto no duraba nunca. Eran borrachos despistados, mayormente felices, y el resto del mundo, incluyendo a su hija Eloise, orbitaba a su alrededor. Así pues, como es natural, cuando Herbert anunció que le iba a dar otra oportunidad a la sobriedad, Delores se encogió de hombros.

Cuando llevaba cinco semanas de abstinencia, Herbert decidió ir a ver a su familia. Eran pescadores en Nueva Orleans. Dio un sorbo de bourbon y se lo movió por la boca como si fuera enjuague bucal. Luego se lo tragó y le alivió descubrir que no le entraban ganas de beberse un segundo trago ni un quinto. Aquella noche yacieron juntos, cogidos del brazo. Pero a la mañana siguiente, Herbert se escabulló al alba y recorrió a pie los quince kilómetros que lo separaban de la casa de los Miller. Llevaba una bolsa de papel grande llena de moras recién recogidas, tres libras de gambas y dos latas de carne de cangrejo sin desmigajar. Las gambas y la carne de cangrejo las había robado para darles las gracias a los Miller por cuidar de su hija, una práctica que continuaría su mujer. El diácono y Lady Miller iban por su segunda taza de café Maxwell House cuando sonó el timbre de su casa. Al oír la voz de su padre, Eloise salió corriendo a la sala de estar vestida con un camisón largo y blanco y, por primera vez en su vida, con aspecto de niña. Herbert había venido a llevarse con él a Eloise, pero cuando la vio en camisón decidió no hacerlo.

—Eloise —le dijo Herbert tras una pausa—. Vienes de una familia pendenciera. No quemes la casa de esta gente por culpa de una rabieta, ¿me oyes?

—Pero no fui yo —dijo Eloise—. Yo no quemé nuestra casa.

—No. —Herbert entornó los ojos—. Pero no se puede lanzar un embrujo sin querer. La lengua y la cabeza tienen poder. En Nueva Orleans lo sabemos.

Eloise apartó la mirada de los ojos de su padre.

—No les voy a quemar la casa.

Herbert Delaney quiso decirle a su hija que la quería, pero sólo fue capaz de ofrecerle un abrazo y un breve beso en la frente. Si le decía cuánto la quería, habría lágrimas, recriminaciones y remordimientos.

—Puedes ser algo. O puedes ser una decepción —dijo Herbert, y luego se puso su bombín y se marchó.

Eloise no volvería a verlo nunca más.

Agnes Miller trataba a Eloise con indiferencia callada. Hasta el punto de que cualquier interés que pudiera sentir Eloise por Agnes se redujo drásticamente al ver lo poco que tenían en común. Las dos tenían once años, pero Agnes dibujaba garabatos y estudiaba moda y pasaba horas en el suelo de su dormitorio recortando patrones de vestidos de McCormick y dejándolos por toda la habitación, incluyendo la cama de Eloise. Tocaba música de gente blanca muerta en un piano de pared de caoba. Cantaba himnos de iglesia para sus padres con una voz tan desafinada que los oídos de Eloise sufrían. De lunes a viernes, a Agnes la llevaban de las clases de piano a las de danza y a las lecciones de buenos modales y de gimnasia y de catequesis, y a Eloise la asombraba que Agnes no pusiera los ojos en blanco ni protestara para nada. Siempre tenía la mochila de los libros y la sonrisa listas cuando Lady Miller o el diácono la recogían de la escuela. A menudo Eloise iba con ellos y se quedaba sentada en la sala de espera, leyendo o

haciendo deberes durante las clases de Agnes. En más de una ocasión, los Miller le preguntaron a Eloise si también le gustaría recibir clases de piano o danza, pero Eloise sabía que se lo decían por lástima.

La hermana Mary Llorosa todavía lloraba por la familia húngara que tenía en Kingston, Nueva Jersey, pero a medida que pasaba el tiempo empezó a llorar considerablemente menos. Una tarde durante el recreo oyó a sus alumnos cotillear que Eloise era un incordio para los padres de Agnes. Al día siguiente, la hermana Mary Llorosa abordó a Lady Miller para preguntarle si Eloise podía quedarse a ayudarla después de las clases. Lady Miller y el diácono estaban ahorrando para pagar la primera casa y la universidad de su hija. Estaban ahorrando para su jubilación y para irse de vacaciones a Hawái en sus bodas de oro. Era un alivio que hubiera algo para que Eloise ocupara el tiempo y que no repercutiera en sus bolsillos.

Primero Eloise y la hermana Mary plantaron distintas clases de alubias en hueveras y las colocaron en la repisa de la ventana, mirando hacia el sol. Luego decoraron un calendario con los nombres de todos los alumnos, para que la clase entera pudiera seguir el crecimiento de las alubias. Sujetaron con chinchetas a la pared la Carta de Derechos de Estados Unidos y despegaron los ya resecos chicles de debajo de los pupitres. Ordenaron las obras de Shakespeare por título y categoría: tragedias, obras históricas y sonetos. Sacudieron los polvorientos borradores para quitarles la tiza y volvieron a pegar las cubiertas de la ajada *Enciclopedia británica*, leyendo sobre la marcha pasajes que les interesaban. Hicieron una breve pausa para merendar crocante de cacahuete, un dulce que le encantaba a la hermana Mary Laranski. Y cuando terminaron con todo esto, desplegaron un mapa del mundo que ocupaba la pared entera que la hermana Mary había encargado en la Teacher’s Store de Nueva York y, con sumo cuidado, lo pegaron al lado de la pizarra.

Fue la hermana Mary Llorosa la que se fijó en que Eloise tenía un don para las matemáticas.

—Bueno —dijo una tarde después de que Eloise resolviera a toda pastilla y con facilidad sus ejercicios de fracciones y divisiones largas—. Si se te dan bien las matemáticas, es de suponer que tendrás oído para los idiomas.

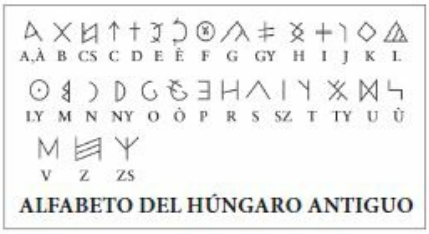
Acompañó a Eloise hasta el mapa del mundo y apoyó la mano en Hungría. Había destacado el lago Balatón, el lago más largo de Europa.

—Repite conmigo... Eloise.

Bienvenido *Isten hozta*
Hola *Jo napot kivanok*
¿Cómo estás? *Hogy van?*
¿Cómo te llamas? *Mi a neve?*

Me llamo Eloise *A nevem Eloise*

Y Eloise aprendió húngaro. Porque la suposición de la hermana Mary Llorosa era correcta: la niña tenía buen oído para los idiomas. Más adelante, de adulta, Eloise viajaría por el mundo y captaría frases de otros idiomas igual que otra gente pica patatas fritas en un restaurante de comida rápida. Siempre se acordaría de la hermana Mary Laranski, que en los cuatro años que pasó en la escuela católica San Pablo de la Redención le confesó la historia del estudiante de Medicina turco del que se había enamorado en la Universidad Rutgers en contra el deseo de sus padres. «Al convento, venga —dijo la hermana Mary en húngaro—. Los turcos y los húngaros no se pueden juntar.»



ALFABETO DEL HÚNGARO ANTIGUO

—¡Caramba, pero si es Agnes la Negra con su bonita melena! —Si la hermana Mary Llorosa era el azúcar, la madre superiora era el aguarrás. Siempre paraba a Agnes Miller en el pasillo o en las escaleras.

—Buenos días, madre superiora —le decía siempre con dulzura Agnes.

—Tienes unos modales encantadores, Agnes —le decía la madre superiora—. Pero dime, ¿cómo es que una chica tan oscura como tú ha terminado con un pelo tan precioso?

Agnes clavaba la mirada en sus zapatos Oxford blancos y negros y, como no contestaba, la madre superiora le daba un tirón de la coleta, de idéntica manera que tiraba del hábito a la hermana Mary Llorosa o apagaba las luces del convento minutos antes de que les llegara a las hermanas la hora de retirarse o cuando las reprendía por mirarse demasiado rato en el espejo o por reírse indebidamente durante la película semanal o el Scrabble.

Una tarde Eloise estaba bebiendo agua en la fuente. Acababa de terminar un partido de sóftbol con los chicos y todavía estaba jadeante. Agnes se acercó y se puso a esperar en la cola para beber. Las dos niñas no confraternizaban en la escuela ni compartían las mismas amigas. Aparte de decirse «buenos días» o «buenas noches», casi no hablaban. De pronto apareció la madre superiora junto a Agnes y le dio un tirón tan fuerte del pelo que Agnes soltó un chillido.

—Este pelo —dijo la madre superiora—. ¿Qué hace una niña negra como tú con una melena tan bonita?

Eloise se quedó petrificada en la fuente. Miró de arriba abajo a la madre superiora.

—No va a ser ni tan bonita ni melena si sigue tirando de ella así. Y lo mismo tiene el pelo tan *bonito* porque su madre le pasa el cepillo mil y una veces cada noche.

Eloise había llorado la primera vez que había visto a Lady Miller deshacerle las trenzas a Agnes. O al ver cómo Lady le lavaba la tupida melena a su hija con agua de romero y salvia; fabricaba sus propios champús y jabones porque los de la tienda le parecían demasiado fuertes. Lady dejaba el peine y el cepillo sin guardar para que Eloise se ocupara de su propio pelo y Eloise se imaginaba que Bessie Coleman —la elegante y meticulosa Bessie Coleman, que no sólo era experta en volar, sino también en lo tocante a todos los detalles de su imagen, incluida la melena perfecta— la ayudaba a cepillarse y peinarse y hacerse la raya.

Por supuesto, la madre superiora no sabía nada de todo esto cuando agarró a Eloise de la oreja y la llevó al despacho de dirección, donde sacó una regla de metro y le propinó en las manos tres golpes secos, uno por impertinencia y los otros dos por mala gramática y sintaxis.

Nadie sabrá nunca cuánto luchó la madre superiora para mantener en funcionamiento la iglesia católica de San Pablo de la Redención. En 1976, cuando la escuela de color por fin cerró sus puertas a pesar de los esfuerzos de la madre superiora, y todos sus alumnos y alumnas afroamericanos se dispersaron por las demás escuelas católicas de Buckner County, que tradicionalmente habían sido sólo para blancos, la madre superiora, con su pelo gris y sus ojos de acero, hizo ciento diecisiete llamadas personales con sus manos llenas de manchas en nombre de aquellos alumnos a los que odiaba amar y amaba odiar. Pero en 1958 todavía era terrorífica.

Agnes esperó a Eloise delante del despacho de la madre superiora.

—¿Por qué le has contestado así? —le dijo en un susurro furioso—. Sus tirones no me duelen. Cuando me tira del pelo, me limito a contar hasta tres y a pensar cosas malas de su madre.

—¿Como qué? —preguntó Eloise, frotándose la mano derecha dolorida e inflamada.

Agnes se la llevó lejos del despacho de la madre superiora.

—Su madre es tan gorda que si le dices que ha helado afuera, sale con una cuchara.

Eloise miró por encima del hombro en la dirección de la que venía y frunció el ceño:

—Su madre es tan gorda que cuando se ducha no se ve los pies.

Agnes dijo en voz baja:

—Su madre es tan tonta que cuando dice lo que piensa se queda muda.

Eloise soltó una risilla:

—Su madre es tan tonta que cuando dice lo que piensa dice: cerrado por vacaciones.

Agnes se rio:

—Su madre es tan fea que cuando se levanta se pone el sol.

Eloise asintió con la cabeza:

—Su madre es tan fea que el diablo la vio venir y le dijo a Dios que estaba listo para volverse al cielo.

Agnes negó con la cabeza:

—Su madre es tan fea que se miró en el espejo y el espejo chilló: «Oh, pobre de mí. ¡Vaya

zorra espantosa! ¡Basta!».

Durante el resto del recreo, Eloise y Agnes jugaron a los insultos y se unió a ellas la mitad de los niños del patio. Reuben Applewood y su hermano menor Levi y el delgaducho de su primo Jebediah hicieron de árbitros, porque cualquier juego que consistiera en mentarse la madre podía degenerar rápidamente en una pelea a puñetazos, y adónde los iba a llevar eso más que de vuelta al despacho de la madre superiora para recibir otro reglazo en la mano o bien, si así lo dictaba el Espíritu, en el trasero.



A partir de aquel momento las dos chicas fueron inseparables. Eloise empezó a dormir en la cama corrediza de debajo de la de Agnes, donde todas las noches continuaba con el ritual de estudiar el recorte chamuscado de Bessie Coleman antes de quedarse dormida. Se lo leía en voz alta a Agnes y le contaba las aventuras de Bessie Coleman en Francia y en Alemania, adonde había tenido que viajar para aprender a pilotar aviones porque las escuelas de aviación norteamericanas no aceptaban mujeres ni tampoco gente de color. Amelia Earhart y el puñado de aviadoras blancas de la época de Bessie habían nacido en familias adineradas que se podían permitir comprarles aviones o pagarles instrucción privada. Pero Bessie se convertiría en la primera persona afroamericana que obtenía una licencia de piloto internacional. Estudiaría con algunos de los mejores pilotos de Europa, entre ellos Anthony Fokker, el Holandés Errante, y aprendería osadas acrobacias aéreas. Pilotaría uno de los primeros aviones comerciales en Friedrichshafen, Alemania, y planearía por encima del palacio del káiser en Berlín. Volvería a Norteamérica convertida en una pequeña celebridad y llevaría a cabo acrobacias aéreas que desafiarían a la muerte por todo el país destinadas a recaudar fondos para una escuela de aviación para la gente de color.

El recorte de Bessie Coleman se convirtió en una de las historias favoritas de la hora de irse a dormir para Agnes, que siempre escuchaba en silencio mientras Eloise leía y luego cerraba los ojos. Eloise le estuvo contando las aventuras de Bessie hasta bien entrada la adolescencia de ambas. Jamás se permitió quedarse dormida primero. Se quedaba en la cama inhalando el jabón de menta con el que Agnes se bañaba todas las noches. Había incluso un tablón sobre la bañera con un hueco para apoyar un libro y leer, si Agnes lo deseaba. A veces Lady Miller ponía un

cuenco de manzanas cortadas sobre el tablón. Rociaba las manzanas con sirope de saúco como prevención contra los resfriados.

Con quince años, las chicas seguían compartiendo habitación pero dormían en camas individuales separadas. Eloise inhalaba la dulce fragancia de Agnes pero resistía la tentación de meterse en su cama. El corazón le seguía latiendo bang bang bum bum BANG como el motor del inconstante Buick de sus padres. Había confiado en que el motor se encallara de forma permanente, pero cuando llegó a la adolescencia y las dos chicas todavía dormían en camas separadas, el corazón empezó a latirle tan fuerte que una noche se incorporó hasta sentarse en la cama y se fue con Agnes, que dormía con gorro de dormir para que el pelo no se le encrespara. Eloise vio que Agnes tenía los ojos muy abiertos y que los tenía posados en ella. Eloise se arrodilló como si fuera a rezar y besó a Agnes en los labios, que sabían un poco a dentífrico de menta. Agnes no se resistió al beso; sólo pareció desconcertada por lo repentino que había sido y a continuación acercó los labios de Eloise a los suyos para darle otro más profundo.

Más adelante, cuando Agnes se pasó a los hombres, le diría a Eloise:

—Es lo mismo que me hiciste tú.

Y Eloise le diría:

—Yo te di un beso. Fuiste tú quien añadió la lengua. La lengua es testigo.

Y Agnes inclinaría el cuello de cisne a un lado. Parpadearía con timidez.

—No te lo cargues hasta que lo hayas probado, Eloise. No me puedo creer que no tengas ninguna curiosidad.

—Agnes —le diría Eloise—, prefiero morir que vivir como una hipócrita.

Que te penetrara un hombre era la idea que tenía Eloise de ser clavada a una cruz. No podía verle la lógica a aquella clase de sufrimiento.

Estaban en el segundo año del Buckner County College cuando Agnes conoció a Claude Johnson. Claude era ingeniero de la Southeast Aviation. Y para empeorar las cosas, era primo tercero de Eloise por parte de madre. Eloise lo odió al instante. La tarde en que Claude se sentó junto a Agnes en la barra del Kress, Eloise le pidió al diablo que se lo llevara. Y aquella misma noche, la última en que harían el amor, le contó la dura verdad a Agnes:

—No va a durar, Agnes —dijo Eloise.

—Lo nuestro tampoco —dijo Agnes en tono cortante.

A la mañana siguiente, Agnes trató a Eloise con indiferencia absoluta.

Eloise no sabía si Lady Miller y el diácono conocían las inclinaciones de Agnes. A menudo las hijas están por encima de los reproches de sus padres, y por tanto era posible que el diácono Miller no tuviera ni idea de lo que pasaba entre las dos muchachas. Pero antes incluso de que Agnes trajera a casa a Claude Johnson para que conociera a sus padres, Lady Miller ya le había hecho la maleta a Eloise.

—Ha sido un placer tenerte aquí —le dijo Lady Miller, poniéndole algo de dinero en la mano.

Eloise no contó el dinero. Su corazón era un enorme haz anaranjado de llamas. Cerró los ojos.

—¿Adónde se supone que voy a ir?

—Yo a tu edad ya estaba casada. El camino es tuyo. —Por lo que respectaba a Lady Miller, Eloise se había quedado allí dos años más de la cuenta.

La madre de Eloise todavía vivía al lado de la planta de envasado de marisco. Se rumoreaba que «se veía» con el dueño. Delores Delaney pasaba a visitarla una vez al mes con gambas, carne de cangrejo o pescado fresco. Una vez llegó cargada con un cacho impresionante de tiburón marrajo, y Lady Miller lo marinó y lo asó a la parrilla con brochetas. Eloise sabía que los tiburones dormían con los ojos abiertos. Era una de las muchas cosas que le había enseñado la hermana Mary Llorosa. Pero la hermana Mary Llorosa había renunciado a sus votos sagrados y se había vuelto a Nueva Jersey para casarse con el turco cuando Eloise iba a noveno curso. Eloise estaba segura de que jamás volvería a tener noticias de su mentora. Podía escribir, hablar y leer húngaro, ¿pero de qué le servía? Jamás se encontraba con nadie de Hungría. La gente o bien te echaba a patadas o bien se largaba.

—Encontraré a mi primo King Tyrone, que vive en Tybee Island —dijo por fin Eloise—. Es la única persona decente de toda mi familia.

—En fin, ha sido un placer tenerte aquí —repitió Lady.

Lady preparó el desayuno favorito de Eloise: beicon curado con arce, huevos revueltos, zumo de naranja recién exprimido y rodajas de manzana rociadas con sirope de saúco. Aquella mañana, Agnes llegó tarde a la mesa del desayuno y apenas le dedicó una mirada a Eloise. Cuando Eloise se levantó para marcharse definitivamente, Agnes la siguió hasta la puerta de la casa y le preguntó si le importaría dejarle el recorte como recuerdo.

—Agnes —dijo Eloise—. Quiero irme de esta casa de buenas. Pero en serio, en serio, bésame el culo negro.

Agnes suspiró y se dio aire con un abanico invisible. Si no hubiera estado presente su madre, habría ronroneado: «Pero Eloise, ya lo he hecho».

El primo de Eloise, King Tyrone, le dijo:

—Parece que te resultaría todo más fácil si te gustara alguien cuyas partes íntimas fueran las contrarias a las tuyas.

Eloise se rio de King Tyrone porque ella había pensado lo mismo, pero oírlo explicado así y de labios de King Tyrone le recordó todas las complicaciones con las que estaba más que harta de lidiar. Estaban sentados en el porche de atrás con vistas a la marisma, limpiando coles. A su izquierda, Eloise tenía un cubo de agua salada en la que sumergir las verduras para hacer salir a los gusanos y a su derecha, una bolsa de papel marrón para echar los bordes en mal estado que no se podían aprovechar. En medio había un cuenco de madera lleno de coles que acababa de

recoger y despedazar a mano, a fin de que pudieran estar un buen rato en remojo y cocerse bien tiernas.

—Tyrone, ¿cuándo has visto algo en este puñetero mundo que sea lo que parece?

—Bueno —dijo King Tyrone al cabo de un momento—, aquí hay una habitación que lleva tu nombre durante todo el tiempo que la necesites.

Eloise tuvo ganas de preguntarle de dónde había sacado aquel temperamento plácido, pero ya sabía que la vida en la mar era la suma total de todo lo que hacía feliz a su primo. King Tyrone era pescador igual que sus padres. Sus padres habían sido gente solitaria, que evitaban las reuniones familiares y el alboroto, las fiestas de los sábados por la noche y el ir a misa. Nada los animaba más que hablar del tiempo, porque el tiempo influía en la pesca del día. Y la pesca del día influía en la jornada. King Tyrone tenía quince años cuando el océano se llevó a sus padres.

—Es muy amable por tu parte, primo. Esta noche voy a dormir de maravilla.

Pero la quietud de la vida en la isla sólo consiguió recordarle a Eloise lo inquieta que estaba. En su primera semana allí empezó a fumar cigarrillos Pall Mall. En su segunda semana se despidió de King Tyrone con un beso y usó el dinero que le había dado Lady Miller para coger un autobús de vuelta al pueblo. Entró en la sastrería Anderson, una tienda de ropa para hombres, y salió con un surtido de elegantes pantalones de hombre, camisas, chalecos y blazers. Cruzó la calle y se asomó al escaparate de una camisería. El bombín que se compró era del mismo estilo que el que había llevado su padre. Eloise se lo puso de forma ligeramente ladeada. Estaba segura de que ella lo llevaba mejor.

Eloise y Agnes estaban matriculadas en las mismas clases en el Buckner County College, pero Eloise ya no podía confiar en su corazón en presencia de Agnes. Cogió un año sabático y encontró trabajo de cajera en una tienda de comestibles del centro. Era una mujer apuesta, sobre todo cuando se ponía camisa y pantalón de vestir, y no tardó en ganarse el favor de mujeres tanto solteras como casadas que se acercaban al mostrador con cartones de leche y huevos y leche maternizada y detergente Tide. Les dedicaba cumplidos con naturalidad y charlaba de cosas triviales con ellas y les indicaba cuáles eran los pasillos donde estaban las gangas y las prevenía acerca de los pedazos de ternera en mal estado que llevaban demasiado tiempo detrás del mostrador de la carnicería.

Su primera novia después de Agnes fue una mujer casada llamada Grace Bell. Grace era un triste facsímil de Agnes, pero se le parecía en el desapego con que se acercaba al mundo. «Debe de ser algo típico de las chicas guapas —pensó Eloise—. Sólo las guapas se pueden permitir ser tan despreocupadas y descuidadas.» El marido de Grace era maletero de coche cama Pullman. Se ganaba bien la vida subiendo y bajando por la Costa Este en los trenes de la Seaboard Arline Company, lo cual significaba que pasaba semanas enteras fuera de casa.

Un domingo, Eloise fue a visitar a su madre, que todavía le llevaba gambas y cangrejo todas

las semanas a la familia de Agnes.

—Hablando de gambas —dijo Eloise—. Tienes que dejar de llevarle comida a esa gente. Mi tiempo ahí ya se terminó.

Delores Delaney tenía una lata de cerveza Miller en la mano. Antaño había tenido la mejor figura del pueblo, pero la bebida estaba haciendo que su cuerpo fuera del azúcar a la mierda.

Delores apartó la vista de Eloise y gruñó.

—No era consciente de haber parido un hijo. Quizá debería haberte llamado Earl.

—¿Y eso es lo único que tienes que decirme después de haber sido una madre de mierda tantos años?

—Bueno —dijo Delores, cogiendo uno de los cigarrillos de Eloise, que estaban en la mesa entre ellas—. ¿Te pegué?

—No.

—¿Alguna vez comí sin que comieras tú primero?

Eloise se rio.

—Que yo recuerde, no. Pero a veces me dejabas pasar hambre.

—Yo también la pasaba.

—No de bebida.

—Cariño, hasta eso lo hice bien. No puedes decir que te diera jamás alcohol.

Eloise pensó en lo que había dicho su madre.

—Quizá deberías dejarlo.

—Ésta es mi *enfermedad*, Eloise.

La verdad de las palabras de su madre conmocionó el cerebro de Eloise.

—Papá lo dejó —sugirió.

—Y se marchó. Si dejas la bebida, tienes que dejar atrás todos tus remordimientos.

Eloise se encendió un cigarrillo.

—Nunca me dijiste que me querías.

—¿Es por eso por lo que vas por ahí vestida de hombre?

—No, mamá. Es una de esas cosas que los buenos padres y madres les dicen a sus hijos. Es algo que *yo* les diría a mis hijos, si los tuviera.

Delores soltó una bocanada de humo de cigarrillo en dirección a su hija.

—Bueno, lamento la ausencia de mi amor. —Se levantó y caminó hasta la nevera de saldo.

Eloise se puso de pie y echó a andar por la única habitación del apartamento. Lo escrutó todo en busca de huellas de un novio, del dueño de la planta de envasado. La casa de su madre estaba sorprendentemente limpia y ordenada. En un rincón, contra una pared de ladrillo rojo, tenía una pila de latas de cerveza y sacacorchos. El amontonamiento era metódico. Durante la década de los ochenta en Berlín, Eloise vería instalaciones artísticas amontonadas de la misma forma y se acordaría de su madre.

—Quédate tú las gambas.

Delores le puso una bolsa en la mano a Eloise.

—Son de las jumbo, con las cabezas todavía sin quitar.

Eloise le regaló las gambas a Grace, que hizo una olla magnífica de sopa de quingombó.

Eloise vivía en un apartamento amueblado de una sola habitación al final de una calle sin asfaltar donde siempre había niños del barrio jugando fuera. A los niños les caía bien porque les soltaba unas palabrotas espantosas cuando la llamaban Eloise la Machorra y después del trabajo a veces jugaba al balón prisionero con ellos. Eloise estaba chupando un polo cremoso de naranja y jugando a la rayuela con los niños cuando apareció el marido de Grace con su cinturón de vaquero en la mano. Al principio pensó: «Algún crío se va a llevar una buena tunda». Pero entonces el marido de Grace se abrió paso entre los niños y se acercó a ella. Agarró el cinturón de tal manera que la hebilla dorada se meció hacia Eloise, y antes de que ella pudiera apartarse la agarró del brazo y se puso a golpearla con la hebilla, empezando por las perneras de los pantalones y subiendo hasta las caderas, el pecho, el cuello y la cara. Era el cinturón que su mujer le había hecho traer como regalo de cumpleaños de Dallas, Texas, y estaba hecho a medida.

Los niños del barrio se ofendieron por que aquel hombre bien vestido estuviera pegándole una paliza a una de los suyos y en su calle y se lanzaron sobre el marido de Grace. Él se los quitó de encima a golpes como si fueran aire rancio, pero aun así paró. Seguramente los niños del barrio le salvaron la vida a Eloise, porque el marido de Grace no quería hacerle daño a ninguna criatura, ni siquiera por accidente. Era a Eloise a quien había venido a matar.

Dejó a Eloise tirada en la calle y llena de marcas sangrientas de hebilla. No hacía ni dos horas que su mujer lo había agasajado con la mejor sopa de quingombó con gambas que había probado en la vida. Pero mientras yacían en la cama después, Grace había gritado el nombre de Eloise Delaney.

Flora Applewood usó hierbas de su huerto para hacerle bajar la hinchazón de la cara a Eloise. Abrió unos tallos largos de plantas de aloe vera y le extendió la gelatina por el labio inferior, allí donde la hebilla del cinturón se lo había partido en dos. Se puso a dar vueltas en torno a la cama baja de cuatro postes con celeridad de halcón, agachándose y quitándole la ropa que Eloise tenía pegada al cuerpo sucio. «Con cuidado», les advirtió a sus sobrinos Reuben, Levi y Jebediah Applewood mientras subían a Eloise por los tres tramos de escaleras que llevaban a su apartamento. Los jóvenes anduvieron con mucho cuidado porque Eloise Delaney había asistido a la escuela católica con ellos y porque en la familia Applewood se consideraba anatema ponerle la mano encima a cualquier mujer.

La tía Flora habló en voz alta para mantener despierta a Eloise y también para templarse los nervios crispados. Cuando se marcharon sus sobrinos, Flora le contó a Eloise que a los dieciséis años había viajado a Nueva York para vivir con su prima. Y que se había encontrado con que la

prima vivía en un apartamento inmundo de una sola habitación con una tina de metal en la cocina. Y que la gente siempre estaba yéndose a vivir al norte y exagerando lo bien que vivían allí por una cuestión de orgullo o bien para conseguir que su familia se mudara con ellos. Pero si quieres que las cosas te vayan mal en esta vida, lo puedes conseguir tú sola.

«¿Sabes una cosa, Eloise? —dijo Flora—. Espero que te cures bien, porque tienes la piel clara y se te verán más los moretones si se te forman cicatrices.» Y Eloise, que nunca se había considerado de piel clara, se puso a mirarse los brazos. ¿Cómo era posible que no supiera aquello de sí misma o que se hubiera adiestrado para que no le importara? La piel es piel, se decía a sí misma.

Durante su convalecencia, Eloise no supo nada de su madre, de su novia Grace ni tampoco de Agnes Miller. La noticia de su paliza no llegaría a oídos de King Tyrone hasta mucho después. Fue Flora quien se sentó rígidamente al borde de su cama y escuchó cómo respiraba. Fue Flora quien le leyó a Eloise el artículo sobre Bessie Coleman igual que Eloise se lo había leído antaño a Agnes. Fue Flora quien le pasó un peine caliente por el pelo. Fue Flora quien le dijo a Eloise, inequívocamente, que huyera.

Eloise se alistó en el ejército y más concretamente en las WAF (Mujeres de la Fuerza Aérea). El día antes de presentarse a filas, le hizo un regalo a Flora. Le deshizo el moño alto, le quitó el carmín descolorido de los labios y le cepilló el pelo. Le desabrochó el vestido cuidadosamente cerrado con corchetes y le bajó las medias de color beige y puso los zapatos de tacón bien colocaditos al pie de la cama baja. Le soltó la tira blanca del sujetador y le bajó las bragas blancas y le pidió que se tumbara y que no se moviera, y la tía Flora, que había mostrado su amabilidad sin esperar ningún favor a cambio, no protestó, porque ella también había sido joven y le había tocado recibir tanto brutalidad como ternura.

A Eloise la destinaron a la base Lackland de la Fuerza Aérea en San Antonio, Texas, donde obtuvo resultados excelentes en su instrucción básica y dejó los cigarrillos. Había dos o tres mujeres con las que podría haber entablado relaciones románticas, pero durante aquellas ocho semanas en el campamento de instrucción apenas tuvo tiempo para recobrar el aliento. Eloise corría entre veinte y veinticinco kilómetros al día, mañana y tarde, según se le antojara al sargento de instrucción. Tenía una facilidad natural para la pista de obstáculos y no se arredraba ante el combate cuerpo a cuerpo. Los M16 y los M14 le hacían sudar las manos, pero se acostumbró a manejarlos. Las mujeres soldado estaban bajo supervisión constante, pero a pesar de las rachas de intensa soledad, Eloise optó por la camaradería puramente profesional. No quería darle a nadie ninguna excusa para desdeñar sumariamente su inteligencia ni cuestionar su ética. Flora Applewood también había adiestrado su capacidad de discernimiento. «Mira pero no toques, Eloise. Y si tocas, toca por tu cuenta y riesgo»: un precursor rudimentario de «No preguntes y no mentiré».



La Sala Este de la Casa Blanca, 8 de noviembre de 1967. El presidente Lyndon B. Johnson firma el H. R. 5894.

Después del campamento de instrucción básica vino la formación especializada. Eloise ya podía mecanografiar noventa y ocho palabras por minuto porque en la escuela católica a las niñas las obligaban a hacer mecanografía y economía doméstica. Además de la aptitud para las matemáticas, hablaba latín y húngaro, que muchos consideraban el idioma más difícil de aprender que existía. Eloise no tenía temperamento para ser enfermera, ni tampoco se había unido al ejército en tiempos de guerra para ser secretaria. Otra recluta le sugirió el Instituto de Idiomas de la Defensa Aérea.

Eloise se llevó al Instituto el recorte de Bessie Coleman y por las noches lo metía debajo de la almohada. Su heroína había aprendido a pilotar con aviadores franceses y ases de la aviación alemanes. Su heroína había chapurreado francés y alemán. ¿Y por qué demonios no? Eloise se mantuvo centrada y ocupada; y no se permitió pensar en Agnes Miller, que había dejado a Claude Johnson por un hombre llamado Eddie Christie, pariente lejano de los Applewood. No sabía qué le dolía más: la inclinación de Agnes hacia los hombres o la rapidez con que pasaba de cada uno al siguiente. Dos días después de recibir el certificado del Instituto de Idiomas en francés y alemán con las segundas notas más altas de su clase, Eloise se enteró por Flora Applewood de que Agnes se había casado con Eddie Christie. Presentó una solicitud de traslado inmediato a Vietnam.

El 29 de enero de 1968 se presentó a filas en la base aérea de Tan Son Nhut, cerca de Saigón, dos días después de la Ofensiva del Tet. La base aérea de Tan Son Nhut era el aeropuerto con más tráfico del Sudeste Asiático —algunos decían que del mundo entero— y estaba a punto de convertirse en uno de los objetivos más bombardeados durante los ataques del Vietcong y del ejército norvietnamita contra las fuerzas militares norteamericanas y sus aliados del sur de Vietnam. Los ataques se solaparon con el Año Nuevo vietnamita y vinieron acompañados de misiles, cohetes y fuego de francotiradores al anochecer. Eloise, con jet lag después de su vuelo de dieciséis horas a través del Pacífico, se despertó en mitad de lo que habría jurado que era un sueño de mierda. Luego sintió que el barracón de mujeres temblaba bajo sus pies. Y a través de la ventana de su litera divisó varios cohetes de ciento veintidós milímetros surcando el cielo.

Cuando los cohetes entrantes impactaron, hubo temblores y deflagraciones en forma de estrella. Eloise se acordó de su casa de la infancia. Cuando se quema una casa, todo el mundo pierde y nadie gana.

La destinaron al cuartel general en calidad de analista especial de inteligencia. Sus responsabilidades incluían leer con atención datos sin procesar procedentes de oficiales del mando y de patrullas de reconocimiento norteamericanas que trabajaban más allá de la línea del frente. Localizaba discrepancias en los informes de inteligencia de cara a evitar bajas. Analizaba la geografía y el transporte locales y planeaba líneas de suministro a través de puertos de montaña. Más adelante contaría que los oficiales de la inteligencia tenían que pasar constantemente de una cosa a otra, y que les resultaba muy costoso atender a todos y cada uno de aquellos detalles mundanos y particulares. Eloise recuperó su hábito de fumar un paquete de tabaco al día. Pasaba jornadas de diez y doce horas escuchando grabaciones y analizando entrevistas procedentes de los *montagnards,* indígenas que vivían en las montañas de Laos, Camboya y Vietnam y que eran aliados de los norteamericanos. Los *montagnards* no tenían idioma escrito. Se basaban en la tradición oral, un poco como los antepasados de Eloise en las llanuras de Georgia.



En la base de Tan Son Nhut había miembros de las cuatro ramas del ejército: el Ejército de Tierra, la Armada, la Fuerza Aérea y los Marines. En los clubes nocturnos de Saigón y en las cervecerías de la base, Eloise socializaba con los tenientes negros. Empleaba el ingenio necesario para mantener con ellos relaciones cercanas, honestas y platónicas. Debido a que se había ganado reputación de moverse con alas en los pies, convenció a sus supervisores para que la dejaran entrar en combate haciendo reconocimiento para la inteligencia. La emocionaba participar en aquellas misiones. Estaba convencida de que en circunstancias distintas habría sido una teniente más que competente, o incluso comandante, pero durante la guerra de Vietnam a las mujeres no se les permitía entrar en servicio activo, ni tampoco usar armas. Las enfermeras habían sido las primeras miembros de la WAF desplegadas en el Sudeste Asiático porque faltaban enfermeros hombres. Su capacidad para salvar vidas y gestionar los estragos emocionales y físicos de la

guerra (con sus pacientes y con ellas mismas) había abierto la puerta para que reclutas como Eloise fueran a Vietnam.

En sus cartas a Eloise, Flora Applewood le preguntaba a menudo si se había encontrado con Reuben o Jebediah Applewood durante su servicio en la Armada. Eloise le respondía que no, pero la verdad era que sí se había encontrado con Jebediah Applewood en un club nocturno de la bahía de Subic. Y se había acercado a él; Jebediah estaba pimplando martinis y tenía un brillo rojo diabólico en los ojos. Llevaba a una mujer en cada brazo. Eloise caló de inmediato a una como una puta norteamericana traída en avión para mantener contentos a los soldados, y la otra era una chica filipina disfrazada de Marilyn Monroe. A Eloise la crispó ver a Jebediah Applewood manoseando despreocupadamente a las mujeres. Sabía que los soldados se comportaban así, pero con los demás no había jugado en el patio de la escuela. Los demás no la habían subido en brazos por tres tramos de escaleras después de que hubieran estado a punto de matarla de una paliza.

—¿Qué pasa, primo? —dijo Eloise.

Jebediah no iba lo bastante colocado como para creerse que estaban emparentados. De joven había estado un poco enamorado de Eloise Delaney, que siempre corría a su aire con los chicos. Dejó que sus ojos de porreta deambularan por la figura masculina de Eloise y las posibilidades no lo disuadieron para nada. Al otro lado de la barra circular estaba sentada la novia actual de Eloise, que trabajaba de administrativa en la base aérea de Tan Son Nhut. Eloise le hizo una señal para indicarle que aquello podía alargarse un poco.

—¿Quieres una copa? —Jeb se giró hacia el camarero sin esperar la respuesta de Eloise.

—Una es mi límite. —Eloise cogió a Jeb del brazo—. ¿Por qué no vienes afuera conmigo?

—No quiero dejar a Eddie —dijo Jeb.

Señaló con la cabeza al fondo del bar, donde había un escenario improvisado y un hombre grueso rodeado de un grupillo de soldados, representando lo que parecía ser una extraña variación del *Hamlet* de Shakespeare. El hombrecillo estaba de pie sobre una escalera de mano de madera. Había cogido unas cortinas de seda de colores vivos y las había cortado para fabricar disfraces. Su reparto consistía en una banda abigarrada de soldados y civiles. Algunos estaban sentados en círculo, como niños pequeños, con las piernas cruzadas estilo indio. Otros se mecían en una danza silenciosa, como si la obra, *Rosencrantz y Guildenstern han muerto*, fuera una pieza lenta de blues *ragtime*. La sala era un revuelo de humo azul y Eddie Christie entornaba los ojos para distinguir las palabras del libreto que tenía entre los dedos gordezuelos.

EDDIE

Tragedia, señor. Muertes y revelaciones, universales y particulares. Desenlaces a la vez inesperados e inexorables, melodrama travestido en todos los niveles, incluyendo el sugestivo. Lo transportamos a usted a un mundo de intriga e ilusión...

Fuera del bar, Jebediah se apoyó contra un muro lateral.

—¿Cómo te va, Jeb? —dijo Eloise, examinando al marinero.

Jeb era el más desaliñado de los hombres de la familia Applewood. Hombros estrechos y caídos; extremidades demasiado largas para el cuerpo. Ahora llevaba una barba de tres días. Se había vuelto casi apuesto.

Jeb encendió un cigarrillo.

—He estado mejor.

—Como todos, ¿no? —dijo ella—. ¿Sabes que tu tía y yo seguimos en contacto?

—¿Ah, sí? Muy bien. ¿Y qué, pasa algo?

Eloise le dio un cachete a Jeb en la oreja.

—No le voy a decir que te he visto así. No le voy a contar con detalle la manera exacta en que te estás perdiendo.

Jebediah respiró hondo y dejó escapar una larga bocanada de aire.

—A ti te sienta bien esta guerra, Eloise. Pero para algunos, esta mierda no es real.

Se acercó mucho y a Eloise la horrorizó lo mal que le olía el aliento, el hedor a alcohol y drogas que le emanaba de la piel.

—*No puede* ser real.

—¿Quién es el tipo bajito de la escalera?

Pero incluso antes de hacer la pregunta, Eloise ya sabía la respuesta.

—Es mi primo *de sangre*. Eddie Christie —dijo Jeb, y se rio—. Está casado con tu chica, Agnes. Tienen dos hijos.

Eloise le dio un guantazo a Jeb en la otra oreja.

—Cállate.

—¿Pero por qué me pegas? —dijo Jeb, cubriéndose la oreja.

—Porque puedo. —Y se giró para volverse al bar.

Jeb la llamó.

—Eloise, vuelve aquí. Eloise, ya sabes, quizá podríamos... ¿Quizá yo podría... disfrutar de un poco de cariño sureño? —Dejó la pregunta en suspenso para que ella captara su significado.

—Jebediah Applewood. —Eloise sonrió—. Confío en que vuelvas a casa de una sola pieza. Entretanto, besa mi culo negro natural.

Al cabo de seis meses, el vehículo militar de Eloise quedó bajo el fuego enemigo durante un trayecto de madrugada desde el centro de Saigón hasta la base aérea de Tan Son Nhut. Eloise y dos oficiales más salieron despedidos del jeep. La metralla alcanzó a Eloise en la rodilla derecha y le atravesó el hombro a otro teniente. Eloise no tenía arma con la que defenderse. Mientras los cuatro oficiales hombres devolvían el fuego, Eloise arrastró consigo a los aviadores heridos y se refugió debajo del jeep. Mientras permanecía tirada en el suelo con los cazas Dragonfly volando sobre su cabeza, Eloise pensó en Bessie la Morena —el apodo que sus padres habían puesto a

Bessie Coleman— a bordo de su Curtiss JN-4 Jenny haciendo trompos y barrenas y trazando ochos en las alturas del cielo, donde nada la podía afectar y nada le podía hacer daño.



2008
Sé dónde vive el veneno

«A nuestro padre lo ha matado la dioxina», le dije a Claudia cuando papá la palmó en el Riverside Hospice. Mi hermana me miró como si yo estuviera diciendo alguna megachifladura rollo tararí-tarará-se-me-va-la-chaveta. Yo le repetí, para ver si se enteraba, que la dioxina era muy tóxica. El principal ingrediente del Agente Naranja. Aquella mierda se había comido los intestinos de nuestro padre. Le enseñé los recortes, los artículos manchados de nicotina, mi carpeta de testimonios de otros veteranos de la Armada que habían servido en portaaviones en Vietnam. Pero Claudia se replegó sobre sí misma y sacó mentón igual que hacía cuando éramos niñas y fingíamos ser aquellos memos británicos del barco de Shakespeare.

—No todo es una puñetera obra de teatro —le dije entre dientes—. A veces lo importante no es la puñetera obra.

—Dices más palabrotas que un marinero.

—Soy hija de marinero. Y tú también.

—Ésta no es la forma de hacer las cosas. —Se encogió de hombros—. No es la forma de honrar a nuestro padre. ¿Por qué no puedes permitirte sentir dolor, Bev? Limítate a sentir lo que necesites sentir.

Me siento furiosa. Porque dentro de tres días van a enterrar al único padre que he tenido. Y después su cuerpo se colapsará, se hinchará y se abrirá en canal dentro de una tumba de dos metros. Aparecerán los gusanos para realizar su siniestra tarea, cómplices de la transformación de sus despojos. La piel, la preciosa piel castaña de nuestro padre, se desprenderá de su

esqueleto. Ya mientras lo bañaba esta tarde había empezado la putrefacción, la podredumbre intestinal. El cáncer de hígado hace que el cuerpo contraiga septicemia. Y cuanto más avanza la sepsis, más deprisa se pudre. El embalsamamiento lo retrasa, pero el proceso ya está en marcha. Está sucediendo. El certificado de defunción de Edward Christie dirá: choque séptico. Hay cosas que prefiero no pensar, joder. Cosas que intenté borrarme de la cabeza mientras llevaba a cabo mi último acto de amabilidad, que fue lavar a mi padre. No podía dejar que las enfermeras de paliativos limpiaran el cadáver, por maravillosas que hubieran sido. Me correspondía a mí. Era mi forma de decir adiós, *good-bye, arrivederci, baby*.

Claudia hablará en el funeral. Se pondrá filosófica a pesar de su dolor y le hará el encomio, pero fui yo quien vio cómo se le ponían lívidos los labios y cómo sus ojos castaños perdían la luz. Claudia le estaba canturreando en su lecho de muerte: «Tranquilo, papá, no pasa nada, papá. Por favor, ve a casa». Le estaba leyendo el puto *Rosencrantz y Guildenstern*.

Dos horas después de la muerte de papá, ya han quitado las sábanas y se han llevado el cuerpo a la funeraria. Su cama metálica ya está vacía. He recorrido con la mirada las paredes de color lavanda; un diseñador diría que son paredes *malva*. Cuando su salud empeoró y los médicos dijeron que le quedaban seis meses de vida, me puse en contacto con mi amiga Shirley. Habíamos sido compañeras de correrías en los viejos tiempos. Shirley solía saltarse las clases para esnifar cocaína conmigo en el centro, en los cubículos de los lavabos del Nell y del Limelight. Ella estaba buena, pero yo todavía más. Quizá estuviéramos destinadas a ser madres adolescentes juntas. Las monjas de la escuela católica Nuestra Señora de Claremont hacían la vista gorda cuando nos presentábamos con jerséis y chaquetas de punto grueso en junio. Nuestras compañeras de clase, no. Nos ridiculizaban con crueldad. Nuestra actitud era feroz. Pero éramos chicas —chicas muertas de miedo— intentando actuar como mujeres adultas. Antes de decírselo a Kevin, me hice una prueba del sida, más por el bebé que por otra cosa. La Cruz Roja había montado una campaña de concienciación del sida. Estaban haciendo pruebas gratis por toda la ciudad. Cuando la enfermera blanca me clavó la aguja, yo estaba temblando.

—Pareces una chica lista. —En su acreditación ponía Barbara Camphor.

—Me lo voy a quedar. —Fue la primera vez que me permití decirlo en voz alta.

—Pues muy bien. Es una opción.

Me pareció que me lo había dicho con mala educación.

—¿Cree que no debería?

—Ya lo has hecho, cielo. El tren ha salido de la estación y ya está en marcha.

Me acuerdo de que me reí, pero me dieron ganas de arrearle una bofetada. Pero ella tenía la aguja en la mano. Y me estaba sacando sangre.

—¿Cree que debería quedarme a la criatura?

Yo había follado por ahí, pero estaba segura de que el bebé era de Kevin.

—Eso es entre tu Dios y tú.

—No me está ayudando mucho.

—Te estoy ayudando a averiguar si tienes el virus que causa el sida. Confío en que no lo tengas, pero si lo tienes, vas a tener que encontrar una forma de vivir. ¿Entendido?

Había encontrado una vena y me dio un único golpecito con la aguja. Un pellizco. Y después nada.

—¿Se gana usted bien la vida?

—Pues mira, ésa es la clase de pregunta que me gusta oírle a una chica en tu situación. Es la clase de pregunta que haría *yo*.

Miré cómo dejaba las ampollas con sangre en una bandeja y apuntaba algo.

—Me podría ir mejor —me contestó—. Pero me va bien. Y a veces tiene que bastar con eso.

Fui yo quien le habló a Shirley de la escuela de enfermería. Nos sacamos los diplomas pero no fuimos a la graduación. Pasábamos el rato y estudiábamos en mi casa. Estudiar era lo único con lo que nuestros padres nos ayudaban porque, después de que por fin se lo dijéramos, nos informaron de que la habíamos cagado y de que no querían tener nada que ver. Vi cómo se les iluminaba la cara a mis padres cuando Claudia entró en Columbia. Fue entonces cuando me mudé a un apartamento de una sola habitación con Kevin para no verla ir a la universidad primero. Ver a mi hermana pequeña ir a Columbia me dolió. Si yo no podía ser especial, a la mierda: sería independiente. Seguí la ruta de las urgencias médicas. Shirley eligió cuidados geriátricos y después se pasó a enfermera de paliativos. Y me organizó una visita privada al Riverdale.

—Nos encargaremos de que tu padre tenga una transición digna —me dijo.

Para tratarse de una clínica de paliativos, era un establecimiento decente.

—No va a poder pagarlo, Shirley —le dije; el seguro de mi padre no cubría una habitación privada.

—Bev —dijo Shirley—. Ya está arreglado. Yo me encargo.

Shirley instaló a mi padre en una habitación privada con una cama libre y un cómodo sillón verde para que Claudia, mi madre y yo pudiéramos quedarnos a pasar las noches con él. La habitación tenía vistas al jardín. En el jardín había unas peras pequeñas y duras que se podían arrancar del árbol, además de tulipanes, peonías y unas azaleas de color rosa intenso cuyo florecer codicioso me molestaba.

Veinticuatro horas antes de que papá muriera, creímos que podía recuperarse. Había estado con un pie en la tumba varias veces en los últimos dos años, pero siempre conseguía salir adelante. Mi madre se había quedado dormida al lado de su cama. La barandilla metálica le hacía de almohada. Yo había bajado a fumar un cigarrillo. Claudia estaba roncando en aquel sillón de cuero verde que parecía una copia de una butaca La-Z-Boy. Cuando volví a la habitación, mi padre estaba sentado con los ojos abiertos y diciendo con una voz tan fuerte que nunca habrías

dicho que se había quedado en cincuenta kilos: «¿Dónde está el helado de fresa?». Y yo giré sobre los talones de mis zuecos de imitación y encontré a la enfermera de paliativos y le trajimos dos bolas de helado de fresa en un vasito desechable. Mi madre se lo dio de comer con una cuchara y él se zampó el helado y se puso a hablar con aquellos tíos británicos como si estuvieran con nosotros en la habitación de la clínica.

—Vaya, pero si son los viejos Ros y Guil —dijo mi padre—. ¿Cómo me habéis encontrado aquí? Veo que por fin habéis tocado tierra. Sí, yo también he visto días mejores.

Habíamos crecido con nuestro padre cacareando por la casa y quitándose el sombrero ante aquellos tipos británicos a los que nadie más podía ver.

Y nuestra madre dijo:

—Vaya, como en los viejos tiempos.

Y cuando Claudia oyó hablar a nuestro padre, se levantó como si fuera la Bella Durmiente despertándose de un sueño larguísimo y hurgó en su bolso en busca del ejemplar de *Rosencrantz y Guildenstern han muerto*. Claudia se lo leía a mi padre cada vez que no se le ocurría otra cosa que hacer. Ahora fue a su cama y le recitó las primeras palabras en las que se le posó la vista. «¡Falta! Prohibido sinónimos. ¡Empate a uno!», dijo Claudia.

Y al instante era Rosencrantz. Papá sonrió. De manera que la imité y me convertí en Guildenstern. No me hacía falta mirar el texto para interpretar el papel. No nos hacía falta a ninguno de nosotros, salvo quizá a mamá, que nunca se había aprendido el texto porque alguien en la familia tenía que ser el espectador y mantener la locura bajo control.

YO / GUILDENSTERN: Prohibido declaraciones. Empate a dos. Bola de partido.
CLAUDIA / ROSENCRANTZ: ¿Pero qué te pasa hoy?
YO / GUILDENSTERN: ¿Cuándo?
CLAUDIA / ROSENCRANTZ: ¿Qué?
YO / GUILDENSTERN: ¿Eres sordo?
CLAUDIA / ROSENCRANTZ: ¿Si soy gordo?
YO / GUILDENSTERN: ¿Sí o no?
CLAUDIA / ROSENCRANTZ: ¿Hay opción?
YO / GUILDENSTERN: ¿Existe Dios?

Papá se estaba partiendo de la risa. Éramos sus bufones británicos en un barco hacia la muerte que nadie podía detener, y cuanto más se reía él, más le recitábamos. Era como si volviéramos a tener cuatro y cinco años, o quizá nueve y diez, pavoneándonos delante de nuestro padre, sobreactuando. Pero cuando eché otro vistazo a papá, su cara se había convertido en una máscara funeraria. No pude refrenarme: le arranqué el libro de las manos a Claudia y rompí la cubierta por el medio, por el mismo sitio por donde había sido recompuesto y pegado con cinta adhesiva

hacía tantos años. Y habría seguido haciendo pedazos el libro si no hubiera sido porque Claudia chilló y se llevó las manos al pelo rizado.

—Beverly, por favor. *No* —gritó.

—¡Chicas, chicas! —nos chilló nuestra madre.

Pero papá se seguía riendo, colocado de morfina. Por lo que a él respectaba, los dos británicos estaban en plena forma. Fue entonces cuando llegaron Minerva y Peanut. Minerva me puso una cara como diciendo: «Aquí no».

Mi madre se dirigió a Peanut.

—Llévate a tu madre a algún sitio, *¿quieres?*

Y Minerva, que llevaba un vestido de verano con tirantes de cordel a principios de primavera, demasiado veraniego, se cambió de sitio con mi madre y besó a su abuelo. Claudia se puso a cuatro patas en el suelo junto a la cama, intentando recomponer la cubierta del libro.

—Claudia —le dijo mamá—. Ya lo arreglamos una vez y podemos volver a arreglarlo.

Claudia levantó la vista hacia mí.

—Las mujeres que van por el mundo como tú tienen un nombre.

Me encogí de hombros:

—¿Zorras cabreadas?

—Mujeres negras indignadas.

Papá dejó de reírse. Mis hijos me estaban mirando.

—¿Qué tiene de malo estar indignada cuando la situación lo justifica? —pregunté.

Minerva me miró de reojo.

—La gente viene aquí a descansar. En paz.

Claudia se puso de pie y saludó a Peanut, que se había conformado con quedarse de pie en la puerta. Quería a su abuelo, pero lo perturbaba la gente agonizante.

—Perdona, sobrino —dijo Claudia—. Hay bastante bullicio por aquí.

Me entraron ganas de decirle que se dejara de eufemismos. «Te comportas igual que los blancos. Cuando los blancos dicen *bullicio*, quieren decir que hay gente de color en la sala. Cuando le dices a la gente blanca algo que no quiere oír, te miran como si no estuvieras y te piden que lo repitas como si no entendieran lo que dices. Se supone que eso tiene que confundirte y hacerte pensar que eres incoherente. Y cuando la gente blanca dice que hay un cambio de planes, normalmente significa que están a punto de echarte, o pasar de ti, o dejarte en la cuneta.» Trabajo en la profesión médica y soy puñeteramente invisible para la mayoría de los médicos hasta que necesitan algo, ¿y ahora Claudia me viene con más lógica de gente blanca? Cuando Claudia habla, no se esfuerza ni se da aires, y eso es lo que me cabrea siempre. Sé perfectamente que las dos crecimos en el sur del Bronx, pero cada vez que miro a Claudia me planteo si no estaré loca. Quizá a fin de cuentas no éramos de la clase obrera. Quizá nacimos en una cuna de oro y con profesores particulares para el examen de acceso a la universidad para asegurar que nos mantuviéramos en la clase media-alta. *Quizá* crecimos en un edificio con

portero en el Upper West Side o en una manzana pija del centro, porque Claudia habla y se comporta como si hubiera sido así.

Pero me mordí la lengua y me aferré a los vestigios de paz que me quedaban y seguí a Peanut al pasillo. Me volví hacia mi hijo:

—Peanut, ¿qué quiere decir la gente cuando dice «irse a casa»? ¿Cómo le puedes decir a alguien que se está muriendo que se vaya a casa si éste es el único sitio que ha conocido nunca?

—No lo sé.

—Se está muriendo —le dije a mi hijo—. Así de claro.

—Mamá, te entiendo. —Peanut me cogió del hombro—. Pero tienes que tranquilizarte.

—Sé que estoy en plan zorra. La zorra lleva toda la mañana preparándose para salirme de dentro. Necesito un cigarrillo.

—Voy a comprarte tabaco —dijo ansioso por encontrar una excusa para marcharse de la clínica.

—No, Peanut, estoy perfectamente capacitada para comprarme tabaco yo sola. Tú entra ahí y despídete de tu abuelo.

Lo primero que he hecho esta mañana al llegar a la clínica de paliativos es ponerme el uniforme. No creo en las señales, pero, visto con la distancia, quizá eso fuera una señal de que mi padre se iba a morir hoy. Cuando descubrimos que estaba en fase terminal, me hice a mí misma la promesa de que no confundiría mi yo profesional con mi yo vital. No quería insensibilizarme ni ponerme en modo enfermera con mi padre. Quería ser su hija en primer lugar y una enfermera después. Cuando salgo del trabajo, jamás me lo llevo conmigo a casa. Y cuando voy al trabajo, voy limpia. Es una de las muchas cosas que aprendí de mi padre. Mi padre siempre se aseguraba de quitarse el uniforme antes de llegar a casa. Tenía dos uniformes que se traía a casa en una bolsa de nailon de la lavandería para que mi madre se los lavara y se los planchara. En este país debería haber una normativa que regulara cómo han de ir las enfermeras al trabajo. No entiendo cómo puede una entrar de la calle como si nada, con el uniforme de enfermera puesto después de haber ido en el metro y lavarse las manos y ponerse a atender a alguien. Yo no hago eso. Me cambio y me lavo en el trabajo. No creo en Dios, pero rezo por mí y por mis pacientes: los pacientes a los que conozco y los que se van y los que aguantan.

Hay una canción que habla de los pájaros y de las abejas y de las abejas en los árboles. Y mi infancia fue un poco así. Las mariposas y los pajaritos y quizá también las putas abejas llevaban consigo todas las mentiras que los maestros nos contaban en la escuela. Llevaban todos esos rollos y los dejaban caer en nuestro barrio, donde había gente de verdad como mis padres intentando encontrar su camino en la vida. Y confiando en que lo encontráramos nosotras también.

Soy un año mayor que mi hermana pequeña. Hay cosas que ella no quiere recordar o que prefiere olvidar. Me acuerdo de que papá comía bocadillos de salami y veía las noticias vespertinas de la CBS. Me acuerdo de que papá increpaba a la imagen de Nixon en la tele. Me acuerdo del silencio que reinó en la habitación cuando se murió. De que el aire lo abandonó y dejó de haber diferencia entre su cadáver y la cama metálica donde estaba.

A mi padre no lo llamaron a filas en la guerra. Se alistó voluntario. Mi padre celebraba todos los años el Cuatro de Julio. Y el Día de los Caídos y el Día de los Veteranos. Mi padre cantaba el himno nacional en los partidos de los Yankees. Era listo, pero podría haberlo sido más. No era pobre, pero podría haber sido rico. No era el primer padre que les decía a sus hijas que sus riquezas éramos nosotras, ni tampoco el último. Mi padre no tenía quejas. Y eso me pone supertriste, joder. Quizá sea verdad que lo mataron los humos de los tubos de escape del puente George Washington. Pero yo me decanto por las dioxinas. No pienso edulcorar la fealdad. Hay gente muerta que debería estar viva. Se muere gente todos los putos días. Y yo sé dónde vive el veneno.



2009
Minerva, hecha un lío

Cuando colgaron el letrero del concurso de escritura teatral, apenas me lo planteé. Estaba en periodo de prueba académico porque mis notas habían bajado hasta aprobados pelados y suspensos y me habían echado de la orquesta de la escuela por no presentarme a los ensayos y mi viola estaba en un rincón junto a la tele cogiendo polvo porque mi madre confiaba en que volviera a interesarme por ella. También estaba el teclado Suzuki, que me había regalado mi padre al enterarse de que había dejado la viola porque su idea era que cuando te quedas encallado con algo tienes que probar algo distinto para desencallarte. La primera semana que tuve el teclado jugué un poco con él. Quería que mi madre se sintiera como una mierda porque era más o menos culpa suya que nuestro padre se hubiera marchado. Cuando mi padre la cagó de esa manera en que la cagan los hombres, en vez de cagarla ella también para no ser menos, mi madre convocó una sesión de confesiones en la sala de estar para que pudiéramos hablar de la situación. Como si yo quisiera enterarme de que mi padre se había tirado a una guarra. Y fue una de esas sesiones en que se supone que todo el mundo tiene que conservar la calma y hablar cuando es su turno, pero por supuesto, todos nos pusimos a elegir bando. Mi hermano Peanut se puso en plan:

¿qué has hecho *qué*? Y mi padre miró a Peanut porque a veces se pregunta igual que yo si Peanut no será medio marica, y no es que me importe, algunos de mis mejores amigos en LaGuardia son maricas, y yo me puse a decir: ¿y ahora qué? ¿Y ahora qué? Y mi madre hizo que mi padre se sintiera fatal y papá explicó que no lo iba a hacer más. La otra mujer era agente de policía como él y los habían unido las tensiones del trabajo, y mi madre se dedicó a decir que sí con la cabeza y luego todos nos reconciliamos y reinó el buen rollo, y durante un tiempo todo estuvo tranquilo, pero luego mi madre empezó a arreglarse y a llegar a casa sin el pintalabios oscuro que hacía que nuestra prima Gladys siempre se metiera con ella y a cortarse las puntas abiertas del pelo y luego hasta se puso texturizador y los rizos le colgaban naturales como los de la tía Claudia y empezó a llevar perfume de Elizabeth Arden y yo dije, lo bastante fuerte como para provocar un tsunami en nuestra sala de estar: «Papá, ¿tú le has comprado a mamá perfume de Elizabeth Arden?». Y me moló decir esto y mi madre se cagó en mí por meterme con su estilo y mi padre le dijo: pero si nunca te ha gustado el perfume. El perfume te da dolor de cabeza. Quizá esté en pleno cambio hormonal, dijo mi madre, porque ahora aguanto bien el olor. Pero mi padre era demasiado listo para tragárselo. Y un día la pilló en el camión restaurante que hay al lado del Columbia Presbyterian fumándose un pitillo con un viejales. Ella admitió que estaba teniendo un rollo con aquel viejales llamado Chico, que tenía una pierna chunga y vendía *roti* y otras cosas de comer con el camión restaurante porque Bed-Stuy se había puesto demasiado caro para él, y mi madre dijo: lo que hacemos más que nada es hablar, bueno, quizá nos besamos una vez. Mi padre sabía todas las formas en que se podían besar un hombre y una mujer. Y fue entonces cuando mi padre empezó a mirar mal a mi madre y a saltarse la cena y luego empezó a salir con la panda del trabajo que siempre nos había dicho que eran una panda de crápulas puteros y a llegar tarde a casa todas las noches y a mi madre le tocó trabajar y hacer la cena y poner a los gemelos a dormir y empezaron a pelearse todo el tiempo y a Peanut y a mí nos tocó estar en el medio y era el típico drama de pobres, drama nivel Jerry Springer, y mi padre preguntó cómo podía saber que los gemelos eran suyos. Dijo que los gemelos no se parecían en nada a él, lo cual era una puñetera patraña. Dijo que quizá Keisha y Lamar fueran hijos del tío del camión restaurante. Y mi madre le dijo que eso era ridículo porque por entonces Chico todavía tenía su local en Bed-Stuy. Y mi padre le preguntó cómo sabía lo que tenía Chico. Que aquello no era lo único que tenía Chico. Y mi padre se marchó y mi madre amenazó con ponerle una orden de alejamiento y Peanut y yo le dijimos: mamá, no puedes hacer eso. Papá se quedaría sin trabajo. Y mi padre se puso en plan: ¿sería capaz de hacerme eso? Joder, qué ruin. Y se mudó a Arizona porque allí conocía a otros polis. Se puso a anunciar a los cuatro vientos que se iba a vivir a Phoenix y creo que fue porque esperaba que mi madre le suplicara que no se fuera. Y claro, en cuanto dijo que se iba, ya tuvo que cumplirlo, y los dos se quedaron encallados en su tozudez. Yo quería que volvieran a estar juntos, pero mi madre es incapaz de estar sola o de sentirse sola, así que recurrió a Chico. Y no hubo vuelta atrás. Mi padre se fue y vino Chico, y yo me puse en plan: a la mierda. Y ella se puso en plan: vigila esa lengua y muestra respeto a los adultos. Aquí el

alquiler lo pago yo. Así que empecé a quedarme en casa de mis amigas y a saltarme la escuela porque me apetecía y mis profesores dijeron: ¿ah, sí? Pues mira, tus notas están cayendo en picado, y yo les dije: ¿y qué? Y me contestaron: un semestre más así y se acabó, te ponemos en la calle, y yo me quedé en plan: mierda, no, me van a mandar a la escuela correctiva. Y mi hermano pequeño Peanut se regodeó porque él va a la Bronx Science y se cree que es el próximo Steve Jobs. Y fue entonces cuando volví a coger los libros e ir a la escuela. No podía ni quería aguantar que Peanut me vacilara. Y fue entonces cuando vi el póster del concurso de escritura teatral y el profesor Bass, que es demasiado mayor para estar dando clases en el instituto pero el puñetero sindicato no lo puede echar, fue y dijo: seguramente podrías escribir algo decente si no fueras tan arrogante. Y me dijo que la mitad de los alumnos de la escuela no se merecían estar aquí. Y puse los ojos en blanco y le dije: vale, muy bien, si usted fuera yo y no se mereciera estar aquí, ¿de qué escribiría para un concurso de obras de quince minutos? Y el profesor Bass dijo: no escribiría sobre hacer excursiones a pie en Madagascar ni sobre pescar con mosca en Mongolia. Escribe sobre algo que te salga del puñetero corazón. Y fue entonces cuando me puse a hacerle preguntas a la idiota de mi madre mientras ella se bebía el café y se zampaba unos Dunkin' Donuts, porque ahora que se ha ido mi padre ha vuelto a ganar unos kilos. Minerva, me dijo, hay mucha gente que quizá hubiera hecho grandes cosas si hubiera nacido en una época distinta. Tu abuelo fue uno de ellos. Y yo le dije: ¿y qué tiene eso de nuevo? Y ella me dijo que llamara a la abuela. Y la abuela se alegró del simple hecho de que yo hubiera cogido el teléfono. Y me habló de la obra de teatro que el abuelo había encontrado en su barco en Vietnam, *Rosencrantz y Guildenstern han muerto*. La que tenía guardada la tía Claudia. Me volví a enfadar con mi madre por ser tan ciudadana de segunda clase. Escribí una obra sobre un hombre que está en un barco leyendo a Shakespeare y luego pasé a sus hijas leyendo la misma obra mientras él se estaba muriendo y gané el segundo premio, y cuando le enseñé la obra al profesor Bass, se derramó el café encima del traje todo ajado que llevaba y se echó a llorar. Me preparé para oír otro sermón sobre el estado lamentable de las artes en Nueva York y sobre la lucha del artista por conseguir dignidad en la faz de la adversidad. O para que me contara que quizá si se hubiera quedado en Europa de joven, todo le habría ido distinto. Pero el profesor Bass se secó los ojos con un pañuelo. Buen trabajo, me dijo. Y me dieron una distinción y veinticinco dólares y quedé con Peanut en la Drama Bookshop de Times Square y compramos *Rosencrantz y Guildenstern han muerto*. Nos lo envolvieron en un papel azul marino muy bonito y nos fuimos a casa. Le enseñé la distinción del segundo lugar a mi madre y le regalé la obra. Estaba cabreada con ella por no haberse comprado un ejemplar hacía años. Mi madre intentó abrazarme, pero me aparté. Tenía que ir a un sitio. Pero ella no se lo tragó. Me abrazó bien fuerte. Y nos quedamos así durante un minuto intenso. Y no me resistí porque quizá el abrazo le hiciera más falta a ella que a mí. Quizá. Y mientras me estaba abrazando, me acordé de cuando era pequeña y de que ella me leía libros todo el tiempo. Cuando me marché, mi madre todavía estaba en la sala de estar hojeando la obra.

Y sé que por una vez, hice las cosas bien.

Ejercicios de escritura / Prof. Bass Estructuras lingüísticas Minerva C. Parker

(Diálogo)

PADRE DE MINERVA

Minnie, a ti te gustaría el desierto. No es todo marrón como yo esperaba. El desierto de Arizona tiene mucho marrón, pero también hay unas partes preciosas en las montañas donde es verde y azul y plateado. Casi entiendo por qué le gusta a la gente. Una vez me llevé a una amiga unos días a...

MINERVA

¿Sales con alguien? ¿Ya estás saliendo con alguien?

PADRE DE MINERVA

El desierto es bonito. Y tengo una amiga.

MINERVA

Dijiste que no te ibas a volver a casar.

PADRE DE MINERVA

¿Lo dije? Os mandé una postal de la comisaría donde trabajo. Es uno de los edificios más antiguos de Arizona. Y a ver, ¿por qué siempre me estás mandando esas postales indecentes de

mujeres medio desnudas?

MINERVA

Son gratis. Las cojo en la pizzería Two Boots y en la librería The Strand.

PADRE DE MINERVA

Lo normal sería que tu madre tuviera dinero suficiente para sufragarte el papel de carta y los sellos. Yo os pago la manutención.

MINERVA

¿Es negra?

PADRE DE MINERVA

Hablas como tu madre. Estrella es navaja. E hispana.

MINERVA

A los navajos los matamos nosotros. Los soldados negros. Los acorralamos como si fueran una manada de animales. Igual que haces tú cuando devuelves a los mexicanos al otro lado de la frontera, papá. ¿O debería llamarte Custer? Vas a ser responsable de que una generación entera de mexicanos odie a los negros.

PADRE DE MINERVA

Y tú te mereces una mala nota en historia. ¿Qué tiene de malo esto, Minnie? Además, Custer estaba en Wyoming. En Little Big Horn. Aprende un poco de geografía.

MINERVA

Me importa una mierda.

PADRE DE MINERVA

Basta de palabrotas. Me ha contado Bev que has estado quedándote a dormir en casa de alguien. Voy a ir. ¿Voy a tener que ir?

MINERVA

¿Para quedarte?

PADRE DE MINERVA

No, Minnie. De visita. Y no va a ser agradable.

MINERVA

A VECES NOS PASAMOS TRES SEMANAS SIN RECIBIR CARTA TUYA. ¿Por qué no puedes usar FACEBOOK ni mandar mensajes de texto como una persona normal?

PADRE DE MINERVA

Porque no creo en esas cosas.

MINERVA

Pero es que vives en un estado distinto.

PADRE DE MINERVA

Antes la gente escribía cartas. En los viejos tiempos hasta el tonto más tonto podía escribir una carta competente. Hay un documental sobre la guerra civil...

MINERVA

¿Por qué no puedo ir a vivir contigo?

PADRE DE MINERVA

Las distancias aquí son muy grandes, y hay demasiados conductores borrachos que se saltan los límites de velocidad.

MINERVA

Acabas de decir que el desierto era precioso.

PADRE DE MINERVA

Quizá cuando ya esté más instalado.

MINERVA

¿Todavía quieres a mamá?

PADRE DE MINERVA

Eso no importa.

MINERVA

Mamá todavía te quiere a ti.

PADRE DE MINERVA

Hay cosas que simplemente no importan.

MINERVA

¿Papá?

PADRE DE MINERVA

Minerva, sé buena chica. Dale un beso de mi parte a los gemelos. Y a Peanut. Dile a ese hermano tuyo que la vida por aquí es brutal. Y que tiene que curtirse.

(Poesía)

CUSTER EL QUE MATA A LA PEÑA

Mi padre está en el desierto
Dice que es marrón y luego florece
Está hecho todo un Custer
Con su uniforme de poli de fronteras

Desaparece
Quédate en nada en un momento
Y no mires atrás
¿Qué tiene que pasar ahora?
A ver, Minnie, sé buena chica
Cuando las buenas chicas van al infierno
Prefiero ser una chica mala

He oído que las chicas malas van arriba
¿Qué me puedes decir?
Cuando tú eres libre de desaparecer
Y yo sigo aquí
Y seguimos aquí
Hace seis meses que no te veo
Entérate: eso es medio año



1971 1986 1996 **1966**

Vapor

Rufus, hijo, ¿de dónde eres? «Nací en Nueva York. Cerca de aquí. En el Columbia Presbyterian.» ¿Y tu familia? ¿A qué se dedica? «Mi padre es abogado. James Vincent. Mi madre, Sigrid, es agente de casting en Los Ángeles.» Ajá. Producto del divorcio. «Sí, señor.» ¿Y tienes muchos hermanos? «No, señor, soy hijo único.» Ah, mi mujer también lo es. Agnes también.

Claudia y yo estábamos sentados en el sofá de respaldo ondulado de la sala de estar en forma de L, con aquella mesita de café de cristal y aquellas paredes estucadas que me recordaban al primer apartamento que había tenido mi madre en Venice Beach. Eddie Christie no paraba de empujar en nuestra dirección una bandeja de *sopresatta* y un surtido de quesos y panes. Los panes eran de su panadería italiana favorita del vecindario; panecillos de sémola, hogazas de semillas y pan de chapata que nos animó a untar con distintos quesos. Unos quesos que insistió en que no se encontraban en la mayoría de las tiendas de Nueva York. Quesos italianos aromáticos que había conseguido por vías especiales. La forma en que decía «vías especiales» fue el único incentivo que necesité para comérmelos. La señora Christie parecía conformarse con dejar que su marido llevara la conversación. Estaba apoyada contra él en un diván de cuero de dos plazas con las largas piernas cruzadas.

—Siempre quise una hermana o un hermano —me dijo—, pero supongo que al final todo ha salido bien. Tengo a mi marido y a mis hijas.

—Cuéntame un secreto —le dije a Claudia Christie.

Primer año de carrera. Después de tres semanas de relación en la Universidad de Columbia, ya supe que le iba a pedir a Claudia Christie que se casara conmigo. Yo vivía fuera del campus,

en Morningside Heights, con un estudiante de Filosofía que se quedaba a dormir en casa de su novia una noche de cada dos. Vivía fuera del campus porque siempre he tenido problemas para dormir. Es cosa de familia. Dormir me cuesta. En aquella época me levantaba de la cama a las tres de la madrugada y tocaba el saxo. No tenía oído, pero la música hacía maravillas para ayudarme a dormir. Ya en el segundo semestre, mi compañero de piso se mudó al centro, al West Village. Se largó un sábado y Claudia se mudó al cabo de una semana. En aquellas primeras semanas de sexo enloquecido del semestre de invierno, nos encerramos como bandidos en nuestro apartamento. Éramos jóvenes y ágiles y nos maravillaba el placer constante que nos podían dar nuestros cuerpos. Es la naturaleza de los años de universidad que los estudiantes tengan... que se líen intensamente con alguien, como se dice ahora, y se vayan a vivir juntos enseguida. Nuestros amigos nos apodaron los *desaparecidos*, porque sólo salíamos de nuestro apartamento para ir a clase o para comer, sobre todo comida barata para llevar. Pizza en el V&T. Arroz con alubias en el Tom. Pollo al asador y plato combinado de falafel y *baba ganoush* en el Rainbow Chicken. La comida mediterránea hacía que nos oliera el aliento, pero incluso el ajo trae beneficios colaterales. Si manipulas un diente de ajo de la forma adecuada, te excita los sentidos. (El truco me lo enseñó una mujer llamada Parsnip.)

—Ruff —me dijo Claudia—. Ya no existen los secretos.

Estaba sentada en nuestro futón lleno de bultos con *Der Prokurator* de Goethe en el regazo. Estábamos haciendo un curso sobre el nacimiento del género literario de la novela corta. Bastante apasionante para estudiantes de literatura inglesa.

—Me llamo Rufus.

Mis padres eran los únicos que me llamaban Ruff. Pero me gustaba que Claudia hubiera empezado de inmediato a usar mi apodo.

—No te puedo tomar en serio como Rufus. Oigo Rufus y pienso en Rufus y Chaka Khan.

—Mierda, has herido mis sentimientos.

—*C'est dommage*. Sobrevivirás.

Salir con alguien en la universidad puede dar miedo. Me había despertado con algunas chicas a las que no quería volver a ver y a las que ni siquiera habría tocado de no haber estado en la fiesta equivocada y en el momento equivocado. Es un pequeño milagro darse la vuelta por la mañana después de una fiesta en una residencia de estudiantes y ver a la persona con la que te acostaste la noche antes. Pero me gustaba despertarme con Claudia al lado. Soy blanco. Y Claudia es negra. La mayor parte del tiempo que hemos pasado juntos no hemos tenido problemas con la raza. Este mundo, sin embargo... Nos hemos encontrado con que este mundo tiene suficientes problemas para los dos.

—Quizá los secretos hayan quedado relegados al melodrama victoriano —le dije—. Pero venga, tiene que haber algo profundo, oscuro y personal en tu pasado, ¿no? Dime lo que más te avergüenza.

—Si te llevo a casa, quizá termines quemado.

Y se rio. Por entonces yo no lo sabía, pero era la risa de su padre, ronca y cálida, una risa que evocaba meses de agosto y cigarrillos, aunque ella no fumaba. La llamo la risa nerviosa de Claudia: la risa que suelta antes de contar la verdad. Y si se te pueden contagiar hábitos de tu pareja, diría que se me ha contagiado esa risa de Claudia, aunque mi madre también está haciendo reír siempre a todo el mundo.

—En serio —dijo Claudia—. Mi madre no suele tener problemas con nada ni con nadie. No se mete en los asuntos de los demás. Pero mi último novio terminó en el Columbia Presbyterian con quemaduras de primer grado en el hombro. Tuvieron que usar unas tijeritas de uñas para desprenderle la camisa del hombro. Pensé que su familia nos iba a poner una denuncia.

La primera vez que Claudia me llevó a su casa, Agnes Christie intentó quemarme con una plancha. No me acuerdo bien de la plancha, sólo del vapor y de cómo borboteaba la pequeña espita que había encima del asa metálica y plana. Diría que la plancha era de color rojo veneciano, pero también es posible que fuera azul o plateada o gris. Las cosas estaban yendo bastante bien, o eso me parecía a mí. La señora Christie bostezó y se excusó. Cuando volvió, al principio confundí la plancha candente que traía con una botella de Chianti. Sonreí a aquella mujer morena y guapa que tenía la misma cara ovalada que mi futura esposa y no retrocedí. Se me acercó y estiré los brazos y las manos para enfrentarme a su calor. Aquel gesto, los dedos danzando hacia delante en vez de apartarse, hizo que Agnes Christie se detuviera y me mirara desde detrás de su plancha.

—Caramba, *señora Christie* —le dije—. No me va a quemar sin quemarse usted también.

El señor Christie se puso al lado de su mujer.

—Agnes —le dijo—. No pasa nada.

—Perdón —dijo Agnes Christie, y apagó la plancha caliente—. Donde crecí, casi nunca es bueno que aparezca en tu casa gente blanca desconocida.

—Bueno, prometo dedicarme a ser menos desconocido. Respecto a lo de ser blanco, en cambio, no puedo hacer nada.

Claudia me había preparado para la plancha de su madre. Habíamos ensayado juntos la mejor forma de reaccionar si me atacaba.

Al principio me sorprendió la ausencia de libros en la casa de los Christie. En la sala de estar, los únicos libros a la vista eran la *Enciclopedia británica* y una colección de obras de Shakespeare que la señora Christie había adquirido en una subasta en la escuela católica a la que había asistido de niña. Aquello me alucinó. Quizá, si conocierais a Claudia..., había que conocer a Claudia para entenderlo. ¿O quizá todo fuera una cuestión de privilegio personal y de expectativas? Yo había crecido en un apartamento con vistas a Central Park West y provisto de estudio. Me pasaba horas construyendo fuertes con los libros que cubrían las paredes. Cuando visité la casa de Claudia, estaba seguro de que me iba a abrir la puerta e iban a aparecer las

pruebas, una cueva secreta de libros que revelaría cómo había llegado hasta Columbia. Indicios de una pequeña biblioteca académica. Pero sólo había una cama individual, una cajonera y un escritorio encima del cual colgaba un póster de *Purple Rain*. No faltaban objetos materiales en casa de los Christie. Simplemente no quedaba mucho espacio libre. Todo era funcional. Fue uno de aquellos momentos, y he tenido unos cuantos en calidad de hombre blanco casado con una mujer negra, en que entendí mi condición privilegiada. Uno puede hablar de privilegios hasta quedarse sin voz, pero nunca los entenderá hasta que haya vivido con alguien que ha tenido que salir adelante con menos.

—No está loca —dije, hablando por encima del fuerte runrún de la línea 5 del metro mientras volvíamos a nuestro apartamento; cogeríamos la 4 hasta la calle Ciento veinticinco y después un taxi para el resto del camino.

—¿Qué?

—Tus padres se han aislado emocionalmente de todo. Igual que los míos.

Claudia apartó la vista.

—Por favor, no juzgues a mi familia basándote en tus padres. Es improductivo. Son de una generación distinta. Pasaron cosas. Beverly y yo... no podemos preguntar.

—¿Por qué?

—Es *cosa de ellos*, Rufus.

—Pero nosotros lo heredamos. ¿No quieres saber qué los emociona?

Claudia suspiró.

—La verdad es que no. Me basta con que me hayan querido.

En nuestra primera Navidad juntos, le compré a la madre de Claudia una plancha antigua. La encontré en una tienda benéfica de Venice Beach mientras estaba pasando allí las vacaciones con mi madre. Cuando la señora Christie desenvolvió el regalo, no estuve seguro de cómo reaccionarían ni Claudia ni el señor Christie. No estaba seguro de si apreciarían la broma ni tampoco de si era una broma o bien mi posición pasivo-agresiva, mi forma de decir: «Aunque me quemes, no dejaré de venir. No me rendiré, seguiré volviendo una y otra vez a por tu hija».

Pero ella sonrió y le apareció un rubor en las mejillas oscuras.

—Mi regalo es un poco más... pedestre. Una gorra de los Yankees de parte de Eddie y mía.

Regalarle planchas se ha convertido en una tradición. Todas las Navidades le compro a la señora Christie una plancha de anticuario. Ella las colecciona como si fueran artefactos de museo: planchas de hierro, planchas triangulares con mango de madera, planchas huecas para meter hierro candente dentro. Ahora que ya no tiene que plancharle la ropa al señor Christie, no estoy seguro de cuánto plancha en Buckner County, Georgia. Durante sus charlas dominicales con Claudia, he estado tentado de preguntarle si todavía las tiene.

Veinte años después, a Claudia todavía le gusta trabajar en la cama. Se lleva una bandeja de plástico y se la apoya en el regazo para corregir ejercicios de alumnos. Vivimos en una vivienda de la universidad, a diez minutos a pie del primer apartamento que compartimos. Estamos rodeados de historia. Evidencias de cómo cobramos existencia, mutamos y tuvimos hijos. Cuando la gente dice que Nueva York ha cambiado, no siempre estoy seguro de a qué se refieren. ¿Para quién ha cambiado? Puedo seguir nuestra evolución en manzanas urbanas y kilómetros. Por supuesto, las tiendas y los restaurantes vienen y se van. El Rainbow Chicken ya hace tiempo que no existe. El Gotham Cabinet, donde compré mi primer futón, todavía aguanta, pero no estoy seguro de que a las nuevas generaciones les gusten los futones. El ambiente es distinto en el centro y fuera de él. Antes nos escapábamos al Lower East Side para tener experiencias contraculturales crudas, pero ahora Ludlow es todo gente rubia con fondos fiduciarios. Cuando tienes hijos, ya no echas esas cosas de menos de la misma manera. No tienes tiempo.

Me llamo Rufus Noel Vincent. Tengo cuarenta años. Últimamente nos podéis encontrar a mi mujer y a mí tres veces por semana en la piscina de nuestro edificio, haciendo terapia de natación con nuestra hija Winona. La mejor forma de vencer un miedo es revisitarlo, según el psicólogo de Winnie. Y así pues, Claudia, Winona y yo —durante esas horas Elijah puede pasar tiempo a solas con su abuelo, mi padre— nadamos como anfibios de una punta de la piscina a otra. A Winona le encanta el crol, y cuando estoy nadando estilo crol a su lado a menudo pienso en Hank Camphor, el medio hermano al que no conozco. Pienso en mis padres y en todos los rollos de mi pasado que tanto me he esforzado por olvidar: «un pececito, dos pececitos, tres pececitos». No sé si estoy alejándome a nado de mi pasado o yendo de cabeza a él.

Mi madre me sacó de la Trinity Prep en mi primer año de la secundaria. Pensó que el entorno era demasiado incestuoso. Yo había asistido a la Trinity con los mismos niños desde el parvulario, habíamos jugado en las mismas ligas de sóftbol y de fútbol en Central Park, habíamos fumado droga en las mismas fiestas de cumpleaños y habíamos asistido a las mismas colonias de verano en Vermont y en la costa de Maine. Mi madre se lamentaba de que no hubiera hecho la prueba de acceso al Hunter College High School en sexto. De que ella y mi padre no me hubieran presionado para que me centrara más en los estudios. Estaba convencida de que necesitábamos un cambio. Y hacía poco, yo había desarrollado un tic vocal muy molesto: carraspear de forma habitual. Tenía algo alojado en la laringe que se negaba a salir. «Tengo algo pegajoso ahí dentro, como cinta adhesiva», les decía a menudo.

Mis padres me llevaron al hospital de Otorrinolaringología de Manhattan. Me examinaron los mejores especialistas de Nueva York, pero ninguno me encontró nada en la garganta. Tampoco di positivo en las pruebas de alergia. Mi salud era perfecta. Un adolescente sano.

—Es algo mental —dijo por fin un médico—. ¿Qué está pasando en su casa?

Hasta aquel momento, yo había trasteado con el piano, un instrumento para el que mostraba poco talento y un interés fugaz. En la Trinity todo el mundo tocaba un instrumento. Mi madre, que era de origen europeo, tocaba a menudo nuestro piano de cola en miniatura Steinway por las noches después del trabajo. Y ahora creyó que quizá tocar el piano podría relajarme. Mi padre había crecido en una casa sin instrumentos musicales, pero le encantaba el jazz, todo lo que tuviera que ver con Miles Davis. *So What?* Me regaló un saxo de segunda mano que le había comprado a un músico de jazz que afirmaba haber tocado con los grandes. Mi padre pagó una pequeña fortuna por aquel saxo, a pesar de que, tal como admitiría más adelante, el instinto le decía que habría hecho mejor adquiriendo uno nuevo.

—Usa esto para limpiarte la tráquea —me dijo—. Si avanzas con él, conozco a un profesional que te dará clases.

Con mi madre no usó un tono tan amable.

—¿Pero cómo se te ocurre sacar a Ruff de la Trinity? Allí tenía una pandilla ya hecha.

—No es el único sitio del que lo voy a sacar —dijo mi madre.

Cuando por fin le pidió el divorcio a mi padre, iban los dos en un taxi por la Quinta Avenida, volviendo a casa del fiestón de cincuenta cumpleaños de un socio mayoritario de la empresa de papá. La perspectiva del divorcio conmocionó a mi padre. Durante las semanas siguientes se limitó a ignorar la petición de mi madre.

—Quizá hiciste bien en mandarlo a una escuela nueva —dijo mi padre una noche en la mesa de la cena, y puso la mano encima de la de mi madre.

—¡El Pacífico! —Ella apartó la vista y apartó la mano.

—No te sigo, Sigrid.

—Siempre he querido vivir cerca del océano Pacífico.

Mi padre lo entendió de inmediato.

—No te puedes llevar a mi hijo al oeste.

—Tiene quince años —dijo mi madre, sin sentirse segura pero fingiéndolo—. La decisión es suya.

—¿Divorcio? —pregunté, y carraspeé.

Tracé una serie de movimientos circulares, meneando tres dedos de aquí para allá en torno a mi nuez. Por entonces no lo sabía, pero aquellos pequeños masajes eran los ensayos de los masajes en el vientre que le haría a Claudia años más tarde mientras les cantaba a nuestros gemelos nonatos. Eran los ensayos de los masajes que me haría Claudia después de que yo comiera pizza o algún plato con lácteos que mi estómago no podía tolerar.

—¿Por qué no vas a buscarle un poco de agua a Ruff, Sigrid? —dijo mi padre—. Está haciendo unos ruidos como de aspirador roto.

—¡Estaba esperando a que me pidieras que fuera a por agua! —Mi madre negó con la cabeza —. Dime, ¿tengo que ir a buscar agua yo porque soy una mujer?

—Te quiero porque eres una mujer.

—Ése es el problema. Que quieres a *todas* las mujeres —dijo ella.

Mi padre silbó.

—Ruff, quizá sea un buen momento para que te vayas a practicar con el saxo.

En el comedor entraba una brisa procedente de la terraza. La terraza daba a Central Park West. Olí los cacahuetes asados baratos y los perritos calientes de los vendedores ambulantes que había once plantas más abajo. Oí los cascos de los coches de caballos.

—Rufus. —Mamá sonrió—. Tu padre fue muy amable al comprarte un saxo. En el oeste podrás estar junto al océano y tocar en una banda de desfiles.

—Nueva York es una isla —dijo mi padre—. Está rodeada de agua por todos los lados. California es un desierto. Un día el Pacífico se levantará y dirá que la puñetera California tiene demasiada sed. El Pacífico hará lo que tú no tienes razón alguna para hacer, Sigrid. Tendrá una pataleta y se largará.

—¿Estás diciendo que papá te ha sido infiel? —Vacilé, indeciso entre ir a mi habitación a practicar y quedarme en la mesa del comedor.

Mi madre se rio y se rio y se rio. Su risa hizo que mi padre se sonrojara. Se le puso cara de estar llevando a cabo un análisis matemático de todas las veces que había engañado a mi madre.

—¿Crees que me acosté con mujeres en la Trinity? —dijo, encontrando la idea al mismo tiempo insultante y ridícula—. Uno no usa el lavabo donde vive su hijo. La escuela es donde vive Ruff. Su segundo hogar.

Y con aquella única declaración, mi madre y yo entendimos que mi padre sí había sido infiel, por mucho que la ubicación estuviera en entredicho.

—Dime que no soy buen padre, Sigrid —dijo él—. Para todas las cosas que cuentan, he sido un padre serio y entregado.

Yo estaba viendo a mi padre bajo una luz nueva. Mi padre me había enseñado a montar una tienda de campaña bajo la lluvia en plena tormenta. Me había enseñado a jugar al sóftbol en Central Park. Me había enseñado a construir un fuerte de cuerdas elásticas y un fuerte de libros con Robinson Crusoe y Huckleberry Finn en nuestro estudio. Pero mi madre me había enseñado a ir en bicicleta. Y mi madre me había llevado a Benihana. Había muchas noches en que mi padre estaba de viaje y mi madre y yo cenábamos solos. Me puse a pensar en aquella cinta adhesiva que no se me iba de la garganta y en el hecho de que se volvía todavía más pegajosa cuando estaba en la misma habitación que mis padres.

—California tiene sol. —Mi madre asintió con la cabeza—. Es el estado del sol.

Ni mi padre ni yo tuvimos ánimos para decirle a mi madre que el estado del sol era Florida. Mi madre era una mujer inteligente, pero se ponía nerviosa con facilidad. Fui en busca de mi saxo. No quería irme a California. Pero estaba cabreado con mi padre.

Walkin’ in L.A.

Walkin’ in L.A., nobody walks in L.A.

Walkin’ in L.A.

Walkin' in L.A., nobody walks in L.A.
MISSING PERSONS, Spring Session M, 1982

Todo el mundo sabe que en Los Ángeles hay palmeras. Luces de neón que titilan y parpadean en la noche. Autopistas de cinco carriles abarrotadas de tráfico. Y polución que decora los cielos de azul. En Venice caminamos. Jamás ha sido cierto que en Los Ángeles nadie camina.

—Las piernas te llevan a muchos sitios —dijo mi madre—, si tienes curiosidad y te mantienes alerta a los cambios.

—¿Cambios de qué? —pregunté.

—Cambios de barrio.

Mi madre había encontrado trabajo de asistente de un agente de casting dos semanas antes de que nos mudáramos al nuevo apartamento.

—Explora Los Ángeles en persona —le había dicho Bruce, el agente de casting.

Era el único hombre al que yo había conocido que tenía más pelo que mi padre. Llevaba la melena de color rubio oscuro recogida en una coleta.

Mi madre me matriculó en la Venice Senior High. No había banda de desfiles, y por esto se disculpó más de una vez, en abundancia, varias veces; e incluso reclutó a Bruce para que me ayudara a entrar en la Beverly Hills High.

—No, gracias —le dije—. Encuéntrame un tutor. Prefiero las clases particulares.

—¿Es una pregunta o es una orden? —Me miró con las cejas enarcadas y juntas.

Mi madre había alquilado un apartamento de dos dormitorios en una villa de estilo español con patio interior y glicinias que trepaban por los balcones descoloridos. Había buganvillas y plantas de hibisco, anaranjadas e intensas y persistentes en pleno calor de agosto. El clima era seco. Vivíamos a dos manzanas de la playa. Bruce vivía en West Hollywood Hills. A veces, de camino a su finca en el Volkswagen Escarabajo de mi madre, un coche ideal para su cuerpo menudo pero demasiado pequeño para el mío, yo contemplaba las letras blancas que destacaban en las colinas del color del heno. Las colinas me recordaban al pelo de Bruce. Yo estaba seguro de que quería tirarse a mi madre, pero el plácido aire de California iba cargado de ideas.

Nos mudamos a Venice Beach en julio de 1986. El ambiente era inclemente y sórdido y daba miedo, pero a fin de cuentas Nueva York era igual. Años más tarde, la gente me preguntaría cómo me las apañaba en Los Ángeles, y yo les diría: «No es un sitio al que vayas a apañártelas». Yo tenía quince años y vivía a dos calles de la playa y de las chicas en bikini. En 1986 en Venice Beach podías parecer Frankenstein y aun así encajar socialmente y follar. Caminaba por el paseo marítimo y a veces me daba la impresión de que la mitad de la gente sin techo de Nueva York había encontrado su morada en Venice Beach. Por muy orientado a la comunidad que estuviera todo, aun así había bastantes protestas sobre los sin techo que se refugiaban en la playa. Si mi madre había llegado a Venice con la esperanza de encontrar alguna clase de utopía, se debió de quedar decepcionada. Aterrizamos sobre cristales rotos y canales apestosos llenos de agujas hipodérmicas.

—Si contemplas el Pacífico, todo lo demás da igual —dijo mi madre, y me contó que el Pacífico se había pasado media vida llamándola y que ella ni siquiera se había dado cuenta.

Nuestro edificio de apartamentos estaba lleno de mujeres con nombres como Sage, Parsnip o Jasmine. Todas habían sido actrices o modelos o bailarinas profesionales en algún momento, pero habían terminado trabajando de azafatas de vuelo y auxiliares administrativas y modelos de catálogo. Por lo menos una de ellas, Sage, había perdido la custodia de su hija de dos años. No sabía adónde se había llevado su marido a la niña ni tampoco si volvería a verla algún día. Mi madre se hizo amiga de aquellas mujeres, que actuaban como si fueran más jóvenes de lo que eran. Más adelante, cuando yo tuviera relaciones sexuales con ellas, hurgaría en sus bolsos y encontraría sus fechas de nacimiento en sus permisos de conducir: treinta y seis mal llevados, cuarenta y uno en forma. Yo estaba esperando que mi madre retrocediera en el tiempo hasta los diecisiete o los veintiuno. Quería que se tiñera el pelo de rubio. Y ella esperaba a que yo dejara de esperar, vigilando con el rabillo del ojo aquel carraspeo que parecía haber desaparecido. Aunque era norteamericana de tercera generación, siempre exageraba su acento europeo. La gente le decía que se parecía a Nastassja Kinski, lo cual no era cierto en absoluto, pero ella aceptaba el cumplido y le sacaba provecho. «Mi familia es de la Bretaña», decía. Mi madre llevaba unos pañuelitos cruzados en torno al cuello, atados al estilo francés.

—Rufus —me preguntaban Sage o Parsnip o Jasmine—. ¿Te gusta el paseo marítimo?

Yo las miraba a ellas y ellas me miraban a mí. En mi mente oía la voz de mi padre diciendo: «No uses el cuarto de baño en el sitio donde vives». Iba a la playa y a los rompeolas donde los surfistas pasaban el rato y fumaban maría. Me colocaba con ellos prácticamente a diario. Así fue como me hice amigo de un surfista llamado Herb. Herb era un tipo blanco con rastas y olor corporal fuerte. «Herb el que vende la hierba», decía el chiste recurrente. Me preguntó si quería entrar en el negocio con él. Le dije que no. «Eres un chico sano. A la gente le gustan los chicos sanos.» Herb seguramente debía de sacarme tres años.

Por la mañana hacía surf y por la tarde tocaba el saxo en el paseo marítimo para ganarme unas monedas. Para mi asombro, no me iba mal. Y ni siquiera tocaba muy bien. Había una mujer mayor, una asidua de los bares que siempre llevaba el mismo mono de pana roja y que vivía en uno de los albergues para gente sin techo. Aparecía todos los días a media tarde y se ponía a cantar una y otra vez la misma estrofa del *Only You* de los Platters:

Only you, can make this world seem right
Only you, can make the darkness bright
Only you and you alone...

Y desaparecía con la recaudación del día.

Si mi madre sabía que yo estaba fumando hierba, no daba muestras de ello. Trabajaba catorce horas diarias con Bruce porque el negocio del casting era brutal e iba por temporadas y Bruce trabajaba con lo que él llamaba los directores y actores independientes más innovadores de

Nueva York. Mi madre tenía caché literario neoyorquino y pedigrí francés. No importaba que en Nueva York hubiera compartido despacho en la esquina de un cuchitril y con un ventanuco delante. En Los Ángeles tenía ventanales hasta el suelo y plantas colgantes y puertas correderas y unos muebles que parecían construidos para estar en un barco.

A veces Bruce venía a nuestro apartamento para comer sopa bullabesa.

—Sig —le decía a mi madre—, en serio, ¿qué haces viviendo aquí?

Mi madre mantenía sus conversaciones con Bruce en el ámbito de lo profesional, por lo menos cuando estaba yo delante. Le encantaba hablar de trabajo. Me fijé en que ahora sus pañuelos eran más largos y en que los colores pastel suaves se habían convertido en púrpuras vibrantes.

—La corrección de textos no es tan distinta del casting. Los correctores buscan defectos y los perfeccionan. Los agentes de casting buscan ese actor perfecto que está entregado a solventar sus defectos.

Mi padre me enviaba libros desde Nueva York. Me mandaba floridas notas caligrafiadas: «Nunca se es demasiado mayor para construir fuertes. Yo los construyo mentalmente todo el tiempo».

Le hablé de mi padre a Herb y él me dijo: «Qué padre tan de puta madre tienes».

Sentí una ráfaga de orgullo. Le conté historias de las mujeres de nuestro edificio de apartamentos. Me convenció para que se las presentara. Herb pasó por allí una tarde. Mi madre lo miró con cara de recelo, pero no dijo nada. Estaba saliendo de casa para verse con Bruce en el Mark Taper Forum. Una joven actriz de Nueva York estaba dando el «salto al estrellato» en un montaje de *La señorita Julia* de August Strindberg. Cuando mi madre se marchó, Parsnip nos invitó a bajar a su apartamento.

Aquella misma noche me acosté con Parsnip. Me acuerdo con claridad porque la cama chirriaba y parecía dolorosamente pequeña a pesar de que era extragrande. Quizá sucediera más bien que yo me sentía pequeño. Herb estuvo presente al principio. Animándonos. No paraba de decir que quería mirar. Sus observaciones me volvían torpe, de forma que me paré igual que hacía cuando era pequeño e intentaba no orinar sobre la taza del retrete. Herb evocaba en mí una vergüenza primaria.

Me tapé las partes y me entraron ganas de decir: «¿Puedo tener un poco de intimidad, por favor?». No quería que Herb supiera que acababa de perder la virginidad.

Cuando terminamos, le llegó a Herb su turno con Parsnip, a quien le gustaba imitar a gente famosa mientras follaba. Tenía una voz para cada personaje televisivo: Betty White de las *Chicas de oro*; Kelsey Grammer de *Cheers*; Markie Post de *Juzgado de guardia*. Parsnip veía mucho la tele, y era complicado intentar follársela a ella y a sus voces arbitrarias. La segunda vez que lo hicimos debí de taparle la boca con la mano, porque más tarde, después de que se marchara Herb, Parsnip salió de la cama y señaló su cuarto de baño:

—Ve a ducharte, Rufus —me dijo.

Yo estaba tirado en su sofá de la sala de estar viendo vídeos en la MTV: *Walking Down Your Street* de las Bangles. Parsnip tenía un acuario lleno de peces dorados en la sala de estar. Eran todos del mismo color y estaban tan apretados en su océano que yo sentía claustrofobia por ellos.

—Ha sido tu primera vez, de modo que me siento obligada a enseñarte un par de cosas. Un chaval se puede meter en problemas muy serios por taparle la boca a una chica en pleno acto. ¿Me entiendes? Esa conducta hace pensar en cosas chungas. Y dos: hay mujeres a las que les excita una polla sucia, pero nunca he conocido a ninguna que no prefiera una buena higiene.

—A mí me gusta tener tu olor en mí. Y a Herb no le has dicho que se duche.

Parsnip se me sentó al lado.

—Herb nunca estará limpio. *Nunca* estará limpio.

Mi padre nos hizo una visita sorpresa en Los Ángeles. No había reservado habitación en ningún hotel, de forma que se la reservó mi madre. Pero aquella noche, después de cenar en Hollywood, en un restaurante vegano en el que mi padre no paró de mover las setas shiitake por el plato, mis padres volvieron al apartamento y durmieron en la misma cama. Parsnip, Sage y Jasmine aparecieron la noche siguiente para conocer a mi padre. Mi madre preparó martinis con jugo de aceituna. (No invité a Herb.)

—Ruff, ¿a quién crees que estás engañando? —me dijo mi padre, alborotándome el pelo y llevándome aparte en la sala de estar.

—¿Cuál de ellas está más buena? —le pregunté con orgullo—. ¿Sage o Jasmine o Parsnip?

—Perdí la virginidad en la universidad —me dijo mi padre—. Con una chica llamada Alice. No estás entendiendo cómo funciona todo esto. Y ellas deberían ser más sensatas. Técnicamente, eres menor de edad.

—Papá, son los ochenta. Y Parsnip me gusta de verdad.

—Pensé que esta década sería distinta, no sé por qué.

Me trajo una caja de condones y me dijo que siempre tomara precauciones. Le enseñé a mi padre el sitio del paseo marítimo donde tocaba el saxo. Toqué como pude *So what?* y él aplaudió. Cuando la mujer asidua a los bares apareció y berreó *Only You*, mi padre le dio cincuenta pavos.

—Dios bendito —dijo después de que la mujer se marchara—. Qué cruel es la vida.

—Mamá es feliz aquí.

No habíamos hablado de mi madre. Ahora yo estaba convencido de que le gustaba Bruce.

—¿Qué es ser feliz? —dijo mi padre.

Esperé a que me pidiera que volviera con él, pero no me lo pidió. A la mañana siguiente cogió un avión a San Francisco para reunirse con Barbara Camphor en una conferencia. Se juntaban de forma estacional. Cuatro veces al año. Tenían la clase de aventura que no se terminaba. Por supuesto, a los quince años yo no sabía nada de todo esto.

Después de la visita de mi padre, mi madre le hizo el vacío a Parsnip. A Jasmine y a Sage les preparaba *coq au vin* y ternera *bourguignon*. Parsnip estaba exiliada de la pandilla de mi madre, a pesar de que, desde su propia perspectiva chiflada, era la mejor de todas ellas, con la única excepción de mi madre, claro. Sage sufría confusión. Y la mitad del tiempo Jasmine no sabía si estaba sobre el planeta. Siempre estaba en un avión entre Nueva York y Los Ángeles. Ya de muy joven descubrí que la vida de una azafata de vuelo es todo menos glamurosa. Cuando viajo, siempre las trato con cortesía.

Llegó mi boletín de notas del primer semestre atiborrado de aprobados pelados.

—Yo había confiado en que venir a un sitio más grande y con más gente te haría mejor estudiante.

—Mamá, soy un estudiante del montón.

—No, no lo creo. Me niego a creerlo.

Encontró a un músico en Venice Beach dispuesto a darme clases de saxo. Y puso fin a mi vida de pedigüeño en el paseo marítimo.

—Mejora tus notas y hablaremos.

El profesor de saxo tenía una casa con vistas al canal. Formaba parte del «Comité para un Venice Beach más limpio». Era un adicto a la heroína en rehabilitación. También era un hombre negro arisco y sin paciencia para los adolescentes blancos que querían tocar jazz.

—No me hagas perder el tiempo y yo no te haré perder el tuyo —me dijo—. El saxo requiere disciplina.

A fin de mantenerme ocupado, mi madre también me dio un trabajo a tiempo parcial de asistente suyo. Los sábados por la noche hacía palomitas y veíamos películas antiguas: *Eva al desnudo* y *El apartamento*; *Metrópolis* y *Casablanca.* A fin de que yo tuviera un dinerillo para gastos, me hizo recopilar una lista de películas filmadas en Los Ángeles o bien que trataran de Los Ángeles. A veces íbamos a explorar antiguas localizaciones de rodajes.

—Esto ya lo hacíamos cuando llegamos —le recordé.

—Entonces lo hacíamos sin más —me dijo—. Ahora tenemos una misión.

—¿Y cuál es nuestra misión?

—No hay nada nuevo —dijo mi madre—. Todo lo que se podía hacer ya se ha hecho. Lo mejor que podemos hacer es reimaginar nuestro paso por la existencia.

Los jueves al atardecer volvíamos a pie de mi clase y parábamos en nuestra cafetería favorita para compartir una ración de patatas fritas cortadas a mano milagrosamente finas. A mi madre la ponía contenta que yo le mencionara en nuestros paseos cosas como que Orson Welles se había caído en uno de los canales y había estado a punto de ahogarse mientras filmaba *Sed de mal*, o bien que Thomas Mann había vivido a dos manzanas del apartamento de Bruce en West Hollywood Hills.

—Son detallitos que puedo dejar caer en las convocatorias de casting —dijo ella riendo—. Pareceré más lista de lo que soy.

Las cosas iban bien entre nosotros. Entre mi madre y yo. Reduje mi consumo de maría y Herb se mudó a Oakland con una gente a la que había conocido. En mi clase de Biología de tercera hora había una chica nueva a la que me estaba planteando pedir que saliera conmigo. Todavía no tenía amigos. Me había limitado a ir con los surfistas y los ociosos de Venice Beach. Los colegas de Herb, básicamente. Todavía me acostaba con Parsnip. A veces me daba la impresión de que Parsnip se acostaba conmigo para vengarse de mi madre.

En octubre mi madre y yo estábamos yendo a cenar cuando se paró a nuestro lado en la acera un tipo al volante de un Ford Mustang negro.

—¿Necesitáis que os lleve a algún sitio? —dijo, y bajó la ventanilla.

Su barbilla ya tenía pliegues y estaba empezando a convertirse en papada.

—No, gracias —dijo mi madre con su acento inspirado en Nastassja Kinski.

—Hace una noche preciosa —dijo.

—Pues sí.

Mi madre sonrió. Se detuvo un momento y el Ford Mustang también.

—¿Adónde vais? —preguntó el hombre.

—Estamos disfrutando del silencio... y de estar solos —dijo mi madre.

—Me comería un bocadillo —dijo el tipo, impertérrito.

—Colega —le dije—. Por aquí hay montones de restaurantes.

Se inclinó hacia nosotros.

—No me habéis preguntado de qué clase.

El tipo llevaba anillos grandes en los dedos. Los hombres con anillos siempre me han dado mala espina.

—Es porque no nos importa una mierda —le dije.

Mi madre me puso una mano en el hombro: en el hombro en el que yo llevaba la funda del saxo.

—¿Qué clase de bocadillo? —le preguntó.

—De la clase que da satisfacción.

Ella le soltó una palabrota en francés, pero luego le dijo en inglés:

—¿No has oído la canción de los Stones? Eso no existe.

Ahora que pienso en toda aquella situación me doy cuenta de que el hombre debía de estar borracho o drogado. Asomó la cabeza por la ventanilla del conductor para dirigirse a mi madre.

—¿Por qué no te subes al asiento de atrás y dejas que ese chaval y yo nos hagamos un bocadillo contigo?

Quizá se debiera al hecho de que Herb y yo habíamos hecho un bocadillo con Parsnip y de que yo podía visualizar perfectamente el bocadillo que el hombre estaba proponiendo. Quizá se debiera al hecho de que sus palabras habían desnudado a mi madre antes de que yo la pudiera

vestir otra vez. Quizá se debiera al hecho de que a mi madre se le ruborizó la cara, y por eso se me ruborizó a mí también. Pero sentí que me salía vapor de las orejas.

«¿Qué estamos haciendo aquí, mamá?» Era la pregunta que yo había querido hacerle desde que habíamos llegado a Los Ángeles. Lo que yo quería preguntar en realidad era: «¿Qué estoy haciendo yo aquí?». Mi madre estaba bien. Le encantaba Los Ángeles. Yo ya se lo había dicho a mi padre, pero ahora aquella realidad hacía que me temblaran todos los huesos. Me descolgué del hombro la funda del saxo y se la estampé en toda la cara al hombre de la papada. Le salió un chorro de sangre roja de la nariz y de la boca. Mi madre chilló. Chilló y la agarré del brazo.

—Sigue caminando —le dije.

Me obligué a mí mismo a caminar. Caminamos deprisa.

—Rufus, podrías haberlo matado.

—Pervertido.

—Rufus, deberíamos volver.

Me eché la funda del saxo al hombro.

—No.

—Podría haber manejado la situación.

—¿Igual que manejaste estar casada con papá?

—No tienes derecho a hacer esto. Aquí y ahora. No puedes dedicarte a pegar a la gente cada vez que dice cosas que no te gustan.

—No es lo que ha dicho. Era su intención.

—Cuando hablas así, te pareces a...

—¡Dilo!

—James Samuel Vincent.

Hay momentos en que miras a tus padres y te haces preguntas. Desde que me había llegado la noticia del divorcio, yo tenía muchas preguntas, pero el carraspeo había desaparecido. Había cinta adhesiva en las estanterías y escritorios de todo Los Ángeles, pero no en mi garganta. En Los Ángeles yo no carraspeaba. A veces estornudaba, ¿pero qué importan los estornudos? Lo único que tienes que hacer es sonarte la nariz. Mi madre me había hecho elegir. Ella o mi padre. El problema era que yo los quería a los dos.

Cuando volvimos a nuestro apartamento, me metí en la ducha y me lavé. La cara del hombre estaba llena de sangre, pero en mi ropa y en la funda del saxo sólo había salpicaduras. Después de ducharme me retiré a mi cuarto y saqué todos los libros de mi padre que todavía tenía en cajas: *El último mohicano*, *Moby Dick*, *La llamada de la selva*. Construí un pequeño fuerte y me metí dentro como pude. Fingí que dormía, pero el sueño se rio de mí. Me pasé meses sin tocar el saxo.

Mi madre puso las noticias vespertinas esperando encontrar alguna mención al pervertido de Venice Beach, pero no había nada. Ahora me acuerdo de aquel momento y pienso que hoy en día

—en la época de las cámaras de vídeo y los móviles— no podríamos habernos escapado tan fácilmente. De ninguna forma *yo* me habría escapado tan fácilmente. Alguien me habría grabado en vídeo con las manos en la masa. En cuestión de cinco minutos ya habría estado en YouTube.

Llamé a mi padre y al principio no se tomó muy bien la noticia. Mi madre lo llamó y al cabo de veinticuatro horas ya estaba en Los Ángeles. Mi madre le contó a James Samuel Vincent todo lo que había sucedido. Él no dijo palabra. Lo primero que hicimos fue volver a meter en cajas los libros que me había mandado. Los empaquetamos por orden alfabético para poder sacarlos fácilmente a mi regreso a Nueva York. Los llevamos a la oficina de correos y los mandamos con la tarifa de envío de libros. Yo necesitaba algo que leer en el avión y mi padre sacó el *Retrato del artista adolescente* de James Joyce.

—¿Lo has leído? —le pregunté.

—Joyce no es para todo el mundo —me dijo.

«California tampoco», pensé. Nunca volvimos a hablar de lo que había pasado en Venice Beach. Ni yo ni mi padre. Ni tampoco mi madre. No sé si es un secreto porque no hablamos del tema o si no hablamos del tema porque conlleva una gran carga emocional. Con esto quiero decir que nunca he estado tan furioso en mi vida, ni antes ni después. El día en que la señora Christie se me acercó con aquella plancha, me acordé de cómo era sentirme amenazado o bien seguir el impulso violento de hacer daño a alguien. Querer proteger a tus seres queridos. A la señora Christie le salía más vapor del cuerpo que de la plancha que tenía en la mano. Conozco esa sensación. Llevamos el vapor en el cuerpo.



1950 1960 1970 1980 1990
No eres ninguna Lee Krasner

Hay pocas cosas peores que ser una chica poco atractiva con una madre preciosa. Adele Pransky estaba a cargo del surtidor de soda, rociando de refresco de cereza el interior de una jarra de cristal, cuando Seth entró en el Dean’s Beachside Bar & Grill junto con Yan Sokolov, su nuevo compañero de correrías por los antros de juego. Años más tarde, Adele se acordaría de cómo la brisa del océano les había secado el sudor de las camisas blancas a Yan y a Seth cuando dejaron el paseo marítimo de Coney Island para entrar en el bullicio del bar como si fueran amigos íntimos. De hecho, aquellos dos hombres no se conocían, sólo se habían juntado después de compartir unos vasos de whisky, unos puros y unos naipes en la mesa tambaleante de una casa de putas de Hell’s Kitchen.

La madre de Adele, Rachel Pransky, toleraba el amor que Seth les tenía a los naipes siempre y cuando no perdiera mucho dinero. Dinero de ella. Y en aquella noche templada, Rachel estaba ocupada atendiendo la caja registradora. Seth besó a Rachel y le hizo un gesto a Yan para que se pusiera cómodo en la barra.

—Adele —gritó Seth, haciéndole un gesto para que se acercara—. Tráele a mi amigo el plato especial de abadejo con patatas.

Adele se les acercó.

—¿Y cómo sabes que le gusta el abadejo?

Yan asintió con la cabeza.

—Me comeré tu abadejo, por supuesto. A tu marisco, en cambio, ni me pienso acercar.

Adele contempló al hombre, que se había presentado como Yan Sokolov. Iba más de punta en

blanco que el resto de los hombres del bar, un fanfarrón vestido de seda gris y tela de gabardina. A Adele le gustó que se hubiera quitado el blazer y llevara las mangas de la camisa blanca remangadas para encajar con la concurrencia de clase obrera. Le pareció despampanante de una forma expresionista y puesta del revés. Su apariencia podía ir de los treinta a los cincuenta, anguloso y lleno de arrugas.

—¿Quién es? —preguntó Rachel.

—Un conocido —dijo Seth.

Y Seth le contó a Rachel que aquella misma tarde Yan lo había arrancado de la mesa de póquer antes de que perdiera el sueldo entero.

—¿Qué prisa hay por ser pobre, amigo? —le había dicho Yan—. Frena un poco. Siempre tendrás tiempo de ir al asilo para pobres.

Seth metió dos monedas en la máquina de discos.

—He empezado a decirle que se ocupara de sus puñeteros asuntos. Pero luego me he acordado de ti, Rachel, y del dinero que me quedaba en la billetera. Y por supuesto, me he acordado de Adele.

Seth rodeó la cintura de Rachel con los brazos y se la llevó de la caja registradora para dar unas vueltas por la pista de baile. Sus pies levantaron una nube de serrín del suelo mientras Sinatra cantaba emotivamente *I've Got You under My Skin*. Seth y Rachel: todos los habituales del Dean's Beachside Bar & Grill pensaban en ellos como pareja. Seth le había propuesto matrimonio a Rachel muchas veces, pero Rachel se negaba a casarse con él hasta que su hija encontrara marido. Llevaban mucho tiempo esperando. El bar era lo más parecido a una herencia que Rachel podía ofrecerle a Adele. Y también era su única fuente de ingresos.

Mientras bailaban, Rachel y Seth se dedicaron a echarles miradas subrepticias a Adele y Yan. Adele se había quitado el delantal. Nunca iba sin delantal en el Dean's Beachside Bar & Grill. Fuera lo que fuera lo que estaba diciendo Yan, se había ganado toda la atención de Adele. La forma en que Adele se arrimaba a Yan y Yan se arrimaba a Adele era como el movimiento de las olas sobre la arena.

—Yo tuve suerte —le había dicho Rachel a Seth más de una vez—. Tuve un matrimonio concertado con un hombre al que llegué a amar. Pero no quiero casar a Adele con cualquiera. Quiero que sea feliz.

Seth nunca se lo dijo a Rachel, pero Adele no tenía la cara idónea para casarse felizmente, o por lo menos para permanecer felizmente casada. Tenía un pelo castaño rizado que se encrespaba, a diferencia de los tirabuzones negros y ondulados de su madre. Tenía la piel pecosa a diferencia de la de su madre, que era blanca como el alabastro. Gracias a Dios, había heredado los vibrantes ojos verdes de su madre y una nariz que demandaba atención, una nariz que quizá no quedara bien en otras caras, pero que en Rachel representaba una belleza fría como la piedra y en Adele algo parecido a la elegancia. Era normalmente después de pelearse y practicar un sexo enloquecido, que nunca ha de confundirse con hacer el amor, cuando Seth y Rachel aceptaban

sus diferencias de parecer acerca del hecho de que Adele no estaba yendo a ninguna parte en la cuestión del matrimonio. Y sólo entonces podían hacer el amor.

Lo apodaron Yan el Pelmazo. Llegaba al bar todas las tardes a las siete en punto. Traía rosas y ramilletes de velo de novia a los que les faltaban las flores blancas.

—¿Cómo puede el velo de novia competir con la brisa del océano? —decía Yan.

Le ofrecía las rosas a Adele y ella se sonrojaba.

—Quizá no las hayas envuelto bien del todo con el papel encerado. —Adele le enseñó a envolver las rosas bien, doblando las esquinas del papel encerado y enrollándolo sólo un poco.

—Más te vale decirle que no eres virgen —dijo Rachel, después de presenciar la coqueta demostración de Adele.

—Pero es que lo soy. —Adele parpadeó.

—Pues no deberías —dijo Rachel.

Se alejó de la barra para entrar en la cocina, donde durante un segundo o dos le pareció que se iba a desmayar de la incredulidad. Al marido de Rachel, Dean, lo había matado un rayo una mañana en el paseo marítimo a pocos metros de su bar. «Ah, tendrías que haber visto cómo cayó el rayo», le dijeron a Rachel los vendedores ambulantes. ¿Y por qué, si podía saberse, iba ella a querer ver algo así? Todo el mundo había creído que volvería a casarse y que le traspasaría el negocio a alguien. Cuando Rachel sonreía a los clientes, resultaba más fácil olvidar cuánto había querido a Dean, olvidar que estaba aterrorizada y que no sabía lo que estaba haciendo ni cómo iba a sobrevivir. Se había dicho a sí misma que no era la única mujer que abría un bar todas las mañanas con un bebé mamándole del pecho ni teniendo que retirarse a la trastienda para darle de comer. Habían pasado muchos años y ahora el bebé era una mujer. ¿Cómo podía Adele ser virgen, después de tantos años trabajando en el bar?

Adele tenía veintinueve años y una naturaleza atolondrada. Era, después de las bebidas de marcas baratas servidas con generosidad, el principal atractivo del Dean’s Beachside Bar & Grill. Rachel agasajaba a sus clientes con sarcasmo y honradez. Adele les prometía esa luz del sol que flota sobre el horizonte, a veces pisando los pasos de una tormenta. Era la clase de estampa agradable que un trabajador agradecía al final de una jornada de trabajo de nueve a cinco. Y el Dean’s Beachside Bar & Grill tenía la ventaja adicional de no ver el color de la piel. Todo el mundo era bienvenido.

—Me encanta pintar —le dijo Adele—. Voy a clases de pintura en Manhattan todos los jueves.

—Ah, una mujer casada con su arte. —Yan sonrió—. Tengo que ver... ¿puedo ver tus obras maestras? —Le guiñó el ojo a Rachel—. Qué buena madre es usted, que ha criado a una chica que se ha guardado lo mejor para sí misma.

Adele le hizo a Yan una visita guiada por el Dean’s, señalando el mural de la pared que recorría todo el bar a lo largo. Había sirenas con bucles entreverados de oro rojo y unos forzudos

con unas espaldas por las que Atlas podría dar saltos mortales. Había enanos vestidos de María Antonieta y payasos con bastones retozando sobre la noria. Había estrellas de mar con hula hoops y acróbatas yendo cabeza abajo por cuerdas flojas y haciendo juegos malabares con frutas exóticas: mangos y papayas y nopales. Y mujeres gordas con ímpetu.



A Yan le encantaba la destreza manual de Adele. Pidió una escalera y se subió a ella para tomarles medidas a las sirenas.

—Eres precisa. —Yan asintió con la cabeza admirado.

—Yan no pierde el tiempo —señaló Rachel.

—Es dueño de varios edificios en Manhattan —dijo Seth, sintiendo también él un poco de luz del sol en el horizonte.

—¿Varios? —repitió Rachel—. Bueno, eso está muy bien. Pero ¿es amable, Seth? ¿Es un hombre decente?

El verano cosquilleó al otoño. Yan le pidió en ruso a Rachel la mano de Adele. Y Rachel le contestó en yiddish. Yan se la volvió a pedir en yiddish. Y Rachel le respondió en ruso. Se pusieron de acuerdo en inglés. Después de la muerte de Dean, Rachel se había distanciado de la religión, pero en honor al padre de Adele, Yan y Adele se casaron en la sinagoga. Después de la boda, montaron una gran fiesta en el bar que duró toda la noche e incluso parte de la mañana.

A Yan le sorprendió encontrar sangre virginal en las sábanas. Echó agua caliente en un recipiente metálico y le bañó los pies a su mujer con sales de magnesio, agua de rosas y lavanda.

—Esto es por estar detrás de la barra —le dijo—. Dile a tu madre que a partir de hoy se ha acabado.

Le dio a Adele una asignación y le dijo que la invirtiera en los mejores materiales de pintura

del mercado.

—¿Pero qué va a hacer mi madre sin mí? —preguntó Adele.

—Se te puede reemplazar, Adele —dijo Yan—. Es trabajo no cualificado. ¿Quieres ser artista o trabajar en la barra de un bar de mala muerte? —Y le pellizcó las mejillas.

A Adele le caían bien los clientes del Dean's Beachside Bar & Grill. Era hija única y los clientes eran su clan familiar. Había crecido rodeada de ellos. Venían de los pisos de protección oficial de Coney Island o de la franja de vecindarios italianos que había medio escondidos detrás de Neptune Avenue para mitigar sus miserias con botellas de Budweiser. No paraban de hablar de los sueños que habían tenido las noches anteriores y de los números a los que algún pariente muerto los había animado a jugar desde la tumba. Venían de Brighton Beach para pedir los perritos calientes, que eran el único artículo kosher que Rachel tenía en el menú. No importaba que el Nathan estuviera a dos calles ni que los panecillos del Dean's Beachside Bar & Grill ya llegaran al plato rancios y reblandecidos. Y no había mejor sitio en el mundo para pedirse una taza de té caliente después de un chapuzón en las aguas heladas del Atlántico. Adele decoraba el té con un chorrito de bourbon para subir la temperatura de la sangre a las almas intrépidas que anhelaban ser osos polares en vez de hombres. Los habituales la llamaban *chica*, aunque Adele ya llevaba tiempo sabiendo que estaba a punto de convertirse en una vieja solterona. Decidió no comunicarle la noticia a su madre hasta después de la luna de miel; porque Rachel trabajaba para vivir y vivía para trabajar.

Adele y Yan fueron de luna de miel a San Francisco, donde Yan era dueño de dos edificios comerciales y tenía negocios en las inmediaciones del distrito de Mission. Viraban por la Pacific Coast Highway hasta Big Sur y daban paseos a primera hora de la mañana y a media tarde por las serpenteantes pistas forestales. Había allí un letrero que fascinaba a Adele: CUIDADO. LOS NIÑOS DESPIERTAN LA CURIOSIDAD DE LOS PUMAS.

Cuando regresaron a Nueva York, Yan se puso a trabajar y Adele se quedó en casa pintando. Se mudaron a un apartamento de la posguerra de tres habitaciones situado en una planta doce de la calle Ochenta y cinco con West End Avenue. El edificio de régimen cooperativo tenía un patio en el centro con tilos y hierba. Todos los gatos del edificio parecían merodear ociosamente bajo los árboles, y Adele se encontró con los despojos de una ardilla o un pájaro que no había huido lo bastante deprisa ni había evitado la presa de una zarpa afilada. Los viernes Adele visitaba a su madre. Bajaba por la Quinta Avenida hasta la calle Cuarenta y dos y cogía la línea Q para cruzar por el puente de Manhattan. Siempre le había gustado el metro, pero últimamente tenía premoniciones sobre estar en el subsuelo. Ahora prefería mirar por la ventanilla del tren de la línea Q las aguas turbias del East River y el gigantesco *skyline* de Manhattan. Cada vez que pensaba que ya conocía la ciudad, aparecía un nuevo edificio de cromo y acero.



Ahora Adele era una mujer casada. Rachel la escuchó. La decisión de dejar el trabajo era de Adele, pero su madre no pudo resistir la tentación de pincharla:

—Las mujeres siempre deberían tener algo de dinero propio, sobre todo las casadas.

—Pero si tengo dinero.

—Adele —dijo Rachel—. Dinero que hayas ganado trabajando.

—Pero mi arte también es trabajo.

Rachel no pudo contestar nada a eso. Ella no poseía temperamento artístico. Era una mujer de negocios, así de sencillo. Contempló el bar, que era un antro destartalado lo miraras como lo miraras, con sus suelos torcidos y llenos de serrín y sus ventiladores oscilando en el techo y sus mesas parecidas a mesas de trabajo, a un par de las cuales les faltaba una pata y estaban apoyadas en un bastón que algún borracho se había dejado allí y se había olvidado de volver a recogerlo. En 1969 ya se había terminado la época dorada de Coney Island. Pero incluso en aquel barrio sucio y apagado, Rachel sabía dónde encontrar gangas. El puñado de veces en que Rachel había ido con Adele a los museos de la ciudad, siempre la cohibían su pelo y su vestido y sus zapatos y su acento de Sheepshead Bay. Al cabo de unos minutos en un museo, ya quería volver a su bar y a su paseo marítimo.

—Sí, hija mía —murmuró Rachel—. Supongo que sí.

Decidida a tomarse su trabajo en serio, Adele se matriculó en una clase de interpretación pictórica para artistas profesionales. En su primera semana de clase, el profesor se cargó la acuarela del océano que había pintado Adele.

—¿Qué tiene de relevante este océano?

Adele miró la pintura. Era poco más que un collage apagado de Coney Island en tonos pastel. Ciertamente, podría haber sido una escena del océano de cualquier parte. En su segunda semana de clase pintó encima del océano una marejada espumeante con un relámpago y una sombra merodeando en las alturas.

—Prometedor —dijo el profesor, un hombre cuya panza suponía la mayor parte de su peso.

Ella había visto su obra en una galería del centro con Yan y le había parecido espantosa, pero todavía no tenía vocabulario para criticar arte, especialmente el propio. Quizá, razonó Adele, la obra de su profesor fuera espantosa, pero aun así podía enseñarle cosas o bien inspirarla para que aprendiera ella sola. Yan había pagado mucho dinero para que asistiera a las clases de aquel

gordinflón. Era un hombre con reputación. Y si eso significaba volver a pintar el océano todas las semanas, pues adelante.

—*Prometedor* es una forma educada de decir *principiante* —dijo Yan.

Adele había pasado de su pintura del océano a esbozos abstractos de los gatos del patio, parte de un ejercicio sobre animales en sus hábitats.

Adele mezclaba su pintura al óleo con aguarrás. Le gustaba pintar en la sala de estar con las ventanas abiertas.

—Yan, ¿qué te parece?

Yan se levantó de leer el periódico, su hábito al principio de la mañana y al final del día. Examinó el gato siamés que Adele había pintado agazapado sobre el vientre, listo para saltar sobre una paloma del patio.

—¿Por qué no dibujas perros? —dijo.

—Me gustan los gatos.

—Con los gatos nunca sabes a qué atenerte.

Después de casarse, Yan se había dejado barba. A Adele le parecía que le hacía una cara menos definida y algo severa.

—Depende del gato.

—Los gatos van a por lo que puedan pillar.

Yan cruzó los brazos.

—Los perros esperan las sobras de la mesa.

—Los gatos maúllan.

—En fin, no tenemos ni perro ni gato —dijo Adele, captando el mal humor del tono de Yan —. ¿Por qué estamos discutiendo en realidad?

—Si quieres que te diga la verdad, Adele, creo que los dibujos de gatos no son dignos de ti. Nadie se los va a tomar en serio. Son provincianos.

—¿Por qué no se lo dices a mi profesor? Parece que sabes más que él.

—Quizá sí.

—Tengo opinión, Yan. Y sospecho que te equivocas.

—Las clases te las pago yo.

Adele se acordó de lo que le había dicho Rachel.

—Me buscaré un trabajo de camarera. Sé moverme por los bares.

Yan apretó los puños. Se convirtieron en piedras perfectas. Adele ni siquiera tuvo tiempo de dejar el pincel. Las piedras impactaron en su cara y le rompieron la nariz al instante. Oyó el crujido de sus huesos. A Adele siempre le había gustado su nariz, su nariz de Barbra Streisand. En la máquina de discos del Dean’s Beachside Bar & Grill había seis canciones de Barbra Streisand y ella se las sabía todas. No se pudo quitar los títulos de las canciones de la cabeza mientras la sangre le goteaba de la cara al cuello en forma de V de la blusa.

Aquella noche, Adele llamó a Rachel para decirle que no podía pasar a verla el viernes. Ya no

trabajaba en el Dean’s, pero todavía iba allí una vez por semana y se sentaba como una clienta más. A veces no podía refrenarse de limpiar la barra con los trapos tricolores y gastados.

Yan la acompañó al médico. Se mostró muy cariñoso y arrepentido mientras le presionaba una servilleta en la nariz para cortarle la hemorragia. Berreando como si fuera él quien tenía la nariz rota.

—Hay que tener cuidado de no chocar con las paredes —dijo Yan.

—¡Qué tonta soy! —le dijo Adele al médico—. Me he chocado con una pared.

—No volverá a pasar —dijo Yan—. No debe.



Adele se compraba los discos de Barbra Streisand en Colony Records y ponía la música en el fonógrafo antiguo que Yan tenía en casa, pero el fonógrafo era un triste sustituto de la máquina de discos del Dean’s Beachside Bar & Grill.

La semana siguiente se presentó en el bar y Rachel le preguntó:

—¿Qué te ha pasado en la nariz?

Adele le hizo un gesto con la mano a su madre para que dejara de hacer preguntas.

—¡Ahora me la puedo arreglar!

Rachel llamó a gritos a Seth. La semana anterior, Seth había persuadido a Rachel para que se pusiera un anillo de compromiso. No tenían fecha para la boda, pero sí un voto matrimonial. Seth trabajaba en la empresa que suministraba el alcohol al bar. Salió de la cocina y dejó la caja que llevaba en brazos. Estaban aprovisionando el bar para la bulliciosa concurrencia del viernes por la noche.

Seth contempló a Adele:

—¿Qué es esto?

A Seth le causaba gran orgullo haber servido en el ejército durante la Segunda Guerra Mundial y haber combatido a los nazis. Había estado entre las tropas que habían liberado a sus hermanos en Dachau. De niño, Seth había idolatrado al campeón de los pesos pesados Max Baer y había llegado a ser boxeador profesional de peso medio antes de que una lesión terminara con su carrera. Era un púgil excelente, ágil y elegante, incluso a su edad avanzada.

—No pienso tolerar que Yan te vapulee.

—Pongo a Dios por testigo, Seth —dijo Adele—. Fue un accidente.

Seth sintió que se reducían sus ganas de pelea. Dios había entrado en la sala, y cuando Dios entraba en la sala, todo el mundo era su paciente.

Adele no se arregló la nariz. Dejó que se curara y volvió a concentrarse en la pintura. Pintaba gatos en posiciones comprometedoras y los dejaba por toda la casa. Pintaba gatos con las patas y los hocicos rotos. Pintaba gatos viviseccionados y gatos con orejas de liebre. Su profesor estaba intrigado, pero desafió a Adele a que siguiera por aquel camino. Pintaba gatos estirándose en las repisas y por fin un gato que era medio gato y medio mujer.

—Ah, una encantadora esfinge —dijo el profesor.

La panza con forma de palangana se le meneó de alegría sincera y de admiración por la confianza y el estilo que ella estaba encontrando.

—Adele. —Yan negó con la cabeza—. Tienes que parar de hacer esto.

Yan odiaba las pinturas. Su visión le quemaba agujeros en los ojos. Era un hombre de opiniones fuertes y los gatos le suponían una afrenta.

Sentada en el sofá, Adele le dijo:

—Si te queman agujeros en los ojos, entonces no puedes ver, y si no puedes ver, ¿cuál es el problema exactamente?

Oyó el susurro de los zapatos duros de Yan y se levantó a toda prisa, abandonando la comodidad del sofá en pos de la seguridad de la puerta de salida. Cogió la línea Q del tren y se fue a casa de su madre. Necesitaba relajar los nervios antes de hacer frente a los clientes del bar.

Aquella vez Adele no mintió a su madre. Cuando Rachel y Seth llegaron a casa, se la encontraron esperándolos en la cocina a oscuras. Se le sentaron cada uno a un lado y la escucharon.

—Menudo hijo de puta —exclamó Rachel.

—Ese hombre es un niñato —dijo Seth—. Y sólo hay una forma de tratar a esos niñatos.

Adele estiró el brazo para detener a Seth, que ya se había puesto el abrigo.

—Si le haces daño, te detendrán.

Adele tenía en gran estima la felicidad de su madre. Era un talismán de buena suerte de cara a la felicidad que ella aún creía que podía alcanzar.

Por su parte, Rachel había estado soñando con peces. Durante cinco días seguidos, había soñado con peces que saltaban sobre la luna y dejaban bancos de peces deslumbrantes en su estela. Aquellos peces devoraban el cielo nocturno y se convertían en estrellas. Esperó a que Adele se retirara a su antiguo dormitorio para seguirla y preguntarle:

—¿Y bien? ¿Estás embarazada?

—¿Lo estás *tú*? —le dijo Adele en tono dócil.

—Guárdate la sorna para quien la necesite. —Rachel se encogió de hombros—. Soy demasiado vieja.

Adele, Rachel y Seth se retiraron a sus camas. A las dos de la madrugada sonó el teléfono.

—Ven a casa —dijo Yan.

—No —dijo Adele—. Te dejo.

—¿Me dejas?

Rachel entró en la habitación y le quitó el teléfono de la oreja a su hija. Oyó que Yan repetía «me dejas» una y otra vez.

—Sí. Te deja.

Adele le quitó el teléfono a su madre. Silencio al otro lado de la línea. Y una respiración pesada.

—Venas cortadas a fondo —dijo Yan.

Encontraron a Yan en el Columbia Presbyterian con la espalda apoyada en un montículo de almohadas. Estaba ocupado quejándose del saco de patatas que las enfermeras tenían la osadía de llamar camisón. Llevaba la muñeca derecha vendada.

—La próxima vez lo haré. Juro por Dios que lo haré.

—Metedlo en un sanatorio. —Rachel dio un pisotón en el suelo.

—¿Matarse? ¿Matarse? —Seth echaba chispas—. ¿Con toda la gente en este mundo que quiere vivir? ¡Dejadlo que se muera!

—No quiero ser culpable de su muerte —dijo Adele.

Podría haber añadido que lo amaba, pero en ese sentido tenía sentimientos contradictorios. En cambio, no podía haber ambivalencia alguna en los sueños de peces que había tenido su madre. Se marchó del hospital con su marido.

Seis meses más tarde, Adele dio a luz a su hijo, Maximilian. Doce meses después del nacimiento de Maximilian, parió a su hija, Freya. El deseo había vuelto a infiltrarse en el dormitorio de Yan y Adele. Eran padres orgullosos y, al estilo de los padres recientes, estaban al mismo tiempo cansados y felices.

Adele continuó pintando. De pintar gatos pasó a un taller anatómico intensivo con pintura acrílica y al óleo. El taller estaba restringido a un pequeño grupo de estudiantes selectos. Se quedó asombrada de recibir una beca parcial. Dibujó mujeres desnudas y trapecistas en un cielo inflamado.

—Tus pinturas les van a provocar pesadillas a los niños —decía Yan—. Van a crecer tontos y retrasados.

Adele miró su lienzo. Vio cuerpos desafiando la gravedad.

—O quizá crecerán llenos de curiosidad y determinación.

¿Se lo estaba imaginando o Yan había apretado los puños? Adele guardó silencio. Y en su silencio empezó a fijarse en la sucesión interminable de doncellas y mujeres de la limpieza que eran contratadas y se despedían sin previo aviso. Yan no necesitaba decir nada para que las mujeres trabajaran más deprisa ni para que su cuerpo se tensara en su presencia. Yan no se metía

en sus tareas y les daba buenas propinas, pero Adele tenía ganas de preguntarles por qué parecía que cuando él estaba presente —¿o quizá fuera imaginación suya?— el mundo cambiaba.

Adele pintó un edificio de apartamentos con unas manos gigantes y destrozadas metiéndose en él.

—Magnífico —le dijo su profesor de arte.

—Adele —le preguntó Yan—. ¿Estás intentando matar a nuestros hijos?

Adele abandonó por completo la pintura.

Cuando Max tenía tres años y Freya tenía dos, Rachel se casó con Seth. La celebración fue encantadora. Le pidieron a Adele que se quedara en el bar y que cuidara de la casa mientras ellos estaban de luna de miel. Adele llegó a casa de su madre y se encontró con unos cuantos pinceles, un caballete y una colección de pinturas y lienzos a modo de agradecimiento. No eran de los buenos, pero eran lo que necesitaba para volver a empezar.

Por la mañana, Adele se llevaba a Max y a Freya a la playa y les dejaba llenar cubos de plástico con arena. Mientras los niños echaban la siesta, ella dibujaba. A Adele le gustaba sentir en las manos la textura de aquellos lápices sencillos y de los pinceles.

Durante varios años, los niños apagaron algo en Yan. Abandonó su oscuridad y sintonizó los oídos con el ruido suave de sus pasitos sobre los suelos de madera. Sus risas lo cohibían de una forma conmovedora. Los niños hacían rodar camiones durante sus tormentas y se disfrazaban de hadas. Yan corría de punta a punta del andén de la calle Ochenta y seis con Max y Freya en su cochecito doble de bebé, a veces derrapando al borde mismo de la línea amarilla y de la luz blanca del tren que se acercaba. Una buena época, fue una buena época, hasta que llegó la furia negra. Y cuando regresó la furia negra, Adele, Max y Freya pasaban los días y las noches y los fines de semana largos en la casa de Baba y Bubby en Coney Island.

—¿Qué quieren los niños? —le preguntaba a menudo Yan a Adele.

¿Acaso era una pregunta trampa? ¿Una explosión que esperaba para destrozarle la cara a ella? Adele eligió con cuidado sus palabras:

—Quieren a sus padres.

Yan se encogió de hombros.

—No podemos salvarlos, ya lo sabes.

—Yan, vivimos en América. No hay criaturas más a salvo en el mundo entero. Nuestros hijos están *muy* a salvo. —Le parecía vital decir esto y vital que lo oyera Yan.

Cinco años se convirtieron en siete. Siete años se convirtieron en nueve. Los hijos de Adele y Yan se hicieron mayores. Maximilian y Freya estaban llenos de curiosidad y determinación. Se fijaron en que Yan nunca mencionaba a su madre ni a su familia ni tampoco nada que tuviera que ver con su infancia. Y él se enfurecía si Adele o los niños le preguntaban algo al respecto. Los

hermanos no sabían qué era más inquietante: el hecho de tener que vivir con Yan o el hecho de que no tuviera pasado.

Maximilian y Freya cumplieron dieciocho y diecisiete años. Se graduaron del instituto y se mudaron los dos a San Francisco para asistir a Berkeley. Freya se había saltado un curso y se alegró de poder escaparse con su hermano. Adele y Yan les ofrecieron llevarlos en coche de costa a costa, pero Maximilian y Freya rechazaron el ofrecimiento.

—Ven a visitarnos —le dijo Freya a su madre.

—Queremos vivir nuestra vida —le dijo Maximilian a Yan.

Adele no quiso que sus hijos la vieran llorar, pero cuando se marcharon se deshizo en lágrimas. Yan le puso una mano en el hombro izquierdo.

—¿Ves lo que has hecho? Has ahuyentado a nuestros hijos de nuestro lado.

—¿Yo? ¿Yo?

Adele le dio un bofetón a Yan tan fuerte en la cara que las lámparas de araña miraron hacia abajo y se estremecieron.

La imagen de Adele con muletas fue demasiado. Rachel le dijo a Seth: «Acaba con él».

Seth había llegado a lamentar el día en que había presentado a Adele y a Yan. Esperó a que Yan se plantara delante de su edificio de apartamentos. Lo pilló antes de que éste doblara la esquina de la calle Ochenta y cinco con West End Avenue. Yan había estado esperando a Seth y blandió un dedo cruel en dirección a su viejo amigo:

—Pégame y le contaré a Rachel que te tiras a otras mujeres.

Seth pegó a Yan de todas maneras y corrió a casa a contarle a Rachel que le era ocasionalmente infiel. Rachel se rio.

—¿Y qué? Yo también. Yan es un hombre peligroso. Acaba con él.

Seth volvió a buscarlo aquella misma noche para acabar con él. Esta vez lo pilló delante del club de póquer de Hell’s Kitchen donde se habían conocido. Seth le dio a Yan una paliza descomunal, golpeándolo sistemáticamente en el torso y en la cara de una forma impropia de su edad. Seth tenía intención de matar a Yan, pero descubrió que además de ser buen boxeador era buen árbitro. Dejó a Yan sangrando en la acera agrietada.

—¿Lo has hecho? —Aquel asunto con Yan le estaba poniendo el pelo canoso a Rachel, que ahora aparentaba el doble de su edad.

—Rachel —le dijo Seth—. Piensa en lo que me estás pidiendo que haga.

Adele estaba en el sofá. En el bar, Rachel se había fijado en que su hija había empezado a beber. Aquella hija que siempre había eludido a los borrachos ahora se terminaba lo que quedaba en el fondo de los vasos. Se bebía la saliva ajena.

—Necesitamos a Dios —declaró Rachel.

—O a un buen rabino —dijo Seth.

A fin de prepararse para su conversación con el rabino, Adele se abstuvo de beber durante varios días. Le gustaban los kamikazes, un combinado de jugo de lima, triple sec y vodka. Y los martinis. Sí, los martinis eran su bebida favorita. No en el bar. En casa, donde a veces se consolaba con bebida de la buena. Esto no se lo iba a contar al rabino, claro.

—Todos los matrimonios tienen problemas —dijo el rabino—. ¿Cuáles son tus problemas?

—El grifo de la ducha.

El rabino se quedó confundido.

—¿El grifo de la ducha?

—El lavaplatos —murmuró Adele.

—El lavaplatos —repitió el rabino.

Era un hombre pequeño y pensativo con unas gafas con forma de lechuza que se recolocaba constantemente.

—Tengo entendido que tu marido se gana la vida bastante bien. Seguramente tienes a alguien en casa que os ayude, ¿no?

Adele asintió con la cabeza.

—Por supuesto. —Y siguió construyendo su lista—: La esterilla del baño. Doblar la ropa. La lavadora. Sus pasos por la casa, con alpargatas o sin ellas, en busca de algo que merodea, de merodeadores que no llegan nunca. Desdoblar la ropa que has doblado. Sondear es entender es preguntar: ¿qué va a pasar ahora? ¿Qué va a pasar a continuación? Un revuelo en los rincones de la casa seguido de risas aliviadas o de silencio. Una sonrisa que es como una máscara cuando Yan entra por la puerta, unos buenos días que no tienen nada de bueno, un hola que es como un picahielo en el pecho, la desaprobación silenciosa de una comida que te has pasado el día entero preparando. Limonada servida en un vaso. Antes de que su boca toque el vaso, antes de que el vaso regrese a la mesa, su boca ya dice: «Demasiado azúcar». Pero tú sabes que no le has puesto azúcar a la limonada, porque la última vez que le pusiste azúcar, él gritó que había demasiado. Es un tono que te hace tocarte los bajos del vestido para ver si se te ve la enagua o la desaprobación con que estira el brazo para tocarte.

—¿Y lo amas? —preguntó el rabino.

¿Cuántas veces se había hecho Adele aquella pregunta? La respuesta era como la bebida que le gustaba, un kamikaze. Los kamikazes vuelan a su muerte. Cada vez que ella le daba vueltas a aquella pregunta, se decía a sí misma que era cómplice por haberse quedado con él.

Sin venir a cuento de nada, Adele le gritó al rabino, que se inclinó hacia delante para medir su furia:

—¡Una sola orquídea dejada en un jarrón! ¡Una caja de trufas de nuestra chocolatería favorita, Evelyn’s! ¡Una pequeña muestra que revela un mundo entero de consideración y belleza que eclipsa toda la fealdad que lo precedió! ¡La seducción de las fresas silvestres que te ofrece frescas en su caja de cartón verde!

Quizá haya esperanza, pensó el rabino, pero lo único que le dijo a Adele fue:

—Me gustaría hablar con tu marido. No lo he visto desde tu boda.

El día de la boda de Adele era un recuerdo vago. Ella apartó la vista.

—No somos observantes. Es posible que no venga.

—Debes convencerlo —dijo el rabino.

Adele regresó al apartamento. Era la primera vez en todo su matrimonio que Yan no llamaba ni venía a casa de Rachel y Seth para recuperarla. Tenía la cara toda amoratada de la tremenda paliza que le había dado Seth. Había redecorado el apartamento entero con muebles nuevos y modernos. Todo era blanco.

—Daría lo que fuera —dijo Yan— por ser una persona distinta.

Adele casi se lo creyó. Estaba agradecida de que Yan no hubiera hecho nada para alterar sus venas.

—He alquilado una casa para pasar el fin de semana en Long Island —añadió.

Adele quería hablarle a Yan del rabino. Quizá la escucharía mejor con descanso y relajación.



Mientras ojeaba el *East Hampton Star*, Adele se fijó en que ahora la casa de Pollock y Krasner estaba abierta para hacer visitas guiadas. Tanto Jackson Pollock como Lee Krasner estaban muertos. Corría el año 1988. La casa estaba a quince minutos en coche de la casa de vacaciones que tenían alquilada en Amagansett.

—Éste —susurró Yan mientras caminaban por la granja y se detenían delante de *Sin título (Composición con arco rojo y caballos)* de Pollock—. ¿Un genio? Lo llaman genio. El emperador está en el bosque y desnudo.

—Ella —dijo Adele, atravesando las humildes habitaciones y ahogando una exclamación. Cuando se encontró con la serigrafía *Espacio libre* de Krasner, con sus intensos azules y verdes serpenteantes desafiantemente abstractos y alegres, ahogó una exclamación. Adele combatió el impulso de subirse a la cama de la artista para tener una perspectiva más íntima de *Piedra rosada*, la litografía de color rosa intenso de Krasner. Yan esperó pacientemente mientras Adele se demoraba ante cada fotografía y, fascinada, garabateaba notas ilegibles en un antiguo cuaderno Mead, porque no se le había ocurrido traer cámara. Cuando pidió ver por segunda vez el estudio de Pollock, Yan la acompañó y se arrodilló a su lado mientras ella tocaba las manchas

permanentes de pintura que había en el suelo de madera. Krasner había empezado a trabajar en el estudio de su marido después de su muerte y Adele vio huellas de ella por todas partes.

—Me gustan sus pinceladas. El despliegue atrevido de los colores. Yan, creo que los dos son brillantes.

Aquella noche, con los cuerpos entrelazados, Adele se quedó dormida antes de poder mencionarle a Yan lo del rabino. No durmió mucho rato. Se despertó para ver a Yan sentado en el borde de la cama.

—No lo hemos conseguido, ¿sabes? Nuestros hijos lo tienen todo, pero aun así no están a salvo. ¿Por qué no podemos poner a nuestros hijos a salvo?

«Tus hijos te odian», pensó Adele. «Nuestros hijos me compadecen», reflexionó. Pero lo que le dijo a Yan fue:

—Se lo puedes preguntar al rabino.

—No —dijo el rabino—. No podemos mantener a salvo a los hijos. Somos hijos de Dios y ni siquiera él pudo impedir que comiéramos el fruto prohibido. Ser humano es conocer distintos grados de sufrimiento, pero el sufrimiento no debería durar una vida entera.

Yan agradeció la respuesta sin tapujos del rabino.

—¿Qué puedo hacer hoy por usted, rabino?

—No es lo que puedes hacer por mí, Yan. Es lo que puedes hacer por ti mismo. Y por Adele.

—Adele y yo estamos bien, creo. Mejor que la mayoría.

El rabino tenía una casa en Manhattan Beach, cerca de Sheepshead Bay. Venía de una larga estirpe de relojeros. Oía tics hasta cuando no había tocs, y tocs cuando no había tics. El estruendo del tiempo remitía un poco cuando leía la Torá y el Talmud. El rabino observó a Yan.

—No es verdad.

—Pero *sí que lo es*, buen rabino —insistió Yan.

—Pegas a tu mujer.

—De vez en cuando —admitió Yan.

—Adele no merece que la trates así.

Yan no dijo nada.

El rabino le preguntó a Yan si se consideraba un buen judío. Yan le dijo que sí.

—Pues deja de pegarle a tu mujer. Estás siendo un mal judío —le advirtió.

Yan volvió a quedarse callado. Le asomó a los labios algo parecido a una sonrisa. Yan escrutó el estudio del rabino con interés más que pasajero. Había libros amontonados por todas partes. Si fueran montañas, Yan las escalaría.

—Si no quieres a Adele —le dijo el rabino—, deberías divorciarte de ella.

—¿Pero qué otra mujer me toleraría? Es masoquista y yo soy su castigo.

El rabino le preguntó a Yan de qué aldea rusa era su familia. Yan se encogió de hombros. El rabino esperó, pero Yan no quiso decirle el nombre de la aldea en la que había nacido.

—¿Qué importa? —Se encogió de hombros—. Después de Stalin...

El rabino le dijo a Yan que su familia era de Vitebsk, Bielorrusia. Recitó los nombres de sus padres, de sus abuelos y de sus bisabuelos. Decir sus nombres también mitigaba el tictac que oía el rabino y le daba firmeza en presencia de Yan, que lo estaba mirando fijamente a los ojos sin parpadear. El rabino era académico, pero también un firme creyente en la existencia de los demonios. En los cuarenta años transcurridos desde la guerra había oído muchas historias y había sido testigo de demonios que se hacían pasar por depresiones y penas y rabia cruda en las almas de los hombres. El rabino hizo regresar la conversación al tema de Adele, por medio de las madres.

—Piensa en tu madre.

—Nunca me cayó bien mi madre —dijo Yan.

¿De verdad? ¿Hablaba Yan en broma o en serio? La expresión de Yan no revelaba nada. El rabino se preguntó por qué Adele había sido tan tonta como para casarse con un hombre que no quería a su madre. Pero luego se le ablandó el corazón, porque Adele no había llegado a conocer a su padre.

Aquella misma noche, el rabino le explicó la situación a su mujer, Lydia, que señaló que a ella nunca le había caído bien la madre del rabino: había sido una metomentodo.

El rabino se incorporó hasta sentarse en su cama estilo trineo.

—Nunca me lo habías dicho, Lydia.

—¿Yo? ¿Quejarme de la querida madre del rabino ante el rabino? Venga ya. Seguramente debías de darte cuenta, Isaac... A tu madre sólo podía quererla Dios.

—*Yo* quería a mi madre.

La mujer del rabino le dio la espalda.

—No siempre.

—Bueno, la quería tan a menudo como ella me lo permitía. La guerra le hizo cosas.

—¿Por qué tienes que excusar a la gente? La guerra nos hizo cosas a todos. Todavía nos las hace.

El rabino no durmió bien aquella noche. Esperó tres semanas antes de llamar a Yan.

—¿Has pegado recientemente a Adele? —le preguntó el rabino.

Estaban en el estudio. Yan estaba sentado con las manos entre las rodillas, como un niño.

—Recientemente no —dijo Yan.

—¿Quizá eso sea un progreso?

Yan sonrió.

—Llámelo como quiera.

—Eres un hombre de negocios próspero, ¿verdad?

—Tengo un negocio que es dueño de otros negocios.

—¿Y tu especialidad es...?

—Las liquidaciones.

—Me imagino que comporta tensión. Los hombres sufrimos tensiones que nuestras mujeres no entienden. —El rabino abrió el Talmud—. Pero el Talmud prohíbe al hombre pegar injustamente a su mujer.

Yan se rio.

—¿Y cuándo es justo pegarle?

—O sea que estamos de acuerdo en lo que dice el Talmud, que no hay que levantar la mano contra tu mujer...

—El Talmud está abierto a muchas interpretaciones, buen rabino —dijo Yan.

Se había cortado hacía poco la barba que se dejaba crecer y se quitaba de vez en cuando. El corte que se había hecho era todo menos pulcro.

—Los dos lo sabemos. Podemos sentarnos aquí y defender una interpretación y luego encontrar una lectura que nos haga dar marcha atrás. ¿Se cree que no conozco el Talmud? Conozco el Talmud mejor que nadie.

El rabino estaba seguro de haber oído un desafío en las palabras de Yan. El rabino había sido el mejor alumno de su clase en la escuela rabínica. El orgullo le tentó a aceptar el desafío de Yan, pero su condición de humilde siervo de Dios lo empujó por el camino contrario.

—¿Cómo es que conoces tan bien el Talmud? —preguntó el rabino.

—Mi padre era rabino.

—Y sin embargo, no sigues el camino de un hijo de rabino.

Yan se levantó de golpe y también le subió el color de la cara.

—Ha sido un placer, pero creo que hemos terminado.

Era el primer asomo de emoción que el rabino veía en Yan.

La mujer del rabino les había traído té durante la reunión, porque ni siquiera ella pudo refrenar la curiosidad. Cuando avistó a Yan alejándose ofendido como si fuera un pavo real relamido o un proxeneta, le gritó:

—¡Si quieres ser un matón, vete a Harlem y saca los puños allí!

El rabino se puso detrás de su mujer.

—Calla, Lydia.

—¡A ver cuánto dura allí entre los salvajes!

—No te conozco, Lydia. ¿Qué son esas cosas que te salen últimamente de la boca? —Y luego añadió—: ¿Crees que su padre era realmente un rabino?

Harlem. A Yan le intrigaban las posibilidades de Harlem. Le intrigaba el desafío airado de la mujer del rabino. Le intrigaba lo bastante como para coger el metro hasta la calle Ciento treinta y ocho y Lenox Avenue en una tarde de viernes calurosa para ver qué le aguardaba allí. A diferencia del rabino, Yan era incapaz de resistirse a los desafíos.

Corría el año 1988 y estaba de moda el hip-hop. Yan aparcó delante del Pan Pan Diner, el

local de desayunos especializado en pollo y gofres de la calle Ciento treinta y cinco. Bailó claqué a pesar de que no llevaba los zapatos adecuados. Le dijo a la gente negra de Harlem, incluyendo a los borrachos de la calle y a los adictos al crack, que salieran a la acera y bailaran con él.

Pero la gente negra de Harlem no quiso saber nada del tema.

Yan montó un espectáculo escandaloso y asaltó a la gente negra de Harlem con una buena retahíla de palabrotas e insultos racistas. Ellos lo señalaron y se rieron o bien apartaron la vista, todos salvo un niño con un blazer azul que se soltó de golpe de su madre para contemplar a Yan y, al soltarse, se arrancó uno de los botones dorados del blazer azul. Cuando Yan se acercó al niño para recogerle el botón, la madre del niño lo avisó: «Colega, hay límites. No te acerques ni a mí ni a mi hijo».

Parecían pensar que todo era una trampa. Que Yan era un policía de paisano. Y que les esperaba una porra de la policía. O bien que estaba loco. No sabían que el difunto tío de Yan, Moishe, había tenido almacenes en Harlem y en el Bronx. Cuando Yan emigró a América, su tío Moishe lo llevaba a la fábrica de pianos de Mott Haven y lo dejaba ir de piano en piano tocando teclas al azar.

Yan volvió a Brooklyn aquella misma noche para contarle sus aventuras al rabino. Se negó a marcharse de la casa, a pesar de que la mujer del rabino le insistió en que su marido ya se había retirado a dormir. A la mañana siguiente, cuando Lydia se compadeció y le dejó entrar en el despacho, Yan se bebió dos tazas de café y se comió la mitad del *babka* del rabino.

—He venido a contarle que fui un matón excelente pero que la gente negra de Harlem tiene problemas más grandes que yo. Lo he visto con mis propios ojos, buen rabino. Esa pobreza. Y le aseguro una cosa: la gente negra de Harlem nunca debería dejar de cantar ni de bailar. La gente que deja de cantar y de bailar se vuelve bastante loca con el tiempo. Dígame, buen rabino, ¿no es así?

El rabino le volvió a preguntar a Yan de qué aldea de Rusia venía su familia. Yan fue tachando una larga lista de aldeas. Y luego se puso a mecerse de lado a lado.

—En alguna parte de Harlem hay un niñito negro con un blazer al que le falta un botón. Llevo su botón dorado en el bolsillo, porque esta ciudad es tan pequeña como grande. Puede que algún día volvamos a encontrarnos...

El rabino le preguntó a Yan si se acordaba de a qué escuela rabínica había asistido su padre en Rusia.

Yan tiró de una patada la bandeja donde estaban el *babka* y el café. El líquido caliente se derramó de su cafetera metálica y salpicó la mullida alfombra turca, regalo de bodas de la tía abuela del rabino, Sabine. Tic. Tac. Tic. Tac. Tic.

—¿Quién quiere meterse con un niño criado en el comunismo? —dijo Yan—. ¿Quién quiere meterse conmigo?

El rabino le dijo a Yan que necesitaba ir a un buen psicólogo. Y lo apremió a que se marchara

antes de que Lydia llamara a las autoridades.

Desde Amagansett no se habían producido fricciones. Yan había evitado con determinación a Adele. Ella se había vuelto a matricular en las clases de arte de la Art Students League de la calle Cincuenta y siete. Incluso se había llevado a casa lienzos y caballete y pinceles y pinturas. Acababa de empezar los bordes de una pintura nueva cuando Yan entró dando zancadas en el apartamento. Eran las once de la mañana. Adele supo por el ruido de sus pisadas en el suelo de madera que iban a pelearse.

Adele había estado bebiendo sin parar y la bebida le daba coraje. Yan caminó en círculos en torno a ella en la sala de estar. Las ventanas de la sala de estar estaban abiertas. Adele había vuelto a montar su estudio delante de ellas. Yan miró cómo los bordes de su pintura se convertían en pinceladas gruesas. Miró cómo las pinceladas gruesas materializaban un gato de Cheshire. Adele no había pintado gatos en mucho tiempo. Yan agarró un pincel y pintó encima del gato de Cheshire de Adele.

—No eres ninguna Lee Krasner —dijo Yan, y le salpicó todo el lienzo de pintura.

—Y tú —dijo Adele sonriendo— eres un autócrata.

—Ah, o sea que hemos aprendido a pasar las páginas del diccionario. Ya era hora.

—Eres un tirano —dijo Adele.

—¿Qué sabes tú de los tiranos, Adele? ¿Qué sabes tú de nada?

Yan podía hablarle de tiranos si se le antojaba. Podía hablarle de inviernos en los que el frío hablaba. En que decía: «Vas a morir hoy en esta habitación». Le podía hablar de las oraciones del rabino, del hombre que era su padre, y de la sala en la que los habían congregado por orden de Stalin, aunque durante un tiempo Stalin había parecido, si no su defensor, ciertamente sí su amigo. Podía hablarle de habitaciones del tamaño de armarios y de estar suspendido entre el letargo y los sueños, de noches negras que se volvían brillantes gracias al resplandor afilado de los focos y del ruido de pisadas que aprendías a contar y del olisquear de unos perros a los que primero mantenían bien sujetos con correas bien prietas, y luego menos prietas, y luego menos, y de los hombres, los viejos rabinos como su padre, y después las mujeres haciendo un muro para proteger a las criaturas. ¿Quién había protegido a los niños? «Yo —le podría haber dicho Yan, si hubiera querido—. Yo los he protegido igual que me protegieron a mí.» Pero Yan nunca lo diría.

—Te dejo, Yan —le dijo Adele.

—Bien. *Vete*. Pregúntame si me importa.

—Me has quitado todo lo que me importaba —le dijo Adele.

—Lo dice la mujer a la que nunca le ha faltado una comida. Que siempre ha dormido bien.

—Todo.

Yan se alejó de Adele y le dijo que le iba a quitar una cosa más.

Adele se quedó asombrada.

—¿Qué puedes quitarme que no me hayas robado ya? —le dijo.

—La paz mental.

Yan dejó el pincel del color de la mierda y echó a correr hacia las ventanas de la sala de estar. Y saltó, llevándose por delante el cristal y la parte superior de las hojas de la ventana y las plantas de aloe vera que había en la repisa. Se precipitó desde la planta doce hasta su muerte.

Fue un shivá sin lágrimas. Sólo los hijos de Adele y Yan, Maximilian y Freya, lloraron por aquel hombre que los había aterrorizado.

Después de la muerte de Yan, Adele empezó a beber con ímpetu renovado.

—No hay nada peor que una vieja borracha —dijo Rachel.

—Ahora que él ya no está —dijo Seth—, esto es un regalo. Ahora te toca vivir.

Adele les eructó en la cara a Rachel y a Seth.

Maximilian y Freya no dijeron nada. Esquivaron a Adele mientras ella los insultaba por vivir en el oeste. Le limpiaron el apartamento y le enmarcaron los cuadros que había mantenido escondidos durante años. Hicieron un somero inventario de las cuentas de su padre y les asombró descubrir que Yan los había nombrado albaceas conjuntos de su herencia. Su padre había amasado una pequeña fortuna en bienes inmuebles y en inversiones privadas.

Adele se incorporó hasta sentarse cuando Freya y Max le dijeron que era propietaria de una casa en Amagansett. Reanudó sus clases de arte. Y moderó su consumo de alcohol. Una noche, en el cuarto aniversario de la muerte de su marido, Adele se encontró con su antiguo profesor de arte. Su panza seguía siendo una palangana desenfadada y tenía cataratas en los dos ojos, pero le daba miedo operárselas.

—¡Tu profesor de arte no puede ver! —exclamó.

El hombre invitó a Adele a una fiesta que se celebraba en el Upper West Side destinada a recaudar fondos para una escuela pública del barrio. Adele normalmente evitaba las fiestas de Manhattan, pero una vocecilla le dijo: «Ve, ve».

Adele fue, pero se controló con la bebida. Dio sorbos en vez de tragos. Dejó su martini en una mesa y visitó el lavabo de señoras. Cuando volvió, un hombre apuesto de pelo plateado estaba dando sorbos de su martini.

—No, no, ese martini *es mío* —dijo Adele, y señaló la mancha de pintalabios del borde del vaso.

—Perdóneme, por favor. La vista es lo primero que falla —dijo él.

El hombre se bebió el martini de Adele de todas formas y se sentó en el sofá Shelton. Adele se le sentó al lado. Se llamaba James Samuel Vincent. Le contó que era abogado: divorciado. Con un hijo, Rufus, que iba a la Universidad de Columbia. Acababa de conocer a la nueva novia de su hijo —Claudia— la noche antes. Creo que es bastante serio, dijo James. Mi Ruff ya no es ningún niño. Esto se lo contó a Adele mientras le pedía a uno de los camareros de la fiesta que les trajera una segunda ronda de martinis.

—Sí —dijo Adele.

Pensaba en su querido profesor de arte y en la ceguera en general, pero también escuchaba cómo James Samuel Vincent le contaba las alegrías y las decepciones de su vida antes de dirigirse a él y desplegar las suyas sobre la mesa.

—Son las pequeñas crueldades las que más te afectan —le dijo—. Nunca las grandes heridas, esos dolores que puedes señalar y decir: «Oh, veo este hematoma», sino las heridas que ni siquiera te das cuenta de que tenías hasta que un día te estás comiendo un cuenco de sopa de hinojo o tomando el sol junto a la piscina y no te puedes mover, no puedes hacer nada, porque piensas: «Caramba, tengo algo muerto dentro, ¿qué me han hecho y por qué he permitido que pasara?». Y ahora, y ahora, y ahora...



2010
Notas de Hank

Viernes, fin de semana del Día de los Caídos

Había una nueva versión de la reunión anual de primos en el complejo de la familia Camphor. Un día, se dijo a sí mismo Hank, el cuchillo se haría inevitable y él no vacilaría en clic clac, cortar las ataduras y desentenderse de aquella gente para siempre. Y sin embargo, allí estaba, soportando otro fin de semana del Día de los Caídos en Sunset Beach, la urbanización privada insular de su infancia. Según la tradición de los Camphor, la fiesta empezaba el viernes al atardecer, cuando una serie de parientes venidos de sitios tan lejanos como Spokane, Washington, y tan cercanos como Duchess, Georgia, enfilaban con sus vehículos y motocicletas la entrada doble para coches de la casa de Seamus Camphor Tercero. Traían bebés recién nacidos en cochecitos de niño de diseño y a abuelas ancianas que todavía usaban polvos de talco Avon y maquillaje en crema Maybelline para taparse las manchas de vejez. Se daba por sentado que los primos más lejanos tenían que alojarse en el Southside La Quinta o en el Holiday Inn. Hank Camphor había pasado una parte considerable de su infancia en aquella casa —era primo segundo de Seamus Camphor Tercero— y, por tanto, estaba obligado a alojarse en el complejo familiar, en el dormitorio que antaño había sido suyo. El antiguo dormitorio de Hank había sido remodelado para parecer un hotel *boutique* con bidé y urinario en el cuarto de baño de invitados y colchas con diseños geométricos y cojines triangulares y un televisor de pantalla plana de gran tamaño instalado en la pared y que se podía activar para que te cantara nanas si te sentías un poco triste o solo.

En compañía de su multitud de primos, Hank se deleitó en sus propios prejuicios. Compartía el rasgo de la vanidad con sus padres (Barbara y el difunto Charles Camphor). Podía tolerar casi cualquier rasgo en otro ser humano excepto la falta de higiene y la obesidad, que le parecían las dos cosas en el mundo que una persona podía controlar: su peso y su mal olor. Hank nunca acompañaba a su mujer, Susan, a dar de comer a la gente sin techo del refugio de su barrio, y evitaba la comida rápida con un fervor tal, que a veces Susan decía: «Me casé con un hombre bastante vanidosillo».

«Me casé con un hombre bastante vanidosillo.» Hank repitió las palabras de Susan en su dormitorio de infancia. La pantalla plana del televisor que hacía compañía a Hank le habló y le preguntó si prefería Fox o CNN. Porno, murmuró él. Ahora que estaba lejos de Susan y de Tess, su hija de tres años, a Hank se le ocurrió que podía darse aquel gusto. Le resultó una agradable sorpresa que la tele pasara automáticamente a un canal restringido con una impresionante selección de programación para adultos. Hank prefería el porno de la época dorada, los clásicos crudos y toscos de la vieja escuela como *El diablo y la señora Jones*, *Garganta profunda* o *Dentro de Seka*, predilecciones que había adquirido durante sus incursiones en el sótano de su padre cuando era niño. «Porno de los setenta», dijo Hank, y le sobresaltó que una lista de opciones iluminara la pantalla. Eligió *Tras la puerta verde*, de Johnnie Keyes y Marilyn Chambers.

Hank Camphor nunca le había sido infiel a Susan Camphor, cuyo apellido de soltera era Weatherby, pero ocasionalmente sí que había incurrido en pequeños engaños. Se había paseado por los pasillos del Rite Aid o del CVS en busca de algún perfume barato y vibrante (cuantos más matices florales, mejor) que irritara la nariz aguileña de su mujer y le inflamara la imaginación. Su favorito era Lucky Me.

—Hank, ¿qué es ese olor? —decía Susan, olisqueando.

—No huelo nada —decía Hank, masajeándose el mentón.

Susan era vicepresidenta de recursos humanos de la Universidad Duke. No era dada a dudar de sí misma, pero Hank le vio motas de incertidumbre en los iris de sus ojos castaños. Aquello la predisponía a ser independiente y a cuidar mejor de sí misma que la mayoría de las mujeres. Las dudas de Susan hacían que el sexo fuera impredecible, y Hank había aprendido de sus padres el valor de la impredecibilidad. Sus actos lo avergonzaban, pero no lo bastante como para modificar la mala conducta cuando le funcionaba.

Sábado, fin de semana del Día de los Caídos

Las reuniones de la familia Camphor incluían un pícnic obligatorio el sábado en Sunset Beach. Para pasar el día allí, llenaban las neveras rojas y blancas de chuletas de cerdo a la barbacoa,

pollo frito al suero de manteca y judías verdes planas. Aquella excursión era el punto álgido para Hank, a quien le encantaba la playa. Se dedicó a mirar cómo los niños construían castillos de arena o cabalgaban las olas sobre minitablas de surf cuando no estaban persiguiendo a una perra jack russell terrier llamada *Stella*. La perra pertenecía a Seamus Camphor Tercero, hijo de Seamus Segundo, que era primo hermano del padre de Hank. *Stella* deambulaba por la playa ladrando a las gaviotas y rompiendo bolsas de basura en busca de huesos. *Stella* le recordaba a Hank a una animadora pechugona y capaz de robarle el novio a su mejor amiga. Hank no tenía perro, ni ganas de tenerlo, pero de niño —y ahora le dolía acordarse— había pedido un basset hound durante apenas unas horas.

Al atardecer asaron ostras e hicieron un puchero típico de la región con cangrejo y gambas y patatas y salchicha de *andouille* con sal especiada envasada. Hank dejó que los demás hombres de la familia se quedaran con las sillas de playa provistas de saquillos profundos para poner los refrescos. Él se conformaba encantado con desplegar una toalla de playa sobre la arena llana y contemplar la puesta de sol perfecta. Cada vez que pasaba algún hombre de mediana edad de cuerpo fofo y echado a perder, Hank se regodeaba en la dureza de su torso y en la firmeza hercúlea de su culo. Tenía cuarenta años, pero no aparentaba más de treinta en absoluto. Los hombres de la familia Camphor compartían la altura de Hank, pero habían perdido su juventud y su agilidad.

El domingo, los Camphor hicieron un trayecto de cuatro horas en coche hasta la campiña de Georgia para presentar sus respetos a sus muertos. Tanto el padre de Hank como Big Seamus, el padre de Seamus Tercero, estaban enterrados en el cementerio de Saint Matthew. La modesta iglesia metodista ya no conseguía retener a sus hijos. Seamus Tercero colocó bancos de madera por el jardín de la iglesia e instaló altavoces para que todo el mundo pudiera oír al viejo reverendo de ojos legañosos pronunciar su sermón anual sobre el hijo pródigo. El reverendo se golpeaba una pandereta Grover contra la cadera para darle cierta animación a su prédica.

Hank nunca dejaba flores en la tumba de su padre. Se había traído una bola de golf Spalding en honor al deporte que tanto había amado Charles Camphor. Charles había muerto en un accidente de navegación durante el último año de Hank en la universidad. En el refrigerio del funeral, celebrado en el anexo de la modesta iglesia, la madre de Hank lo había agarrado del brazo y le había dicho: «Charles no es tu padre».

Hank se había visto tan reflejado en los ojos de Charles Camphor que estuvo seguro de que Barbara le estaba gastando una broma cruel o bien de que había perdido temporalmente la cabeza por culpa de la muerte repentina de tan buen marido. Se quedó en el anexo, mirando más allá de las sillas de color burdeos y de las enormes mujeres blancas del campo que estaban colocando la comida del funeral que él se permitiría comer para consolarse. Por entonces Hank estaba estudiando para ser cirujano ortopédico y había descubierto que si esperas el tiempo suficiente, siempre se te revela con claridad un camino, y así se podían evitar equivocaciones irremediables.

—Conocí a James Samuel Vincent hace mucho tiempo, en un simposio. Tuvimos una aventura —dijo Barbara—. Y esa aventura te incluyó a ti. Lo siento, Hank.

«Puta.» Hank tuvo ganas de decirle a su madre: «A Dios pongo por testigo de que nunca me casaré con una puta». Pero lo que hizo fue llorar amargamente. Unas lágrimas que quienes lo rodeaban dieron por sentado que se debían a la muerte de su padre.

Barbara se alejó y fue al frente de la cola de la comida. Hank la siguió y los dos juntos representaron la farsa de la esposa y el hijo dolientes mientras el reverendo bendecía los alimentos y la familia formaba una cola para darles el pésame por última vez. Más tarde, después de que los asistentes al funeral se marcharan y la sala anexa se vaciara, Hank encontró a su madre fuera de la iglesia, en el lado donde el pasto ya había crecido a pesar de que lo hubieran cortado hacía poco. El viento le había echado a un lado todo el pelo de color rubio claro; se había quitado los zapatos de tacón negro y estaba fumando maría con el primo hermano de su padre, Big Seamus.

—Hank —le dijo Big Seamus—. No me he podido refrenar de fumar la hierba bendita en este día tan triste.

A Charles Camphor nunca le habían gustado la maría ni la farlopa ni ninguna droga, aunque sí que le había tenido gran estima al whisky, la ginebra y el bourbon de calidad. Hank echó un vistazo a las uñas pintadas de rojo y cuidadas con manicura de su madre y a la habilidad con que sostenían el porro.

Barbara clavó en Hank una mirada desafiante y carente de remordimientos.

—Una calada o dos y lo dejo —dijo.

Dio una calada larga, dejó que el humo le saliera lentamente de la nariz y la boca y miró el porro como si fuera un amigo íntimo antes de devolvérselo a Seamus. Hank robó el porro de la mano de su madre y fumó una calada él también. Big Seamus le dio una palmada en el hombro.

—Te acompaño en el sentimiento —dijo Seamus.

¿Cuántas veces le habían soltado la frasecita a Hank en lo que iba de día? Cien. ¿Doscientas? Había asistido bastante gente al funeral de su padre. Jerome Jenkins, el único amigo negro que le habían permitido tener a Hank de niño, había venido en avión desde Denver. Antes de irse, Jerome había preguntado por los vecinos de infancia de Hank:

—¿Qué fue de la gente que vivía en la casa de al lado? Aquel amigo tuyo, Gideon, que tenía aquella hermana tan guapa que siempre andaba con la nariz metida en un libro. Dios, qué buena estaba. ¡Me encantaría verla ahora!

—Los Applewood se marcharon hace mucho tiempo —dijo Hank.

La herencia de Charles Camphor se gestionó un año después de su muerte. Aun antes de que Barbara estuviera lista para poner la casa en el mercado, Big Seamus ya le estaba preguntando por el tema.

—Barbara, es demasiada casa para una sola mujer —dijo Big Seamus—. Está claro que con

tanto espacio vas a estar enterrada en recuerdos.

Corría el primer año de Hank en la Facultad de Medicina de Duke. Su madre y él hablaban poco, pero Hank también había empezado a sentir una pizca de curiosidad por su padre biológico. Barbara le mandó una polaroid de James Samuel Vincent en un partido de los Yankees con el medio hermano de Hank, Rufus. Hank examinó la polaroid en su apartamento escasamente amueblado de una sola habitación. Se maravilló de la genética y de aquellas dos caras que se parecían asombrosamente a la suya. La fotografía tenía por lo menos una década de antigüedad y en ella su medio hermano aparentaba como mucho dieciséis o diecisiete años. ¿Acaso eso quería decir que Barbara no había visto a James Samuel Vincent en los últimos años? A Hank no le apetecía volver a sacar el tema con su madre. Cuando conoció a Susan Weatherby en una fiesta de exalumnos, tiró la polaroid a la basura. «Un hombre crea su propia familia. Un hombre lava su propio plato.»

La relación entre Hank y su madre sobrevivió a aquella mala racha. Barbara le pidió que cogiera las riendas de la venta de su antigua casa.

—Dime cuánto puedes ofrecer —le dijo Hank a Big Seamus.

Big Seamus nunca se había dedicado a gorronearle a Charles Camphor, a diferencia del resto de su parentela. Hank siempre le había tenido cierto afecto al bombero. Le hizo un buen precio por la casa. De algún modo, le parecía apropiado legarle las llaves al primo hermano de su padre.

Nunca descubrieron cómo la perra, *Stella*, se las había apañado para sacar el revólver Smith & Wesson de la caja metálica de debajo de la cama estilo Reina Ana de Seamus Tercero y Maxine Camphor. La caja metálica pesaba por lo menos un kilo y medio. Pero ahora, a las tres y media de la tarde, mientras todo el mundo andaba feliz y sin preocupaciones, *Stella* estaba sentada con las patas cruzadas encima de una Smith & Wesson. El cañón del arma asomaba apuntando a la animada concurrencia, una parte de la cual ya había empezado a beber antes del desayuno.

—Bueno, no es una fiesta hasta que alguien saca un arma —oyó Hank que decía Seamus Tercero.

En aquel momento, lo único que Hank pudo pensar fue: «Gracias a Dios que he dejado a Susan y a Tess en Raleigh».

Los parientes de Hank se reían cada vez que Stella toqueteaba la pistola. Con cada movimiento entrecortado de su cuerpo, el arma, un revólver plateado y negro de nueve milímetros con tambor de siete balas, se ponía a girar sobre sí misma como la rueda de una mesa de ruleta rusa.

—¿Pero tiene balas dentro? —dijo Hank, atravesando el grupo beodo de espectadores y entrando por la puerta del dormitorio; oía jugar a los niños fuera, en el enorme jardín delantero. Por lo menos estaban fuera del alcance del arma.

—Joder, ya lo creo que tiene balas, pero está puesto el seguro —dijo Seamus Tercero, levantando el vaso de whisky con sus manos gruesas y llenas de cicatrices; Seamus era un

bombero que llevaba trofeos por el cuerpo de sus batallas directas con el fuego.

—*Stella*, levántate de encima de esa pistola y ponte en la cinta de correr —dijo Maxine, y se giró hacia sus invitados—: *Stella* sabe usar la cinta de correr. Si entras en YouTube la puedes ver haciendo ejercicio. Se puede ver a *Stella* corriendo.

Hank estaba seguro de haber oído a los niños en las escaleras. Le pareció oír la voz de Tess. No paraba de recordarse a sí mismo que su hija de tres años estaba a salvo en su casa de Raleigh, Carolina del Norte.

—Debemos coger esa pistola —Hank se dirigió a Seamus Tercero—. Venga, Seamus.

—No es más que una perrilla gorda —se rio Seamus.

Seamus Tercero dio un sorbo a su vaso de whisky y le guiñó el ojo a su mujer, que llevaba un vestido blanco vaporoso que a Hank le pareció que evocaba a una diosa griega. A una diosa del Olimpo. Afrodita. «Venus.» A Hank le frustraba encontrar a Maxine tan puñeteramente atractiva. Hank no se había casado con Susan sólo por su belleza —aunque su mujer era encantadora, de forma moderada—, sino también por su amabilidad y su inteligencia.

—Hank, si has terminado de comerte con los ojos a mi mujer —le dijo Seamus Tercero con una sonrisa—, ¿por qué no agarras a *Stella* de la parte de delante y yo la agarro por detrás?

En deferencia a las balas que Seamus Tercero reconocía que había dentro del arma, Hank y Seamus hicieron salir a los invitados del dormitorio principal, que era más grande que una galería de arte moderno. Cuando Hank y sus padres habían vivido allí, las paredes del dormitorio eran de color hueso, no salmón, y el dormitorio tenía la mitad de su tamaño actual. Big Seamus y Maxine habían tirado paredes a fin de hacer renovaciones ultramodernas, ampliando lo que ya había sido una señora casa de cinco dormitorios y tres baños. Los dos hombres se acercaron a *Stella*, que primero meneó la cola y luego la puso tiesa. El perro le dio un empujón con el hocico al arma y la Smith & Wesson giró otra vez sobre sí misma como una rueda.

—¿Estás convencido de que está puesto el puñetero seguro? —dijo Hank, sintiendo que el acento sureño que había borrado de su voz le arrugaba las comisuras de los labios.

La pistola se disparó en el mismo momento en que el corpulento hijo de trece años de Seamus, Seamus Cuarto el Gordo, subía a cuatro patas las majestuosas escaleras del pasillo, abriéndose paso a codazos y derribando a invitados a diestra y siniestra, decidido a estar con los adultos, donde pasaban las cosas interesantes. La bala rebotó en el zócalo antiguo de la pared de color salmón y le rozó la esquina superior derecha de la cara a Seamus Cuarto. Casi al instante se le formó un chupetón de color carmesí.

—Me muero —dijo Seamus Cuarto—. Ayudadme. ¡Me muero!

—No te pasa nada, Seam. —Seamus Tercero corrió al lado de su hijo, lo tomó en brazos y le cogió la cara abundante con la mano ahuecada—. Pero si no es más que una rojez.

El retumbar a tan corta distancia de la bala al salir de la recámara asustó a *Stella*. La perra salió corriendo por la puerta del dormitorio y bajó las escaleras. Hank, desesperado por fumarse un cigarrillo y harto de sus parientes, se lo encendió y la siguió.

La puerta de la casa estaba abierta de par en par y había media docena de niños jugando con juegos de té de porcelana o bien pasándose pelotas de cróquet. Hank se fijó en que no había supervisión adulta. Una niña con pecas y una mata sorprendente de pelo rojo estaba revolcándose en plena pataleta de llanto sobre el porche delantero.

—¡Mi hermanito está muerto! —berreaba.

A Hank le recordó a Tess. Calculó que tendría tres años. Hank se inclinó sobre la niña, dejando que las cenizas del cigarrillo que tenía detrás de la espalda cayeran sobre el suelo del porche. No se acordaba de cómo se llamaba.

—Seam. Seam —sollozó la niña.

Por fin se acordó de su nombre: Penny. Era la hija de Seamus Tercero y Maxine. A Hank le entraron ganas de decir: «Penny, el idiota de tu hermano todavía tiene el aliento de la vida». Pero lo que hizo fue darle una palmadita en la mejilla.

—Ahí dentro están locos. Quédate fuera.

Hank apagó la colilla del cigarrillo en el porche delantero del complejo familiar. ¿Cuándo se había convertido su casa de infancia en un complejo? No lo había previsto al venderle la casa a Big Seamus. La ceniza del tabaco le oscurecía las manos limpias. Manos de cirujano, firmes. Penny, con su mata de pelo rojo, le tiró de la pernera de los pantalones.

—Al cagadero de Stella no se va por ahí —dijo.

—¿Qué?

A veces Hank pensaba que le iría bien hacer terapia, pero no creía que la terapia fuera una solución a largo plazo para nada. No creía en la terapia en absoluto.

—¡Vuelve aquí, Stella! —gritó Penny, intentando explicar con su tono de niña de tres años que *Stella* siempre se escapaba y que no la dejaban salir ni ir al jardín salvo para hacer pipí y caca en su cagadero.

Hank le pidió que le enseñara dónde estaba el cagadero de *Stella* y Penny lo llevó al jardín de atrás y a la ciénaga. Hank miró el cagadero, atiborrado de mantillo y papeles de periódico. Era el mismo sitio donde él había enterrado a *Tipper* hacía más de veinticinco años. Se le llenaron los ojos de sal.

Penny levantó la mirada hacia Hank.

—A *Stella* le gusta su cagadero. *No llores*.

—Me vas a tener que disculpar, Penny —dijo Hank, retrocediendo y echando a correr para alcanzar a Stella.

La perra estaba ocupada dejando montículos ansiosos de excremento en una acera por lo demás inmaculada. *Stella* dobló una esquina. Hank la dobló también, acelerando y estirando el brazo para agarrarle la cola tiesa. Luego agarró el resto de *Stella* mientras se retorcía y le temblaba en brazos, sin interrumpir ni un momento su bautismo de mierda. Como si fuera un acto de piedad, se puso a llover. Hank corrió a través de la lluvia dejando atrás el complejo de la familia Camphor en busca de la seguridad de su Mercedes. Abrió la portezuela y metió a la perra

en el suelo del asiento del copiloto. Las llaves se introdujeron en el contacto y su pie se posó en el acelerador y Hank arrancó y se alejó de Sunset Beach.

Una semana después

Hank le mandó a Seamus Camphor Tercero mil dólares por la jack russell terrier. Seamus había llamado varias veces a Hank desde el Día de los Caídos. Cuando Hank por fin se decidió a cogerle el teléfono, Seamus le dijo con rabia contenida:

—A ver si lo entiendo: ¿me estás ofreciendo mil dólares por quedarte con la mascota de mis hijos?

—Podría subir quinientos más.

—¿La perra con la que te *escapaste*?

Hank estaba en el campo de golf, esperando en el primer hoyo.

—Siempre puedes venir a buscarla.

—O quizá puedes mandárnosla tú por avión.

—Confía en mí, está hecha polvo. No llegaría viva.

—Colega, ¿a ti qué te pasa? —Seamus tosió—. Tienes mucha suerte de que nuestros padres fueran primos. Es lo único que tengo que decir al respecto.

—A mí no me pasa *nada*.

Al cabo de un segundo, Seamus le dijo por teléfono:

—Es la cría, ¿verdad? Tess.

Hank se alegró de que Seamus no estuviera allí para ver su mueca de dolor. Era verdad. Tess y Stella ya eran inseparables. La terrier dormía al pie de la cama de Tess y se sentaba como un centinela en el ventanal de su casa victoriana de Oakwood, en el centro de Raleigh, hasta que Tess volvía a casa del parvulario.

Hank no había querido hijos. Había sido Susan quien le había recordado a los cinco años de casados que los hijos eran parte del trato. Pero Hank amaba sus viajes a las islas Turcas y Caicos para hacer submarinismo y a Telluride para esquiar.

—Hank, una criatura por lo menos.

—Los hijos nos frenarán.

—Nos mantendrán jóvenes.

—¿Y si soy una birria de padre?

—Eres un hombre exquisito. Nuestra progenie será preciosa.

Se pasaron dos años buscando el embarazo. Y fueron a varios especialistas en fertilidad. Cuando la madre de Hank se enteró de que estaban teniendo problemas, le dijo en voz baja a Susan durante una representación de *Las bodas de Fígaro*:

—¿Y no puedes asistir a ningún seminario de recursos humanos?

Susan se puso de pie en mitad de la ópera y preguntó:

—¿Quién es esta impostora, Hank? ¿La conocemos?

Aquella noche, Hank se llevó a Susan a casa y la tumbó sobre la capota de su Mercedes, en el garaje. Le levantó la falta de vuelo, le bajó las bragas y le hizo el amor a su mujer con persistencia y ternura excepcionales. Cuando Susan le dio una hija exactamente nueve meses más tarde, la niña nació con ojos de color azul acero. Hank supo que Tess era suya.

Poco después de que Tess naciera, Hank empezó a jugar al golf.

—Déjame que te diga una cosa, Hank —dijo Seamus—. La gente necesita bomberos más que cirujanos.

Seamus le había devuelto el cheque que le había mandado Hank por correo con una nota garabateada encima en tinta roja que decía lo mismo.

—Te veré el próximo mayo, Seamus.

Hank se quedó asombrado de oírse pronunciar aquellas palabras y de darse cuenta, a un nivel primario, de que las decía en serio.



2010
Centro del color

Dos meses después del fin de semana del Día de los Caídos, Hank Camphor recibió un correo electrónico de su medio hermano Rufus Vincent diciéndole que estaba volviendo con su familia de Georgia y que le gustaría parar en Raleigh de camino a Nueva York. Quizá encontrarse en algún sitio «neutral» para tomar un café o almorzar. A Hank le gustó que Rufus hubiera escrito «neutral» entre comillas, reflejando un entendimiento de los límites adecuados.

Se encontraron en el vestíbulo del Centro del Color, un laboratorio de artes y oficios de cuatro plantas del centro de Raleigh renovado y puesto al servicio del Picasso incipiente que había dentro de todo niño. Cada planta ofrecía actividades distintas: pintar grafitis en paredes y autobuses; moda y accesorios para el hogar rebosantes de colores; cabinas para diseñar, pintar o decorar con plantillas cinturones y billeteras; y pantallas de lámparas de lava para llevarse a casa o para enviar como regalo de cumpleaños y de Navidad. Las atracciones estrella eran una fuente líquida borboteante de gran tamaño que vomitaba lápices de cera licuados y lavables dentro de unos moldes de plástico que los niños se podían llevar al laboratorio del Centro del Color para solidificarlos. Tanto a los padres como a las criaturas se les exigía que vistieran chubasqueros porque la fuente líquida era conocida por su neblina tipo cataratas del Niágara; la otra atracción

estrella era la estructura de juegos de la tercera planta, un laberinto de paredes abatibles y tubos con formas geométricas que cambiaban de color cuando los niños reptaban por ellos, se dejaban caer, rodaban o caminaban hasta unos columpios que también hacían las veces de escaleras de mano y cajones para saltar y pelotas elásticas y, para los más valientes, una tirolina de interior que pasaba justo al lado de la tienda de obsequios, donde una serie de actores profesionales caracterizados de pinceles y rotuladores y hojas de papel cantaban y bailaban y actuaban para los niños. Los niños del Centro del Color le tenían un afecto especial a cierto lápiz del número dos de color rojo vivo provisto de una rica voz de barítono. El lápiz en cuestión siempre estaba coqueteando con la hoja de papel. «Soy madera que escribe —le decía a menudo—. ¿Quién necesita un rotulador?»

Hank examinó el vestíbulo. La escena le resultó insoportablemente ruidosa y empezó a cuestionar la ubicación que había elegido Susan.

Rufus Vincent, su mujer y sus hijos llegaron con regalos para Tess: una bolsa llena de libros de Books of Wonder, su librería favorita de Manhattan. Eran académicos. Por supuesto que iban a traer libros. Hank se alegró de que a Susan se le hubiera ocurrido traerles dos de los juguetes premiados de Jerome Jenkins. Hank y Rufus eran igual de altos, tal como Hank se fijó de inmediato, pero Rufus iba un poco encorvado y aquella postura descuidada le provocó a Hank la ilusión de sacarle un poco de altura. Los modales relajados de Rufus se reflejaban en su ropa: limpia y puesta de forma despreocupada, arrugada pero cara.

En los correos electrónicos superficiales que habían intercambiado, no recordaba que Rufus hubiera mencionado para nada que su padre —el padre de *ambos*—, James Samuel Vincent, fuera a venir con él. Y sin embargo, allí estaba. La madre de Hank había elegido el sustituto perfecto de Charles Camphor, un amante con el que pudiera producir a un hijo que Charles Camphor nunca dudaría de que fuera suyo. Tanto su difunto padre como aquel padre biológico eran hombres apuestos de ojos azules, con la única diferencia de que James Vincent tenía el pelo oscuro mientras que el de Charles Camphor había sido rubio claro.

—¡Vaya, vaya!

James Samuel Vincent se adelantó a Rufus en el vestíbulo y le ofreció la mano a Hank. No pareció consciente de estar impidiendo que Hank viera a su medio hermano ni a la mujer de su medio hermano, Claudia. Hank se hizo ligeramente a un lado, estrechando la mano de su padre biológico pero fijándose también en el vestido sencillo y holgado de color verde claro y en las sandalias de color tostado que llevaba la mujer de Rufus. Iba cogida de las manos de sus hijos y casi parecía estar apartándolos un poco. La hija de Hank, Tess, siempre tímida, se escondía detrás de sus padres. Susan y Hank eran árboles que le daban sombra a Tess.

—No me esperaba que el Centro del Color estuviera tan lleno de gente.

—Le quitas una letra y es el «Centro de Color» —señaló Rufus Vincent, y se giró hacia

Claudia y los dos se echaron a reír.

Hank sintió que se le ruborizaba la cara de vergüenza.

—Winona y Elijah llevan esperando esto toda la semana —dijo Claudia, y le ofreció su mano a Hank.

Hank la saludó con la cabeza.

—Un placer, Claudia.

Hank se alegró de que Susan hubiera sido lo bastante previsora como para comprar entradas prioritarias. Así pudieron saltarse la cola y entrar de inmediato. En la entrada, cada padre tenía que firmar un impreso en el que ponía que si tu hijo resultaba herido o fallecía en el Centro del Color, la empresa no se responsabilizaba. Les dieron pulseras del Centro del Color.

Susan dijo:

—He pensado que Claudia y yo podemos llevar a los niños arriba a la zona de juegos y dejaros a los caballeros que os pongáis al día en la cafetería.

Claudia sonrió.

—Me parece una idea maravillosa.

Hank intentó no mostrar su decepción. Miró cómo Rufus besaba a su mujer antes de que ella se marchara. «Nada de lácteos», le dijo ella. Susan guio a Claudia y a los niños hasta el otro lado de la entrada. Era Susan quien normalmente traía a Tess al Centro del Color. Conocía todos los entresijos del lugar. «Le quitas una letra —pensó Hank— y es el Centro de Color.» Con todas las prisas y los nervios, se había olvidado de besar a Susan. Su mujer se había olvidado de besarlo a él.

La cafetería del Centro del Color parecía un restaurante de carretera de la década de los cincuenta, con sus azulejos blancos y negros y sus taburetes y reservados de polipiel roja. El café que pidieron era puro aguachirle, y le recordó a Hank al meado cuyo sabor había probado de niño, cuando el cuerpo le estaba cambiando y creciendo y la curiosidad no le dejaba hacer nada más que estirar el brazo para tocarse.

Rufus se sentó y miró su taza de café.

—Tengo que reconocerlo, *esto* es extraño.

Hank se puso de pie de inmediato.

—¿Pues por qué no buscamos otro sitio? Le mando un mensaje a Susan. Y podemos ir *todos* a nuestra casa o a otro sitio.

—No —aclaró Rufus—. Tener un hermano y no saberlo. Y casi de la misma edad.

—Más extraño debe de ser para nuestras madres —dijo Hank.

—Bueno, mi madre no se ha enterado hasta hace poco. —Y Rufus fulminó con la mirada a James Samuel Vincent—. O sea, siempre sospechó que había otras mujeres, pero *esto*, cuando se lo dije, mi madre no lo sabía.

Hank había sacado un tema que no debía. Normalmente tenía más tacto.

—Lo siento —dijo.

—¿Qué es lo que sientes? —Rufus se encogió de hombros—. Tú no has hecho nada.

James miró por una ventana que daba a un aparcamiento. Era un día caluroso de verano. Ya de niño había odiado la humedad sureña. Había bajado en avión en cuanto Rufus le había dicho que iba a conocer a su medio hermano. Había querido estar presente. Como moderador. Como mediador. A James le gustaba saber que había engendrado a dos hijos sanos.

—¿Cuál es tu especialidad, Hank?

—Soy cirujano. Mi especialidad es la medicina deportiva.

—¿Y has operado a alguien famoso?

Hank sonrió.

—Podría alegar confidencialidad entre médico y pacientes, pero, bah, qué más da.

Hank se inclinó hacia delante y les habló a James y a Rufus de dos jugadores de la NFL que no paraban de lesionarse porque tomaban demasiados esteroides y se metían en situaciones comprometidas tanto en el campo como en el dormitorio. Mientras contaba la historia, Hank se fijó en que Rufus y él tenían las manos parecidas, con dedos largos y casi delicados, pero las manos de Rufus estaban en movimiento constante, acariciando el borde de su taza de café, sirviendo el azúcar y la leche, levantando la taza y dejándola otra vez antes de dar un sorbo. Rufus parecía aburrido, a pesar del intento de Hank de atraer su atención. A fin de cuentas, la madre de Hank había sido la amante, y si Hank había calculado bien, era cinco meses mayor que Rufus. Combatió la tentación de llamar a Rufus *hermanito*.

—¿Tienes algún deporte favorito, Rufus? —Hank sonrió.

—Bueno, el béisbol —dijo Rufus—. Cuando era niño, papá me llevó a un montón de partidos de los Yankees.

—*Mi padre*... —Y Hank hizo una pausa ahí—. Charles Camphor, el hombre que será siempre mi padre, fue a la Clemson. Jugaba de corredor. En el Sur, el fútbol americano es *el* deporte.

—Nunca he entendido el fútbol americano. El fútbol europeo, sí. Eso sí que es un deporte con sentido —dijo Rufus, mordisqueando su palito de remover el café.

—¿Jugaste al fútbol americano en la universidad, Hank? —preguntó James.

Hank miró a Rufus.

—Hay gente a quien el fútbol americano le resulta interesante porque es muy estratégico. Y complejo. Pasan muchas cosas en un partido y no todo el mundo está al tanto de todas. —Luego Hank se dirigió a James Vincent—. Corro. Diez kilómetros todos los días. No tenía corpulencia para el fútbol americano. En Duke estuve en el equipo de atletismo.

—Yo corro —rio Rufus— de una sala de conferencias a otra.

James rodeó con el brazo los hombros de Rufus.

—Rufus es especialista en James Joyce. Quizá el especialista en Joyce más importante del país.

James Vincent lo dijo con tanta seguridad y orgullo que Rufus dejó su taza de café y pareció

momentáneamente aturdido.

—¿Por qué Joyce? —dijo Hank.

—No lo sé. Supongo que lo leí en el momento adecuado.

—Mi familia cosechaba patatas —dijo James Vincent.

—No lo sabía. —Los largos dedos de Rufus daban vueltas a la taza.

—Claro que lo sabías.

—Hay muchas cosas que no sé.

James Vincent se encogió de hombros.

—Maine. Buen sitio para la pesca. Malo para la tierra. Eran cuatro hermanos. Hablo de tu abuelo. Mi viejo. Por lo menos eso contaba cuando se tomaba unas copas. Por entonces, a veces la gente se veía forzada a elegir a una hija o a un hijo. Lo echaban a suertes para ver quién era el que iba a la universidad. Y mi padre perdió. Se fue a Boston y nunca miró atrás. Se hizo bombero.

—Vaya. En mi familia también hay bomberos —dijo Hank.

—Así pues, hay continuidad —dijo James Vincent, mirando a Hank Camphor pero dando un codazo a Rufus—. En Joyce. Joyce es la tierra.

Rufus reclinó la espalda en su asiento.

—¿Qué coño dices, papá? ¿Ahora eres experto en Joyce?

James se giró hacia Rufus.

—La patata caliente cura el orzuelo. La patata cruda en el sobaco funciona mejor que el desodorante. Métete una patata en el zapato y ya te puedes despedir del resfriado. Os presento el diccionario del joven granjero.

Por un momento, Hank se acordó de la camaradería que había tenido con su padre, sobre todo durante el instituto y en los primeros años de la licenciatura. Lo echaba de menos.

—Os tenéis que llevar bien, chavales —dijo James.

La barra tenía forma ovalada y un expositor con un surtido de pastelillos y piruletas gigantes de esas con espirales y manchas de colores. Hank les había dicho a los actores que interpretaban a lápices y rotuladores y hojas de papel que no se les acercaran. Les había dado discretamente una propina generosa para que los dejaran en paz. Rufus se puso de pie.

—¿Alguien quiere una piruleta? Yo quiero una.

Hank se echó a reír; creyó que Rufus estaba bromeando.

—No —dijo Hank—. Paso, gracias.

—¿Qué es tan gracioso?

—No lo sé. Nada —dijo Hank en tono de disculpa.

—Cómprate una. —James Vincent se giró hacia Rufus—. Y coge una también para cada niño. Winnie y Elijah y Bess.

—Tess —lo corrigió Hank.

Rufus intervino.

—La hija de Hank se llama Tess, papá.

—Sí, Tess. —Hank asintió—. Ella también querrá una.

Rufus miró a Hank.

—Tuvo un accidente. Se dio un golpe en la cabeza y a veces no oye bien.

Rufus se alejó.

—Háblame de tu lesión en la cabeza.

James Vincent se terminó el café que le quedaba.

—¿Cómo está tu madre, Barbara?

—Felizmente casada en Europa.

—¿A qué se dedica su marido?

A Hank le pareció notar cierta ansiedad en la forma en que su padre lo había preguntado.

—Es criador de sabuesos ingleses.

—Jamás me habría imaginado a Barbara en una granja.

—¿Cómo te la habrías imaginado?

—No en el extranjero.

Ahora le llegó a Hank el turno de resentirse. No le gustaba que James hubiera preguntado por Barbara a espaldas de su hijo, aunque le habría decepcionado que su padre biológico no preguntara por su madre para nada.

—Bueno, tengo entendido que sólo os veíais unas pocas veces al año, o sea que quizá tus percepciones eran limitadas.

James Vincent lo miró.

—Todas las percepciones son limitadas.

Hank sacó el móvil y le enseñó a James Vincent una foto de Barbara Camphor. Estaba sentada delante de un árbol de Navidad con un feo jersey navideño y acompañada de su marido Trevor y de una nueva camada de perros.

—Barbara —dijo James, tocando el móvil.

—Es una causa perdida —dijo Hank—. No te hagas ilusiones.

—Estoy felizmente casado —dijo James Vincent.

—¿Por qué no ha venido tu mujer?

—Si fueras la segunda esposa, ¿querrías venir para conocer al hijo que tuvo tu marido en una aventura extraconyugal durante su matrimonio con su primera esposa?

—O sea que se lo has dicho.

—Ella lo adivinó —dijo James Vincent—. Adele lo adivinó antes. Es una mujer lista.

Cuando Rufus regresó a la mesa, Hank le susurró:

—Siento lo que nuestro padre le hizo a tu madre. Pero supongo que, sin él, ninguno de nosotros dos existiría.

La visita al Centro del Color duró una hora y quince minutos y los niños se llevaron de

maravilla. Tess, Winona y Elijah corrieron por la zona de juegos y jugaron en la fuente líquida hasta que la sobrecarga sensorial se cernió sobre ellos y los fatigó y los puso de mal humor y todos rompieron a llorar cuando llegó la hora de despedirse.

—¡Winnie quiere conocer a *Stella*! —gritó Tess mientras Hank la cogía en brazos y trataba de tranquilizarla.

Por dentro estaba encantado. Su hija le había dado la excusa perfecta para convertir la tarde en una velada.

—Bueno. —Hank se rio, más cómodo y seguro de sí mismo—. Tengo algunos parientes bastante locos y, con franqueza, Susan os lo puede decir, no estábamos seguros de qué esperar.

Rufus asintió con la cabeza.

—Nosotros tampoco.

Hank se fijó en que los hijos de Rufus no soltaban a James Vincent. Sintió una punzada de algo que tuvo ganas de apartar bruscamente. Miró a Claudia y se acordó fugazmente de Lonnie Applewood después de tantos años.

—Si os apetece, quizá más tarde, después de que los niños hayan echado la siesta, podemos cenar temprano en mi casa...

—Estaría muy bien —dijo James Vincent.

Pero Hank había lanzado la propuesta más allá de James Vincent, a Rufus y Claudia.

—¿Claudia? —Rufus se giró hacia su mujer.

—Es cosa tuya —dijo ella.

Estaba claro que tenían algún problema. Hank se lo notó en el lenguaje corporal. En la temperatura. Templada pero ni fría ni caliente.

Y la cena fue de la siguiente manera. Aquella misma tarde, después de que los niños cenaran y jugaran en la sala de juegos, Hank se los llevó a dar una vuelta a la manzana para pasear a *Stella*, que se ganó su afecto todavía más porque se portó muy bien con Winona y Elijah, que maltrataron a la perra de tanto cariño que le dieron. Fue después de que Susan le pusiera el pijama de unicornio a Tess y de que su primo Elijah leyera el cuento «El muñeco de nieve triste» de su libro favorito. Y antes de que Tess y Winona le trenzaran y le destrenzaran el pelo a la muñeca Kaya La Chica Americana, y de que Winona dijera que no le dejaban tener una muñeca Chica Americana y Tess le preguntara por qué y Elijah mirara a Winona de una forma que significaba: «Calla». Y fue después de que James Vincent se bebiera su tercer martini y Hank preguntara adónde iban después de aquello y Claudia le dijera que estaban de camino a Nueva York después de una visita improvisada a su madre, que estaba enferma en Georgia. Y James dijo que se volvía a Nueva York en avión al día siguiente, que había bajado expresamente para ver a su otro hijo. Y fue antes de que Rufus se meciera de atrás hacia delante de puntillas mientras admiraba los preciosos libros con encuadernación de cuero que Hank no leía —nunca había sido un gran lector, pero los coleccionaba para cuando se jubilara—, y después de que

Claudia le cantara una nana a Winona para ponerla a dormir con voz desafinada como la de su madre, planeando que Rufus cogiera a Winona, la subiera al coche y la niña durmiera el resto del camino. Dando gracias porque últimamente Winona durmiera más tranquila. Y fue antes de que Hank se excusara para salir a fumar un cigarrillo y de que James Vincent se quedara adormilado con la copa en la mano y después de que Claudia se alejara hacia el baño y Hank, que aquella noche también se había pasado con el alcohol, espiara a Claudia caminando hacia el baño a través de la puerta corredera del patio, apagara su cigarrillo y se adentrara en el pasillo.

Fue en aquel momento cuando vio el vuelo del vestido amarillo que Claudia se había puesto para la cena y tuvo ganas de controlar el tiempo, de poner la luna patas arriba y al sol cabeza abajo y retroceder hasta volver a ser un chico de trece años plantado en la entrada de la casa de su vecino. Fue en aquel momento cuando Hank se convenció de que iba a entrar en la biblioteca y sentarse a charlar con Rufus ahora que el viejo estaba dormitando, pero de alguna forma Hank se encontró con que sus pies gravitaban hacia la puerta del baño, donde se quedó a esperar que la puerta se abriera y a que Claudia saliera. Se oyó la cisterna del retrete y unos ruidos de océano, el agua corriendo y unos ruidos de lago, y Claudia abrió la puerta y fue como si la corriente de un río hubiera salido a saludarlo, y en su estado achispado y torpón se acercó a ella y trató de plantarle un beso en los labios, que ella esquivó.

—Vaya —dijo Claudia, mirando cómo se apoyaba en la pared—. Alguien ha bebido más de la cuenta.

—Me recuerdas a alguien a quien conozco —dijo Hank—. A quien conocía.

Claudia ladeó la cabeza. Y durante un segundo, Hank estuvo seguro de estar mirando la cara de Lonnie Applewood y oyendo la voz de Lonnie Applewood.

—Cariño, nos pasa a todos, ¿no?

No consiguió descifrar si Claudia estaba divertida o molesta. Ella pasó a su lado y regresó al estudio. Hank recobró la compostura y recorrió el pasillo en penumbra hasta el estudio, donde Rufus estaba leyendo un libro y moviendo los labios en silencio, Claudia se había servido una copa, Susan había puesto música clásica, James Vincent estaba roncando y Rufus levantó la vista y le dijo a Hank, ralentizando el recorrido de sus dedos nerviosos de arriba abajo por los lomos de los elegantes libros:

—Me alegro de que hayamos organizado esto.

Hank vio cómo Rufus rodeaba con firmeza la cintura de Claudia. El gesto de Rufus movió a Hank a hacer lo mismo con Susan.

—Sí —ratificó Hank en voz baja—. Espero que no os hayamos decepcionado mucho.



1970 1978 1988 1989 1999 2010
Eloise levanta el vuelo (Segunda parte)

En la misma calle del apartamento de Friedrichshain donde Eloise Delaney exhaló su último aliento, ahora hay una discoteca. La discoteca está ubicada en un antiguo almacén frigorífico a un tiro de piedra del Muro de Berlín. En las noches (como ésta) se puede ver en cualquiera de sus ventanas siluetas de cuerpos que bailan y se mecen, que se mueven como la niebla y las sombras bajo unas luces que centellean y se atenúan y mandan calurosas invitaciones estroboscópicas a los jóvenes.

Entre esos cuerpos jóvenes hay un grupo de soldados norteamericanos, la mayoría negros e hispanos. Han venido desde su base militar de Londres, se han registrado en el hotel Berlin Marker y se han aventurado en el clima helado de diciembre en busca de música, vida nocturna y mujeres alemanas. Los soldados salen de un taxi abarrotado y se dispersan para unirse a la cola de fiesteros. El olor a marihuana está en todas partes. Uno de los soldados, de constitución más liviana y con una perilla festiva, es de Buckner County, Georgia; del mismo pueblo en el que nació Eloise Delaney. De hecho, son primos segundos, aunque él no lo sabe. Cuando el soldado tenía dos años, Eloise Delaney lo meció suavemente sobre su rodilla, pero ahora está muerta; ya hace años. En la memoria del mundo ya no queda ni una brizna de su recuerdo.



En 1972, Eloise Delaney asistió a la boda de King Tyrone caminando con muletas. Su único primo varón respetable se casó (a los cincuenta años) con una mujer quisquillosa llamada Sarah Braun que nueve meses más tarde le daría una hija. La boda tuvo lugar en el embarcadero de Tybee Island, con el océano Atlántico de fondo y un pequeño grupo de invitados delante. El banquete que se celebró después fue simple, con muestras generosas de gambas, ostras, vieiras y mero para cenar. Si no te gustaba lo que el mar ofrecía, no era tu día.

Eloise regresó a casa de una guerra que muchos norteamericanos estaban empezando a desaprobar, aunque la mayoría siguió a favor de la intervención de Vietnam hasta su conclusión. Tenía veinticinco años y por primera vez desde que se había alistado se puso a leer los periódicos nacionales y a ver las noticias. Es una dura verdad que en la guerra unos tienen que morir para que otros sobrevivan. Se acordó de que Jebediah Applewood le había dicho que nada de todo aquello era real. Si Jeb hubiera estado en Buckner County, a ella le habría encantado discutir con él mientras se bebían una cerveza o dos o tres, sólo para tener una perspectiva distinta. Se preguntó si alguno de sus antiguos camaradas —casi ninguno se mantenía en contacto con ella— compartía su intensa sensación de traición y de confusión. De cuando en cuando, Eloise llamaba por teléfono a Agnes. Y Agnes, casi a pesar de sí misma, no le colgaba, y en ocasiones incluso contestaba a las preguntas de Eloise, otras veces se contentaba con largos silencios: sólo porque no soportaras a alguien no quería decir que ya no lo quisieras.

Para animar a Eloise, Flora Applewood fue a visitarla una tarde a Tybee Island y la llevó en coche a un «sitio nuevo» que había en las afueras de Buckner County. El sitio nuevo era el Magnolia Lake Inn, un antiguo hotel situado a orillas de un lago artificial. En sus mejores tiempos había sido un hostal al que iban familias para celebrar barbacoas y pícnics y para dar

paseos en poni y pasar la tarde bebiendo cócteles y té helado con azúcar o picando huevos rellenos y delicados pastelillos de cangrejo. El nuevo propietario había quitado la pintura de las paredes y el plomo de debajo y había renovado el hotel para que pareciera un decorado de Hollywood. Los fines de semana por la noche venía un DJ para poner LP y el primer sábado de cada mes tocaba en directo una banda de jazz. Era un establecimiento para ir vestido como quisieras, donde un hombre podía llevar a su amante o a su novio. Y una mujer podía llevar ambas cosas y estaba permitido quitarse la ropa y nadar en el lago a medianoche. Eloise se quedó asombrada de ver a las mujeres fumar y beber y bailar cogidas delante de todo el mundo. Pero luego se fijó en las gruesas cortinas y en la hora avanzada del día y pensó —porque no quería estropearle la diversión ni el aplomo a Flora—: «En realidad seguimos escondiéndonos». Bailó a la pata coja con Flora y dejó que todo el mundo le firmara la escayola. Luego Eloise le dijo a su querida amiga que se iba a vivir a Alemania.

—Eloise —dijo Flora—, cuando te dije que te marcharas de Buckner County, no quise decir que te fueras de forma permanente.

Pero cómo decirle a Flora que Buckner County le destrozaba el corazón con sus recuerdos. Los recuerdos la acechaban en todos los rincones: la borracha de su madre, la desaparición de su padre, la hermana Mary Llorosa escabulléndose del convento y, por supuesto, Agnes: la que se había marchado. Y no había vuelto.

Durante las seis semanas que estuvo en Buckner County, Eloise se apuntó a clases intensivas de aviación en la Southeast Aviation, la misma empresa de ingeniería donde había trabajado el difunto Claude Johnson. El instructor de vuelo, un hombre blanco de mediana edad, miró su solicitud y le preguntó para qué quería aprender a pilotar aviones.

Eloise se encendió un cigarrillo.

—Quiero elevarme por encima de todo. —Y luego, adelantándose a cualquier pregunta que él pudiera soltarle, añadió—: Estoy segura de que ha oído hablar usted de Bessie Coleman.

El instructor de vuelo buscó en su memoria y le dio una respuesta que hizo que Eloise se replanteara la antipatía que el hombre le suscitaba:

—Me suena.

Lo primero que les enseñó a sus alumnos fue a clasificar e inspeccionar aeronaves. Eloise memorizó los paneles de control y soportó el tedio de la escuela de tierra, que incluía clases diarias de cuatro horas y llevar un diario de vuelo. Era la única cara negra de la sala. También fue la primera alumna a la que el instructor de vuelo enseñó a volar por encima del aeródromo y por encima de las ciénagas y las marismas, donde en las orillas divisó caimanes tomando el sol con los ojos cerrados.

—Y bien, ¿cómo se siente, señorita Delaney? —le preguntó su instructor.

Eloise se rio en voz alta.

—Mientras no me estrelle y terminemos siendo pasto de los caimanes, me siento bien.

Se elevó a ciento cincuenta, a doscientos y a trescientos metros en el aire sin nada a su

alrededor más que almohadas de nubes y cielo.

—Ligera como una pluma. Ahora mismo lo que se me ocurre es que puedo hacer lo que me dé la real gana.

Se fue a Alemania con una licencia de piloto recreativo.

En la década de los setenta, el sesenta por ciento de las bases militares norteamericanas de Europa estaban situadas en Alemania Occidental. Eloise Delaney conocía las hazañas de Bessie Coleman en Friedrichshafen y en Berlín. Pero no conocía la larga y compleja historia que tenía Alemania con los afroamericanos. El doctor Martin Luther King había viajado a Alemania Oriental y Occidental en 1964, y por supuesto había soldados negros que se habían alistado durante la Primera y la Segunda Guerra Mundiales para servir a su país y luchar contra los alemanes. En Francia y en Alemania, mucha gente experimentaba una libertad que les estaría vedada para siempre cuando volvieran a casa.



Se pasó dieciséis meses en la base aérea de Ramstein, donde la animaron a trabajar en el Departamento de Relaciones Raciales y a diseñar estrategias para aliviar las tensiones entre los soldados negros y blancos en las bases militares norteamericanas de toda Alemania.



Querida Flora:

No me gusta vivir en la base. Me paso el día sentada en un cubículo haciendo papeleo. Ser poco más que una secretaria no es para mí. No me rompí los cuernos haciendo inteligencia militar en Vietnam para sentarme en una oficina a introducir datos ni tampoco

para resolver los conflictos de nadie ni reclutar. ¿Sería egoísta aspirar a sacarme un título superior?

TUYA, *ELOISE*

Querida Eloise:

Nunca he entendido esa palabra: egoísta. *¿Sacarte un título superior te haría más feliz? ¿Te haría feliz?*

TUYA, *FLORA*

Querida Flora:

Después de un año en el centro de logística, creo que no voy a volver a alistarme. He decidido pasarme al sector público y matricularme en la Universidad de Berlín. El futuro está en los ordenadores y los satélites y en la tecnología de vigilancia. Quizá estudie criptología.

ELOISE LA CRIPTÓLOGA

Querida Eloise la criptóloga:

Pues me parece muy bien, pero me preocupa que no me digas cómo vives. ¿Cómo vives, Eloise? ¿Tienes alguna amiga especial? La vida pasa muy deprisa. Y la soledad es una enfermedad en sí misma.

CON CURIOSIDAD, *FLORA*

P. D.: Me tienes que explicar eso de la criptología.

Querida Flora la curiosa:

El primer mes que pasé en mi apartamento de Berlín fue un infierno. Los alemanes son gente fría. Yo ya sabía que lo eran, pero muchos de ellos son más fríos de lo que me esperaba. Un día estaba cruzando la calle y me salté un semáforo y casi me mata un conductor, que encima se puso a gritarme. No creo que sea una cosa racial. Tampoco es que entre ellos se quieran mucho. Sigo saltándome los semáforos al cruzar. Simplemente no le veo sentido a quedarme en la acera sin hacer nada cuando no pasa ningún coche. Si no tienes noticias mías, significará que me ha atropellado un alemán impaciente.

ELOISE LA QUE SE SALTA LOS SEMÁFOROS

Querida Eloise la que se salta los semáforos:

Sal y conoce gente. No puede ser que todos los alemanes sean tan impacientes ni tan malos. Sal y haz más cosas y ve más cosas y cuando las hagas, piensa en mí. Ya soy vieja, Eloise. Dios bendito, soy más vieja de lo que quiero ser.

La vieja y cansada Flora

Querida vieja y cansada Flora:

Te envío este regalo para que se lo lleves a King Tyrone para su hijita Deidre. Me mandan fotos y es una verdadera monada. En tu última carta oigo algo parecido a la autocompasión. Si te sientes vieja, Flora, entonces quizá no te vaya mal coger a alguien nuevo en brazos. A un bebé. Dicen que los bebes llegan al mundo inocentes, pero yo creo que llegan al mundo poseyendo toda la sabiduría que nosotros hemos olvidado. Es un simple sonajero. A los alemanes se les dan bien las cosas simples. Si tú coges a ese bebé en brazos, yo saldré a conocer a una amiga. Aunque tengo que confesar que las mujeres alemanas son un poco pálidas para mi gusto. Me gusta untarme las manos de chocolate.

Eloise fan del chocolate

Querida Eloise fan del chocolate:

Tu carta me ha dejado sin habla. No tengo gran cosa que decir ni que escribir. Tener a la pequeña Deidre en brazos me ha ayudado mucho a repensarlo todo. Y conoces muy bien a tu primo Tyrone. El sonajero queda bien con todo. Un sonajero en forma de pulpo, ¿cómo se te ha ocurrido?

Flora otra vez en el buen camino

Querida Flora otra vez en el buen camino:

Desde que llegué a Berlín me he engordado siete kilos. Por primera vez en mi vida tengo un poco de culo. Un culo que envidiaría hasta Diana Ross; o Agnes. Pienso en ella, ¿sabes? Quizá sea por eso por lo que he comido tanto. O quizá sólo sean el puñetero pan y los bollos de aquí. Parece que a los alemanes les gusta la comida sustanciosa. Pies de cerdo y schnitzel *y* bratwurst. *No está muy lejos de la comida con la que crecimos. ¡Y el pan! Eso es lo que ha hecho que me crezca el trasero. Flora, soy capaz de comerme una cesta entera de pan de una sentada. El pan de aquí me recuerda a la pastelería Gottlieb's y a los pasteles de Lady Miller y sí, a Agnes. Ya estoy otra vez como siempre. Pero fiel a mi promesa, he salido por ahí y he explorado un poco. Esto es como el salvaje Oeste. Apenas consigo estar al corriente de toda la gente que viene y se va. Durante un tiempo, la ciudad se estuvo despoblando. Pero ya no.*

Ahora el gobierno da subsidios, y hay una apertura, una energía que viene de estar en el lado occidental de una ciudad amurallada. Los alemanes que se quedaron y los que están viniendo ahora parece que quieren estar aquí. Vivir aquí es muy barato, sobre todo si estás abierta a cierto grado de locura cotidiana. Mentiría si dijera que Berlín es una ciudad hermosa. Berlín no es París, chica. Hay solares desiertos y edificios abandonados y las dimensiones de la ciudad, viniendo de Buckner County, son directamente abrumadoras. En parte se debe a que también estoy aprendiendo el idioma. Se me da mejor hacer las cosas una a una. Lo que más me gusta de Berlín, de momento, es que puedo salir de mi casa y ser lo que quiera. En cuanto domine el idioma, podré empezar mi vida desde cero. Digamos que soy libre... de distraerme. He conseguido hacer unas cuantas amigas alemanas encantadoras y sin miedo. Aquí hay una vida nocturna lésbica vibrante, con algo para todos los gustos. Y no hay que esforzarse mucho para acostarte por la noche ni levantarte por la mañana junto a una cara bonita. He conocido a una mujer llamada Greta, como Greta Garbo. Estudia en el Departamento de Historia de la Universidad de Berlín y es toda una radical. Ella y su exnovia comparten una casa okupada en Kreuzberg con siete estudiantes más. A dos puertas de ella está la única casa okupada gay de Berlín. Cuando aparece la policía, los hombres se ponen sus mejores atuendos y salen por todo lo alto. Flora, me encantaría que estuvieras aquí para aplaudirlos, para verlos. Las palabras no consiguen hacerles justicia. He descubierto que una declaración de estilo se puede convertir en un modo de vida. Y un modo de vida puede poner en marcha un movimiento. Las casas antiguas son derribadas para levantar edificios nuevos y modernos. La actitud de los okupas es que por qué os vamos a dejar que lo derribéis si podemos arreglarlo nosotros y venir a vivir aquí. En Berlín todo *parece joven y politizado. Cariño, los estudiantes de aquí siempre están protestando. Creo que se están inspirando en los Estados Unidos de los años sesenta. Greta trabaja a tiempo parcial en el Café Berio de Nollendorfplatz. Un local al que voy los sábados para mirar a la gente y comer pastel de mazapán. Estábamos flirteando cuando me derramó café caliente en el regazo. Ya te imaginas que casi la mato. Llevamos saliendo desde entonces. Le gusta hacerme ir con ella a manifestaciones, y me ha ido bien, porque estoy aprendiendo alemán mucho más deprisa que en la base. Hace poco fuimos a oír hablar a Angela Davis. Me quedé pensando: cuántas cosas hay que no sé. Si viviera una vida entera no podría aprenderlas todas.*

ELOISE CON NOVIA NUEVA

Querida Eloise con novia nueva:
Estoy celosa.

FLORA CELOSA

Querida Flora celosa:

No estés celosa, dulce Flora. Sólo he amado a dos mujeres en mi vida. Y una de ellas eres tú. Greta es encantadora. Greta es amable. Me aguanta toda mi mierda cuando me da por castigar a quienes me rodean. El otro día estábamos haciendo salchichas en su apartamento y el proceso de rellenar la tripa con carne cruda me hizo acordarme de mis padres cuando manipulaban cangrejos en la planta de envasado. Greta y sus compañeras de casa y yo nos estábamos riendo y pasándolo bomba. Habíamos bebido bastante cerveza y cuando terminamos de rellenar las salchichas, ¿te puedes creer que me eché a llorar? Y cuando me preguntaron qué me pasaba, las puse a parir a todas. Y Greta les dijo a todas que se fueran y me preguntó qué podía hacer para mejorar la situación. Y yo me la follé porque, Flora, y sabes que esto es cierto, a veces es lo único que tiene sentido. Y Greta tuvo el descaro de preguntarme si ella era mi fetiche. No supe qué contestarle. Es una estudiante joven de Historia, y las estudiantes de Historia lo sopesan todo. Le dije la verdad, que es que jamás pierdo un momento en preguntarme, cuando ella me pasa los dedos por el vello púbico, si yo *soy su fetiche. Ésa no es una respuesta sincera, me dijo. Ojalá pudieras ver a Greta. Es rubia por todas partes. Después bajamos al pub y les conté una historia a nuestras amigas. Sólo tienes que darme la bebida suficiente y ya soy capaz de contar una buena batallita. He desarrollado esa reputación.*

Eloise la que cuenta batallitas

Querida Eloise la que cuenta batallitas:

Qué silencio. Ya van cuatro meses. Hace mucho que no sé nada de ti. ¿Todo bien en Berlín?

Flora todavía aquí

Querida Flora todavía aquí:

Greta ha terminado la carrera. Ha cogido un puesto de profesora en un vecindario turco que hay a una parada de metro de su antiguo barrio. Hemos decidido vivir juntas. Parece que ya estoy oficialmente domesticada. ¿Cómo pasan estas cosas?

Eloise viviendo en pareja

Querida Eloise viviendo en pareja:

Si supiera la respuesta, seríamos las dos ricas.

Querida Flora que no se arrepiente:
Amor... y felicidad.

Tu Eloise

Por entonces Eloise no podía saberlo, pero los años setenta y principios de los ochenta iban a ser uno de los periodos más felices de su vida. Después de una guerra horrible, fue una buena década para trabajar y viajar y vivir sin preocupaciones y sin pensar en nada. Bowie vivía en Berlín y estaba grabando *Heroes*. Iggy Pop se inyectaba heroína. Eloise evitaba las drogas y se centraba en el sexo. Su relación con Greta se terminó una noche en que Greta se despertó en su apartamento de Kreuzberg y oyó que Eloise estaba hablando por teléfono con otra mujer.

—*Por amor* —dijo Eloise por teléfono.

—¿Quién era? —preguntó Greta después de que Eloise colgara el teléfono.

—Alguien con quien tengo un pasado.

—No puedes. No debes.

Eloise y Greta rompieron, pero siguieron siendo amantes esporádicas y amigas íntimas. Eloise guardó su recorte de Bessie Coleman en un cajón de su escritorio y se olvidó de ella y de volar. Siguió contando sus batallitas pero se conformó con olvidarse del resto de su pasado.



—Mi familia por parte de madre son unos buscapleitos —contaba Eloise en los pubs—. Todos han tenido muertes violentas: armas de fuego, machetes y cuchillos. A bastantes parientes míos los han colgado, aunque no sé si eso se puede considerar violencia por parte de ellos. La violencia empezó en los arrozales de las llanuras donde mi tataratatarabuela trabajaba de esclava y a la hija de mi tataratatarabuela, Matilda, se le presentó la oportunidad de trabajar en la mansión porque tenía la piel clara. Pero en el último momento, la veleidosa señora de la casa dijo: «No, ésa no, ésta», lo cual enfureció tanto a mi tatarantepasada que les dio sendas bofetadas a la señora y a la esclava que le había quitado el sitio a su hija. Como venganza, el amo vendió a Matilda lejos de allí para separarlas. Cuentan que mi tataratatarabuela presentó una batalla terrible después de aquello y que la azotaron hasta casi matarla. Cuando se recuperó, se negó a

trabajar y lo mismo hicieron sus siete hijos físicamente capaces, a pesar de las palizas y los latigazos que les impusieron. Tomaron las armas y lucharon hasta que el amo los ahorcó a todos menos a uno, que consiguió sobrevivir a la soga sin que se le rompiera el cuello. El amo se dio cuenta de que había batallas que no se podían ganar, y al examinar sus libros de contabilidad se dio cuenta de que había perdido casi diez mil dólares intentando domesticar una propiedad excelente. El esclavo más joven, después de ver cómo mataban a sus hermanos sin razón alguna, dejó de tenerle apego a la vida. Deambulaba por la plantación esperando a que se lo llevara la muerte. Y al final, la chica de piel clara a la que la señora había llevado a la mansión se cayó muerta mientras estaba recogiendo los huevos, y la señora de la casa tuvo cuatro abortos, y el amo, que era sureño y temeroso de Dios, decidió que su casa estaba maldita. Volvió a comprar a mi tatarabisabuela Matilda. Cuando vio las margaritas mustias que crecían sobre las tumbas de su madre y de sus seis hermanos, Matilda se cambió el nombre por Daisy. La pérdida de toda su familia (con la única excepción de su hermano mentalmente ofuscado) empujó su alma hacia el mal. Si la rama muerta de un árbol se atrevía a tocarla, cogía un hacha y cortaba el árbol entero. El amo y la señora no importunaban a Daisy, a pesar de que rompía platos y dejaba que la basura se saliera del cubo y les dejaba la puerta del corral de los pollos abierta a los zorros y derramaba los cubos de agua fresca en el patio en cuanto el chico del agua los traía del pozo. Y cuando escupía en la comida del amo en la cocina, nadie decía ni una palabra, ni siquiera los negros y negras más dóciles y sumisos, porque tenían miedo de su cólera. El amo pensaba que ver salir el sol ya era un favor de Dios. Miraba a Daisy a primera hora de cada mañana y le decía: «Daisy, ¿me vas a envenenar hoy?». «No, señor —contestaba ella—. Seguramente mañana.»

Daisy nunca envenenó a su amo ni a su señora, y cuando éstos murieron, les dieron la libertad a ella y a su hermano corto de luces. ¿Pero ahora eran libres de hacer qué, y de ir adónde? Se cuenta que una tarde llegaron cabalgando a la plantación el general Sherman y sus soldados de la Unión. (Llegado este punto, Eloise hacía una pausa y daba un sorbo de cerveza delante de sus amigas alemanas para darle dramatismo a la cosa.) Durante la guerra civil, Sherman siempre estaba marchando a un sitio y a otro. Cuando divisó a Daisy poniendo conchas marinas sobre siete tumbas bien cuidadas, escuchó su historia y le ofreció su antorcha: «Señorita, *quémelo todo*», gritó, porque Sherman era tan sediento y calculador en su empeño por ganar la guerra como Daisy era lúcida y malvada.

Eloise estaba en la encantadora ciudad medieval de Lucca, en Italia, cuando cayó el Muro de Berlín.

Se despertó con un dolor intenso entre las piernas, en una casa que no reconoció y en una cama de sábanas raídas. No se acordaba de dónde había estado ni de qué había hecho la noche anterior, aunque sí recordaba estar en un bar de juerga y cantidades abundantes de vino tinto. Había alquilado su apartamento de Kreuzberg por el triple de su precio porque por trascendental que pudiera ser la apertura del Muro, no le gustaban las multitudes. La perspectiva de libertad era

emocionante, pero también era una fuente de sospechas y miedos. Algunas de sus amigas la habían sorprendido —y quizá ninguna tanto como Greta— con su testaruda negativa a creerse que la reunificación fuera a tener lugar. El Muro había dividido Berlín Oriental y Occidental y ahora su población estaba revisitando el pasado y usando el Muro para documentar momentos trascendentes de su vida —bodas, muertes, nacimientos— de una forma que hizo que Eloise se diera cuenta de que Berlín no le pertenecía. Era norteamericana, una expatriada. No quería lidiar con la realidad de que el Berlín que conocía estuviera a punto de cambiar. Miles de soldados norteamericanos —muchos de ellos afroamericanos— serían devueltos a Estados Unidos, dejando atrás a novias, esposas e hijos, pocas semanas después de que cayera el Muro. Pero a ella no le pasaría nada. Trabajaba en el sector público. Se había acostumbrado a no ver gente parecida a ella todos los días. Pero no verlos y saber que existían... en fin, eran dos cosas distintas.

Una mujer de pelo negro y nariz marcadamente romana con vaqueros y camiseta puesta descuidadamente sobre el cuerpo esbelto entró en el dormitorio y le dio a Eloise un beso de buenos días. La mujer le informó con su fuerte acento italiano de que Hans estaba haciendo café, pero que a ella le parecía que les convenía más salir a desayunar. Eloise se incorporó hasta sentarse en la cama, y se dio cuenta de que ésta borboteaba debajo de ella —era una cama de agua— y se quedó mirando las paredes amarillas y el suelo de baldosas italianas de color verde hierba. Su ropa estaba desperdigada por todo el suelo verde. En los últimos años había cogido el hábito de beber mucho y despertarse con mujeres desconocidas.

—¿Qué hora es? —le preguntó Eloise a la mujer en italiano.

—Pasado mediodía —dijo la mujer, y volvió a besar a Eloise antes de salir tranquilamente de la habitación.

Eloise no recordaba para nada el nombre de la mujer, y después de rebuscar entre sus cosas le alivió ver que su pasaporte y su billetera y todo lo demás seguían allí.

Fue el tal Hans el que pilló completamente desprevenida a Eloise. Entró en la cocina completamente vestida y se lo encontró cocinando en pelota picada.

—¿Quieres repetir? —dijo él, echando unas claras de huevo en una sartén de hierro forjado.

De pronto recordó claramente la noche anterior: besuquearse con la mujer, Victoria, en la vinoteca, y a Hans, Hans el holandés, que estaba cuidando de la casa de un amigo. Eloise se vio reflejada en el cristal de una ventana que daba a lo que en los meses de verano debía de ser un jardín espléndido. En aquel momento se vio un parecido asombroso a su madre. Le dolía la cabeza y tenía el coño dolorido y sufría una hemorragia en el orgullo causada por la pérdida de algo muy preciado. Era el 9 de noviembre de 1989, el día después de la caída del Muro de Berlín. Ya tenía cuarenta y tantos años y seguía fumando un paquete de tabaco sin filtro al día, pero sus años de beber y enrollarse con desconocidas se habían terminado de forma oficial.

Durante la década de los noventa, Eloise viajaba a Norteamérica una vez al año. La misma mujer que se había regodeado en la muerte violenta de Claude Johnson ahora se dedicó a buscar a sus parientes más cercanos. Encontró a la familia de Claude Johnson en estado de pobreza y penurias y batallando con sus propios demonios: la epidemia del crack había viajado al sur hasta alcanzarlos. No era una mujer rica, pero sí que trabajaba duro, incluso durante sus años de juergas. Eloise vendió su apartamento de dos dormitorios de Kreuzberg para comprarse uno de un único dormitorio en la Simon-Dach-Strasse de Friedrichshain. Consultó a un asesor financiero y abrió unos modestos fondos fiduciarios para los parientes pobres de Claude. Porque es lo que hace una tía que ha dejado la bebida y nunca ha tenido hijos. Durante sus largos paseos por la playa con King Tyrone, su esposa y su hija Deidre, se fijó en lo mucho que sabía la niña de pájaros, peces y conchas. A partir de entonces se dedicó a mandarle libros sobre arrecifes de coral y vida marina del mundo entero, junto con mapas y paquetes de *pretzels* cubiertos de chocolate. Cuando los supervisores de Eloise en la embajada norteamericana de Berlín le ofrecieron un muy merecido ascenso, ella aceptó. «Buckner County siempre será mi hogar —le dijo a Flora—, pero Alemania es el sitio donde vivo.»

En 2006 dejó flores sobre la tumba de Flora y lloró mucho. En 2009 dejó flores sobre la tumba de su madre y lloró menos. Eloise se compró una parcela en el cementerio junto a la de su madre para su propio entierro.

Dos días después del funeral de su madre, Eloise se encontró con Agnes Christie en Main Street. Era la primera vez que se veían en años.

—Agnes —dijo Eloise.

—Eloise.

Agnes la saludó con la cabeza y siguió caminando. Eloise levantó una mano para obligarla a detenerse.

Se quedaron en la acera en un frío día de otoño con la gente caminando a su alrededor. De pronto Eloise fue consciente de que ella había envejecido, pero que Agnes, bueno, que Agnes seguía pareciendo Agnes después de todos aquellos años.

—¿Qué estás haciendo aquí, Agnes? En Buckner County, quiero decir.

—Te podría preguntar lo mismo.

—Se ha muerto mi madre.

—Vaya, vaya, vaya —dijo Agnes.

Y Agnes se echó a llorar, y a Eloise le pareció raro porque, aparte de cuando llevaba gambas a casa de los Miller, Delores Delaney jamás le había dicho ni pío a Agnes.

—Eddie —dijo Agnes, sacando el viejo pañuelo rojo de su marido—. Se lo ha llevado el cáncer.

Eloise le dio el pésame y esta vez se lo dio sinceramente.

—Lo siento mucho, Agnes.

—Era un buen hombre.

—No lo conocí, pero estoy segura de que sí.

—¿Cómo? ¿*Cómo* lo sabes, Eloise?

—Porque te conozco a ti, Agnes, y no te casarías con un mal hombre.

—Pero un hombre bueno se puede casar con una mala mujer.

—Bueno, ahora te estás contradiciendo, Agnes. Y no puedo hablar de contradicciones con el estómago vacío. Estaba a punto de entrar en uno de estos cafés para almorzar. ¿Quieres venir conmigo?

Las dos mujeres se sentaron en un café.

—¿Por qué no vas vestida como siempre? —le preguntó Agnes.

Había una pizca de desaprobación en su voz. Eloise llevaba vestido en vez de pantalones en deferencia al fallecimiento de su madre.

La pregunta de Agnes dio esperanzas a Eloise.

—¿Me quieres ver en pantalones, Agnes?

—Simplemente me alegro de verte —dijo Agnes, batiendo unas pestañas igual de largas que cuando eran niñas.

Eloise se sintió lo bastante envalentonada como para posponer su vuelo de vuelta a Alemania. Invitó a Agnes a cenar la noche siguiente, después de unos cócteles en el hotel *boutique* en el que se estaba alojando en Buckner County Riverfront.

—Puede ser divertido. —Agnes le enseñó con orgullo fotos de sus dos hijas ya adultas, Beverly y Claudia, y de todos sus nietos. Eloise apenas consiguió fingir interés.

—Mi hija pequeña, Claudia —dijo Agnes—, es especialista en Shakespeare.

Eloise sonrió.

—¡Vaya, a la hermana Mary Llorosa le encantaría!

—¿A quién?

Agnes arrugó la nariz y se guardó las dos fotos en la billetera y devolvió la billetera al bolso de cuero.

—La *hermana Mary Llorosa*. La monja joven que nos daba clases de Shakespeare en San Pablo —dijo Eloise, encendiendo un cigarrillo.

—A mi hija Claudia le enseñó Shakespeare Eddie, su padre. —Agnes se encogió de hombros —. ¿Por qué les iba a hablar a mis hijas de un sitio como San Pablo? ¿Por qué iba nadie a querer hablar de *eso*?

—Todavía te vas de un extremo a otro.

—Me acaloro.

Pero la tarde siguiente, Agnes no se presentaría a la cena ni tampoco a tomar cócteles al hotel

de Eloise. Y Eloise se quedaría sentada en la cama doble de una habitación con vistas a aquel río contaminado que aun así conseguía ser bonito. Se quedaría mirando cómo la luna blanca navegaba sobre el agua y se preguntaría si acaso el hombre bajito y gordezuelo al que había visto en Vietnam interpretando a Shakespeare realmente había hecho feliz a Agnes.

Y diría: «Sabía que no iba a venir». Y se diría a sí misma que seguramente era mejor así, porque una cosa era charlar de cosas triviales en un café y otra encontrarse a sí misma envejecida y canosa. «Yo parezco joven, pero Agnes parece más joven todavía.» Se encendería un cigarrillo y se entregaría a unas cuantas horas de regodearse en la autocompasión, preguntándose qué había olvidado. ¿Acaso había olvidado algo? Había cerrado su corazón al amor. Se había convertido en alguien que esperaba. Esperando a alguien que nunca sentiría lo mismo que ella. «¿Cómo has podido dejarme en evidencia de esta manera? ¿De qué tienes tanto miedo, Agnes? En serio, ¿qué puede pasar que no haya pasado ya?»

De camino a Alemania, se acordaría de Bessie Coleman. Cuando llegara a casa, se pondría a hurgar en el cajón del escritorio en busca del recorte que tanto había amado de niña. El recorte estaba todo descolorido, pero aun así Eloise Delaney sería capaz de distinguir la cara de Bessie Coleman y unas cuantas frases. Aquella misma semana, Eloise se apuntaría a la escuela de vuelo en Berlín y ya pasados los sesenta recuperaría su amor por pilotar. De vez en cuando invitaría a sus novias más intrépidas a unirse a ella. Seguiría enamorándose o encandilándose de una serie de mujeres, y ellas, en distinta medida, también la amarían. Pero siempre llegaría el momento inevitable en que una de ellas le dijera: «No me esperaba que...».

Y Eloise pondría los ojos en blanco y facilitaría las cosas: «No es culpa tuya, cielo. No estoy hecha para las relaciones largas».

Se iría andando hasta uno de los pubs del vecindario de Friedrichshain mientras ellas hacían las maletas, pero volvería a tiempo para asegurarse de que no se llevaran nada que no fuera suyo.

Cuando sale con su avioncito, Eloise siempre las ve. A ellas y a todo el mundo. Lo ve todo. Y por pura diversión, examina el motor de la avioneta y monta y desmonta mentalmente sus piezas como si fueran un diagrama de la anatomía femenina: vagina, labios menores, labios mayores, cuello del útero, útero y ovarios... Y piensa: «Eloise, eres la vieja verde por antonomasia».

Sigue fumando un paquete y medio de cigarrillos al día: es su único vicio. Y se niega a dejarlo, incluso cuando los médicos le aconsejan que lo deje. «¿Quiénes sois vosotros para decirle a una vieja que no puede fumar? Vivo en Berlín.»

Cogerá un resfriado. En el hospital ese resfriado se convertirá en neumonía. Se recuperará el tiempo justo para volver a su apartamento de un solo dormitorio en Friedrichshain. Cuando enferme por última vez, sus amigas alemanas llamarán a su familia de Buckner County, Georgia.

Llegado ese punto tendrá sesenta y tres años: no será tremendamente anciana, pero tampoco joven.

«¿Dónde está mi madre? ¿Dónde está mi padre? ¿Dónde está King Tyrone? ¿Agnes? ¿Agnes? Oh, Dios bendito, ¿dónde está Agnes?» Levantará la vista de su lecho de muerte para mirar a la cara a la hija de King Tyrone, Deidre, que ha venido en lugar de su padre porque también está demasiado viejo y enfermo para cruzar el Atlántico.

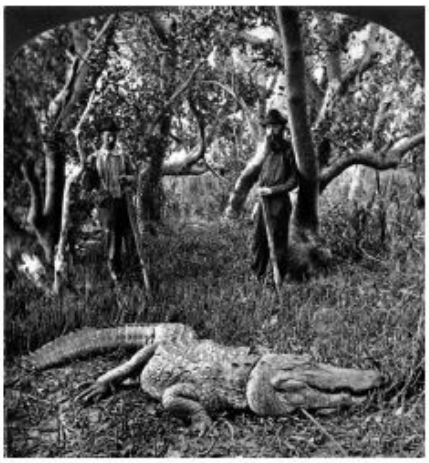
Eloise cogerá las manos de Deidre y preguntará por los océanos. Deidre, para su gran alegría, ha terminado siendo bióloga marina. Deidre le recitará la lista de los océanos a su tía Eloise: Pacífico, Atlántico, Índico, Ártico y Antártico. Eloise asentirá con la cabeza y apretará con más fuerza las manos de Deidre, y como lo suyo es luchar hasta el mismo final, soltará todos esos pensamientos feos y llenos de odio que le nublan el juicio. «Tía —le susurrará Deidre—, deja ir esas cosas.» Echará un vistazo por encima del hombro de Deidre y allí divisará a Flora y a sus padres y a la hermana Mary Llorosa. Se acercarán a ella y la levantarán de la cama estilo trineo como si fueran portadores de un féretro. Se reirán y soltarán un parloteo que le zumbará a Eloise en los oídos. Y Eloise los insultará en inglés y en alemán.

«Sacadme de este puto cajón. ¿Qué os pasa? ¿Adónde me lleváis? ¿Dónde está Agnes? ¡Sacadme de este cajón! Quiero que me incineren. He cambiado de opinión. No me enterréis, ¿me oís?»

Pero los muertos seguirán dando vueltas con Eloise a cuestas, y Eloise, o bien esa cosa que se llama alma, saldrá volando encolerizada por la ventana del dormitorio, dejando atrás la bandera tricolor que ondea al viento y el almacén de la misma calle donde viven esos nuevos okupas que se mueven como sombras por debajo de las luces que centellean y se atenúan, dependiendo de lo bien que se haya pirateado el suministro eléctrico. El alma de Eloise se detendrá una fracción de segundo para captar una música tenue. Pero no hay música.

Hola
Adiós
Bésame el culo negro

Sólo es su voz alejándose hacia el cielo para saludar a los elementos.



2010
El peso de un caimán

Sus hijas se quedaron sorprendidas cuando Agnes les dijo que se volvía a Georgia, sumándose a una marea de jubilados de ciudades del Norte que habían vendido sus casas o habían liquidado sus hipotecas o bien estaban huyendo de hijos y nietos disfuncionales o simplemente confiaban en volver a conectar con seres queridos y morir en el sitio donde habían nacido. En el caso de Agnes, era una cuestión menos sentimental y complicada. Sufría unos ataques terribles de artritis reumatoide. A veces, cuando salía de su apartamento de la esquina de Riverside con la calle Ciento cincuenta y cinco, el viento le entonaba unas canciones desgarradoras en las articulaciones. Y ahora que hacía dos años que Eddie ya no estaba, no quedaban manos familiares que le masajearan los dolores con ungüento chino Tiger Balm. Durante los meses de invierno, a menudo se sentía encerrada en casa, demasiado intimidada por el frío para aventurarse a salir. Y así pues, les cedió el apartamento a Beverly y sus cuatro hijos y se marchó en pos del clima más cálido de Georgia y de los amigos y parientes dispersos que todavía le quedaban allí. Era asombroso cuántas de sus amigas ahora eran gordas, o bien estaban ciegas y diabéticas, propensas a caminar con bastones y andadores. Y que contemplaban a Agnes con recelo:

—¿Qué fuente de la juventud has encontrado?

—Fuente de la juventud —decía Agnes, mirándose las zapatillas deportivas desgastadas

Aerosoles—. He vivido media vida en Nueva York. Llegado este punto, ya creo que nací para caminar.

En aquellos momentos se alegraba de haber alquilado un pequeño apartamento de una sola habitación desde el que se podía ir andando a la biblioteca de su barrio. Se alegraba de haberse comprado un Saab de segunda mano de color verde bosque que le permitía cuando era necesario ir en coche al Whole Foods o al mercado semanal de hortalizas y hacer recados por sí misma. No era una mujer religiosa, pero al levantarse por las mañanas, siempre rezaba una plegaria silenciosa: «Dios, bendíceme estos brazos y piernas».

Agnes Christie trabajaba de voluntaria en la biblioteca local tres días por semana. Dos días por semana daba clases de inglés como segunda lengua a algunos de los inmigrantes mexicanos que habían venido a Buckner County para trabajar en la planta de procesado de pollo que había cerca. Había sido idea de Beverly que Agnes se apuntara a sacarse el certificado de enseñanza de inglés para extranjeros antes de mudarse al Sur. «Mamá —le había dicho Beverly—. Te imagino yéndote a vivir allí y deprimiéndote si no tienes nada que hacer.»

Pero fueron su hija menor, Claudia, y el marido de Claudia, Rufus, quienes la matricularon a las clases para sacarse el certificado y se las pagaron y corrieron con los gastos de su vuelo y de su mudanza a modo de regalo de despedida.

Un niño negro de diez años entró en la biblioteca y pidió un libro titulado *La piedra maganética*. Al principio Agnes buscó en el catálogo on-line de ciencia, pensando que quizá se tratara de alguna piedra que ella no conocía. Pero al tercer intento examinó el catálogo general y encontró el título *La piedra mágica*. Le dio la vuelta al monitor del ordenador para que el niño lo viera y le señaló el título:

—¿Quieres decir *La piedra mágica*?

El niño parpadeó. Tenía la cara angulosa y unos ojos que a Agnes le parecieron demasiado pequeños para su cabeza.

—Sí, ése —dijo.

Por pura curiosidad —a Agnes no le gustaba considerarse cruel—, dejó caer dos monedas de veinticinco centavos, tres de diez y una de uno en el suelo de linóleo. Vio rodar las monedas y esperó a ver si al niño le habían enseñado lo suficiente como para recogerlas.

—¿Y cuánto dinero tenemos aquí? —dijo en tono risueño.

La última moneda le calentó la palma de la mano. De pie frente al mostrador, el niño contó ochenta y un centavos, articulando en silencio las palabras mientras contaba. Agnes lo miró y trató de sentir compasión de la misma forma en que intentaba no jactarse de sus hermosos nietos Elijah y Winona, que a los dos años ya sabían leer, restar y sumar. Contemplando a aquel niño, a Agnes se le despertó un regusto amargo en la garganta, como cuando te comes un kiwi que se ha puesto malo. La estupidez del niño la hizo acordarse de sus nietos más precarios: Minerva,

Peanut, Keisha y Lamar. En los días malos de la biblioteca, cuando los niños hacían ruido y alborotaban y ella tenía que llamar al guardia de seguridad para hacerlos salir o hacerlos callar, a menudo Agnes contenía la respiración y se preguntaba qué iba a ser de los hijos de su hija Beverly. Llevaba sin verlos desde Navidad.

—¿Cuántos años tienes, cielo? —preguntó Agnes.

—Diez —dijo el niño.

Ella había calculado bien. Agnes le dijo al niño que se quedara las monedas y le pasó discretamente un billete nuevo de un dólar. Al salir del trabajo caminó cinco manzanas hasta la oficina de correos de Buckner County, y a modo de penitencia mandó una tarjeta en la que ponía OS ECHO DE MENOS. Dentro de la tarjeta había cuarenta dólares, diez para cada uno de los hijos de Beverly.

Dos días después de sacar *La piedra mágica*, el niño volvió a la biblioteca y le pidió a Agnes que le comprara una chocolatina para la campaña de recaudación de fondos de su escuela. Ella le compró cuatro barritas de chocolate con leche y le dijo que no volviera a molestarla. La Purvis Middle School estaba en la acera de enfrente de la biblioteca de Buckner County. Tres veces por semana, unos cuarenta minutos antes de cerrar, el director de la escuela siempre pasaba para reclamar las pilas de libros de no ficción. Wilson Tart se demoraba un buen rato ojeando la sección de deportes antes de acercarse al mostrador de información con un par de biografías de deportistas, la mayoría de los antiguos jugadores de la Liga Negra de Béisbol, como el Babe Ruth negro, Josh Gibson. Agnes compartía el amor del director Tart por la no ficción, pero sus intereses iban más por el terreno de la flora y la fauna nativas, las marismas costeras y la vida animal que se refugiaba allí.

No había pensado que pudiera haber ningún hombre después de Eddie. Agnes tampoco lo quería. Pensaba que si Wilson Tart se enteraba de su edad, seguramente se apartaría de ella e iría a por alguien más joven. Rechazó su primera invitación para ir al festival de jazz de Buckner County —los festivales de jazz la ponían tristísima—, pero sí que aceptó ir a almorzar al bufé libre del Longhorn Sunday. Pronto adoptaron la costumbre de almorzar juntos todos los domingos. Mientras se comían unos platos atiborrados de tilapia, un pescado que los dos estaban de acuerdo en que apenas sabía a nada, Wilson le preguntó si no le parecía que los jóvenes de hoy en día eran considerablemente apáticos y si quizá algo en ellos no habría quedado contaminado para siempre.

—Agnes —le dijo, sacando con su cuchara el relleno de la tilapia—, a veces se ponen hechos una furia si los tengo que poner en su sitio.

Wilson era un hombre calvo y bien afeitado de sesenta y pocos años. Había perdido el pelo a los veintinueve. Su pelo había sido su orgullo y su alegría, un halo de rizos naturales que no

requerían cera para ondular Dudley’s ni tónico Jheri. A veces todavía se llevaba la mano a los rizos que ya no tenía.

Le explicó que el proceso de poner a los chicos en su sitio era casi siempre verbal, aunque cuando la ocasión lo pedía, se llevaba al alumno a su despacho, donde no había cámaras, y le arreaba un buen pescozón.

—¿Cómo te atreves a hablarme de esa manera, chaval? —Wilson representó el acto de zarandear a un alumno—. Mi querida abuela me habría despellejado por menos.

—Como uno de ellos te denuncie —lo avisó Agnes—, se habrá acabado tu larga y distinguida carrera.

Wilson cambió de postura en el asiento tapizado del reservado.

—Nadie me ha denunciado aún. Esos capullines necesitan disciplina.

A Agnes nunca le habían aplicado disciplina de niña. Y ella tampoco les había dado azotes a Claudia ni a Beverly. Los azotes se los dejaba a Eddie, que no se permitía dárselos más que en muy contadas ocasiones. Y sus dos hijas les habían salido bien. La primera había sido la más necesitada de atención. Beverly había venido al mundo necesitando algo que Agnes nunca había sido capaz de darle: un amor abisal que hurgaba con el hocico en todo lo que miraba y tocaba. Exigía amor con una actitud alegre que agotaba la energía de Agnes, por entonces una madre joven que acababa de escaparse de Buckner County y estaba familiarizándose otra vez con los sentimientos humanos. Su otra hija, Claudia, había llegado cuando ya estaba en una situación mejor. Cuando ya tenía la distancia suficiente entre lo que había pasado en Damascus Road y la persona que Agnes creía que podía ser. Agnes honraba el recuerdo de Claude amando a Claudia como la habría amado Claude si hubiera sido suya.

—Tiempo —le dijo a Wilson—. A veces, los jóvenes necesitan tiempo en vez de disciplina.

Wilson Tart contempló a Agnes. Siempre estaba contemplando a Agnes.

—Hay sesión matinal de cine en el centro comercial. Si nos saltamos el postre, quizá lleguemos a tiempo. O podemos ver una película en mi casa.

«Bendito sea», pensó Agnes. Wilson Tart la deseaba. Los hombres y las mujeres siempre la habían deseado. Le sentó momentáneamente bien a su vanidad ver la expresión esperanzada en la cara calva de Wilson Tart. Era bueno tener compañía en la vejez.

—La semana que viene, Wilson. —Agnes sonrió—. A las ocho tengo una cita para hablar por teléfono con mi hija pequeña, Claudia. No quiero tener que volver corriendo a casa.

Preguntas, preguntas, preguntas.

—Mamá, ¿cómo quieres a alguien lo bastante? ¿Cómo quisiste lo bastante a papá?

Hacía unos días, Claudia había despertado a su madre en plena noche.

Sentada en la cama con su camisón de cuadros con las iniciales bordadas, Agnes se quedó aliviada de que la llamada de medianoche de su hija no fuera para comunicarle que había muerto nadie.

—Cariño —dijo Agnes, mientras la mirada se le acostumbraba a la oscuridad del dormitorio y a la luz azul que emanaba del móvil—. No tuvimos tiempo para plantearnos esas cosas. Y tampoco deberías tenerlo tú.

Pero cuando Agnes colgó el teléfono, las preguntas de Claudia no la dejaron dormir. Aquella idea de querer a alguien *lo bastante* en vez de quererlo en el momento y aferrarse a la verdad de aquel amor porque nunca sabes qué día de tu vida será el último... Eddie se había pasado los años de formación de su matrimonio en Vietnam. Había odiado aquella guerra, pero por razones que ella en su mayor parte desconocía, se había vuelto a alistar. Eddie era un hombre errante y evanescente, incluso cuando Agnes lo tenía delante. Simplemente, era su temperamento.

Cuando Claudia volvió a sacarle el tema, Agnes le preguntó a su hija qué problema tenía exactamente.

—¿Todavía quieres a Rufus?

—Esto que ha pasado con Winnie... —dijo Claudia—. Ella está mejor, y estamos trabajando en el problema, mamá, pero a veces me da la sensación de que no nos conocemos de nada.

—Menuda tontería...

—No —dijo ella—. No lo es, mamá. ¿Tú nunca sentiste que papá y tú os habíais distanciado?

—¿*Para qué* queréis conoceros?

—Es lo que hacen las parejas.

«Hoy en día la gente cree que necesita saberlo todo de su pareja», pensó Agnes, pero lo que le dijo a Claudia fue:

—Hay cosas que no estamos destinados a saber. Ve con mucho cuidado. No estrangules el misterio que hay en el amor.

Cuando Eddie estaba en Vietnam, a Agnes le resultaba perfectamente natural entrar en un bar de noche y pedirse un cosmopolitan. Dejaba a las niñas en casa de la madre de Eddie para que pasaran allí la noche y se daba a sí misma un respiro. Se sentaba sola en un taburete y contemplaba la escena hasta que se le acercaba otra mujer. Agnes nunca tenía que esperar demasiado a que le viniera alguna chica. Se levantaba y los zigzags del estampado de su vestido ajustado se mecían con ella.

—He estado aquí todo este rato esperando a una amiga —mentía.

Y si la mujer intentaba entablar conversación con ella o atajar su impulso repentino de marcharse, Agnes se reía y respondía con un encogimiento de hombros a su ofrecimiento de pagar la cuenta.

—Creo que mi amiga estaba intentando decirme algo. Al invitarme a venir *aquí*. Debía de estar intentando decirme algo.

Se apretaba el cinturón del vestido ajustado sin perder de vista a las mujeres que bailaban piernas abiertas, piernas cruzadas, piernas abiertas, piernas cruzadas al compás de *I'll Take You*

There de los Staples en la pista de baile, o que se congregaban en grupitos alrededor de la mesa de billar de tapete rojo.

Y a veces, con mucha menos frecuencia, aunque con más frecuencia de lo que la memoria le permitía admitir, se apoltronaba en el taburete del bar y le pedía otra copa a la camarera.

—¿Por qué no subimos un poco el ritmo? Esta vez me tomaré un sidecar. Eloise debe de estar al caer.

—¿Qué aspecto tiene?

Y aquello iniciaba una conversación con la mujer que estaba a su derecha o a su izquierda.

—Oh —decía Agnes, apoyando los brazos adornados con pulseras en el borde de la barra—. Metro sesenta y cinco, piel de color caramelo blando, lo que se llama dulce de leche. Supongo que llevará chaleco de cordoncillo y pantalones de tobillo estrecho y alguna clase de sombrero de fieltro.

Entre sorbos del Cointreau, zumo de limón y coñac que había en su sidecar, Agnes les contaba cómo había conocido a Eloise. Que Eloise había sido a efectos prácticos una huérfana que alguien les había dejado en la puerta a sus padres. Y que habían compartido habitación durante la adolescencia antes de distanciarse. El humo de cigarrillos del bar proporcionaba una pantalla lo bastante espesa para las verdades a medias y las mentiras a medida de Agnes.

—La gente hace unas tonterías tremendas cuando se siente sola —dijo Agnes—. Como coger el teléfono para llamar a antiguas amantes a las que deberías dejar en paz o a amigas que ni siquiera son sus amigas.

En momentos al azar sonaba el teléfono de la casa de Eddie y Agnes Christie en el sur del Bronx: en meses, días y horas al azar. Casi daba la impresión de que el aparato tenía mente propia. Por supuesto, había dedos haciendo girar los agujeros del dial o pulsando los botones. Agnes sabía que era Eloise antes incluso de que ésta empezara a hablar.

—Sé que hay alguien ahí —decía Agnes, tapando el auricular y mirando por encima del hombro para asegurarse de que sus hijas no la oyeran.

Más respiración.

—¿Quién es?

—Nadie que importe —decía Eloise Delaney—. Cuelga el teléfono.

—Colgaría —decía Agnes— si entendiera por qué cierta gente insiste tanto.

—Por amor —susurraba Eloise.

—No sé nada del tema.

—Sí, supongo que el amor es mi cruz.

—Eloise, haces mal llamándome a casa.

—¿Y adónde debería llamarte, Agnes?

—A ningún lado.

—¿Cuándo puedo verte?

—Me ves todos los días —dijo Agnes—. Estira el brazo. En la nada.

Siempre llegaba un momento de la noche en que hasta la pretendienta más decidida miraba a Agnes con ojos cansados y se levantaba para ir a perseguir otras opciones. En el Hazel's, un bar lésbico y racialmente mixto que había en el West Village en 1972, Sandy Simmens se sentó a escuchar a Agnes durante cuarenta y cinco minutos largos antes de meterse la mano en el bolsillo y sacar una lima de uñas y un cortaúñas. Era la forma en que Sandy había aprendido de niña a refrenar su rabia cuando alguien la llamaba bollera o tortillera. O machorra. Se cortaba con tranquilidad las uñas antes de que empezara la pelea, a fin de que su adversario tuviera un momento para echarse atrás y de que ella tuviera un momento para plantearse si iba a ser la vencedora o la víctima.

«Oye —le dijo Sandy Simmens a Agnes—. Nadie quiere escuchar esas patrañas. Te puedes quedar sentada aquí sola o venirte a casa conmigo para que te folle.»

A Agnes le gustaron los modales francos de Sandy Simmens. Igual que su afro casi rapado y su camisa blanca almidonada y metida por dentro de unos vaqueros Halston de color civeta abrochados con hebilla. Estuvo muy a punto de decirle a Sandy Simmens que le recordaba mucho a Eloise.

Por regla general, Agnes nunca se acostaba dos veces con la misma mujer. Pero Sandy la besó. Y la chupó. Y se frotó contra ella. Y coqueteó con ella, tocándole notas en el cuerpo un poco a la manera de los músicos de jazz que hacían *jams* en el restaurante de la segunda planta del Hazel's, aquel restaurante en el que Agnes nunca ponía un pie porque el jazz la ponía tristísima y porque el aroma del pollo, las gambas y el pescado que los dueños rebozaban con harina de repostería para hacerlos más ligeros bajaba por las escaleras y se mezclaba con los cigarrillos mentolados del Hazel's, de forma que el olor se le pegaba a la ropa y la obligaba a pasarla por la lavadora dos veces o tres para quitarle el aroma a aceite quemado.

—Fuera quien fuera, te enseñó bien —dijo Sandy, inclinándose por encima de la cama doble para coger una cajetilla de cerillas Morton.

Por las ventanas que daban a la terraza del pulcro apartamento de un solo espacio de Sandy entraban los ruidos de la calle.

—¿Qué te hace pensar que alguien tuvo que enseñarme nada?

Agnes, repentinamente tímida, se enrolló las sábanas alrededor de los hombros desnudos.

—Relájate —le dijo Sandy, apoyando el codo en una almohada plana—. Tenemos que repetir esto. Cenar o algo así.

Conocía a hombres en el Sur que abandonaban a sus esposas e hijos. «Pobre Eloise.» A criaturas que se quedaban asomadas a ventanas con cortinas esperando a que volvieran a casa su madre o su padre, casi siempre el padre. Eloise había sido una de aquellas criaturas, aunque por entonces ella, Agnes, había estado demasiado ensimismada para darse cuenta. Sí, sí, Agnes

conocía a hombres que aparecían de vez en cuando para ver a sus vástagos y comprarles una bolsa de palomitas o comprarles unas galletas de la cubeta de la tienda de la esquina. Agnes no había sido una de aquellas criaturas. Era la hija de un diácono, que es algo completamente distinto.

Agnes asaltó a Sandy a besos y luego dio un rodeo para volver a su casa del Bronx, es decir, se fue hacia el sur, en dirección a Brooklyn, antes de virar al norte hacia el Bronx y coger un taxi ilegal en Arthur Avenue. Vería tres veces más a Sandy y después volvería a encerrarse en casa.

Conoció a Eddie Christie en 1967. Los dos estaban invitados al banquete postergado de la boda de la prima hermana de Agnes, Charlotte Applewood, un almuerzo de tarde de domingo en casa de los padres de Agnes.

—Tienes una nube encima de la cabeza —le dijo Eddie Christie, y se puso a dar saltos sobre el césped largo y verde para disipar las nubes.

Agnes estiró el largo cuello hacia las alturas, pero no vio más que el cielo azul.

—Una nube luminosa de pena.

—Vete —le dijo Agnes.



La verdad era que estaba poniendo su mejor fachada. No estaba de humor para almuerzos ni para fiestas.

—Pom, pom —dijo él, moviéndose en círculos alrededor de las mesas y sillas del patio, apartando nubes a golpes.

Agnes refrenó un fuerte impulso de darle un guantazo que lo mandara a explorar otros planetas.

Un mes antes, Edward Christie había hecho de padrino y testigo de la boda de Charlotte y Reuben Applewood en Las Vegas. Ahora aquel hombrecillo de piel oscura estaba machacando la

hierba exuberante de la familia Miller con sus relucientes zapatos militares y su uniforme de la Marina de botones dorados. Agnes pensó que parecía un pingüino de color azul marino.

—Me estás molestando —le dijo en tono cortante.

Eddie estiró el brazo para quitarle otra nube, pero se detuvo en mitad del gesto cuando se dio cuenta de que se estaba formando cola frente a la fuente del ponche. Agnes vio cómo sus talones tocaban el suelo y cómo giraba sobre sí mismo en dirección noroeste, abandonándola por completo y yendo de mesa en mesa para recoger los pedidos de las señoras beatas que había allí sentadas. Era primavera y las azaleas rosas florecían por todas partes, aunque en ninguna parte más que en los estampados florales de los vestidos de las señoras. Eddie se inclinó para escuchar con atención mientras las viejitas le susurraban al oído. Agnes se imaginó lo que estaban diciendo. «¿De dónde has dicho que eras, cielo? Pero qué muchacho más majo. ¿Les podrías llevar este sobre a los novios? No hay mucho, pero quizá les llegue para un juego de ollas Corningware.» Eddie Christie no parecía aburrido en absoluto ni fastidiado porque le hicieran perder el tiempo, pero Agnes sabía, *simplemente sabía*, que las viejitas tenían el aliento caliente y húmedo, una mezcla desagradable de saliva con las pastillas de hierbas para la garganta que preferían al chicle de menta.

Agnes gravitó hacia la mesa de los postres. En el centro había un encantador pastel nupcial de tres pisos. La noche anterior se había quedado levantada hasta tarde para ayudar a su madre, Lady Miller, a recubrir el pastel con un rico glaseado de limón y mantequilla. Lady Miller se sacaba un buen dinero extra haciendo pasteles para los miembros de su iglesia. A veces hacía pasteles semanas antes de una boda y los almacenaba en el congelador del garaje. Pero aquel pastel para Charlotte, su única sobrina, estaba recién hecho.

—Últimamente has estado durmiendo un poco demasiado —dijo Lady Miller, rociando con agua tibia la manga de glasear para que el pastel no tocara el glaseado e hiciera migas.

—He estado cansada.

—¿Seguro que no hay nada más?

Hacía tres semanas que Agnes había roto con Claude Johnson. Desde entonces su madre había estado intentando sonsacarle una explicación.

—Mamá —dijo Agnes—. Quédate tranquila. No estoy embarazada.

—¿Es por ella?

Agnes metió el dedo en el glaseado. Algo que sabía que su madre desaprobaba.

—Ponle un nombre a ella.

—Eloise —dijo Lady Miller.

Era su madre quien le había pedido a Eloise que se marchara.

—Eloise Delaney es la menor de mis preocupaciones —dijo Agnes.

Había querido a Claude Johnson más que a nadie. Quizá, posiblemente, aún más que a Eloise, pero esto era algo que su madre no podía entender. Y Agnes no tenía ni el vigor ni los medios para hacérselo entender.

Eddie Christie terminó de servir copas y siguió a Agnes hasta la mesa de los pasteles comiendo nubes igual que un tragafuegos se traga el fuego. Agnes se giró en redondo y le miró el interior de la boca. Por un momento le vio vapor de nube en el aliento. Él hizo una reverencia galante, tragó con fuerza y se bamboleó de forma tan exagerada que Agnes sonrió. Era la primera vez que sonreía desde Damascus Road. Sonrió porque Eddie era bajito y feo y le recordaba a aquel escritor negro cuyas obras leían en clase de literatura inglesa del Buckner County College: James Baldwin. Con la diferencia de que Baldwin, por lo que Agnes sabía, era delgado. Eddie Christie, si no se andaba con cuidado, se podía poner gordo. ¿Pero qué tenía? Tenía algo adorable.

—Bueno, ya he echado droga en el ponche —dijo—. Y estoy listo para el pastel.

Una voz lo llamó entre la concurrencia: «¿Eddie? ¿Eddie, cariño?». Igual de deprisa que se había comido los remolinos de nubes se volvió a retirar, en pos de otra tarea. Agnes esperó a que Charlotte y Reuben Applewood entrelazaran los brazos, cortaran el pastel de bodas y le ofrecieran cada uno el primer bocado al otro. A Agnes le pareció todo primoroso, igual de primoroso que el moderno vestido amarillo con miriñaque que llevaba Charlotte. Las mujeres de la familia Miller tenían talento para la confección, o incluso esplendor. Todas las mujeres de la familia Miller se casaban bien.

—¿Quién has dicho que era? —le susurró Agnes a Charlotte Applewood, señalando con la cabeza a Eddie Christie.

—Es el primo de Reuben, Eddie.

Reuben Applewood era apuesto. Meticuloso. Lo mirabas desde cinco ángulos distintos y quedaba bien desde todos ellos. Reuben y Agnes habían asistido a la misma escuela católica. Sus padres veneraban al mismo Dios. Lo vio caminar con elegancia hasta una mesa para abrazar a su tía Flora, que estaba ocupada abrazando a Eddie Christie.

—Pues Eddie y Reuben no se parecen en nada.

Charlotte se alisó los pliegues del vestido amarillo y se rio.

—Ya sabes que hay primos que se parecen como gotas de agua y primos de pura amistad que son igual de íntimos.

«Qué gran verdad», pensó Agnes. La gente llevaba toda la tarde diciéndole que iba a ser la siguiente en pescar marido. Que Charlotte y ella parecían gemelas. Agnes había intentado no ofenderse.

—Bueno —dijo Agnes por fin—. Es incapaz de estarse quieto. Y no me gustan los hombres pequeños.

—Agnes —dijo Charlotte—. No recuerdo haberte preguntado qué te gusta ni quién te gusta. —Tampoco mencionó el hecho de que Agnes había cortado dos porciones de pastel.

Siempre había existido cierta distancia entre las dos primas, ni de niñas sabían jugar la una con la otra. «Saca los juguetes que has guardado», le decía Charlotte a Agnes. Como eran hijas

únicas, les enseñaban a guardar sus cosas favoritas antes de que llegaran las amistades: los juegos de té de porcelana en un estante alto, los juegos de té de plástico desplegados en la mesa, la muñeca bebé del año pasado sobre la cama y la muñeca bebé que lloraba y hacía pis en el baúl de madera de cedro. Y cuando Agnes se negaba a volver a sacar su juego de té de porcelana en miniatura, Charlotte le tiraba de la coleta hasta que intervenía una de sus madres.

La distancia geográfica les traería algo parecido al afecto. La familia de Charlotte se mudó a Ohio cuando las dos niñas tenían ocho años.

Cuando se terminaba la fiesta, Eddie y Agnes se pusieron a jugar a dar vueltas sobre sí mismos, aun mientras se comían el pastel de mantequilla y limón.

—¿No puedes quedarte quieto? —le dijo Agnes en tono burlón, aunque ella se tambaleaba del mareo más que él—. Estoy empezando a pensar que es verdad que has echado droga en el ponche.

Eddie sonrió.

—Quedarme quieto me supone un problema.

Se fijó en la dentadura blanca y perfecta de Eddie. Era uno de los pocos rasgos bonitos que tenía. Eddie le dijo que se marchaba a Vietnam seis semanas después.

—La próxima vez que nos veamos quizá necesite que seas tú quien me disipe unas cuantas nubes.

Como no se le ocurrió nada reconfortante que decir, Agnes se quitó los zapatos de tacón. Sin ellos, era casi igual de alta que él. Caminaron entre las sillas de jardín plegables de los padres de ella. La magia de lo que sólo unas horas antes había sido una fiesta chispeante se evaporó; las cigarras salieron a cantar.

Cuando las sillas estuvieron plegadas, Eddie las llevó al pequeño cobertizo que los padres de Agnes usaban para almacenar la nevera, la parrilla y los muebles de jardín durante el invierno. Su madre los miró con aprobación. El diácono y Lady Miller se sintieron aliviados de ver que Agnes hacía algo que no fuera dormir.

—Alguien ha tenido la magnífica idea de pavimentar nuestro jardín en el Bronx —dijo Eddie —. Lo primero que voy a hacer cuando vuelva a casa es arrancar el pavimento. Joder, quizá hasta ponga un césped como éste. Quizá incluso deje un trozo para jugar a la petanca.

Agnes nunca había oído hablar de la petanca. Eddie le contó que era un deporte de la familia de los bolos que ya se jugaba en la antigua Roma. Le contó que los italianos jugaban a la petanca en los patios de sus casas y en los parques del barrio e imitó el gesto de tirar una bola de petanca y soltó una palabrota en italiano cuando erró el tiro. A Agnes le gustaba que hablara italiano. Y fue entonces cuando se les ocurrió ir en coche a Sears y a JCPenney para ver si podían encontrar un juego de petanca.

—Así puedes jugar y acordarte de mí —dijo Eddie.

Sears y JCPenney resultaron ser una pérdida de tiempo —ninguno vendía juegos de petanca —, pero los dependientes les dijeron que estarían encantados de encargarles uno. El fervor del momento se disipó, pero su hambre era real. Habían comido bastante en el banquete de boda, pero Agnes llevó a Eddie a un pequeño asador que le juró que servía las mejores chuletas del pueblo. Eran las diez de la noche cuando Eddie aparcó delante de la casa de los padres de Agnes. A través de los ventanales se veían las siluetas del diácono y Lady Miller viendo la tele.

Eddie dejó el coche en punto muerto. El viejo Buick era de su padre. Había usado aquel coche para ir desde el Bronx hasta Georgia.

—Voy a tener que mandarte un juego de petanca por correo, o quizá vas a tener que venir tú a Nueva York.

Agnes asintió con la cabeza y empezó a salir del coche sin despedirse ni nada. Antes de que sus pies tocaran la acera, rompió a llorar. Eddie, que no había tenido tiempo de salir y abrirle la portezuela, se inclinó hacia ella y le puso la mano en el hombro.

—¿Qué te pasa, Agnes? —le preguntó.

Agnes abrió la boca, pero no tenía palabras para contar lo que le había pasado en Damascus Road. Quería contarle a Eddie que había mirado a izquierda y derecha en dirección a los árboles que crecían alejándose de la ciénaga en busca de la luz del sol. Que parecía haber serpientes negras colgando de las ramas; ¿acaso la habían engañado sus ojos? Que había mirado el cielo y el cielo parecía interminable. Y el corazón le había dado un vuelco, se le había escapado del pecho por la boca y se había ido con Claude Johnson. ¿Qué le estaría haciendo aquel agente?, se preguntó. ¿Y dónde estaba Dios? ¿Acaso Dios estaba afónico aquella noche? ¿O quizá, quizá tenía los ojos demasiado soñolientos? Los animales, las criaturas que rondaban por las ciénagas, ocuparon el lugar de Dios y fueron testigos. Sí, sí, quería contarle todo esto a Eddie Christie, pero lo único que podía decir era que la ropa le daba placer: la tela de calidad, la forma en que la seda le rozaba la piel, lo bonitos que eran el tul y el encaje, o una falda de lana plisada, un vestido de verano, de algodón puro, ondeando, movido por la brisa, levantado por el viento. De niña había coleccionado patrones —*Redbook*, *McCormick*, *Simplicity*, *McCall's*— y los había desplegado sobre la alfombra de su dormitorio, de rodillas, había sentido el peso de las tijeras para tela en sus manos mientras trazaba el contorno del patrón y luego lo cortaba, dando forma a algo que no la tenía. ¿Pero qué era la ropa, más que una excusa *a posteriori*, una coartada? Las cosas endebles no ofrecían protección real. Un sheriff se gira y dice: «Señorita, si no se quita la ropa, se la quitaré yo. Mejor usted que yo, señorita. Ese vestido debe de haberle costado una pequeña fortuna». Y era verdad; lo había elegido en Fine's para el festival de jazz al que iban a asistir Claude y ella. «Mira, Agnes —le había dicho Lady Miller—. Éste, ¿no es precioso?»

Eddie le dio un pañuelo rojo que tenía en la guantera. La dejó que se quedara allí sentada en el asiento del copiloto, medio dentro y medio fuera del coche, rozando la acera con los pies. No estaba seguro de si debía intentar tocarla, quizá hacer un gesto para consolarla. No quería

molestarla de ninguna manera. No entendía todo lo que ella había dicho, pero sí entendía que a Agnes Miller le había pasado algo espantoso. Empezó a sudar, deseando poder borrarle aquello de la memoria.

—Hay cosas que necesitas saber del Bronx —le dijo Eddie por fin, después de lo que le pareció un rato muy largo—. El Bronx es feo, pero puede ser un sitio maravilloso para vivir.

Agnes pensó que aquel hombre bajito podría estar perfectamente describiéndose a sí mismo. Su primer impulso fue escabullirse, huir, pero no podía soltar el pañuelo de Eddie Christie por nada del mundo.

Todos los jueves por la tarde en Buckner County, Georgia, Agnes Christie y Charlotte Applewood arrancaban malas hierbas de las tumbas de unos parientes a los que nunca habían conocido pero a quienes ahora se encontraban cuidando en el más allá. Las dos ancianas compartían la pérdida de sendos buenos maridos, ninguno de los cuales estaba enterrado en el cementerio episcopaliano de Saint Andrew. El marido de Agnes había muerto dos años antes de cáncer de hígado. El amor de Charlotte, Reuben, había muerto de repente de un aneurisma. Y así pues, aquellas dos mujeres, que de niñas apenas se habían soportado, ahora se veían de vez en cuando y eran buenas amigas. Paseaban por el centro comercial en los días de lluvia para mantener la tensión controlada y evitar la diabetes. Al principio empezaron a cuidar el cementerio de Saint Andrew para estructurar sus días, y más adelante porque, cuanto más se aventuraban en él, más cosas descubrían acerca de los antepasados que había sepultados en las tumbas.

El cementerio compartía espacio con una de las iglesias episcopalianas negras más grandes del Sur. Una iglesia construida por antiguos esclavos. De niñas, Agnes y Charlotte no habían conocido Saint Andrew porque sus madres se habían integrado en los templos de sus maridos, abandonando el adusto culto episcopaliano por los más animados servicios religiosos metodistas y baptistas. Agnes y Charlotte se habían casado con hombres que seguían la fe católica, pero Agnes no iba a ninguna iglesia. Aun así, nunca se opuso a que Eddie llevara a las niñas a misa los domingos (si ellas querían). Los niños necesitaban cosas en las que creer, pensaba Agnes, para aquellos momentos en que no creían en nada.

—¿Cómo están tus hijas? —le preguntó Charlotte a Agnes.

—Bien —dijo Agnes—, por lo que yo sé.

No quiso contarle a Charlotte que estaba preocupada por el matrimonio de Claudia. Ni tampoco que no sabía nada de Beverly desde que le había mandado cuarenta dólares dentro de un sobre. A Agnes le parecía que Beverly podría tener la decencia de coger el teléfono para darle las gracias. O hacer que llamaran los niños. Agnes era una jubilada con pensión fija. No le sobraba precisamente el dinero.

—¿Y Gideon y Lonnie? —Agnes preguntó por los hijos ya adultos de Charlotte.

Charlotte paró un momento de arrancar hierbas.

—Me gustaría que llamaran más, o por lo menos que me visitaran.

—Les gusta vivir su vida, Charlotte —dijo Agnes, pero una parte de ella se alegró de oír que los queridos hijos de su prima tampoco se ponían en contacto con ella a menudo.

—Gideon y su compañero van a adoptar a una niña de Nairobi —anunció Charlotte—. Tiene unos seis años, más o menos la misma edad que el hijo de Lonnie.

Agnes examinó la cara de Charlotte en busca de algún indicio de cómo se sentía su amiga porque su hijo fuera gay. ¿Estaba Charlotte decepcionada por no tener una nuera? ¿Cuántas veces se habrían quedado Charlotte y Reuben despiertos por las noches hablando de los hábitos de su hijo? ¿Cuánto sueño habían perdido? Y encima viviendo en San Francisco.

—¿No pueden adoptar un bebé? Quién sabe qué clase de problemas puede tener un huérfano de seis años —dijo Agnes.

En el pasado, la campiña que rodeaba Saint Andrew había sido un refugio para hippies deseosos de volver a la naturaleza. En algunas parcelas todavía se cultivaba marihuana además de calabacines, mostaza verde y tomateras. Pero últimamente habían empezado a brotar casas nuevas en la zona, casas idénticas de clase media con pinta de salir volando en cuanto hubiera una buena ventolera. No era infrecuente ver pasar a un hombre negro con ropa de vaquero y montado en su caballo blanco, ni oír el silbato de los trenes de carga que llegaban por las tardes.

—Un bebé también trae preocupaciones —dijo Charlotte, incorporándose de golpe.

Normalmente Charlotte habría ayudado a Agnes a levantarse, por la artritis que a veces le trababa las articulaciones. Hoy prefirió que Agnes se pusiera de pie ella sola. Agnes y ella habían estado toda la vida volando en círculos la una en torno a la otra, y aquel ir en círculos había dejado a Charlotte triste y cansada. Charlotte le había dado un hijo varón a su marido, y aunque Agnes no podía explicar por qué, estaba segura de que Eddie también había querido un hijo. Agnes tenía la sensación de haberle fallado a Eddie en ese sentido y en otros.

—¡Y piénsalo! —dijo Charlotte—. El diácono y Lady Miller adoptaron a tu amiga Eloise Delaney. ¿Qué habría pasado si hubieran esperado a encontrar un bebé? Durante un tiempo fue como tu hermana. Más que tu hermana, ¿no? Fue tu mejor amiga.

Agnes se puso de pie con dificultad. Hoy Charlotte le estaba devolviendo todos los golpes.

—Llevo años sin ver a Eloise ni acordarme de ella —mintió Agnes.

Había visto a Eloise el año anterior. No hacía ni seis meses que había venido a Buckner County. Hasta habían almorzado juntas en Main Street. La comida había ido sorprendentemente bien, pero aquella noche Agnes había incumplido su promesa de verse con Eloise para tomar cócteles en su hotel. Se había quedado en su apartamento, había sacado hasta la última prenda de ropa que tenía y se había pasado la noche entera planchando. Era demasiado vieja para recordar cosas. Y Eloise era una maleta entera llena de cosas.

Ahora le llegó el turno a Charlotte de examinar la cara de Agnes en busca de indicios de verdad o de evasivas. Charlotte metió un puñado de malas hierbas en la bolsa de basura negra y

se obligó a suavizar la voz. ¿Era posible que Agnes no lo supiera?

—Supongo que no has leído el periódico esta mañana, Agnes —dijo Charlotte—. Han publicado la necrológica de Eloise Delaney.

—¿Esta mañana? —repitió Agnes.

—Eso me temo, prima. Sí.

Agnes cogió aire y lo mandó tráquea abajo.

En cuanto llegó a casa, Agnes se desplomó en la cama. El cuerpo le había quedado rígido y dolorido: las punzadas de una vida entera, tan fuertes y afiladas que a la mañana siguiente no pudo ir a trabajar, ni siquiera coger el teléfono para avisar de que estaba enferma. Tenía un millar de agujas recorriéndole el cuerpo, pinchándole en las articulaciones y en la piel, y sin embargo se negaba a darle al dolor el placer de verla llorar. En un momento dado consiguió ponerse de costado y pensó —*por un segundo*— que Eloise Delaney estaba en la cama con ella, mirándola igual que la miraba cuando eran niñas bobas y estúpidas.

«Lo siento mucho —gritó Agnes—. Lo siento mucho, Eloise.»

Fue Wilson Tart quien vino a su apartamento a ver cómo estaba cuando no se presentó en la biblioteca. Llamó a la puerta con los nudillos y le contestó el silencio. Un silencio del que se apartó instintivamente porque no quería ver muriéndose ni descompuesta a una mujer que había llegado a gustarle. Se acordó de que Agnes tenía una prima en el pueblo y llamó a Charlotte Applewood, que se presentó diez minutos más tarde con la llave que le había dado Agnes para casos de emergencia.

Charlotte telefoneó de inmediato a Beverly y a Claudia.

En el hospital le pusieron a Agnes un suero intravenoso y le dieron el alta aquel mismo día. Tenía las constantes vitales normales. Fuera lo que fuera que le pasaba, los médicos confirmaron antes de que llegaran Beverly y Claudia que no era nada físico.

—Tienes que salir de esta cama —le dijo Beverly, apartando las sábanas de su madre cuando Claudia y ella llegaron veinticuatro horas más tarde a Buckner County.

—A veces, cuando la gente mayor se pone triste —les había dicho el médico—, deja de comer. Y deja de dormir.

En el apartamento de Agnes, Beverly se mostró firme:

—Las camas son el enemigo de la gente mayor. Como te pases aquí un día o dos más de la cuenta, ya no te podrá sacar ni Moisés.

—¿Claudia? —dijo Agnes, mirando más allá de Beverly a la hija a la que siempre había amado; de la que había pensado que podría ser ingeniera, aunque suponía que ser académica también estaba bien.

Beverly se apartó y le dijo a Claudia:

—Toda tuya.

La impresión de ver a su madre en cama fue demasiado para Claudia.

—Tienes que escuchar a Bev —dijo.

—No hacía falta que vinierais, chicas —dijo Agnes.

—Bueno, mamá, ¿qué se supone que íbamos a hacer? —Claudia endureció el tono de voz, tal como había hecho su hermana—. ¿Dejar que te quedes en la cama y te mueras aquí sola?

Agnes contempló su habitación. Por primera vez reparó en que no había hecho gran cosa para que el dormitorio de su apartamento fuera acogedor. Iba a tener que colgar cuadros y cosas de ésas. No podía seguir viviendo en el limbo.

—¿Yo sola? No, tengo un par de amigas que me hacen compañía.

Claudia miró a Beverly. Se habían peleado a causa de su padre, pero ahora Beverly le puso la mano en el hombro a su hermana y preguntó:

—Mamá, ¿en qué año estamos?

—2010.

—¿Cuántos años tienes?

—Demasiados para mi gusto.

—¿Quién es el presidente?

—Un hombre negro. Su mujer se llama Michelle.

—Obama. Se llama Obama —añadió Claudia.

—Sé cómo se llama el presidente, Claudia. ¿Cómo están mis nietos?

—¿Cuántos tienes? —dijo Beverly.

—Lo podríamos haber dejado después del año —dijo Agnes.

—Rufus está viniendo en coche con Winnie y Elijah. Y Chico está trayendo a los hijos de Beverly.

—¿A todos?

Beverly asintió con la cabeza.

—Cuantos más, mejor.

—Dios me asista. Tenemos que hacer algo. Ya sabéis que soy muy maniática. No pueden verme así.

Y así fue como Beverly, Claudia, Rufus, Winona, Elijah, Minerva, Peanut, Keisha, Lamar y Chico fueron a Buckner County. A fin de ahorrar dinero, Agnes insistió en que se quedaran todos con ella, pero Claudia y Rufus quisieron alojarse en el centro, en uno de los hoteles *boutique* con vistas al río. Se alojaron en una suite familiar de lujo y después de dar un paseo por la ribera del río con los niños, Rufus consultó el perfil de LinkedIn de Hank Camphor y le mandó un correo electrónico para decirle que su familia y él iban a volver en coche a Nueva York pero quizá pararan en Raleigh por el camino; si a Hank le parecía adecuado. «En algún sitio neutral y donde los niños estén a gusto», dijo Rufus en su correo electrónico. Aquel mismo día había visto en el apartamento de su suegra varias planchas sobre la repisa de la chimenea. Había interpretado las planchas como un buen presagio y se había preguntado si la investigación que había reanudado

recientemente acerca de los cuentos populares celtas de la Bretaña lo estaría volviendo supersticioso. Claudia le dijo que no lo creía mientras se cepillaba los dientes y se ponía un salto de cama. Rufus tenía cierta predisposición a ser supersticioso de todas maneras, y un poco neurótico.

Igual que su madre, a Claudia nunca le habían gustado los picardías. Los saltos de cama ajustados le marcaban la figura. Era la ropa de dormir que prefería. Empezó a contarle a Rufus cuánto le había molestado que no hubiera fotos de ellas en casa de su madre. El apartamento le había parecido muy vacío, y es que su madre lo tenía todo en cajas, pero luego Claudia se acordó de las palabras de Agnes: no había que estrangular el misterio que hay en el amor. Quizá Rufus y ella pudieran salir una noche sin problemas. O sin quejas. «Si Winnie duerme la noche entera —dijo Rufus, levantando la vista de su ordenador para admirar el salto de cama color tiza de Claudia—. ¿Es nuevo?»

Por su parte, Beverly y los niños se alojaron en el Marriott. También compartían una suite, pero Beverly dejó abiertas las puertas porque Minerva había empezado a salir con un chico que vivía en su mismo edificio de Washington Heights. El novio, Julio, se había sumado al viaje. Beverly no estaba dispuesta a dejar a Minerva sola en el apartamento para que se quedara embarazada como había hecho ella de adolescente. El trayecto en coche había salido bien, porque ahora Beverly podía oír a Minerva y a Peanut en la habitación de al lado discutiendo acerca de lo que iban a ver por televisión, y Julio estaba intentando poner paz. Beverly pensó que a fin de cuentas Minerva no era una adolescente tan difícil. Se giró para decírselo a Chico, pero el viaje hasta Buckner County había sido muy largo para su novio. Había conducido todo el trayecto y ya estaba profundamente dormido; se había quedado dormido antes que los gemelos. Normalmente aquello habría enfadado a Beverly, pero necesitaba el silencio. Se le ocurrió que un día sería la matriarca de la familia. Y aquella idea la aplacó.

Agnes Christie les hizo a sus hijas y nietos y a sus parejas respectivas una visita guiada al cementerio episcopaliano de Saint Andrew. Recorrieron el recinto y llegaron a la iglesia blanca del siglo XIX y a la parroquia que antaño había sido una escuela de una sola aula para los hijos de los libertos. Minerva y Peanut no paraban de decir: «Un momento, ¿esto lo construyeron nuestros antepasados? ¿Esto lo construyeron nuestros antepasados?». Los niños más pequeños —Elijah, Winona, Keisha y Lamar— se contentaban con correr por ahí y jugar en la hierba de delante de la iglesia, dado que era una de las raras ocasiones en que jugaban todos juntos.

Estaban volviendo al pueblo cuando a los niños les empezó a gruñir el estómago y sus padres se pusieron a mirar los letreros de la carretera en busca de algún sitio donde comer deprisa y que ofreciera algo más que comida rápida. Los niños divisaron el pájaro enorme y pintado de colores vivos, un pájaro carpintero de Georgia, que había encima de un restaurante decorado como una

cabaña de troncos. El pájaro carpintero tenía un letrero en la boca: THE GREAT BYRD LODGE. ENTREN. ENTREN TODOS.

Agnes fue la primera en salir del monovolumen. Si vacilaba, se dijo, se disuadiría a sí misma de entrar en el restaurante. Entró en el Great Byrd Lodge y caminó hasta la barra de madera de roble donde el antiguo agente William Byrd concedía sus audiencias vestido con una camisa a cuadros rojos y blancos. El rojo de la camisa hacía juego con el rojo ardiente de su pelo. A los setenta años, el pelo del sheriff retirado centelleaba más todavía que a los veinticinco. Agnes se preguntó si conservaba aquel color de forma natural o bien se lo teñía, porque estaba segura de que antaño había sido rubio. Tenía las piernas arqueadas por la edad, y una parecía más corta que la otra. Era por el derrame cerebral que había tenido a los cincuenta y cinco.

Beverly y Claudia siguieron a Agnes al interior del restaurante. Sus nietos también entraron. Estaban toqueteando el móvil de Minerva y discutiéndo. En circunstancias normales, a Agnes le habría molestado que los niños armaran jaleo en un restaurante. En circunstancias normales habría cuestionado *la educación que les daban en casa*. Pero el Great Byrd Lodge no parecía un sitio donde importara cómo te habían educado en casa. A pesar de todo.

—Yo diría que en sus buenos tiempos debió de pesar por lo menos cuarenta y cinco kilos —dijo Agnes, mirando más allá del exagente Byrd, en dirección al caimán disecado que había en la pared.

Agnes no esperó a que él respondiera y fue a sentarse en uno de los reservados estilo rústico. Y se quedó allí a esperar su porción gratis de tarta.

El agente Byrd miró hacia la mesa donde Agnes estaba sentada. Se le iluminó algo en la mente, pero era algo borroso, encajado entre todo lo que había hecho y sido en la vida y todo lo que había anhelado o bien confiado en olvidar.

—Vaya —dijo cuando Beverly se acercó a la barra—. La señora lo ha clavado. ¿Sois de por aquí?

Beverly cogió un menú. Era una tarde tranquila. El restaurante tenía un puñado de clientes. Beverly se concentró en pedir comida para sus hijos antes de que se pusieran de mal humor.

—Mi madre nació aquí —dijo.

—Bienvenidos a casa —dijo él, sonriendo—. Acaba de ganar una porción gratis de tarta de pacanas.

—¿Estás bien, mamá?

Claudia tomó asiento en el reservado junto a su madre. Winona, Elijah y sus primos estaban apiñados en los reservados de enfrente. Claudia les echó una mirada a Rufus y a Chico y Rufus le indicó con un gesto que ya se encargaban ellos de los niños. Vino Beverly y se sentó delante de Agnes. Beverly también se fijó en el silencio de su madre.

—¿Mamá? —le preguntó Beverly.

Agnes estaba intentando imaginarse la vida que había tenido el caimán antes de alejarse demasiado de la ciénaga. Era un caimán macho, lo sabía porque lo había leído en el periódico, y era así como había adivinado su peso. Pero había cosas que no podía adivinar con tanta facilidad. Por ejemplo, cómo se había sentido el caimán antes de que el hombre del pelo anaranjado lo encañonara con su arma. ¿Acaso la bestia había tenido alguna idea de lo que iba a ser de él? ¿Había atacado o había actuado movido por el instinto?

Cojeando, el exagente William Byrd les trajo la tarta de pacanas. Agnes cerró los ojos con fuerza y apretó las manos de Beverly y Claudia más que cuando las hacía cruzar la calle de niñas. Esperó un segundo antes de abrirlos. El exagente William Byrd se había retirado a la cocina.

—Me alegro de que hayáis venido a cuidar de mí, chicas. Me alegro de que hayáis traído a los niños.

Luego Agnes sonrió y las miró batiendo sus largas pestañas. Podría perfectamente haber sido joven otra vez, en la flor de la vida: cuántas vidas y cuántos yos en un solo cuerpo.

—La tarta de pacanas es demasiado dulce para mí. Pero disfrutadla vosotros. Estamos *aquí*. Aprovechad.

Agradecimientos

Quiero dar gracias a mi editora, Alexis Washam de Hogarth; a su asistente, Jillian Buckley, y al equipo de publicidad y producción de Crown, que han puesto toda su alma y su corazón en ayudar a que *Lo que sembramos* llegue al mundo. También quiero dar gracias a Molly Stern. Estoy muy en deuda con mi agente, Ellen Levine, de Trident Media, por haber defendido esta novela desde el primer día (junto con Claire Roberts, Alexa Stark y Martha Wydysh). El Iowa Writers' Workshop me proporcionó un tiempo inestimable para escribir y estudiar con profesores que valoran la escritura: Ethan Canin, Samantha Chang, Charlie D'Ambrosio, Kevin Brockmeier, Allan Gurganus, Paul Harding, Margot Livesey, Ayana Mathis y Marilynne Robinson. Por su apoyo y sus agudos comentarios, doy gracias a mis compañeros del taller de Iowa Jen Adrian, Mia Bailey, William Basham, Charles Black, Jackson Burgess, Moira Cassidy, Yvonne Cha, Christina Cooke, Tameka Cage Conley, Susannah Davies, Amanda Dennis, Mgbechi Erondu, Jason Hinojosa, Maya Hlavacek, Eskor Johnson, Jade Jones, Aleksandro Khmelnik, Afabwaje Kurian, Maria Kuznetsova, Claire Lombardo, Lee Yee Lim, Paul Maisano, Magogodi Makhene, Daniel Mehrian, Melissa Mogollon, Grayson Morley, Derek Nnuro, Okwiri Oduor, Karen Parkman, Jianan Qian, Sergio Aguilar Rivera, William Shih, Kevin Smith, Lindsay Stern, Keenan Walsh, Dawnie Walton, Monica West, De'Shawn Winslow, David Ye y Michael Zaken. Gracias también a Joan Silber, Marcus Burke, Garth Greenwell, Van Choojitarom, Connor White y al poeta Ryan Tucker, a Kelly Smith, Connie Briscoe, Jan Zenisek y Deborah West.

Robin Christianson y su familia convirtieron la Historic Phillips House en un santuario durante los dos años que pasé en Iowa. La beca de posgrado Rae Armour West me permitió hacer investigación cuando regresé a casa. La beca del taller de verano de Tin House me dio la oportunidad de trabajar junto con Jim Shepard, y la residencia para artistas Jentel de Wyoming me suministró un espectacular escenario en las montañas para reescribir y abordar las correcciones.

Gracias a Daniel O'Rourke por compartir su inestimable experiencia y conocimiento de la Armada en Vietnam; al historiador Allen Steinberg por dejarme ir a su clase «La guerra de Vietnam en el cine» en la Universidad de Iowa; a Gregory y Michelle Owens, dos de las personas más inteligentes que conozco, por su amistad y sus comentarios; a Tim Cockey (en cuyos comentarios también he confiado mucho) y a Julia Strohm; a Nosquia Callahan por sus consejos para la investigación y por su conocimiento académico del tema de los afroamericanos

en Alemania; a la doctora Linda Brown, a Dorothy Roberts-Truell, y a Xavier Gunn por concederme entrevistas sobre el tiempo que pasaron en el extranjero con el ejército. Gracias a Brigitte Morel, Anthony Baggett y Andreas Mertens, que compartieron conmigo sus recuerdos en Berlín y me presentaron a Chuck Root. Gracias a Jake Schneider, Ben Robbins, Bennett Sims y Carina Klugbauer por hacerme una visita guiada privada del museo Schwules. Jean Morel fue mi asesor cultural y estético sobre la vida rural y todo lo relacionado con la Bretaña. Francena y Robert Edwards me explicaron la rutina diaria de la vida en una pequeña granja familiar. Gracias a Vicki Mahaffey por compartir su conocimiento de Joyce, a Christopher Dennis por compartir su conocimiento de Shakespeare y a Allie Croker por hacerme una magnífica visita guiada del Globe Theater de Shakespeare. Me detengo aquí para dar gracias nuevamente a Margot Livesey, Paul Harding y Magogodi Makhene por leerse borradores múltiples de *Lo que sembramos*. De'Shawn Winslow, Monica West, Claire Lombardo, Sasha Khmelnik y Mia Baily (con quienes hice todas las clases del taller y viajé de París a Berlín) ya son amigos míos para toda la vida.

Los libros *Bessie Coleman: The Brownskin Ladybird* de Elizabeth Hadley Freydberg y *Lee Krasner* de Gail Levin me ayudaron a entender a Bessie Coleman y a Lee Krasner (pioneras de sus terrenos respectivos). La obra *Black Sailor, White Navy: Racial Unrest in the Fleet During the Vietnam Era* de John Darrell Sherwood me ayudó a redondear los personajes de Eddie Christie y Jebediah Applewood. El artículo «Air Force Women in the Vietnam War» de la general de división Jeanne M. Holm y la brigadier general Sarah P. Wells's, y el Vietnam Women's Memorial me ayudaron a conocer la historia y la contribución de las mujeres del ejército norteamericano durante la guerra de Vietnam.

Y por último, si bien no menos importante, mi más profundo agradecimiento a mi familia y a mis amistades por su apoyo: a mis hijas, Nuala y Gaby, y a su padre, Brendan Mernin; a mi difunto tío Robert Booker; a mis hermanos Ronald, Jackie y Michael, y a mi sobrina, Tamala. Gracias a Drew Reed, Heather Gillespie, Bridget Battle, Gale Mitchell, Cassandra Medley, Janice Bennett, Steve Garvey, Vernell B. Jenkins, Liz Lazarus, Crystal y Martin Beauchamp, Tim Sanford, Lynn Connor y el grupo de Lost Lit, Kareem y Yuka Lawrence, Evan Smith, Tony Scott, Gaby Starr y familia, Lynn Nottage, Karen Duda, Julie y Matt Greenberger, Lynn Holst y Lucinda Williams.

Créditos de las imágenes

Por orden de aparición:

Delano, Jack, fotógrafo. *Descarga de patatas en una fábrica de almidón de Van Buren, Maine*. Oct. Fotografía. Procedente de la Biblioteca del Congreso, <www.loc.gov/item/2017792377>.

Delano, Jack, fotógrafo. *Patatas de Aroostook de la variedad Green Mountain cultivadas en una granja cerca de Caribou, Maine.* Oct. Fotografía. Procedente de la Biblioteca del Congreso, <www.loc.gov/item/2017792173>.

Foltz estudio fotográfico. *La Plantación Harmitage; barracones.* Savannah, Georgia. Fecha desconocida. Fotografía. Cortesía de la Georgia Historical Society.

Entrada al Centro Médico Columbia-Presbyterian, Calle Ciento sesenta y ocho Oeste. Nueva York, NY, 1928. Fotografía. Procedente de los Archivos y Colecciones Especiales de la Biblioteca de Medicina de la Universidad de Columbia.

Foltz estudio fotográfico. *Hotel New Solms.* Tybee Island, Georgia, 1938. Fotografía. Cortesía de la Georgia Historical Society.

Lazarus, Liz. *Porche de casa del Bronx.* Bronx, Nueva York, 2016. Fotografía.

Centro Schomburg de Investigación de la Cultura Negra, División Jean Blackwell Hutson de investigación y referencia, New York Public Library. *Ira Aldridge caracterizado de Otelo*, 1887. Colecciones digitales de la Biblioteca Pública de Nueva York, <http://digitalcollections.nypl.org/items/510d47da-72e5-a3d9-e040-e00a18064a99>.

Cubierta de *Rosencrantz & Guildenstern Are Dead*, de Tom Stoppard (1967), reproducida con permiso de Faber & Faber, Ltd.

USS Oriskany (CVA-34) A-4 *Skyhawk despegando de un portaaviones durante operaciones frente a la costa de Vietnam, 30 de agosto de 1966.* Fotografía oficial de la Marina de Estados Unidos. Cortesía de los Archivos Nacionales, foto número USN 1117395.

Operarios de fábrica de pianos, alrededor de 1916. Colección de placas estereoscópicas. Cortesía de los archivos The LaGuardia y Wagner, LaGuardia Community College/Universidad de la Ciudad de Nueva York.

Dos marineros planchan pantalones durante la segunda expedición de la nave a Vietnam (USS Intrepid Cruise Book, 1967). Recuperada de la colección Intrepid Sea del Museo Aeroespacial.

Programa de la producción de Rosencrantz y Guildenstern han muerto *en el Teatro Lyttelton*.

sjtheatre/Alamy Stock Photo.

Porter, Regina. *Sótano del Bronx.* Bronx, Nueva York. 2016. Fotografía.

Colección George Arents, Biblioteca Pública de Nueva York. *Puente de George Washington.* Colecciones digitales de la Biblioteca Pública de Nueva York, <http://digitalcollections.nypl.org/items/510d47e2-3624-a3d9-e040-e00a18064a99>.

Pequeños golfistas, alrededor de 1905. Fotografía. Procedente de la Biblioteca del Congreso, <https://www.loc.gov/item/2002705510>.

Capitán de lancha del YFU-74, Vietnam, 1969. Fotografía oficial de la Marina de Estados Unidos. Cortesía de los Archivos Nacionales, foto número USN 1139720.

Miembro de Equipo de Desactivación de Explosivos busca minas, Da Nang, Vietnam, 1966. Fotografía oficial de la Marina de Estados Unidos. Cortesía de los Archivos Nacionales, foto número 428-K-31466.

Centro Schomburg de Investigación de la Cultura Negra, División de manuscritos, archivos y libros especiales, Biblioteca Pública de Nueva York. *Libro Verde del Automovilista Negro: 1950*, 1950. Colecciones digitales de la Biblioteca Pública de Nueva York, <http://digitalcollections.nypl.org/items/283a7180-87c6-0132-13e6-58d385a7b928>.

Trikosko, Marion S., fotógrafo. *Memphis, Tennessee. Motel Lorraine.* Fotografía. Procedente de la Biblioteca del Congreso, <www.loc.gov/item/2017646278>.

Cena frente al televisor, alrededor de 1955: Naturaleza muerta de una bandeja de aluminio con tres compartimentos, «Telecena». Hulton Archive / Getty Images.

Vachon, John, fotógrafo. *Inmediaciones de Aberdeen.* Fotografía. Procedente de la Biblioteca del Congreso, <www.loc.gov/item/2017846238>.

Bessie Coleman, primera piloto africana-americana con licencia, mostrada aquí a los mandos de un Curtiss JN-4 Jennie con su traje de piloto hecho a medida (alrededor de 1924). Cortesía del Smithsonian National Air and Space Museum, fotografía NASM92-13721.

Centro Schomburg de Investigación de la Cultura Negra, División de fotografías e impresiones, Biblioteca Pública de Nueva York. *Escolares negros, Omar, Virginia Occidental.* Colecciones digitales de la Biblioteca Pública de Nueva York, <http://digitalcollections.nypl.org/items/510d47df-f8f3-a3d9-e040-e00a18064a99>.

Foto de grupo de la Compañía de Bomberos No. 16 con su vehículo a vapor, 1875. Cortesía de la Missouri Historical Society, St. Louis, <https://mohistory.org/collections/item/resource:141351>.

Bessie Coleman, pionera de la avión (dominio público). Cortesía del Smithsonian National Air and Space Museum, fotografía NASM-980-12873.

Lyndon Johnson firma el informe legislativo HR 5894, 1967. Cortesía del U.S. Army Women's Museum.

Comando del Ejército de Estados Unidos entrena a guerrilleros Degar, alrededor de 1966 (dominio público). Fotografía del Ejército de Estados Unidos.

USS Oklahoma City (CLG-5). *Saigón, República de Vietnam, 1964.* Fotografía oficial del Ejército de Estados Unidos. Cortesía de los Archivos nacionales, fotografía CC-26860.

Gildersleeve, Basil Lanneau. Ilustración de la Athena Parthenos, abril 1882, *Harper's Magazine.*

Anuncio de plancha de amianto, alrededor de 1906. (dominio público.)

Parque de atracciones. Keystone / Getty Images.

Fotografía de Jolly Mazie, mujer gorda de feria y artista circense. Peso registrado de 200 kg. Cortesía del Circus World Museum, Baraboo, Wisconsin.

Rastros de pisadas en puente nuevo de Manhattan. [Entre 1907 y 1915.] Fotografía. Recuperada de la Biblioteca del Congreso, <www.loc.gov/item/97517149>.

Luna Park, 1904, 1904, v1974.022.5.023. Colección de fotografías y recortes de Eugene L. Armbruster, ARC.308. Brooklyn Historical Society.

Larkin, Lawrence. *Jackson Pollock y Lee Krasner en el estudio de Pollock, 1949.* Fotografía de Lawrence Larkin, cortesía de Pollock-Krasner House y Study Center, East Hampton, Nueva York.

Niño y perro juegan al golf. Hulton Deutsch / Getty Images.

Brien, Patrick, 2019. Óleo y acrílico sobre lienzo.

El Dorado. Bundesarchiv, Bild 183-1983-0121-500 / Foto: Ang. / Licencia CC-BY-SA 3.0.

Fotografía de estudio de pareja de pie. Colección del Smithsonian National Museum of African American History and Culture.

Martin Luther King Jr. en Berlín. Photoquest Photography / Getty Images.

Tropas americanas, incluyendo a soldados africanos-norteamericanos de la Compañía de Servicio y Cuarteles del 183 Batallón de Ingenieros de Combate, Cuerpo 8.º, Tercer Ejército de Estados Unidos, ven cadáveres en el Campo de Concentración de Buchenwald, 17 de abril de 1945. Buchenwald, Alemania. United States Holocaust Memorial Museum, cortesía de William Alexander Scott III.

Centro Schomburg de Investigación de la Cultura Negra, División Jean Blackwell Hutson de investigación y referencia, Biblioteca Pública de Nueva York. *Bessie Coleman, aviadora; instantánea en Berlín, Alemania*, 1925. Colecciones digitales de la Biblioteca Pública de Nueva York, <http://digitalcollections.nypl.org/items/510d47de-5184-a3d9-e040-e00a18064a99>.

Caimán capturado en manglar. 1882. Impresión fotográfica en blanco y negro. Archivos del estado de Florida, Florida Memory, <https://www.floridamemory.com/items/show/31258>.

Maniquí francés. Dominio público. Alrededor de 1800.

Lo que sembramos
Regina Porter

No se permite la reproducción total o parcial de este libro,
ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión
en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico,
mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos,
sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción
de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito
contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes
del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos)
si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com
o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *The Travelers*

Diseño de la portada, Planeta Arte & Diseño
© de la fotografía de la portada, Eli Reed / Magnum Photos

© Regina M. Porter, 2019
Todos los derechos reservados. Publicado en Estados Unidos por Hogarth, un sello de Crown Publishing Group, una división de Random House LLC, una empresa de Penguin Random House, Nueva York

© de la traducción, Javier Calvo, 2020

© Editorial Planeta, S. A., 2020
Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Canciones del interior: © Walking In LA, ℗ 2007 Capitol Records Inc., interpretada por Missing Persons y © Only You, ℗ 1991 Universal Records Inc., interpretada por The Platters

El editor hace constar que se han realizado todos los esfuerzos para contactar con los propietarios de los copyrights de las obras incluidas en este libro. Con todo, si no se ha conseguido autorización o el crédito correcto, el editor ruega que le sea comunicado.

Primera edición en libro electrónico (epub): enero de 2020

ISBN: 978-84-322-3625-9 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!



¡Síguenos en redes sociales!